EDICION LITERARIA,

POR UNA FORTUNA UNA CRUZ.

POR

Marcelina Almeida.



MONTEVIDEO:

IMPRENTA ORIENTAL, CALLE DEL 25 DE MAYO NUM. 50.
1860.

AL PUBLICO.

Habiéndonos confiado la autora, entre varios auténticos que posée de personas respetables y competentes, una carta del Sr. Dr. Don *Luis José de la Peña*, y la que el célebre poeta oriental Don *Francisco A. de Figueroa* le ha dirijido orijinal, y hecho él mismo Sr. Figueroa publicar en seguida, en varios Diarios de la capital; nos hemos aventurado á solicitar de la autora, el permiso competente para colocar estos testimonios, que hablan mas alto que nuestra pobre opinion de Editores, en favor de la intelijencia de esta amable dama.

El Editor,
Domingo Fernandez.

Señora Doña Marcelina Almeida.

Leí con el mas vivo interés los trabajos que Vd. se dignó enviarme. Me he complacido viendo en ellos una manifestacion de su intelijencia distinguida, y de los sentimientos de su corazon. Pienso, que producciones como las de Vd. serán leidas por todos con interés, y dignamente apreciadas.

En mi, han robustecido el concepto que de antemano habia formado de sus talentos, por la reputacion que ellos le han dado.

Deseo vivamente que continúe empleando las felizes disposiciones de que ha sido dotada, en pró de la Patria y de la humanidad.

Con especial placer me ofresco á Vd. como—

Su atento seguro servidor—

Luis José de la Peña.

A la ilustrada y digna Señorita Doña Marcelina Almeida, pidiendo ser suscritor á su obra Literaria, cuya publicacion se ha anunciado y que espera el público con grande interés.

—

Dinos Marcelina bella
Oriental por adopcion;
Cuando saldrá á luz tu estrella?
Pues ya anhelo ver en ella
Tu celeste inspiracion.

Bien tu nombre ya predice
Que tu obra será un joyél;
Si en anagrama felize
"MARCELINA ALMEIDA" dice
MANA DE LA RICA MIEL"....(1)

Salve dulce clavellina
De Oriente honor especial!
De Oriente, si! Marcelina,
Que aunque has nacido arjentina
Has florecido Oriental.

Hija de Apolo y Minerva,
En verso y prosa á la vez
Tu alto estilo no se enerva:
Y el Genio á tu obra reserva
Rico lauro y digna prez.

Tierno arbusto que naciente
El vandálico furor
Arrrancó y echó al Oriente:
Aqui fué dó felizmente
Dió á luz su primera flor....(2)

De Oriental el nombre, y sello
Con legal derecho asi
Logras; y me plasco en ello
Pues mi Patria un lauro bello
Goza, gozándote á tí.

(1) Este és uno de los *diez y seis* anagramas que el autor de estos versitos, sacò ó compuso de aquel nombre hace muchos años, admirando las primeras producciones de esta señorita, muy niña entonces.

(2) Muy niña, publicó aquí su primera novelita, bastante correcta, donde ya brillaban los destellos de una alta inspiracion.

Hora el seudónimo fiel
De *Abel*, tomas disfrazada
"MARCELINA ALMEIDA ABEL"
Mas amor descifra en el
"REINE MI BELLA ACLAMADA"....(3)

Nunca dejes de Oriental
El título: no por Dios!
Aunque tu pais natal
Te imponga otro....en caso tal,
Prefiero que tengas dos.

Asi entre los suscriptores
De tu anunciado joyel
O jardin de ricas flores,
Quiero que mi nombre honores
Gravándolo humilde, en él.

Francisco A. de Figueroa.

Montevideo, Noviembre 10 *de* 1860.

(3) He aquí otro nuevo y oportuno *anagrama*—Perdon, si he revelado el sendónimo, *bien conocido* ya, con que la modesta escritora disfraza sus numerosos y bellos artículos periódistas.

El autor.

Al Público Oriental.

Tengo que cumplir una deuda sagrada de gratitud con el Gobierno y la sociedad Oriental. Jamás habré tenido la dicha de llegar á espresar bastante todo el cariño, con que mi corazon ha recibido la jenerosa proteccion á la empresa que hoy pongo en práctica, afianzada en esa demostracion unánime del Gobierno, y la sociedad de este pais.

Montevideo es mi segunda patria: la tierra de mis simpatias y de mi juventud. La amo tanto, como á la patria de mi madre: como á la patria de mi nacimiento! Hacer esta confesion, es una satisfaccion para mi: y la sociedad de este pais hospitalario y bello; sabrá comprender la estension de mi profunda amistad por ella: si bien no va significada del modo que la siento.

Marcelina Almeida.

Tengo que cumplir [illegible]
gratitud con el [illegible]
[illegible]

[illegible] de mi [illegible]

do que la [illegible]

[illegible]

A MI MADRE.

Era necesario empezar, y ya estoy en el áspero camino, madre, donde tantos han escollado, y tantos han triunfado de los obstáculos.

Solo confio en la proteccion pública, y en Dios que guiará mi planta débil. Creo ademas, que bajo la inspiracion de tu sagrado nombre— que le trazo con los ojos inundados de lágrimas---mi suerte será propicia.

En tu ausencia, he sufrido los amargos é interminables dolores que el destino me daba en amarga copa, como una ofrenda que todos los seres tenemos que deponer en las áras de la Fé: yo no he dudado nunca, sinembargo; he cumplido el mandato sintiendo romperse el corazon en pedazos: pero he triunfado, escudada con la creencia en Dios y tu profundo cariño, ¡oh madre!

Al volver á la providencia el préstamo que me ha hecho de esta pequeña porcion de

ideas que ecsiste en mi mente, siento una intensa alegria; porque comprendo que es una ley que tenemos que cumplir tarde ó temprano.

Ahora, madre de mi alma! ruega á Dios que inspire mi cabeza: bésame, y dame tu santa bendicion!

Creo y espero!

tu hija:

Marcelina Almeida.



POR UNA FORTUNA UNA CRUZ.

Esposicion de las personas del Romance.

CAPITULO I.

No vamos á mentir como romancistas lectores: vamos al contrario, á referir simplemente, la verdadera historia de una muger joven, que personas de su cercanía nos han referido testualmente.

—Será necesario decir el pais en donde nació: cuales eran sus padres; donde pasó la historia y si la muger era bella?

—Es absolutamente necesario nos responde la ley suprema del pueblo; y nosotros, pobres diablos que seguimos á la letra la palabra del pueblo; empezamos á denunciar el pais, la familia, y á delinear la belleza como nos es posible, se entiende: y quiera Dios que no nos salga como el *primer embrion* de todos los caprichos de Goya!

La familia, era una de esas pobres familias que vienen como por via de industria, á la América del Sud desde Burdeos, como desde Canarias: desde Galicia, como desde los alrededores y el centro de Jénova.

Esta, venia de Burdeos: marido y mujer honrados. Traian dos hijos crecidos, y muy *mal criados* como decimos en familia, y con la esperanza y la posibilidad de duplicar el nùmero.

Llegaron á Chile, donde fueron bien atendidos: y por abreviar la narracion, diremos que al fin de unos 15 años, ya tenian una fortuna á costa de trabajo: otra hija muy bella, de la misma edad de la fortuna, que se llamaba *Inés;* y la ambicion de colocar á aquella hija mas allá de *ellos mismos*: si esto pudiera admitirse en su orgullo provincial.

La familia tenia el apellido de *Picotti*; y entre las personas que cultivaban su sociedad, se distinguia un sujeto cuyo nombre era *Pedro Lemaître;* sujeto de porte grave, al que todos le daban por esta circunstancia, el nombre de juicioso no siendo tal vez, sinó un hombre de cáracter duro: y se distinguia, porque se habia constituido el *caballero servente* de la Señorita Inés.

Inés iba al Teatro; Pierre Lemaître, la tendia su rollizo brazo. Inés iba al baile, Pierre Lemaître la llevaba el *schál* y el *bouquet*: en fin, se habia hecho necesario el Señor Pedro á la familia Picotti, menos á Inés, que involuntariamente desviaba su brazo del de Monsieur Pierre, y aunque fuera con el pretesto de plegarse una cinta desceñida de su seno, provaba que queria ser libre de aquel yugo que la imponia la sociedad y la cotidiana persecucion del hombre que la acompañaba á todas partes.

En cuanto á los dos viejos pues ya lo eran locos de alegria iban repitiendo á cada paso de la pareja:

—"Que felices seremos si Inés se casa con este Monsieur Lemaître: hombre que no es un muchacho, sino un hombre que pasó su primera juventud: hombre de gran fortuna; y quien sabe! por las palabras que él dejó caer anoche debe de ser ó Marquéz, ó algun principe incógnito que viaja por distraerse y trabaja á la vez."

En cuanto á Inés, iva diciendo, sin que falte una letra á esta secreta conversacion del alma.

—"Ah! Si en vez de este hombre viejo, pezado, unifor-

me como el reló de box que está en nuestro comedor, viniera á mi lado *Claudio!* Si en vez de mirar esta cabeza demasiado seria para mis ojos de quince años, viera la rubia y cándida cabeza de Claudio! Si en vez de esta voz destemplada, tan seca para mis oidos de quince años, escuchara la voz argentína y apasionada de Claudio!

"Pero este viejo es mi demonio: es la pezadilla de mi alma! Despierta, héle ahí, con el *paltó marró;* el sombrero negro; la corbata negra y los ojos desarrollados en venas sanguinolentas! Si duermo, se me aparece con su mano ruda y bastarda hiriendo mi corazon; marchitando mi juventud, y lanzándome al porvenir de un eterno llanto! y Claudio, dulce y suave como esas flores del templado clima del medio-dia; con su boca sonriente de amor y de esperanzas, llamarme como un loco: y yo! asida á este yugo: agonizando de odio y de fatiga, de desesperacion y de amor por Claudio, gritar: viejo, maldito seas, maldito, maldito!"

—Esta conversacion inédita de Inés, no dejaba de ser verdad porque era inedita testo á mil autores sobre esto.

En cuanto á Monsieur Pedro, nos hacemos responsables de lo que decia.

—"Si: la amo! como dijo el viejo da Silva en Hernani, arrastrado de amor y de zelos pero es demasiado joven para mi, yo no me alucino, por mas que alucine á otros, ó lo pretenda: no! yo tengo 56 años: soy de un caracter severo hasta la amargura: las muchachas necesitan galanteos bromas, zelos, que sé yo! Si hago el *dandy*, Inés se mofará. Si hago el astuto, Inés creerá que me he vuelto el Don Bartolo del Barbero de Sevilla; y si hago Monsieur Pedro Lemaitre, en su tono natural, Inés me detestará.

—"Que arbitrio en este caso?—Una mentira. Fraguar con mucha arrogancia, é indiferencia estudiada que tengo una gran fortuna, insinuarlo sin dejar comprender el intento, en el espíritu de los dos viejos ambiciosos; y dejar andar las cosas hasta que el proyecto madure."

Tales eran en efecto, las personas principales de esta historia; esepto, los dos hermanos de Inés que habia-

mos olvidado trazar aunque de paso sus señales, para darles sus pasaportes para cualquier sitio del mundo á donde se dirijan.

El mayor era Antonio de Paula Picotti: joven hasta los 28 años, de estatura pequeña, rostro atezado, cabellos lasios, frios como si se les hubiera prestados un difunto; ojos de vívora, diminutos hasta necesitar la doble optica para distinguir en ellos la pupila: dientes enormes, las piernas convecsas; flaco, enfermizo, y con un caracter estrañado, en dos raizes funesta; una envidia profunda de todo y por todo: y una ciega vanidad de *nada* y por nada.

El segundo se llamaba *Anjel*—sin duda por que era un demonio; á no ser que los ángeles terrestres tenga por ecselencia, las cualidades prescriptivas de la raza satánica—Anjel era alto, cabellos colorados, ojos verdes, boca grande y desabrida: espaldas capases de sobrellevar el peso que cargó Arquimides sobre sus hombros: y con un estilo de *métome en todo*, y desimulo á la vez; que llamaria la atencion de un fisonomista el mas concienzudo. Aparentemente, era un pobre diablo; pero en el fondo, era un *verdadero diablo*

Inés al contrario, como sirviendo de faro á los navegantes de la vida, en el inconmensurable espacio, en el cual Dios se servia separarla de aquellos tópticos de la naturaleza estraviada; se destacaba bella y protectora del bien y la esperanza. Su cabeza *juliánica*, daba el testo á las bellezas de la época:—ojos negros grandes y palpitantes de una vida íntima y entusiasta á la vez, ceñidos por pestañas de un negro mas perfecto todavia, animaban el límite de un rostro entre grave y dulce; dotado de una piél blanca y transparente, como las flores de la *Caña mariposa.*

Su estatura era mediana: una cintura finísima, unas manos al estilo de los modelos, de que se valen los pintores para estudiar el dificil dibujo de las bellas manos, hacian un complecso de verdadera gracia y belleza de estilo.

Su educacion á la cual habian atendido estraordinariamente sus padres, acaso con doblada intencion; era mas que esmerada, superior. Conocia y practicaba todas las

lenguas vivas, y los sistemas de Lavater y Gall; y la Historia del mundo y su Geografia, la eran perfectamente familiares, como los trabajos de aguja, á que dedicaba su tiempo cotidianamente, por gusto, ó por economia de familia.

Habia ademas, en esta niña, el jérmen innato de las ideas, pero de las ideas en flor. Santa semilla que jermina en la cabeza del adolescente, hasta que llega á tocar con la amarga raiz de esa planta ecsótica, herencia propiamente del viejo, que se atreve á cruzar la patria del amor y de la juventud, en nombre de la esperiencia.

Tal era Inés; y para que conociéndola se ponga en aptitud amigable con los lectores, añadiremos que ademas, Inés habia soñado con esa santa impresion, que en la tierra llamamos *Amor*, y le habia soñado como es natural segun su manera de ser.

El *ideal*, era uno de esos hombres pálidos de cabellos negros y suaves; ojos lánguidos y ardientes, como si las refracciones del acero disputaran á la luz del sol sus misteriosos rayos: y bajo la ecsistencia de una pasion inmensa: hombre triste, profundo, y quien sabe si hasta desgraciado por ella....

Las mugeres adivinan en la infancia su destino.

Claudio, era el compendio de su ideal: no su ideal mismo. Pero era joven: la amaba locamente: ella no creia engañarse amándole por su parte con ceguedad: y despues al lado de Monsieur Pierre Lemaître, otro menos á propósito que Claudio habria bastado para hacerla jurar que moria de él y por él!

Tal era la situacion de Inés, en el momento á que nos referimos.

CLAUDIO PRADO.

CAPITULO II.

La casa de *Claudio Prado*, era una pequeña casa por los estremos de la ciudad, pintada de amarillo, con sus balcones de forma ojiva y sus larga persianas Orientales, velando un interior lleno de coqueteria.

Cuatro eran las habitaciones de aquella casa. Claudio y un dómestico solamente, se encerraban en ellas: y el saloncito de recepcion era un idilio de la póetica y dulce imajinacion de Prado.

Un magnifico piano de Erard, y un violin de ébano; parecian indicar que el dueño de aquella mansion era un *dilettantí* soñador de Talberg y de *Sívori*: pero al ver en igual escala, dos severos lienzos de Historia Sagrada sin concluir, uno en el caballete, y el otro colocado en la pared como para observar el efecto de la lontananza; quedaba indeciso el observador, si intentaba clasificar, cual era la profesion de aquel habitante.

En fin: los pormenores de aquella casa eran de un gusto tan suave, que la mujer mas caprichosa no habria tenido una objecion que hacer

Claudio, por su parte, era un jóven de 25. años; alto delgado, de color pálido, cabellos rubios, ojos azules y una boca espresiva y franca, como la boca de un bueno.

En el momento en que intentamos colocarle á la vista del lector: está neglijentemente sentado en un diván de cachemira verde-mar, en redingote de tisú blanco con flores saltantes; gorro negro de terziopelo, y chinelas de razo de la India azul-negro. La postura, es la que toma el que can-

sado pide á los sillones repozo: pero en sus ojos; en la luz triste y ardiente de sus ojos, fijos en unas flores que tenia en las manos; se advertía, que Claudió ni estaba cansado, ni reposaba; sinó que Claudio sufria

—"Mujeres mujeres!—decia como si alguna mujer le escuchara el sarcasmo—asi quiebran el divino cristal de la esperanza! asi seducen para dar la muerte! el hombre crédulo y ciego se arrastra como un cobarde, entre el humo de la mentira y el dolor de la verdad, sin fuerzas para anonadarlas, para maldecirlas!

Y después de una pausa, que sin duda significaba una convicion directamente individual; proseguia

—"Es en valde luchar: el amor esta aqui; en el corazon! si yo le puedo arrancar de esta cárcel en la cuál le ha encerrado mi destino, yo me salvo!. . . . Pero esa ingrata que como todos los ingratos se complacen en estudiar la calidad del veneno con que matan, y las convulciones del dolor que causan; esa mujer lijera, quedará tranquila en la vida! y yo. . . . . olvidado: muerto!

Y dejo caér la frente sobre las flores que apretaba entre sus manos.

—De quien hablaba Claudio?—Sin duda de Inés: por que sufria? Sin duda porque Inés estaba prometida á Monsieur Lemaître; y los amantes ciegos, no saben que detras del altar nupcial suele esconderse una mortaja para algunas: una careta irrisoria para otras: un delito y una traicion para tantas mas.

—Pobres amantes! la ley es dura: pero si reflecciona-ran, no la hallarian tan cruel para *ellos*, como para *ellas*.

En fin, Claudio Prado era ese; tal como le hemos querido bosquejar. Pasemos á los asuntos de la casa Picotti, que nos llaman, al ruido que hacen.

ERROR.

CAPITULO III.

Don Juan Picotti habia caido enfermo gravemente por el mes de Junio, y toda la familia, estaba bajo esa impresion, cuya verdadera fisonomia no és el dolor; sino la duda mezclada á la tristeza, y la inquietud al miedo verdadero.

En una de esas noches de sobresalto y mal estar para la familia; el enfermo llamó á su hija Inés al lado de su cama, y con voz trémula y dolorosa la hizo esta esposicion introductoria, estando presentes todas las personas de la familia; y como es consecuencia, llorando todos á la vez.

—"Hija mia! los padres somos como los cimientos de una casa: si faltamos, la casa caé. Los hijos que ven desaparecer sus padres, quedan espuestos á todos los sinsabores y los peligros de una vida larga y caprichosa, en lucha con el ardor y la debilidad de sus pasiones. Tu, hija eres mi ambicion (nótese que esta palabra abarca dos calificaciones advertencia; del autor) yo voy á morir en breve,y no quiero dejarte á merced de esa fluctuacion de impresiones en que perece generalmente la juventud. Yo voy á morir Inés. . . .

Inés caé de rodillas delante de la cama de su padre, con las manos juntas y llorando de lo íntimo de su alma:—el anciano sigue:

—"Si alma mia! veo tu devoto cariño á este pobre viejo, y todo lo espero de tí! es verdad que todo lo puedo esperar de tu amistad, hija? y alargó sus manos pálidas hasta tocar la frente de su hija. Inés, con la palabra mojada en lágrimas, respondió:

—"Todo padre, todo!

En la voz que hacia tal promesa se advertia una de esas impresiones dolorosas que tienen su esplicacion, en el sacrificio: pero el padre, solo recojió la palabra en su testo. Todo y por consiguiente prosiguió:

—"Bien hija; lo que concederás á tu padre moribundo (aquí se ecsajeraba la verdad,) es la realizacion de una deuda que tengo que cumplir cerca de....

—De quien? preguntó Inés alzando la voz y clavando sus grandes ojos, en los ojos fijos en ella de su padre, enfermo, amarillo como un ídolo de cera.

La familia se estremeció bajo el sonido de la voz de Inés, y el enfermo sobre todo resintió doblemente la impresion; pero ocultandola, prosiguió:

—A quien, hija mia? A Monsieur Pierre Lemaître.

Inés dió un grito de terror y cayó desmayada. El enfermo dió un gran suspiro de congoja, pues comprendió que aquel ay del alma de su hija, no era la forma esplícita de una negativa; sinó la íntima y seria conviccion de un corazon que mide de un golpe el porvenir, y se asusta de su propia entidad. La familia entera, comprendió subitamente á su vez, la definicion; y sin pararse á meditar mas, corrio á socorrer á la desmayada que necesitaba de veras, de sus atenciones.,

Como era de esperarse, volvió en su acuerdo al cabo de un rato por medio de aplicaciones convincentes: pero, como no era de esperarse, Inés resentía una fiebre violenta.

El enfermo se hallaba peor, y desgraciadamente ó felizmente; el asunto de Monsieur Lemaître, quedó suspenso todavia. Inés se vió obligada á guardar cama, y al siguiente dia, aun no se notaba mejoria.

Lemaître entró por la noche de ese dia á la habitacion del padre de Ines; y se notó, que al recibir la noticia—mistificada por consiguiente de la enfermedad de esta pobre niña; sufrió su rostro la infleccion taciturna de un jesto, sin duda de dolor: pero como *hombre de mundo*—segun dicen los viejos que cifran la esperiencia en hacerse du-

ros y desconfiados hasta del bien—Mr. Pierre se reconcentró y habló simplemente de la salud de Picotti.

Inés, por su parte, sometida á la influencia de un secreto pesar, tanto mas vivo, cuanto que era incomunicado—tenia en aquel instante su pálida frente reclinada sobre la almohada, que la parecia hecha de fuego; y de cuando en cuando, se oian dos ó tres palabras que salian involuntarias de sus lavios—"Dios mio! sálvame!" y fijaba sus ojos febriles en la puerta como si esperara alguna cosa.

En un instante dado, una sirvienta se acercó á la cama, y la habló en voz baja, dándole algun objeto, que Inés escudó con sus almohadas, y la criada desapareció: en seguida entró alguna de las personas de la familia; y la enferma volvió á su estado de inflecsible silencio y melancolia.

Tres dias despues de esto, convaleciente, ya Inés pero sumamente abatida leia un salmo de la Sagrada Escritura, y su madre se acercó á ella: Inés con los codos apoyados sobre una mesa y el Libro Santo en las manos, alzó su cabeza y vió á su lado á aquella señora, á quien amaba tanto: la madre la habló.

—Hija: tu padre se nos vá!—y escondió el rostro entre las manos: Inés la miró decididamente y replicó:

—Y qué; no hay esperanza, madre?

—Hija mia! Solo una: pero eso és imposible....

—Imposible! repitió friamente Inés y porqué? Cabe en lo humano el sacrificio que hay que hacer para salvarle?....

—Si, hija: dijo timidamente la madre.

—Y cual és Señora? preguntó de un modo nuevo y decidido, Inés.

La madre se puso de rodillas ante su hija, y tomándola las manos en silencio, las besó llorandó. Inés la levantó, en silencio tambien, con profunda gravedad y dijo esta sola palabra: Entiendo!

Su frente se cubrió subitamente de una de esas sombras inesplicables que sirven de preludio á las grandes tempestades del alma, y como si la resolucion tomada so-

bre el pedestal del sacrificio no tuviera la inmensa virtud de conducirla al instante de su consumacion: pasó las frias manos por su frente: dió algunos pasos por la habitacion: despues volvió á tomar el Libro de los Evangelios leyó ó mas bien oró mentalmente, y desapareció dejando sola, y sorprendida á su madre.

Inés entró al cuarto de su padre. En efecto estaba malo. Al verle, esta niña sensible por fibra, se desconcertó; toda su fuerza moral, acababa de sufrir un golpe imprevisto delante de la mirada desencajada de aquel enfermo, que era su padre!

Hay cuerdas inflecsibles en la naturaleza humana que parecen hechas á prueva de inmensos dolores y sacrificios: asi és el cariño de las madres á los hijos, y el de los hijos á los padres.

Tal lo sintió Inés en aquel momento, viendo que de la bárbara ecsijencia de su vida entera, solo recordaba, que su padre sufria.

Se acercó al enfermo, y él la reconoció tendiendo una mano vacilante que ella recojió en las dos suyas y la besó con respeto.—Estas buena hija?

—Si padre: mi pena es veros siempre enfermo!

—Y el viejo que en su capricho-sistemado ó vago de que iva á morir se disponia desde dias atrás; empezó la letania de "hija; voy á morir."

En estos momentos entraba Dª Maria Picotti; y su presencia pareció que servia de autorizacion doble á la idea del anciano; pues no solo prosiguió con mas calór; sinó que el nombre de Monsieur Lemaître volvió á salir de sus labios. Por esta vez, Inés al oirle contrajo su frente y sus lábios; vagó una sonrisa amarga sobre ellos, y permaneció muda. El padre continuó como si estubiera en plena salud—

—"Si tu no me dás la dicha, de fijár tu suerte hija antes de morirme yo dejaré este mundo desésperado. Monsieur Lemaître tiene fortuna: la mia ha sufrido grandes contrastes con las guerras de estos malditos paises de la America: sois tres, y con vuestra madre cuatro:—que les queda para



vivir!—Nada hija, nada!cásate con Monsieur Lemaître, es un hombre bueno, juicioso; te ama con pasion; insiste en pedír tu destino para hacerlo brillante: cede, y veé que en esto vá la vida de tu padre!

Inés alzó sus ojos hasta los ojos de su padre, y como si hablara, con Dios, mas bien que con los seres dijo:

Yo amo!

La madre—A quien, por Dios?

Inés—A Claudió Prado.

El padre—A ese muñeco sin posicion; sin porvenir!

La madre—A esa ficcion de hombre!

Inés decidida—A Claudio Prado!

El padre apesadumbrado—Y piensas dejarme morir sin temer que el remordimiento peze desde hoy sobre tu vida?

Inés—Por que el remordimiento! Yo no tengo culpa de amar á un hombre, y de mal querer á otro.

Eso esta en el destino. Son dos zonas diferentes: Claudio es la zona meridional, donde florecen los árboles temprano, y las brisas de las estaciones dulces, empapan el alma de impresiones celestes:—Lemaître, es la zona fria y destemplada del norte, donde las nieves se alzan intermediarias, entre la tierra y la atmósfera, sin obtener jamas el calor necesarío para vivir de otra cosa, ni pa ra alimentar otra vida.

Claudio es el ánjel de mi guarda:—Lemaître es el apóstata de mi dicha, que sin saber por que, cruza mi ca mino y quiere detenerme en el suyo!

Inés lloraba al acabar estas *palabras verdades*.

La madre taciturna—Ah! si las niñas supíeran lo que, es entregar su suerte á un hombre sin fortuna, desconocido!....

Inés vibrante de pasion—El matrimonio madre es un azár: la fortuna un medio de perder la felicidad intima, y si Claudió es un desconocido, Lemaître es un hombre cuyo pasado ignoro é ignorais vosotros, padres!

El padre—Pero es un hombre honrado á la vista de todo el mundo!

Inés— Claudió ademas del nombre de una família honesta, tiene la ventaja de tener una profesion sublime!

La madre con desden—Si; és pintor!

Inés—Es un artista profundo!

El padre—Qué me importa su arte, si la fortuna con que cuenta es limitada? y cuando vengan los hijos, se les dará de comer pinturas y lienzos?

Inés—desdeñosamente—

Los hijos de los artistas no se mueren de hambre padre y sus nombres llegan á ser tan respetados, como los de esos principes de sangre que acata el mundo. Ademas: aunque los padres tienen la mision de pensar y de aconsejar sobre el porvenir de sus hijos; cuando esa mision se traduce mal, ó se la dá un jiro inocentemente equivocado; dejenera en una mision desgraciada.

La madre—Demasiado temprano te abrogas el derecho de justificar el mal, y de arguïr contra el bien y tus mayores!

Inés—meditando. Es que vosotros me habeis hecho llegar hasta ese punto, ecsitando mi pobre cabeza de quince años, á cargarse con el pezo de una refleccion que me ahoga......

—Inés; te casarás con Lemaître? preguntó el viejo sin hacer atencion á refleccion ninguna.

Inés taciturna respondió—Jamas!

La madre—Y no me habias dicho que estabas dispuesta á todo por salvar á tu padre?

Inés—Mas de que le salvo con ese sacrificio horrible, en nombre de Dios, Señora?

De todo! dijo el anciano prevalecíendose de un instante de debilidad que creyó notar sobre el rostro de su hija de todo! estoy perdido: mi fortuna....oye la decia bajando la voz como para un secreto: yo lo he perdido todo! tu hermano me ha dejado con un mal nombre en el comercio: Lemaître me promete salvarme de esta ruina si le doy tu mano. Te negarás ahora, hija mia?

Inés miró á todas partes comó si buscara un salvador, pero aquellas paredes, aquellos objetos que la rodeaban,

estaban frios é inmóviles como las lozas de las tumbas: Inés lo comprendió y arrancando de su alma toda oposicion, toda idea que pudiera servirla sin duda de faro para guiarla; como el suicida que el mismo prepara el instrumento que debe de romper su vida, asi aquella criatura rica de la savia de un amor perfectible; con una imaginacion brillante: en la hora de la vida en que recien empiezan los sueños y las esperanzas; cerró las puertas de su tumba sobre su corazon y le dijo á la cabeza—"te estacionarás en el nublado cielo de la indiferencia y el hastió" y volviendo á su padre con las mejillas encendidas, acaso de un rubor oculto, ó de un odio simulado, esclamó:

—Y que hay que hacer aquí para salvar la honra y la vida de un padre!

El padre irradiado, se incorporó y dijo: decirle á Lemaître que vuelva, pues tus últimas desatenciones, le alejaron de tu sociedad.

Inés tomó un papel de sobre una mesa, y con un lápiz escribió tomada de un vértigo :

"*Volved!*"

A las diez de la noche entraba Monsieur Lemaître con el rostro templado en un mas dulce tono que el de costumbre, y la familia que en silencio esperaba su visita en el salon, al verle rompió en un saludo de alegria. Lemaître buscó con sus ojos verdatres, sin duda á Inés, pero era el único individuo de la familia que faltaba allí.

La madre pareció notarlo, se levantò despues de un momento, con cualquier pretesto, y á poco rato apareció Inés pálida como si hubieran impreso su rostro en cera. Venia totalmente vestida de negro: los cabellos rizados y caidos sobre los ombros daban al tipo una espresion de tristeza y de resignacion, semejantes á la espresion con que la imaginacion reproduce los profundos martirios de las victimas condenadas por el consejo de los Diez, en la época de la negativa de la ley, y de la verguenza de la asociacion humana.

Traia simplemente en las manos un ramo de inmorta-

les heliotropo, pensamientos y resedá ceñido con dos cintas, una negra y otra morada, y aquellas manos tristes en su postura, y en el color palidísimo de la piél, caian juntas ácia lo bajo de una cintura fina y suave como el vásta go de la caña.

Un saludo frio y respetuoso fué la señal que manifestó á Lemaître de pié y con una no disimulada alegria, que Inés le habia remarcado.

Empezaron en breve á entrar *les habitués*, y entre ellos se presentó *Claudio Prado*, vestido sencillamente, pero con un decoro y una soltura dignos de un verdadero artista.

Claudio se acercó á Inés y cambió estas palabras, en medio del murmullo de la conversacion jeneral.

—Porque estas triste Inés?

—Por que me van á sacrificar.

—A quien, y á qué?

—A Lemaître, y á la plata. Adios!

—Yo te puedo salvar y tu puedes salvarme de morir Inés!

—Es imposible! Ya esta todo hecho: moriremos los dos!

En este instante la figura pezante, amenazadora de Lemaître, se interpuso entre aquellos dos seres, y los adioses de un amor profundo; y dirijiéndose con galantería á Inés, la dijo; señorita Inés vuestro buen padre está ya mui bien de salud; como un motivo de enhorabuena, yo me atrevo á rogaros, nos hagais oir vuestra linda voz en la aría final del Torvattore.

Inés titubeó un momento, y con la voz tomada de graves impresiones, respondió—Señor no canto.

—Pero tocareis siquiera, algun trozo de mùsica en el piano?

—Eso es mas fácil—replico con indiferencia aceptan do la mano de Lemaître que permanecia tendida acia ella ya hacia un rato. Lemaître la condujó al piano y se alejo; su objeto habia sido arrancarla del lado de Claudio. De Claudio que se habia quedado como una metáfora de Ovidio, subyugado bajo el poder de uno de los tantos

Dioses de su cielo, y esperando de un momento á otro, ser convertido en algo que no fuera su propia especie. De Claudio aturdido, debilitado por un cúmulo de sensaciones tan rápidas como impetuosas, tan estrañas y tan graves á la vez.

Mas, cuando fijos sus ojos en Inés, vió que deponia un ramo de flores sobre el piano, sin saber como, ni porqué, se puso de pié, se acercó allli y sin decir una palabra tomó aquel ramo y lo guardó en su seno.

Inés, dió un ay perceptible solo por Claudio y por Lemaître, que al ver acercarse á aquel al piano, se habia puesto de pié, á su vez en pos de él, los brazos cruzados, y como esperando el desenlaze de aquella escena: mas Claudio se separó de allí sin percibir la presencia de aquel hombre, y fué á sentarse en el otro estremo del salon.

Inés dejó el piano, y tomó un asiento donde quiera: Lemaître permanecia de pié, los brazos cruzados, y segun su costumbre ordinaria, batiéndose los bigotes con los dedos.

En un instante, Claudio se acercó á Inés, mas pálido que un enfermo de muerte y la dijo—"ADios! estas flores irán á mi tumba!"

Inés le respondió—"En ellas van mi calvario y mi amor Adios!"—Se separaron.

A los dos dias despues de esto, se celebraba una boda en la casa de Picotti. Era el casamiento de Pierre Lemaître con Inés.

Lemaître tenia 56 años, y acababa de recibir el dote de la mujer de las manos de su padre que consistia simplemente en la "Fé de bautismo de su hija, que cumplia ese dia quince años....!

Invocamos un Fisiologo consumado que se ocupe de esplicar la felicidad de esta pareja.

Lástima que haya desaparecido de la tierra un Balzzac que escribió tan bien, la Fisiologia del matrimonio!

ANTONIO DE PAULA PICOTTI.

CAPITULO IV.

Este Antonio de Paula Picotti, del que solo lijeramente hemos trazado algunos rasgos, pues hasta ahora no era mas que un filamento de familia; tiene en la actualidad, que venir á ocupar un sitio en la sociedad del lector, sea para bien ó para mal: mas es necesario.

Eh aquí pues á nuestro Antonio de Paula, con sus ojos imperceptibles, sus piernas convecsas como si intentaran formar un óvalo; en su cuarto, con las manos fundidas en los bolsillos de su frac á la marquisse, paseándose á todo pasearse y hablando solo en alta voz.

—Sí, decia: ya esta casada Inés: su marido tiene fortuna: me acerco á ella: la ruego: la lloro, la pido que me haga dar una posicion, pues la mia la he perdido dos veces y vuelvo á tener plata, paseos, mujeres y todo cuanto un hombre ambiciona.

"Pero mi padre, inesperto como es, le dirá á Mr. Lemaître—decia pensativo: que yo le he arruinado dos ocaciones; que he echado por tierra la habilitacion que me dió *Mr. Fears*, pues tiene tal preocupacion en favor de su yerno, que no le ocultará nada, y entonces estoy perdido!

"Es necesario pues, que yo me adelante; que yo vea á Inés, hoy mismo: en un mes de casada, ya debe de tener alguna influencia cerca de su marido: y bien: que la emplee para mi! decia con arrogante fatuidad. Al fin soy su hermano; y quien sabe lo que yo puedo llegar á ser algun dia con mis ambiciones!. . . .

Y al decir esto; una de esas sonrisas pálidas y sinies-

tras, dibujó sobre sus amortecidos lavios, los perfiles estraños de una predíccion fatídica.

—Es tan cierto, que á veces los seres mas insignificantes, suelen ser llamados á probar la entidad de un destino ajeno y esepcional!

Las utopias de la vida humana, son como las utopías de los sueños: bárbaros testimonios del pensamiento, desbordado de sus centros.

Aquel Antonio de Paula, por si solo; ya era una anomalia como hermano de Inés; colocándose á su lado á participar de la índole de su destino, venia á ser un sarcasmo.

El carácter naturalmente desconfiado y arrastrado en el cieno del vicio; habia dado á aquel hombre, un aire de impertinencia tan odiosa, que un ser bueno se encontraba siempre mal á su lado. A aquella impertinencia se juntaba el deleite de una vanidad ciega: la idea de creer que osando, el mundo era suyo: y lo diremos todo; creia que era el Adonis de la fábula pagana, delante de la cual belleza, las Vénus del mundo cristiano, caian amortiguadas de fanatismo y adoracion.

Era un soñador atrevido, pero sin culto por ninguna facultad especial que pudiera hacer de su *propio yo*, un ídolo: por mas que su todo llegara á servir de ídolo abstracto á su locura. Era el soñador á ciegas: sin iluminacion intelectual: navegaba sin brújula por el mar de la vida, como navegaria un perro tirado por un brazo poderoso, en medio de un rio inmenso: á la casualidad.

En fin: aquel Antonio de Paula, era la demostracion positiva de la ecsistencia de la *bestia-hombre* que algunos autores han probado que vive en el mundo social; y para intentar desnaturalizarla, habria sido necesario pedir á los consortes Picotti, que tomaran la venia de su magestad natural, y les consintieran volver á producir otro ente mas perfeccionable que aquel bendito retoño de sus verdes años. Como se vé, esto era fisicamente imposible: y por consiguiente, nuestro Antonio de Paula, seguirá tal cual lo formaron sus dueños y padres.

Despues que se hizo él mismo la promesa de hablar á

Inés, tomó su sombrero de castor negro, lo colocó medio sobre sus ojillos color tabaco; y se echó á andar mas que resuelto: decidido á poderlo todo.

En efecto entró en lahabitacion intima de Inés sin anunciarse: como Pedro por su casa; y encontró á su hermana con un baton de casa, de seda azúl de Indias, franjas negras: escofieta de encajes de Inglaterra: babuchas color lapiz y sentada en un divan de seda encarnado con filetes de oro.

Inés se inmutó al verlo, no sabemos si de gusto ó de disgusto; y se estableció la siguiente conversacion.

Inés—Tu por aqui Antonio? y mamá?....

Antonio—Ansiando verte querida hermana se habian pasado quince dias sin saber de tí; mas yo he estado tan ocupado despues de tu casamiento—Mamá, bien de salud.

Inés al oir esta palabra se puso aun mas pálida de lo que la encontró su hermano; Antonio siguió:

—Lo recuerdas? yo me ocupaba en arreglar las cuentas con *Mr. Fears*: y solo tuve un momento la dicha de abrazarte; despues no te he vuelto á ver—Papá ya esta bueno.

Inés con gravedad—Si? me alegro.

Antonio—Eres feliz Inés; no es verdad?

Inés—cubiertas las mejillas de un rubor inusitado:

—Y porqué me lo preguntas?

Antonio—Porque lo creo.

—Te lo habrá dicho papá sin duda! dijo Inés, con una de esas voces de segundo sentido.

—No; replicó el buen Antonio; yo soy quien lo creo y para probártelo—añadia, como si le estuviera haciendo una concecion de verdades deseadas—te venia á pedir un favor; ese favor será la prueva de tu felicidad: y de tu influencia cerca de Lemaître.

—Inés sorprendida—Antonio has perdido la cabeza; ó estás embromando; de que se trata: que hay?

—No te sobrésaltes: oye!

Yo estoy perdido si tu no me salvas—

(y se esforzó cuanto pudo por llorar y lloró en efecto, como un chiquillo de poca verguenza.)

Inés, fuera que ella estuviera conmovida por si misma, fuera que en aquella confecion *ecsabruto* hubiera tocado una fibra de su corazon: ello es que empesaron á correr lentamente algunas de esas lagrimas frias que en algunos momentos de la vida vacia, se deraman por cualquiera imprecion.

Cuando Antonio vió que su hermana lloraba; no se puso á investigar el *porque* de sus lágrimas—ni lo hubiera podido aquella cabeza cerrada—negativa:— se lanzó llanamente á sus brazos, esclamando:

"Sálvame hermana mia!—

Inés, le recibió en sus brazos, como se recibe el pezo de un cuerpo completamente estraño á nuestras fuerzas: y le respondió—

—Pero qué se puede hacer por tí?

—Bien poca cosa para tí: y para mi es la salvacion y la vida!

—Habla! dijo con estraña gravedad aquella mujer joven, que por estraño destino tambien era hermana de aquel hombre; y casada con otro, cuyu corazon no se tocaba el suyo.

Antonio se sentó á su lado–y siempre con ias manos de Inés en sus manos; la dijo—

—No falta un dependiente de primera clase, en el escritorio de Mr. Lemaitre?

—No lo sé—

—No querias interceder con tu marido por un puesto de esa clase para mi?

—Habria sus dificultades—respondió cencillamente Inés mirandole de la cabeza á los pies.

—Y, cuales Inés querida?

—Que Lemaître es sabedor que tu no te has conducido bien en los negocios y Mr. Jears es su amigo y.....

Antonio se puso pálido no de verguenza sin duda: talvez de esa cólera, que disimulada se manifiesta bajo el tono fuerte que solo debiera pertenecer al tono del dolor.

Tienes razon—Añadio cavilando, y dejando caér las

manos de Inés de entre las suyas, para colocarse una en los lavios como para disimular la torpeza que lo avasallaba.

Inés—sonriendo tristemente, talvez divertida de comprender las sensaciones que ajaban aquella alma enferma del mal del vicio y de la ambicion.

—Y bien: yo hablaré con Lemaitre sobre tu posicion futura Antonio: si me prometes tener juicio yo lo haré todo; pero si dudas de tí; ten la franqueza de decirme "dudo."

—Antonio con la mano sobre el pecho como un actor de aldea.

—Yo te juro que seré el mas leál; el mas bueno de los servidores de tus intereses: tu lo verás: jamas tendrás razon de arrepentirte, te lo juro delante de Dios!

—Inés. Bien, tranquilizate: yo haré por tí lo que por un amigo: lo que por un hermano.

—Antonio. Gracias mi hermana mas querida; gracias! Al acabar de decir estas palabras, Mr. Lemaître se presentó en la puerta de la habitacion; y con aquella mirada sórdida y escudriñadora, revisó el *toillete de sa femme;* la alegria del hermano, y todos los detalles de la situacion en fin. Pero como los hombres acostumbrados á cambear mercancias por plata, y plata por mercancias; jamas manifiestan la confianza en la compra ni la alegria de una ventaja; Mr. Lemaître, quedó impenetrable, sobre la impresion que el conjunto de aquella escena habia hecho en su espíritu.

Inés por su parte, se conoció que sacudió algun tesoro de su alma como un recuerdo: y con un tono de voz inesplicable le dijo:

Lemaître; mira á Antonio ciego de la esperanza de estar con nosotros.

Lemaître se acercó á Inés se sentó á su lado como involuntariamente y mirándola fijamente como para encontrar el doble sentido que él buscaba en toda palabra y á toda accion;

—Y porqué? preguntó vivamente.

—Porque quiere trabajar, y no tiene donde.

—Pues el hombre que desea ser *hombre*, no necesita sinó decidirse á ser honrado; respondió Lemaître, levantándose y golpeando con la mano el hombro de Antonio de Paula.

Este, como si le hubieran tocado con un hilo elcétrico se levantó, inclinó la cabeza ante su protector presunto, y respondió con humilidad:

—La juventud comete errores: pero no crímenes pues solo el nacido para ellos los pone en práctica: todo hombre que no sea un criminal puede ser un hombre honrado señor.

Lemaître le miró de cabeza á piés: sorprendido de la lucidez de su entendimiento, cuando jamas le habia oido decir sino dos ó tres palabras mal coordinadas; y como esperto en la definicion de esas meditaciones, dijo para sí:

La ambicion hace cambeár á un necio, en un discreto; pero rara vez á un ladron, en un escrupuloso contador:— y se sonrió vagamente.

Inés lo advirtió sin entender las secretas palabras de su juicio: y trató de precisar el asunto.

Y bien Lemaître: no habria un sitio para mi hermano?

Lemaître, la miró de un modo significativo, y le respondió:

—Para tu hermano si, Inés: mas para Antonio de Paula Picotti simplemente, nó!

Inés, cubierta de verguenza—Y porqué Pedro? no soy yo de la familia que lleva ese apellido?

—Si: respondió friamente Lemaître: pero ahora el tuyo és el mio: y.... por consiguiente tu familia empieza bajo este apellido: Lemaître!

Antonio sorprendido—Pensais quitarle el apellido de sangre á Inés?

—Y vos pensais ser un hombre discreto y no un impertinente? respondió Lemaître, con los ojos fijos en Antonio de Paula. Este que como todo cobarde, su mejor amigo era precisamente el que lo injuriaba: se deshizo en

respuestas conciliatorias con Lemaître: mientras que Inés, triste y serena á la vez, parecia que empezaba á vislumbrar la lontananza de un porvenir erizado de espinas.

Despues de un momento, Mr. Pedro se dirijió á su mujer con esta pregunta, efecto sin duda de meditaciones:

—Y bien *madama*: quieres á tu *hermano* en casa?

Inés respondió: Sí.

—Crees que se comportará bien?

—Me lo ha jurado.

—Entonces podeis venir desde mañana á ocupar vuestro sitio de primer dependiente, en la casa introductora de Lemaître y compañia.

Inés se levantó le tomó una mano que oprimió amigablemente entre las suyas; y le dijo con una espresion anjélica:

—Gracias amigo mio! yo no olvidaré jamas esta bondad!

Lemaître la dió un beso de hermano en la frente, y un apreton de manos á Antonio de Paula, que loco de alegria le repetia: gracias señor, gracias Inés: yo seré digno de mi posicion lo juro: lo juro!

Y viendo que Lemaître se disponia á salir tomó su sombrero y salió á su lado diciendo apenas un frívolo saludo á Inés, tal estaba de fanático con el nuevo empleo. Lemaître tomó un camino distinto; y Antonio de Paula el del café: allí iba como los Andaluzes del bajo pueblo, á redoblar tambores, en obsequio á su posicion; y de todo trataría menos de decir que su hermana era la autora de aquel bien.

Antonio de Paula Picotti volvió esa noche á las doce á su casa: y se durmió pesadamente como un hombre que ha hecho un camino inmenso.

Inés supuso al saberlo que habia tenido en el café alguna conversacion muy viva con el antiguo Dios de los célebres poetas clásicos: el Dios Baco.

Pero Inés lo supuso en secreto, y Lemaître ignoró siempre aquella circunstancia de mal augurio para su pobre negocio.

Vaya corriendo esa bola que llaman *mundo!*

ANGEL PICOTTI.

CAPITULO V.

Este Angel que económicamente pensando, seria alguno de los miembros del reyno satánico, donde, desde la caida del primer Angel, se refujíaban todos los caidos de su jénero, sin duda: era como el bastardo de la familia Picotti por mas que no hubiera antecedido á su nacimiento, fraude en el derecho conyugal etc. y la presencia de los esposos hubiera radicado su advenimiento sobre el mundo, con la fé bautismal, que inaugura á todo recien nacido.

Bastardo de la familia Picotti, esplicaremos por que; pues todo el marcaba una raza distinta en cuanto al fisico, mas en cuanto al alma este Anjel era como los de su apellido.

La familia entera (eseptuando á Inés) era de esas familias que son malas por descendencia. Desde los tatarabuelos de padre y madre, se referian traidos de su tierra antecedentes fatales, de caracter y de hechos: por ejemplo uno.

Un bienechor de un miembro de esa familia, quedó arruinado enfermo y solo, un dia: el beneficiado por él le recogió en su casa creyendo pagar asi la deuda inmensa de una gratitud que debiera de ser imperecedera; pero como aquel acto era violento y solo por vanidad puesto en práctica, sufrió muy pronto la reaccion siguiente.

El enfermo pobre, y solitario, se volvio loco de sufrir; y el ateo, el bárbaro que le habia dado una habitacion en su casa, tubo bastante fuerzas para ponerle en el portal de una Iglesia! pudo haberle llevado á un hospitál;

pero temió el ojo del mundo, y eligió como la ramera, la inclusa para deponer el fruto de sus placeres; eligió el portal de una Iglesia para tirar á su bienechor; al bienechor, desgraciado, loco, y abandonado en la tierra!

Creemos provar con este hecho toda la barbarie de sangre de esa familia: pues uno de ellos, no fué bastante honrado para decir á Dios—"cumplo con un capítulo de tu doctrina: la caridad."

A este tenor se referian sucesos en *jénero* que atestiguaban la crueldad; el cinismo de aquella familia: herencia fatal que habia ido pasando de padres á hijos. Solamente Inés se eseptuaba, como dijimos, de aquella regla: parecia haber refundido esclusivamente en ella la naturaleza, toda la savia que nutre el corazon del divino tesoro de la sensibilidad; y por una demostracion jenerosa de la justicia de Dios, se creeria que habia dejado á toda aquella jente sin corazon, para hacer que un miembro privilejiado de entre ellos, les mostrara como el sol su luz á la tierra; lo que es sentir, amar, creer, consolar y esperar.

La familia Picotti era negativa absolutamente sobre esta fas de la filosofia relijiosa: pues ella, hacia consistir la relijion en mentir, en fomentar el mal, en dudar del bien, y no esperar ni creer sino en la plata.

Bien: Anjel tenia su credo particular: vivir á costa de todos, y no tomarse pena por nadie; le venian á despertar cuando dormia, diciéndole: su padre se muere: alzaba la cabeza; estendia los brazos; miraba á todas partes como dudando de la verdad, y con voz fria respondia allá voy: aunque no viniera en una hora por ejemplo.

Se moria un amigo; aunque jamas tuvo uno, pero alguno de esos seres que se llaman amigos: la habitud de verse, de hablarse, dá derecho siquiera para una palabra de triste recuerdo, á cualquiera: mas Anjel Picotti, se contentaba con desarrollar el principio universal: allá iremos todos.

Se trataba de hacer una colecta para socorrer á un desgraciado: el Anjel terrestre no tendia sus alas para abri-

garle con su calor. En fin: primero *él;* segundo *él;* y siempre *él* en todo.

Se casó Inés; Anjel fué á verla á los quince dias y *como estás:* y *adios* fueron las palabras mas graciosas de la entrevista.

Mas cosa rara! en medio del aforismo de aquella torpe indiferencia de *todo* y por *todo*, habia una fibra dañada; en la que parecia que la naturaleza hubiera derramado un vaso de amarguísimo veneno; la envidia. Un ser feliz para él, era el horror de sus sentidos: la fiebre de sus malos deseos y el punto donde concentraba sus tiros sus asechanzas y sus ambiciones. Cualquier malvado hallaba en él, un brazo y una cabeza dispuesta, y en ese límite, se despedazaba la pereza, quedando de pie satánica y odiosa la fea maldicion del crimen!

Hasta entonces, Anjel Picotti habia mirado con la fria indiferencia de seres á sus ojos, como todos, á su hermana Inés y á Antonio; y por consiguiente despues de la nueva posicion del segundo, se dijo que no solo Inés era feliz con un marido de primera condicion—terminos Picotti para designar á Lemaître—sinó que Antonio de Paula, era como Jefe de la casa introductora de Lemaître y compañia; bajo esos auspicios, le habia colocado su buena hermana, y le habia aceptado Mr. Lemaître su buen marido y por consiguiente era feliz.

Anjel oyo aquella ponderacion de bienestar con ese jesto raro que solo sabe hacer el envidioso; raza aparte de las otras razas malignas: jesto que consiste en un fruncimiento de frente y de labios, dando asi á la fisonomia, la importancia de un desdeñoso desprecio, mientras que el ojo delator; quemado bajo el fuego de la desesperante ansiedad y el voto mas infame contra la dicha ajena; fijo en un punto; envia uno de esos resplandores, que hacen encojer los nervios por instinto, ó por que su tétrica electricidad, se ampara de la electricidad ajena.

Desde la noche de ese dia, entró Anjel á su casa, mas tarde que otras veces; muy pensativo, y como coordinando un plan; se encerró en su habitacion se sentó llana

mente en un sillon, y empezó una conversacion con su *yó;* de esta franca manera:

—"Si yo no tomo la iniciativa, no seré sinó el Anjel Picotti que solo es conocido de si mismo: y siempre apareceré una pobre bestia: empezemos pues, amigo *yó*, nuestra vida; y veamos si nos hacemos entender, en el tono verdadero en que la naturaleza templó nuestra alma.

"Antonio feliz; ocupando una posicion que le dá ventajas inmensas sobre mi! este miserable que ni sabe como se puede hacer una intriga: que tiene mas vanidad que un pavo real cuando se pasea ciego de si mismo, ostentando sus galas: ese ente valdria mas que yó á los ojos del mundo! y despues, esa Inés, demasiado buena para llegar á ser feliz jamas: y sin embargo la que yo quiero sepultar antes del tiempo señalado en la nada: esa Inés, que ha preferido á Antonio para darle una posicion que no merece! esa Inés, debe de ser desgraciada. . . . y lo será! pronunció con un acento hueco y terrible como el acento de ese viento occidental que batiendo sus alas en una temperatura sumamente baja, deja oir sus lóbregos tonos, ya sobre los hierros de una ventana elevada, ya sobre las torres de los templos, como si viniera diciendo palabras de fatal amenaza contra el mundo: y quedó por un instante en silencio.

"Mas, como podré yo tan seco siempre con Inés, y con Antonio arribar á docilizar mi estilo cerca del uno y de la otra? por qué medios?

Y derrepente; como siguiendo la secreta inspiracion que parecia dominarle, se levantó y dijo con una de esas vozes que manifiestan la confianza sobre la adquisicion de un negocio:—Señor *Yó;* estoy dispuesto á *todo:* la astucia hará el resto!

A poco se tendió vestido sobre la cama, se durmió; pero no tan tranquilamente como siempre. Al otro dia muy temprano fué al cuarto de Antonio, que como un *dandy*, de la moda pasada, se recontoneaba y se daba aires de gran cosa delante de un espejo. Anjel se detuvó un momento en la puerta antes de entrar; riendo de las postu-

ras y el aparato de Antonio, que seguia balanceándose sobre sus piernas *rotundas*, y talareando un aire francés de mal gusto; pero que como ya era dependiente de una casa Francesa; hasta los aires que entonara deberian de ser Franceses.

Antonio vió la figura plástica del Anjel de la familia Picotti: dió una media vuelta á la izquierda, y poniéndose junto á él:

Y bien: entra hombre de Dios, le dice: que haces ahí mirándome como un enamorado?

Anjel, entró paso á paso, y se sentó al lado de Antonio.

Antonio—Pero que tienes que estás tan callado?

Anjel—Estoy como siempre.

Antonio—Ya sabras que soy primer dependiente de la casa introductora de Lemaître y compañia:—y acercándose al oido del hermano como si fuera un secreto y todo esto, por gracia de Inés: de esa santa que Dios ha puesto en nuestra familia para solo hacer el bien, y *sacrificarse por todos!*

Trató de enternecerse; y lo *consiguió;* pues despuntaron sobre aquellos ojos frios y amortecidos dos lágrimas compradas al puesto de primer dependiente.

Anjel lo estaba observando.

Antonio siguió: Sabes que ese empleo Anjel me traerá grandes resultados? no crees que puedo llegar á ser algun dia con un poco de viveza y de práctica en los negocios; un sucesor de Mr. Pierre Lemaître.

Anjel con frialdad: sino es mas que esta tu ambicion, no es gran cosa por cierto! Al fin Mr. Lemaître empezó con menos que tú; en pais estranjero, sin amigos, sin familia, y sin apellido que constase como bueno.

Antonio—Tienes razon yo tengo, mil ventajas sobre él; y yo seré su sucesor; pero doblando mi posicion, con ese envidiable y jeneroso instinto que me gobierna y me llevará siempre adelante.

—El deseo de ser algo; no: digo mal: de ser una gran cosa!

Anjel se sonrió maliciosamente; dejó ver aquel jesto de

que hizimos mencion al empezar este capitulo, y respondió: No consiste en deséarlo ni en pensarlo: sino en tener el tino y la oportunidad de verificarlo.

Antonio dió dos vueltas de vanidad por última vez al espejo; y respondió:

Eh! el tiempo y la destreza harán el resto....Anjel recalcó las palabras de Antonio—el tiempo y la destreza harán el resto....y se puso á jugar con la larga cadena de oro, que pendia de un reló magnífico que ostentaba á cada instante, sacándole de la faltriquera para saber la hora. Antonio miró el reló con envidia pues el suyo era mediocre y le dijo con petulancia: tengo en trato uno mejor que el tuyo Anjel.

Anjel le miró y replicó: sin duda te refieres al reló?

Precisamente.

Y bien, le respondió entonces está demas ofrecerte este.

Gracias en dos dias, tendré ya el mio!

Tan pronto! murmuró Anjel, indeliberadamente sin duda.

Es que Inés me ha dado una grave cantidad, de su motivo para que no caresca de nada en este primer mes.

Anjel: Pero es que en la casa de tus padres vives perfectamente y no careces de nada.

Antonio—Pero ella que tiene por mi una ciega predileccion, no sabe que hacer: és como una madre fanática, todo le parece poco!

Anjel—Con que asi es Inés para tí? y levantándose y tocando el hombro de su hermano con su mano pezada, le dijo estas palabrás con un tono sordo y desigual.

—Pues oye: tu que te ves amado de esa hermana como ninguno; tu que subes por ella el primer escalon de la esperanza; tu que la ves santa, buena, dulce, y bienechora, que sin duda lo és: tu Antonio de Paula Picotti: tu serás su verdugo: tu serás el *Cain* de la historia profana!—y sin respuesta, aquel hombre frio, en apariencia pero dominado de la sed del *demonio:* de la sed del mal salió lentamente de la habitacion de Antonio que quedó de pié, una mano en la cintura como desafiando la

gracia del bajo pueblo y un dedo de la otra, colocado en el ojál del chaleco, los ojos pequeñísimos siguiendo la estampa que se dibujaba todavia, sobre la hoja abierta de la puerta por donde habia salido aquel hombre.

Antonio estaba como helado en el mar de la vida de las ilusiones: aquella amenaza de un porvenir de cieno, no deberia de herir su alma transitoria y mesquina: pero el susto de que otro ser hubiera sorprendido una de sus ideas secretas: la desesperacion de ver quebrado el vidrio de su careta, por la mano ruda de un ser, que podia dejar de ser *su hermano*, para hacerse un enemigo, en cualquiera *hora:* esto era lo que habia sorprendido á Antonio en medio de sus ilusiones y de sus *planes cerrados.*

Pero era necesario no hacerse esperar tan luego, en la primera época del patrocinio amistoso de su hermana, y hermano político: y Antonio sacudió sus impresiones; compuso su rostro, y fué á ocupar su puesto.

En cuanto al Anjel en cuestion; habia creido conveniente visitar á su hermana y á Lemaître: y sin dar una señal de mas en sus visitas; se habia retirado satisfecho de su conducta, y de la posibilidad de trasponer el límite que pisaba Antonio de Paula.

Asi lo justificó el mismo, al entrar á su cuarto con estas sencillas palabras—"al porvenir!"

UNA TUMBA.

CAPITULO VI.

Una tarde del mes de Setiembre, al año de casada Inés; paseaba esta joven con su marido, en direccion al cementerio; paseo triste, esepcional, dirán los lectores, para dos recien casados pero sin duda en ese año habia tenido tiempo de entrar la filosofia de la vida á casa de los novios: y convencidos de la instabilidad de las cosas del mundo, irian talvez á justificar con sus propios ojos, la verdad fria, y eterna, que se cubre con un sudario, un poco de tierra, y una loza. Despues de haber hecho, un pedazo de camino bien melancólico, de cierto; al ir á bajar una pequeña elevacion de tierra, vejetativa como todos los sitios del suelo Americano; pasaba un cortejo fúnebre, que hizo encojer el corazon naturalmente timido de Inés, haciéndola decir, con emocion: una tumba!.... Dios mio! volvamos á casa Lemaître: este paseo es demasiado triste: me siento mala.

Lemaître, se sonrió y la respondió:

Inés; ese es un camino que todos tenemos que trillar con nuestra vida: es necesario acostumbrarse á ver estas escenas naturales.

—No: no puedo quien sabe sinó és alguna madre! y cayeron dos lágrimas de sus ojos.

—Pero las madres de diez y seis años como tu Inés; no se mueren asi no mas: replicó Lemaître, con galanteria.

—Es que Dios, no cuenta los años sinó las horas!

—Es que las horas forman los años; y con ellas se forma la cifra de la vida: añadió Lemaître.

—Verdad: dijo Inés como distraida de la idea de Le-

maître; y preocupada del cortejo fúnebre que se iba deslizando lentamente, ácia la direccion del cementerio.

Lemaître pareció notarlo; y queriendo talvez arrancarla del sobresalto que el pensamiento de ser una madre, habia ajitado el cérebro de Inés: la dejó un instante, y como á seis pasos de ella, preguntó á uno de los individuos del cortejo:

—Quien es el muerto?

—El preguntado, volvió los ojos hacia el preguntante; y respondió simple y concisamente: *Claudio Prado.*

Lemaître se retiró y volvió á colocar el brazo de su señora en su brazo; pero Lemaître pareció pensativo.

Inés por su parte; habia recibido el golpe en el corazon; y por esa ley no instintiva de la mujer segun algunos han afirmado; sinó social, completamente, impuesta y aprendida: la mujer, encontró fuerzas en la misma herida de su corazon; y haciéndose un coloso, trató de parecer tranquila aunque su rostro denunciaba un secreto profundo, por medio de tintas tan pálidas como las rosas de bengala.

Lemaître, con la precaucion y la actividad de un marido de doce meses, quiso asegurarse de que su mujer no sufria; y si sufria al fin era por un muerto; el haria el ról de consolador: Lemaître quiso vindicar su duda.

—Y, bien, volvemos á casa, ó seguimos? dijo á Inés, sin mirarla.–Seguimos repuso Inés, con el tono compuesto de la mayor indiferencia.

Lemaître—has oido el nombre del muerto Inés?

Inés—no.

Lemaître—Pues no es una madre, como tu te figurabas; es un hombre solo en la vida.

Inés—Desgraciado doblemente por eso Pedro; pues habrá sufrido aun mas que los que tienen familia!

Lemaître—Con que para ti, todos merecen compasion: los que tienen vínculos, como los que viven y mueren solos! eres muy buena Inés: y aunque yo tengo el corayon de un hombre acostumbrado á los trabajos de la vida, comprendo el tuyo; y tus bondades.

Inés—No Lemaitre: no soy buena: para serlo necesitaria prácticar ciertas doctrinas, que aun hé descuidado.

—Cuales Inés?

—La caridad Pedro!—y el cortejo seguia siempre delante de ellos pausadamente y ellos tras él como si el destino, les hubiera trazado la senda por donde deberian de andar aquel dia.

Al fin, el cortejo hizo alto, pues el término de su camino estaba señalado delante de ellos, con una gran portada de hierro y una cruz en su cima.

Lemaître é Inés se detuvieron tambien como si fueran refracciones de aquella masa que parecia formar un solo cuerpo; y como és de órden, esperaron que entrara la comitiva primero. La entrada quedó á poco libre y la pareja se introdujo lentamente en aquel espacio sosegado y tan necesario á los pueblos y á la humanidad que reconoce un Dios, para que sus miembros insepultos no hagan parte del alimento de las bestias y de las intemperies.

Inés se sentó en un banco de piedra y Lemaître siguió adelante leyendo con esa vana curiosidad del mundo los renglones que decoraban cada tumba. Inés á su vez despues de haber descansado un momento, cubierto el rostro con su manta de blondas francesas, se acercó lentamente al concurso mortuorio que habia entrado; y oyó esta conversacion entre dos de los jóvenes que le componia.

Alfredo—Pobre Claudio! tan joven y morirse desesperado!

Julio—Asi le sucede al hombre que se fia de una mujer: al fin le abandona por otro!

Alfredo—Pero si ese rival siquiera hubiera tenido juventud, belleza, talento! pero era completamente negativo sobre estas dotes.

Julio—Le conocias?

Alfredo—No pero conosco su nombre y sus cualidades.

Julio—Tampoco le conosco yo; me han dicho que se llama Lemaître y la infiel. . . .

Alfredo interrumpiéndole—Inés!

Inés tremula enjugando el frio sudor de su frente; oia



aquella breve historia, como oye un condenado á muerte la sentencia que le lee su verdugo: horrorizada. En aquel instante la comitiva cayó de rodillas ante la tumba que se habia abierto para recibir el cuerpo de aquel difunto; y sin saber como, Inès siguió la impulsion y cayó de rodillas tambien, como una hija delante de la tumba de su madre ó como una amante desgraciada delante de la tumba de un bien perdido.

Un joven como de veinte y cinco años *Alfredo de Riera* amigo del muerto, dijo á su memoria unas cuantas palabras de recuerdo, y de creencia en la eternidad. En ese momento, y cuando el jóven pronunciaba con mas entusiasmo el nombre de *Claudio Prado;* llegó silencioso y con paso muy mesurado, Lemaître, al sitio de la tumba laureada, y encontró á la piadosa Inés, resando, y con una estraña ajitacion en su pecho.

Lemaître la contempló un instante; y con voz fria, la dijo: Inés; vamos.

Inés se levantó en silencio y colocando su brazo en el de su marido le siguió sin desplegar sus labios hasta llegar á su casa.

Al entrar, el ama de leche de la hija de Inés y Lemaître salió á recibirles con la niña Aurelia en sus brazos. Inés la tomó en los suyos la besó muchas veces y Lemaître se retiró á su habitacion al parecer sombrio.

—Lemaître habia sorprendido el secreto de un amor, en la soledad de una tumba?—Trataria de comprobar ese amor, en la eternidad de otra vida?—El tiempo lo dirá.

DUDA.

CAPITULO VII.

Lemaître retirado en su habitacion se habia quedado como perdido en una atmofera sin luz, donde la retina podia llegar á suponer, la imposibilidad de dar forma á las figuras de la percepcion; completamente sombria.

Estaba sentado en un sillon, cerca de su bufete, la frente oculta entre sus manos, y los ojos completamente cerrados. En torno de la habitacion reinaba un perfecto silencio, que solo fué interrumpido por que Lemaître, levantò la cabeza despues de un rato de meditacion, y empezando á pasearse á largos pasos por la habitacion, dijò, con una voz sombria y como corroborando una idea, con la que habia luchado profundamente.

Esta mujer no me ama! y calló nuevamente paseándo sin cesar.

—Si; prosiguió á poco, pero yo lo sabia antes de mi casamiento; sabia sus amores con *Claudio*; sabia que. . . .y aqui hizo una pausa como si le costara trabajo pronunciar la frase: pero haciendo un esfuerzo, tal vez de amor propio prosiguiò:

No hay que hacerse ilusiones, yo lo sabia; sabia que esa mujer me aborrecia. . . . pero que se yó; el diablo, tentó mis sentidos, ó el corazon?

Se preguntaba con estraña injenuidad—pero sean los sentidos, ó el corazon, yo hé cometido un error irreparable que á los cincuenta y tantos años de edad, tiene algo ò todo de la estupidez. . . .y que hacer ahora? proseguia, pasando sus dedos por los cabellos cortos de su cabeza, al molde de los testa ferros :

—Hacerse indiferente; hacer como que no entiendo este amor á un difunto:—y luego, riendo agregaba:

—"Pues tambien seria gracioso que yo me pusiera á darle de puñaladas á un cadáver por que mi mujer quiere ese cadáver......mas: és que ella prefiere ese muerto al vivo: és que aquel muerto era su ideal; y el vivo és su fantasma—digámoslo en fin; su odio; pero reflecionemos Lemaître—se decia á si mismo; veamos en que podrá acabar este odio.

Y sentándose nuevamente como si estuviera en sociedad con algun intimo amigo suyo, empezó á hacer estas reflecciones.

—"El odio de una niña de quince años és natural que vaya adquiriendo nuevas formas, y mayores proporciones, y hoy madre ya; esa niña de quince años tiene un lazo doble, tanto mas pesado cuando no se ama al marido; porque, cuanto mas virtuosa sea la madre y la esposa delante del mundo, porque cumple con su ley: delante de Dios, por que le ofrece el sacrificio de su vida y de su alma: mas inmenso el yugo: mas terrible la sujecion á el; que resultará de esta lucha secreta? que vendremos á ser como dos hermanos, á cierta época de la vida: y los hijos....añadia con voz sorda:—los hijos serán los testigos y las victimas de esta situacion equivocada del destino ò la casualidad! dijo como sino quisiera apoyar las creencias forzosas en algun poder superior por su representacion moral, sinò dejarlas vagar sobre una razon fisica en la forma, é incierta en su fondo como son casi todas las razones del ecseptismo—si desde ahora, se pudiera evitar esa desgracia escrita con letras infalibles, en el porvenir!—decia pensativo: mas de que modo? en la America del Sud no se conoce el divorcio sinò por la ruptura absoluta; en fin por el escándalo social: y siempre son los hijos, los ciegos motivos que caén bajo las manos de ese mundo, para destruir en pedazos el nombre de los padres!....

Y sin ser ni por sueños, un adepto de la escuela Román-

tica; dijo con tristeza y desesperacion "maldicion; maldicion!"

Volviò á pasearse gravemente ajitado, cuando se abriò la puerta de su habitacion y apareció Inés con su hija en los brazos; Lemaître se estremeció de esa interna alegria que en los seres sanguineos, se manifiesta por la supresion absoluta del pálido, y el transporte, de ese encarnado vivo, en las megillas y en la frente: adelantó algunos pasos ácia Inés y sonriéndose la dijo:

—Ola! tu por aqui; y con esta carga! y tomò á su hija de los brazos de su madre.

Inés, aunque muy pálida y con anchas sombras en sus hermosos ojos se sonreia á su vez y parecia de acuerdo con su actualidad: solo una investigacion profunda habria podido encontrar en el fondo de aquella sonrisa un esfuerzo y un *no se que* del desabrimiento del sacrificio.

Inés se sentò al lado de su marido, que con la niña en los brazos parecia haberse olvidado hasta de la *duda* que lo atormentaba: del porvenir, de todo; y que solo veia talvez, en el dibujo suave de aquel rostro de niña, los perfiles bellos y amados de la mujer á quien habia ligado su destino.

Inés le observaba, no sabemos si comprendiendo el secreto, y al fin le dijo:

—Y tu que hacias, antes de venir yo, tan solo Lemaître?

Lemaître, alzó la cabeza y le respondiò sencillamente al parecer; te esperaba Inés.

—Y si no hubiera venido? añadió Inés con puerilidad.

—Habria sentido engañarme—replicó Lemaître, con un tono melàncolico que jamas habia notado Ines en la voz de su marido.

—Te habrá provado mal el paseo? me pareces cansado, añadiò Inés—y ella que estaba fija en el rostro de Lemaitre; vió pasar á aquella pregunta, como una sombra siniestra por sobre toda su fisonomia; pero haciendo sobre si mismo un imponderable esfuerzo respondiò:

—No Inés; no estoy cansado, hemos hecho un buen paseo aunque triste, es verdad?—decia fijando sus ojos en los

ojos de Inés, y jugando con las manecitas de la pequeña Aurelia.

—Es verdad—respondió Inés con un acento traicionado.—Pero tu lo quisiste Inés: complací tu melancólico deseo. (Observando su fisonomia)

Inés—sabes amigo mio, que para una niña como yo que empieza la vida; el camino que tiene que andar, está erizado de espinas; y al fin es muy largo!

Lemaître—con doble intencion, y rojas las mejillas nuevamente al oir el recuerdo de la juventud de Ines, que era como un reproche á sus muchos años:

—Muy pronto desesperas de la vida, y comprendo que de la felicidad:—las niñas que empiezan la vida simplemente hablando, no tendrian punto de vista fijo en el porvenir; pero las niñas que como tu empiezan su carrera por la noble mision de la madre; tienen su radio en el presente, y el porvenir, casi no es otra cosa, que la refraccion de este radio.

Inés—subitamente sonrosada;—és verdad: pero las madres son *seres* y piensan como los seres.

Lemaître—Con una diferencia, *madama;* que las madres tienen que dejar sus pasiones de mujer, para hacerse señoras de su casa y de si mismas, y ante sus maridos!

Inés—sorprendida del tono súbito de amargura de Lemaître, y adivinando sin descifrarlo, como se adivina á esa edad, todo el martirio, que le estaba reservado al periodo santo de sus horas de joven; tratò de mudar la conversacion, dirijiéndose á Aurelia que dormia en los brazos de su padre.

—Duerme Lemîatre? le preguntó con una voz ánjelica. Este volvio como el magnetizado, á ceder su secreta *duda* á la dulce nota de aquellos lavios tan lindos; desapareció la amargura de su rostro; y con voz tranquila le respondió:

—Sí: la ves? cuan bella es esta criatura!

Aurelia despertó, dió un grito de llanto y la madre la tomó en los brazos y desapareció.

Lemaître, volvió á quedar solo: esta vez, viendo desa-

parecer la figura fina y voluptuosa de Inés; de aquella mujer tan jóven; tan bella, y pensando que solo le pertenecia esa figura, sin que entrara en el cálculo afirmativo de la posecion, ni el corazon ni el pensamiento; y si él huviera conocido los célebres versos de la poetiza Neograndina la Rendon, titulados "*vivir*" que dicen:

"Mentira todo, cuanto ven los ojos.

"Y cuanto pálpan las terrenas manos!

Habria hecho la misma triste ironia de las ilusiones; de las esperanzas, y mas que todo de su propiedad de marido: aunque en esto no estubiera de acuerdo con la señora Rendon, que viuda, consagraba su Lira, á llorar la pérdida de su marido.

Lemaître volvió á quedar nuevamente sometido á la influencia de *aquella duda*, que como un despertador de la razon y de la conciencia, venia de rato en rato á decirle al oido.

"El espacio del mundo absorverá tu dicha: tu error, tendrá por juez tu propia conciencia" y algunas veces, pasó por sus ojos, como un fantasma burlesco, que riendo como el diablo, y haciéndole horribles jestos, dejaba oir á la vez estas irònicas palabras:—Por qué sufres hoy, si creistes ayer? quisistes mujer jóven, bella inteligente? la encontraste! lo único que olvidastes fué que esa rosa tenia espinas! ahora sufre las espinas que torturan tus plantas: que mientras no formen corona en tu cabeza, puedes decir con fé—"adelante, adelante"!

MISTERIO.

CAPITULO VIII.

Todas las naturalezas privilejiadas tocan en las pasiones, los estremos; no sabemos si está averiguado donde ecsiste el jérmen de este principio—si en la parte abstracta del ser; ó en la parte ecsacta llamada así, porque se palpa, ó está al alcance de la investigacion, mas ó menos cierta del estudio humano.

Mas lo que sabemos definitivamente es lo que dijimos al principio de este capítulo: que todas las naturalezas privilejiadas, tocan en las pasiones los estremos.

Inés era de este número, que de veras no és el mas estenso.

—Nacida con una imaginacion entusiasta, con el idéal de lo bello, dibujado con colores brillantes en lo mas fino de sus percepciones; resentia la necesidad de hacer practico aquel bien soñado y buscado desde la niñéz.

Lanzada á los quince años, á merced de una serie de tropiezos, que acabaron por darla el lazo de esposa, y de madre, sin ver interesado en este lazo ni su imajinacion, ni su corazon:

Esta niña, lo mismo que esos hermosos pimpollos llenos de fragancia y de vida que arrancados del centro de la planta y espuestos al vano capricho de vasos de adorno, se debilitan, y van muriendo de inanicion: asi Inés, veia irse desgastando su vida intelectual, y desarrollándose á su pesar, las formas de su vida visible.

Tendia una mirada á lo pasado y veia alzarse una tumba; miraba el presente y se veia esposa, y madre, sin

comprenderlo: el porvenir se presentaba triste, largo, y fúnebre, delante de sus pupilas llenas de inmaculadas imájenes, y de concepciones hijas de la primera vida.

Doloroso contraste sin duda; y lo peor de todo sin remedio!

Y bien: Inés cara á cara con el Sacerdote de la verdad: el sepulcro, y el sepulcro de un ser amado; sintió reaccionarse su vida, toda su alma, y surjir como por milagro, una y mil quimeras de otra vida, cayendo en pedazos las vanas instituciones del mundo, sus falsos principios, y por absoluta cosa al fin de todo, á Dios, levantarse como diciéndole al mundo—"Todo vuestro trabajo de siglos será como la obra de un instante: nada hay verdadero sinó la *redencion*."—Entonces, esa niña, á mirado con frio desdén el mundo; á parapetado su alma con las poderosas reflecciones que surjen del seno de la muerte, y sola en su habitacion, despues de llegar del Cementerio, á tenido esta conversacion; esta meditacion; esta lucha.

—"Oh mundo! mundo! chico como toda obra de los hombres!

—Qué eres hoi delante de esa tumba? La vanidad de la muerte que se viste de gala, para engañar al persecutor de la estirpe humana; y hacerse despues, doblemente horrorosa, cubriendo con un sudario, el inmóvil esqueleto; y mostrando por entre el polvo, la seca calavera: y el pedazo de mármol funerario, que cubrirá el cádaver para siempre!

—Eso es el mundo todo; un cádaver vivo: mañana, esta jeneracion será un cádaver muerto, que abrirá su osario para dar paso á otras jeneraciones que tendrán en breve la misma suerte! Y ese mundo pide sacrificios: cree que tiene derecho para erijirse en Juez, en protector, ó en Juez y delator del bien y del mal! y por él, y ante él, han sacrificado las esperanzas mas engañadoramente dulces de mi primera vida: y por él, y ante él, quedo yo inmovil, callada y soportando el dolor secreto de un amor perdido: de un corazon despedazado; porque ese mundo delataria á la esposa infiel aunque solo lo fuera en memo-

ria; y esa hija reclamaria mañana sobre el rostro de su madre, una falta que jamas hubo cometido!

—Que és esto gran Dios—decia tomándose la cabeza entre las manos, como si quisiera contener, el poder del elemento destructor, que la abrasaba—que és esto de comprender la nada de la vida; y luchar á la vez, con la juventud, con la fuerza; con una pasion que talvez no és sinó un sueño; y con un marido que no se amará jamas, Dios mio; Dios mio! Porqué hé llegado á merecer este castigo, cuando apenas el alba de la vida se levantaba sobre mi cabeza? Sin este sacrificio, yo no veria en esqueleto esa sociedad que hoi desprecio: loca con mis quimeras, formaria parte de ella, sin ecsaminar lo que valía, ni lo que me debia: ni lo que me robaba! Mas la ambicion de mi familia, sobre todo de mi padre, abrió una tumba para mi corazon; y erijió un altar para mi destino; para saciar sus vanidades! y sin embargo; proseguia de un modo afirmativo—Lemaître no es rico: la fortuna que forjó para engañar la credulidad de esos ancianos, entiendo que solo fué un arbitrio: y este és caballero? decia enrojeciendo sus lánguidas mejillas del transporte de la ira; ese és el caballero sin igual que mis padres y hermanos acatan hasta la bajeza! Lo mismo hace un falsificador, para absorverse la fortuna ajena; y tiene la pena de muerte! y estos falsificadores de destinos; estos traidores, asesinos del alma y de la esperanza, que absorven una vida, como si fuera una propiedad esclusiva, aunque esa vida caiga rota en pedazos á sus plantas; estos hombres que quieren á una mujer, por sí, y para sí, sin indagar nada: esos deben sufrir el horrendo castigo que está reservado á los horrendos crímenes!

Y la escitacion febril que quebranta la fuerza mas viva, cuando, la lucha supera ó se balancea, al valor de la fuerza; inundó su corazon, y se dejó tomar de un golpe de lágrimas.

Inés lloró; no como lloran los niños á gritos, desesperados de sensaciones: sinó en silencio y profundamente; como si las fechas de su vida se hubieran adelantado tan-

to yá: que en medio de la sombra de las esperanzas muertas; se sentara sobre el ataúd que las encerrara para siempre, á vindicar el dolor humano—como una victima.

Sola, en su habitacion; pues desde que entró á ella, despues de besar á su hija, volvió á ponerla en manos de la aya:—podia en verdad, llorar á su antojo.

Sin enjugar las lágrimas; dejó su asiento y se dirigió ácia una pequeña caja de ébano de sobre mesa incrustada en nácar; tocó un resorte secreto de plata, apenas perceptible, de uno de los lados de la caja, y apareció en el saliente de él un billete, un retrato, y un ramo de flores.

—Mas; las lágrimas se secaron subitamente por el susto: se acordó que la puerta estaba sin el resorte que la hacia invulnerable; y corrió á hacer práctica su seguridad.

Encerrada yá, se entregó á la pasion de su alma: abrió el billete; y leyó con una voz templada en la nota mas suave que pudiera haber encontrado Bellini para dar el último ádios á su *Maria*, estas palabras—

—"Verdad que me dejas solo en la vida? qué me abandonas por otro? que voi á perderte para siempre? para siempre!

—Como has podido, criatura, decir al hombre que alienta por que tu le amas: "me perderas para siempre!"

—Todavia no puedo creérlo: quiero oirlo otra vez de tus lavios para quedar convencido; dár un adios á la tierra, y dejarme morir Inés!. . . .que has hecho! por qué has cedido á la ambicion de ese bárbaro padre, de esa perversa familia? porqué no te acordastes que *Claudio* vivia para tí, para salvarte de cualquier peligro; para combatir con todos los obstáculos que se interpusieran á tu paso, á tu dicha? Como despues de tus juramentos y los mios delante de Dios; has ido á hacer este juramento que solo han escuchado los hombres? Quién té ha amado como yó? quien té amará como yo?

Tu has debido estar loca cuando asi me has olvidado: y si me habias de dejar un dia: porque pusistes en mis ma-

nos tu imájen; no temes que yo te pierda, diciendo á ese bárbaro que vá á ser tu marido: "me pertenece: es mia: aqui esta su retrato: aqui estan sus cartas: aquí están estas flores que irán á morir en mi tumba: aquí está todo lo que dá el amor para hacerse visible; y en el alma la esencia infinita que le mantiene para hacerle digno de Dios!" y despues, ella tiene la palpitante reminicencia de mi *yo:* mi retrato; tambien ella me ha dicho en mil papeles justificativos: "tuya en la vida: tuya en la tumba" y con estos documentos se casaria ese bárbaro sin verse amado: sabiendo que tiene un rival; que esa mujer no puede ser suya jamas!.....Pero si yo hiciera esto, tu te moririas desesperada; tu familia despreciaria á la virjen sin razon; y esa virjen, verdadera señal de la pureza sobre la tierra; vendria sollozando de amor, y de pena á mis brazos habiendo perdido posicion, familia, todo!....:

"No! no te quiero á costa de ti propia! mi amor és mas grande, por que no és la loca sensacion de la pasion, sinó el óleo bendito del sentimiento, que purifica el corazon mortal, y lo eleva á mas intimas palpitaciones—á Dios!....

—"Yo te amaria de rodillas, sin tocar ni la orla de tu traje, si para conservarte mia, fuera necesario este sacrificio á las sensaciones del deseo: yo seria la víctima! pero te tendria á mi lado; escucharia tu voz: veria tus ojos, devorantes, saludar mi alma marchita, como los santos ven las maravillas de la creacion, creyendo que no les pertenecen sinó en acsioma: pero cuyo verdadero dueño es Dios. Asi te miraria yo, diciéndole á los sentidos, contemplad, pero no devoreis la ofrenda, que está consagrada al alma, para hacer de ella, un culto; y las manos no tocarian el altar!

"Ah! porqué me has dejado! mi vida que solo era buena porque tu la animabas de tu calor, sin tí ese és un asunto concluido. Ya no quiero gloria, y lo digo sin desesperacion: ya no habrá nada para mi deseo, para mi ambicion! que haria yo con el aplauso de ese mundo, algun

dia si ese aplauso no encontraba éco en tí: en tí que eres la mujer de mi destino?

"Para qué, y para quien trabajaria? Quién recojeria en su seno mi gloria, para divinizarla si tu eres de otro? Despues de perderte, todo me és ya indiferente: te lo digo con profunda tranquilidad: el dolor, lo mismo que ese gusano torpe, y escurridizo que hace su marcha incesante, sobre el cádaver, como sobre la flor; absorviendo la materia asquerosa del uno; la esencia preciosa de la otra: el dolor como ese gusano, devorará mi vida.

—"Con las lágrimas en los ojos, te lo digo: me matará el dolor; y tu llorarás en breve sobre la loza de mi tumba.. Qué puedo decir contra tí?........qué la avaricia de un padre y de toda una familia te há sacrificado, y causa mi muerte?

"Dios los jusgue! y Dios, haga que te encuentre algun dia en ese mundo suyo, para adorarle juntos"!....

Aquí concluia la carta de Claudió: la misma, que sinó lo há olvidado el lector—le fué dada por una críada, cuando enferma Inés, se veía amenazada de perder su libertad y su amor, para entregarles al poder absoluto de un dueño egoista y frio!

Inés cayó de rodillas con la carta en las manos delante de un lienzo que suspendido en un ángulo de la habitacion representaba la virgen Dolorosa—y permaneció un momento en aquella postura, como substraida á todo pensamiento humano.—Despues se levantó, tomó un óvalo de oro, guarnecido de perlas: tocó un boton figurado con una perla de la guarnicion; se abrió una tapa; y quedó visible el rostro de Claudió Prado, con sus largos y risados cabellos, y sus ojos de una belleza artistica.—Inés sintió enrojecerse sus blancas y trasparentes mejillas—y sin llorar decia:

—"Que bello erá! todavia me parece que escucho aquella voz tan clara, y tan insinuante, pronunciando mi nombre, repitiéndome" te amo: te amaré mientras viva!"

—Como ha pasado esta muerte? este casamiento, esta estraña combinacion de malas cosas Dios?—y que puedo

yo hacer ahora siendo ya esposa y madre?......y como sí este recuerdo tuviera el poder de aumentar su fuerza destinada al sacrificio; cerró el medallon; depositó el billete á su lado, y contempló un momento sin besarlas, unas flores ceñidas con un lazo negro, que consistia en unas *siempre vivas*, *un pensamiento*, *y un eliotropo*—reunió todo encerrándole en la caja de ébano, la que aseguró perfectamente: y alzando la cabeza con enerjia—dijo sin duda á Dios:

—Ahora la careta: la fuerza en este caso es el disimulo: el disimulo, la refleccion sobre el orden social de un mundo que no vale gran cosa por otra parte: y la refleccion el espacio, donde por todo bien de mi doctrina; encuentro la ecsistencia de una hija á la que van dedicadas todas estas abnegaciones! Sea en nombre de Dios y de ella! decia mirándose á un espejo de gran toillete que se destacaba en el fondo de la habitacion como delatando sus menores sonrisas, sus mas leves movimientos.

Se halló muy cambeada; anchas y dominantes sombras, se tendian bajo sus ojos, invadiendo un largo perfil de sus mejillas:—y arreglando sus risados cabellos de un negro esplendente; reponia:

—"Se conoce que he sufrido; sospechará mi marido el *por qué?*—y con marcada indiferencia proseguia: "y que me importa? al fin dirá ese hombre plástico y mesquino, sufre por un muerto! vaya por otras que gozan y sufren por los amantes vivos! en la vida social; la mujer debe de saber disimular. Con ese parche en la conciencia, y en el rostro, la mujer puede vivir madre y esposa y respetada, por mas errores que cometa.—Quién vá á dar importancia á este secreto mio? la jente se burlaria de mí, sin compadecerme; y compadecerian á mi marido por amar á una *pobre loca* enamorada de un muerto.

Tales serian las palabras del mundo, si el mundo llegara á sorprender este recuerdo de mi alma. Guardémosle—decia con conviccion; guardémosle; desde hoy consagro mi vida, á hacer todo el bien posible á las desgraciados: y á dominar mi corazon, delante de mi marido, y delante

del mundo: Dios solo será testigo, y Juez de la intimidad de mi alma.—Al decir esto ajitó el cordon de una campanilla: y se presentó el aya de Aurelia—Y mi hija? preguntó Inés:—duerme?—El aya por toda respuesta fué á traer á la pequeña Aurelia.

La madre la tomó en sus brazos y pasó á la habitacion de su marido donde sucedió la conversacion que en el capitulo *Duda* transcribimos del original—sin quitarle una letra.

Cuando Inés volvió á su habitacion despues de aquella conversacion con Lemaître; se hizo sencillamente este reproche.

—"Inés: tienes diez y seis años: reflecsionas sin practicar; ah! y que distinto es hablar de hacer. Lemaître, há podido sorprender mi secreto; en que consiste—decia la *niña esposa*, que otras saben disimular con tanto acierto?—Investiguemos: veámos si yo soy capáz ó seré de hacerme impenetrable desde hoi, para el mundo entero!

Y la niña, inclinó la cabeza en las manos y quedó sumerjida en una profunda meditacion.

—Veámos lo que hace la mujer en adelante

CONVERSACION DE FAMILIA.

CAPITULO IX.

AL siguiente dia de estas reflecciones de Inés; Don Juan y Doña María Picotti, sentados en la galeria de la izquierda de su casa, y tomando, aunque Bordaleses el teé del Pais, el mate:—señal positiva dicen nuestros buenos *gauchos*, de que el estrangero no se vá de la tierra: —tenian la siguiente conversacion:

Doña María—Vistes anoche Juan, que cambeado estaba el semblante de Inés? habia llorado!. . . .Si fuera posible creer que Lemaître conociera que no es amado!

Don Juan—Eso, por sabido lo calla Lemaître. Tambien él me pareció disgustado: hasta conmigo, guardó su semblante serio, todo el tiempo que duró nuestra visita.

Doña María—Malo, malo! ya empiezan las espinas!

Don Juan—Y aquién no han punzado esas espinas despues de un año de casados? Acuérdate tu misma, de aquella noche de baile, en casa de la tia Manuela Alcár: sinó rompes las cintas que adornaban tus cabellos; yo... estaba dispuesto á hacerlo por tí.

Doña María—Me acuerdo! pero no todas las mujeres tienen la fuerza para sufrir, que yo he tenido Juan. Tus impertinencias: el vicio inseparable de las mujeres, que há sido tu rey, en la vida, á cualquiera otra la habria cansado.

Don Juan—Y qué habrias hecho; ó habria hecho cualquiera otra con cansarse de sufrir á su marido?

Doña María—Echar como tantas otras por la calle del medio, como dice el vulgo.

Don Juan—Y adónde te habrias dirijido?

Doña María—A donde quiera.

Don Juan—Habrias tomado un amante?

Doña María—O habria trabajado para no tomarle.

Don Juan—Eh! perlas al mar! esos son petardos en dia de trabajo; las mujeres casadas que se separan de sus maridos, no hacen sinó elejir el hombre que debe de engañarlas mejor.

Doña María—No todas Juan—Hay mujeres que buscan en la mediania el mejor modo de hacerse honradas.

Don Juan—Bien: dejemos esto: todas las mujeres son buenas cañas de pescar!

Doña María—Gracias: siempre fuistes para mí, tan galante como en este momento: pero yo no olvidé jamas el cuarto mandamiento contra los pecados capitales.

Don Juan—Ah: si la templanza!

Doña María—Es verdad. Quiera Dios que Inés practique esa santa virtud, como la ha practicado su madre!

Don Juan—Eres tu propia apolojista: mas en cuanto á Inés; yo te voy á decir mi parecer. Sabes lo que creo que és Inés? una niña con ideas muy estravagantes, que hará sufrir á su marido; y quien sabe si nosotros entraremos en el número de los que lloren.

Doña María—Y qué causa ha podido producir ese pensamiento? Acaso, la seria y profunda resignacion, con que ha aceptado el marido que la has dado Juan? Acaso, el juicio con que está manejando su casa, á los quince años?—vaya: veámos porqué la jusgas asi.

Don Juan—Sonriendo:—Ya veo que se toca la cuerda del amor propio: por que las madres todas, se creén vér reflejadas en sus hijas; pero oye á tu pesar; esa niña tiene mucho que dar de sí, todavia; ahora solo se vé un lado del cáracter de ella: á los veinte años, tu la veras tal cual és.

Doña María—Doble culpa entonces; pues que has casado á esa niña demasiado temprano.

Don Juan—Y á mi que me importa, por ejemplo, que sea buena ó mala para su marido?—no lo és para mi!

Doña María—Buena doctrina! lo que no quieras para tí, no lo desées para nadie—dice el evanjelio—por que lo hás olvidado?—y despues Juan: los hijos que son malos fuera de sus padres: pueden ser malos con sus padres algun dia!

Don Juan—Pero entonces, yo talvez no viviré!

Doña María—Pero si crées en otra vida, no te regocijarás supongo del mal ajeno, ni menos miraras con indiferencia la felicidad de tu hija ó su desgracia.

Don Juan—(Con nonchalance) Déjame de otra vida: la cierta és esta: despues, quien sabe donde nos vamos.

Y luego María; los hijos se han hecho para desprenderse de sus padres; anda tú, á trazarles el camino que deben de seguír: se reirian sobre tu cara.

Doña María—Pues Inés no es así: y hasta ahora me has provado con una razon, que esta noble criatura, sea el triste modelo que tu me has trazado.

Don Juan—Viendo que esta objecion no tenia réplíca; se contentó con decir:

Bien: el tiempo lo dirá: pero no me negarás que Lemaître está disgustado?

Doña María—En vez de negarlo, lo confirmo: lo hé notado sombrio.

Don Juan—Y, supones por qué puede ser?

Doña María—Como hombre esperto, habrá sorprendido el frio del desamor, en una caricia; y el olvido de su persona en mas de una ocacion.

Don Juan—Mirando de alto á abajo, á su mujer.

—Ah! mujeres! mujeres! vosotras sabeis mas, que los doctores viejos: y armaís mas trampas, que los ejercitados cazadores, para los pájaros indefensos.

Doña María—Siempre la misma mania! y ya que eso fuera cierto:—quien tendria la culpa de que la mujer supiera del corazon humano mas que el hombre?—sin duda Dios, y vosotros que os aclamais señores del mundo—Por qué le niegan á la mujer derechos que le sobran: derechos que la naturaleza le ha dado? Por qué la obligan á estrechar sus conviciones; su alma; su destino?—Por qué este

sarcasmo para la amiga y compañera de la vida del hombre, cuando para él están abiertas todas las puertas: para su paso no hay obstaculos; para su deseo no hay imposible! La ley; la organizacion social, le concede este caudal sin ecsámen; y el hombre le lleva bajo su pezo como el águila su fiereza, su fuerza y su cortejo de aves inferiores!

Don Juan asombrado — Pero en que escuela has aprendido esa filosofia mujer? Te estoy desconociendo á tal punto: que creo que eres un doctor de derecho disfrasado con tu persona.

Doña María (sonriendo)—Qué irónia! así somos las pobres mujeres! cuando nos vindicamos sencillamente, sorprendemos la ignorancia de nuestros enemigos de intuicion: y se mofan del raciocinio, como se mofaria un muchacho mal criado, del bonete de turco, sobre la cabeza de un francés.

Don Juan—Pero qué cambio es este? Volvió á repetir asombrado y no se cansaba de mirar á su mujer, tal vez sintiendo que le hubiera espetado aquel trozo de filosofia como el llamaba á la verdad; á la hora de la vida, en que la figura de la juventud, habia desaparecido dejando en su pós, el feo hárapo de los años, como un ejemplo de espiacion.

La señora sin hacer atencion á las sorpresas de su marido, siguió la conversacion en su base:

—Inés está fria para nosotros.

Don Juan—Es verdad: tambien lo hé notado: mas no alcanzo el porqué.

Doña Maria—El *porqué:* el *porqué!* Ese secreto está en tu ambicion, Juan, y en mi debilidad. Vé ahí una prueva de lo que importa, que una mujer casada sea sierva, en vez de señora: no puede ni hacer respetar á sus hijos: ni hacerlos felizes!

Don Juan—Veámos porqué.

Doña María con gravedad—Si cuando tu, te empeñastes en *adjudicar;* diré—la mano de tu hija, á ese hombre que puede ser su padre, solo porque ese hombre decia

que tenia *fortuna*, y la tuya estaba en ruptura; yo; la madre, y tu mujer, hubiera levantado la cabeza, y te hubiera dicho—usando de mi fuero—jamas! ese enlace no se hará mientras Inés no lo pida!—esa niña que á los diez y seis años yá es madre, sin haber dado todavia su corazon al hombre de su cariño: esa niña que será muy desgraciada; estaria hoy á nuestro lado: elijiria el ser que podria darle las horas buenas, que se llaman felicidad: y no la verias hoy, fria, grave, y pensadora; cuando las flores de la esperanza, están sahumando recien, la cabezera de su lecho de adolescente.—Qué quieres hoy de ella? reflecciones amargas!—todo lo mira sobre fondo negro porqué no ama: y si ama, no está á su lado la criatura de su pensamiento.

Don Juan—Pero tu sabrás María que en Europa casi todas las mujeres se casan por conviccion: sobre todo, las jentes ricas: yo creo que Inés se acostumbrará.

Doña María—Jamas! Hé leido sobre su frente ese juramento: parece desprenderse hasta de los poros de su piel tan dulce, y tan jóven.

Doña María lloraba al decir esto.

Don Juan—Y tu misma no la empeñastes á ese enlace?

Doña María—Es cierto; porque tú lo ordenabas con esa severidad, que há sido la regla de tu cáracter cerca de mi—y yo, que siempre timida, hasta en la vejez; no hé sabido sinó hacerme instrumento de tus mandatos: contribui á que Inés, rompiera en pedazos su corazon, para satisfacer tus ambiciones, Juan!

Don Juan—Pues no te veo ahora tan sumisa como entónces!

Doña María—Porque Dios me sujiere estas palabras ya vanas, porque el mal está hecho! Creés que si hoy mandas obedeceré menos? Reflecionar no es ejecutar: y si mi cabeza piensa; mi voluntad es ciega, y mi paso devil.

Don Juan (como subyugado)—María; no recuerdas aquel jóven que amaba á Inés, y que hace poco murió segun dicen, de dolor por haberla perdido?

Doña María—A quién—á Inés?

Don Juan—Si: lo hé oido á nuestros dos hijos Antonio, y Anjel: y....que se yo; decia como trayendo á la memoria algun recuerdo perdido—que se yo—si Lemaître, no me dijo tambien un dia que *Claudio Prado*, amaba tanto á Inés, que le costaria la vida el haberla perdido.

Doña María—Y en qué fecha te lo dijo?

Don Juan—Me parece que hacen dos ó tres meses.

Doña María—Estaria zeloso Lemaitre entónces?

Don Juan—Mas de quién—del muerto?

Doña María alzó los ojos al Cielo, y con voz profunda, dijo—Quién sabe!

En aquel momento se presentó delante de ellos Anjel, con su aire de *nonchalance* habitual, y jugando como de costumbre con la larga cadena de oro, que respondia de la ecsistencia en la faltriquera, de su magnífico reló, y sonriéndose preguntó:

—De qué se trata?

Don Juan—De un asunto que tu conoces, y del que puedes dar informes como nadie.

Anjel—Como por ejemplo?....preguntó, reclinando sus dos brazos en la baranda de la galeria.

Don Juan—No me dijiste un dia, que *Claudio Prado*, amaba tan ciegamente á Inés que se moria si la perdia?

Anjel conservando su postura—Y despues añadi algo mas:—que Claudio Prado habia muerto de pasion por Inés:—Y qué hay con eso?

Don Juan—Pero Lemaitre no lo sabe?—añadió sin confiar al hijo las palabras de Mr. Pierre.

Anjel—Tan bien, como yó.

Doña Maria como corroborando una antigua aprension;—Bien me lo decia el corazon!....

Anjel—volviendo el rostro ácia su madre y sin dejar el descanso de sus brazos sobre la balustrada—Y qué hay sobre esto; algun miedo de desgracia; ó ya ecsiste la desgracia? sepamos el motivo del pronóstico del corazon vuestro, madre?

Doña Maria—Hijo; creo que Inés no será dichosa, y Le-

maitre. . . .aquí hizo una pausa, que Anjel trató de salvar diciendo:

Y Lemaitre bastante astuto, para no perder en la partida—es verdad?

Doña María—A vezes los hombres mas astutos, hijo, son victimas de sus propias pasiones.

Anjel hizo un jesto imperceptible; el jesto de los envidiosos de que ya hemos denunciado las formas: y dejando su postura; con ojo observador y á la vez un tono compuesto de indiferencia, se dirijió al grupo de los ancianos: empezó á pasearse y á seguir la conversacion—Pero de todos modos, madre: que puede haber de alarmante en este asunto?

Doña María—Que hé notado sombrio á Lemaitre, y á Inés muy pensativa: algo mas; llorosa!

Anjel—No és estraño: Inés, amaba ciegamente á Claudio: Lemaître lo sabía: vé que Inés sufre de la muerte de aquel y Lemaitre está zeloso de un sepulcro! Sonriendo.

Doña María—Tanto peór Anjel: un amante vivo, podia alejarse, y aquietar el ánimo del marido zeloso: mas un amante muerto; no puede traer sinó un zelo perpetuo: un perpetuo sinsabor y una solucion tan fria como ese sepulcro, hijo!

Don Juan—Quimeras!

Angel—pensativo y como si hubiera encontrado el hilo de una idea, que flotara desde tiempos en su memoria, sin poder elaborarla—"No tal: no son quimeras, padre; es racional la refleccion de mi madre: ese casamiento tan *desigual!* acabará por una ruptura tenebrosa. . .

Doña María—asustada—En nombre de Dios! traten de disuadir á ese hombre para que no lleve las cosas á la desesperacion!—Hablen con Inés: que no se deje ver tal cual és: sinó tal cual debe de ser hoy, como mujer casada y madre: háblenle de su hija, de Dios, de todo lo que pueda convencerla; hacerla volver en sí de su error, y Lemaître se calmará.

Angel—Pero, si Lemaitre está quieto madre: refleccionar, y sufrir, no es *hacer*; mas yo hablaré hoy con él, y

despues con Inés sin comunícarle mi entrevista con su marido: créo que quedará eso arreglado: á lo menos si Dios me proteje! dijo, mirando de través á los dos viejos que respondieron.

Don Juan—Tu eres capaz de arreglar eso y mucho mas hijo.

Doña María—Que la Virgen, siga tu paso y oiga mis votos, hijo mio!

Angel se alejó.

Dos vozes se cruzaron en la escalera:

Adios, Angel:—adios Antonio!

Era Angel, que saludaba bajando, á Antonio que subia, y le respondia á su vez: y luego, cantando siempre su aíre Francés, como el del *Chatelaine*, par *exemple*—y haciendo piruetas *de ensimismado*—Antonio se dirijió al grupo de los ancianos.

Doña María—Ola hijo—y cómo está Inés?

Buena mamá—y decia mamá, desde que estaba en casa francesa.

Don Juan—Y Lemaitre; siempre contento y bueno para tí?

Antonio—Ah! es una pasion! Escuchad—aquí traigo una *confianza:* una habilitacion para uno de esos pueblecillos del territorio donde pienso que voy á empezar mi fortuna.

Don Juan abriendo tamaños ojos—De veras hijo? Y eso por intercesion de la linda hija de mi alma, Inés?

Antonio—Es verdad; me quiere Inés con delirio: ella lo há hecho todo: há hablado; há rogado y Lemaitre ha concedido.

Doña Maria—Inés es una santa!—dijo fijando sus ojos tristes en su marido como si le quisiera recordar, el torpe modelo que habia él hecho de su noble hija; pero el anciano avaro; ya no veia ni oia, sinó por la habilitacion de Antonio; y ni oyó ni hubiera oido que significaba aquella reseña.

Don Juan—Y cuando marchas hijo?

En algunas semanas *papá*.

Doña Maria—Y dime Antonio tu creés que es feliz Lemaitre é Inés?

Antonio como recordando alguna circunstancia olbidada:

—Me parece que no: aunque si bien lo digo, no tengo en que fundarme para pensarlo.

Doña Maria—No has notado demasiado grave á Lemaitre?

Antonio—Es verdad! y ahora recuerdo—que hoi al darme su confianza en el negocio que me aleja de la casa; me dijo—"trabajad para no depender de nadie, aunque no creais que en tener fortuna, consiste la felicidad: pero el hombre debe ser hombre!

Doña Maria—Y que dijo Inés?

Antonio—Lloró me abrazó y me dijo: "no te cases jamas con mujer de la cual no tengas pruevas de su profundo cariño: por qué la harás cargar la cruz del dolor, hasta la muerte, y ni tu fortuna ni tus desvelos, lograrian, hacerla decir siquiera—"el porvenir será mejor!" Nada Antonio: las flores de esa cabeza bajo el Cielo del desamor, se secarian, como bajo los hielos eternos de los Andes."

Doña María—Gran Dios! y Lemaitre la oyó

Antonio—Sí.

Don Juan ajitado—Y qué dijo?

Tomó su sombrero y salió mientras que Inés me repetia sin cesar "no te cases sin ser amado!"

Doña Maria—Ah! será posible que *Por una fortuna*, se le haya dado *una Crúz*, á esa niña tan buena: tan sumisa tan intelijente y tan linda?—y clavando una mirada triste y dolorosa en su marido, esclamó:—Ah Juan! que has hecho, que has hecho!

Don Juan—Bajó sus ojos y guardó silencio.

Antonio se dirijió á su madre, y la dijo:

—Y qué quereis que se haga en este asunto?

—Hablar á Lemaitre, á Inés: disponer bien esos ánimos en favor el uno del otro: y ver si se puede obtener que no

sea el Calvario de Inés tan horroroso como parece que se le prepara hoy!

Antonio—Perded cuidado mamá: que lo que yo no pueda con Inés, y con el marido, no lo podrá nadie. Voy á hablar á Inés primero; á Lemaitre despues: sin decirle que hé visto á aquella por nada.

Don Juan—Trabaja hijo sobre este asunto; porque de esto has de sacar provecho!

Doña Maria—Trabaja en bien de la humanidad; de tu hermana, y por conciencia de tener que parecer delante de Dios como cristiano hijo mio, algun dia!

Antonio alejándose—Así lo haré mamá; asi lo haré! y desapareció.

Anjel hablaba con Lemaitre en su habitacion, en la hora en que Antonio, subia la escalera, que conducia al *toillete* de Inés.

El capitulo siguiente dará la esplicacion de estas dos conferencias.

De como pueden tratar dos comisionados un mismo asunto.

CAPITULO X.

Anjel habia golpeado suavemente la puerta entreabierta del cuarto particular de Mr. Lemaître; en momento en que este estaba leyendo en uno de los diarios de la Capital, unos sentidos versos á la memoria de Claudio Prado, por un *Alfredo de Riera*: estos eran los versos:

Balanceando recien, en la rivera
la flor primera de la edad de Prado:
una mano mesquina y traicionera
la arrojó al fondo de ese mar helado.

———

Sin tiempo de salvarse; nadie pudo,
recojer el aroma de esa flor;
que tan contado espacio en tierra estubo,
luchando siempre con profundo amor.

———

Aqui dejó esa flor la planta viva,
de dó nació su dicha y su dolor:
esa planta perdió una flor amiga,
pero ella queda fresca en su esplendor.

———

Las flores si se arrancan, se envejecen:
las plantas sin las flores viven mas:
y cuando ya cansadas se adormecen;
mueren como los sueños sin edad.

———

Artista, y desgraciado—tu destino,
fué pensar y sentir profundamente:
una mujer, cruzò por tu camino
y arrancó la corona de tu frente!

Aqui hizo una pausa Lemaître.

Anjel observaba por entre la puerta entreabierta sin ser visto de Lemaître. Este manoseó por un instante con una rabia convulsiva, aquel papel delator; y con una sonrisa de entera ironia, se dijo asi mismo: "Adelante! veamos en que para esta historia."

Quién era esa mujer? una inconstante:
que *por una fortuna*, dió una vida:
cruzando en otros brazos, palpitante,
la patria del dolor y la mentira!

Mas tarde *Claudio*, la veras caér
victima de su error, arrepentida:
y á torrentes las lágrimas verter,
quu arrancó ciega, á tu pasion perdida!

Y la verás llegar donde reposas:
jadeante con *la Cruz*, porque trocò;
las ilusiones del amor hermosas,
creyendo, que *fortuna* es *corazon!*

Y tú bendito, que la amabas tanto:
que no pudistes sin morir, perderla:
—enjuga en tu sudario, el triste llanto,
de esa mujer que te dejó en la tierra!

Alfredo de Riera!

—Esclamó Lemaitre, repitiendo en voz alta, la firma que estaba al pie de aquellos versos, en el momento que Angel, inició su presencia por medio de un golpe leve á la puerta;—bien entendido que ese golpe fué dado, en la oportunidad que él creyó que podia servirle de pretesto

para entablar una conversacion intima: y habiendo tenido tiempo y datos para corroborar, que Lemaitre, no era feliz, y *por que.*

Adelante—dijo Mr. Lemaitre, divisando á Anjel, que se adelantaba á él, con mas atencion que de costumbre.

Bon jour, Mr. Lemaitre.

Bon jour Anjel, cómo vá de salud?

—Gracias, bien.

—Y cómo está Inés y la chica? preguntó Anjel, sentándose á su lado.

Lemaitre—perfectamente: madre é hija, se mantienen en una igualdad de termómetro, que no discrepa ni un átomo.

—Buen temple amigo! ese es un talisman para la familia y una promesa de buena marca para no dudar de la bondad de Dios.—Dijo Anjel y se sonriò cordialmente.

Lemaitre—es verdad: pero la salud no es la sola garantia que pudiera pedir un marido, y un padre.

Anjel—Entre-severo—Y falta á Mr. Lemaitre, el complecso de las garantias que necesita un marido? Lemaitre—Ecsaminando el rostro de Anjel cuyo sentido ambiguo, no habia podido descifrar jámas.

—Y por qué me lo preguntais Anjel?

Anjel, con doble intencion—Lo pregunto, porque vos me lo habeis dejado suponer.

Lemaitre—Yó? de qué modo?—no acostumdro caballero, dar á nadie, el permiso de entrar á investigar, ni á juzgar mis acciones de familia ni mis ideas de casado.

—Anjel, tornando á su mira secreta.

Escusad la viveza de mi pregunta; pues yo he venido á ofreceros una razon de tranquilidad doble, que espero que vuestra practica de hombre de mundo no desechará.

Lemaitre, por toda respuesta manoseó sus anchos y largos bigotes, y puso el diario sobre el bufete, que hasta entonces, habia permanecido en una de sus manos.

Anjel prosiguió—Los hermanos amigo mio, no podemos ser ni jueces, ni testigos ante la ley: pero si pode-

mos ser simplemente *individuos*, en la intimidad, y como tales—justos, sobre cualquier asunto de que se trate.

Lemaitre—sacó el reló de su faltriquera; miró la hora: é iva á levantarse sin contestar; negando asi, la idea vulgarizada de que no hay pueblo mas educado que el pueblo francés : si Anjel, volviendo sobre si, no hubiera hecho la siguiente estratejia viendo que sus dos tentativas, habian fracasado.

—Y bien; la política se ha hecho cargo de la parte comercial del pais, y si vos no entrais por el *aro*, como dice el pueblo—las bancarrotas, seran la esplicacion ecsacta del método arbitrario.

Lemaitre, se detuvo, y con cierta indiferencia, respondió :

Eh ! mejor para los que se dejen embobar!

Anjel; pero amigo no se trata de dejarse embobar: sinó de que le emboben á pesar de uno.

Lemaitre, como si estuviera ya, en la practica de una negociacion.

—Pero eso será lo que taze un sastre!

Sentandose nuevamente, mientras que Anjel, intencionalmente, en el fondo, pero casualmente en apariencia, habia tomado el diario, y leia, el artículo de fondo, con calma. Mas, derrepente Anjel, pareció sorprendido; y sin dejar de léer para sí, manifestaba tal ansiedad que Lemaitre no pudo dejar de preguntarle :

—Qué os llama la atencion de ese modo en el diario?

Anjel—Estos versos que acabo de encontrar en la "Seccion Literaria."

—Lemaitre, atraido tal vez, por el punzante dardo, qne le habia herido antes.

—Y tienen esos versos alguna relacion con vos, por ejemplo?

Anjel, tratando de atraerlo cada vez mas al terreno—Por desgracia, Lemaitre! pues si cada familia supiera lo que un individuo al parecer insignificante; puede tener que hacer algun dia, con la tranquilidad y el bien-estar de la casa; tendria mas cautela en la eleccion de sus re-

laciones.—Anjel, vió cruzar una sombra de sospecha, por sobre la frente severa de aquel marido; y observó á la vez, que haciendo un grande esfuerzo sobre si mismo respondió :

—Y que influencia ingrata ha ejercido la relacion de aquel jóven, pues supongo que á él os referis; en vuestra familia y en su bien-estar?—y fijó al soslayo, sus ojos en los ojos de Anjel.

Anjel, doblando el Diario con distraccion pensada pero muy bien encubierta :

—Una influencia Lemaître, involuntaria: pero de gran trascendencia.

Lemaître pareciendo ignorarlo

—Alguna mala especulacion con vuestro padre ó con Antonio?

Anjel—No: una pasion.

Lemaître—Algun vicio incorregible acaso?

Anjel—No, una pasion de corazon!

Lemaître—Y *por quien* y *quien* la inspiró ó la sintió?

Anjel—Por quien? Por Inés. Quien?—*Claudio Prado!* y fijó sus ojos profundamente en el semblante de Lemaître, el cual como de costumbre se puso subitamente encarnado.

Lemaitre con el diario y sin mirar á Anjel:

—Si, eh? sin duda á eso se refieren esos versos? no es esto? ahora comprendo vuestra sorpresa.

Anjel—que quereis? cuando se estima el apellido de familia y......

Lemaître alzando sus ojos hasta la frente de Anjel:

—Como es eso Caballero? que misterio ecsiste entre ese hombre y la que hoy es mi mujer? creo tener el derecho de pedir una esplicacion clara y satisfactoria.

Anjel—con suspicacia. Ninguna sospecha alarmante Sr. Lemaître; pero los compromisos que se deriban de esos amores imprudentes; las vozes que se esparcen y se creen maliciosamente; despues el amor profundo de uno y otra, es un castillo desafiador del tiempo, del estado de

la sociedad y talvez hasta de la propia nada: hasta de la tumba Lemaître!

Este se levantó, paseò á grandes pasos la habitacion ajando sus anchos vigotes, con los dedos crispados de una rabia mal disimulada: y al cabo de unos minutos, dijo preocupado de la última idea.

—El castillo por si solo, no sabria defenderse de la fuerza constructora y tenaz que proviene de la voluntad espresamente del dueño traicionado, y de vuelta á sus dominios: el castillo caerá ó caerá su defensor!

Anjel sonriendo de una manera particular, y talvez recreando su fibra dañada de ver sufrir á otro, fuera quien fuera.

—Pero és que los muertos saben guardar sus fortalezas inmóviles con adeptos tan positivos, y tan suyos; que los vivos retroceden espantados ó desanimados, por el insondable puente, que media entre el *posible* y el *imposible!*

Lemaître—Mayor razon, de veras, para no estimar los recursos que puedan ligar la defensa de un vivo á un muerto: son convicciones rotas, al haber pasado el *puente* que como decis, separa, el *posible* del *imposible.*

Sonriendo á su vez pero de distinta manera; parecia la sonrisa del triunfo de la idea propia, sobre la idea ajena.

Anjel—Mas lo que yo os puedo afirmar, és que si un muerto fué amado profundamente, *será* amado en su sepulcro de polvo, bajo la loza, y con su seca calavera, lo mismo que en la vida, ó mas intimamente quizá, por una imajinacion romanesca como la de Inés.

Lemaître se estremeció, como si le hubieran punzado el corazon: Anjel lo percibió pero pareció no haberlo notado: Lemaître tomó un grado de sangre-fria, evocada del amor propio y contestò: Tanto peór para ella que tendrá que habitar en el nicho de un muerto por capricho, teniendo un cíelo inmenso por dosel y un mundo por terreno para su planta!

Anjel (con circunspeccion) pues asi son las mujeres amigo, y sobre todo esa mujer jóven que se llama Inés: que es mi hermana!

Y volvió á fijar sus ojos siempre en vela para buscar el mal, bajo aquella voluntad siempre perezosa para hacer el bien, en los ojos inyectados de sangre de Lemaître.

Lemaître paseándose:—Siento mucho haber elejido en este caso á vuestra hermana por compañera, pues á saber que amaba tanto los muertos, la habria dejado con sus padres, que al fin ellos habrian sabido ó conducirla allí, segun su deseo; ó.......

Anjel interumpiéndole vivamente, y complaciéndose en ver al viejo rico, y soberbio, sometido sin querer confesarlo, al poder de una sensacion, que lo podia llegar á hacer un miserable; un dévil. Pues creo que ella siente el trueque mas que vos, Lemaître:—confesion de amigo:—dijo acercándose y tomándole la mano con cordialidad.

Lemaître, sin desconcertarse, pero visiblemente ajitado—De veras? pues se puede tomar la *revanche*.

Anjel—No: aùn no es tiempo amigo mio: ella és buena hasta el sacrificio; vos lo sabeis como yó, sed franco: ella no se desmiente: si sufre, sufre en silencio; qué cargo iriais á hacerla?—Si ama, ama á un muerto; de qué deshonor la podriais imputar? en fin esperad; despues vos habeis tenido la ciega mania de hacer de Antonio un negociante y un amigo protejido por ella, el cual vendrá á ser su apoyo é irán contra vos mujer y hermano.

Lemaître—Raciocinando, y sentándose cerca de Anjel —Y que tiene que ver Antonio con que Inés ame á ese muerto?

Anjel—Nada mas, sinó que si tomarais la *revanche*, como dijisteis: en vez de un enemigo tendriais dos.

Lemaître—Eso és no calcular, pues que yo puedo quitarle á mi enemigo ese cómplice.

Anjel—Y como?

Lemaître—Colmando sus ambiciones.

—Y no están satisfechas? Preguntó Anjel bajo, aquel jesto que designamos como peculiar á su fisonomia, en ciertos momentos de la vida.

Lemaître ecsaminando á su vez, á Anjel—Pero no saciadas!

Anjel—y que hariais en este caso por ejemplo?

—Hacer yo un viaje á Paris, y dejarlo como jerente de la casa introductora de Lemaître y compañia.

Anjel sintiô ardérsele la frente de una de esas impresiones que descomponen la sangre; pero disimuló la emocion:

—Y creis? dijo con aire glacial que Antonio servirá con cordura vuestros intereses? No tendreis que luchar con dos sepulcros, el uno el de vuestra dicha: el otro el de vuestra fortuna?

Lemaître, se sonrojó y temió haberse dejado ver como un niño; mas recuperando la entidad de hombre de mundo y el frio continente de un comerciante acostumbrado á las alzas y bajas de la plaza: dió entereza á sus ideas y encaminó de este modo la cuestion.

—No seamos niños, Anjel: vos alcanzareis que yo no soy hombre de *tertulias*, que hacen una chambonada por dar que decir á cuatro holgazanes y á cuatro coquetas de pacotilla; no: dejemos las cosas como van; si Inés ama los huesos de un cádaver que importa?—Si llora y reza sola que me importa? Seria lo mismo que si llorara por su padre ó por su madre; esas lágrimas no hacen mal! Es buena esposa como lo manda la Santa madre Iglesia?—basta. Es buena madre como lo pide la naturaleza? Basta tambien: por consiguiente Anjel, vamos andando y dejadla que ame hasta las cenizas de ese esqueleto!

Anjel vió bajo su suspicaz observacion, que Lemaitre ambicioso por fibra, tomaba el consejo para su corazon, de su avaricia; pero que su amor propio quedaba sin posicion; espuesto á todo ataque y por consiguiente acsesible á las influéncias estrañas; pero calculador como todo malo, creyó que en aquel momento no se deberia aventurar una palabra mas; sobre todo, cuando veía la decision en perspectiva, de un marido ambicioso, que miraba primero la talega que el corazon, y dijo para sí: —" el resto se hará en otra ocasion";—y dirijiéndose

sencillamente á Lemaitre—"Teneis razon *hermano*, (le dijo por primera vez), esa filosofia vale un tesoro :—Quiera Dios guardar á Inés y á Antonio cerca de vos de todo mal !

Este hipòcrita voto, se perdiò sin duda en lo raso de la tierra, sin subir ni un grado á la atmòsfera siquiera; pues desde ese instante Inés no pudo arribar á algo bueno cerca de aquel hombre.—Hay votos en verdad que parecen maldiciones !

Lemaitre sacó el reloj, y dando un golpe en la mesa, dijo:—las cuatro y aun no he ido á ver é Mr. Fears que hoy me esperaba á las tres !

Anjel.—Esto equivale á una despedida.—Tomando su sombrero para despedirse.

Lemaitre, tomando el suyo y señalando con su mano la habitacion particular de su Señora.—Ahí está vuestra hermana : hasta mañana !—Hasta mañana, dijo Angel á su vez ; y ambos salieron tomando un camino diferente: Lemaitre bajó la escalera para ir á la entrevista con Mr. Fears, y Anjel tomó la direccion de la habitacion de Inés. Golpeó con el puño de oro de su varita de junco la puerta, y la puerta se abrió.

—Adelante,—dijo con una voz dulce Inés, y Anjel entró.

Buena tarde hermana—dijo este, poniendo su sombrero sobre una silla, y sentándose en un divan de terciopelo verde mar.—Y como vá de salud ?—prosiguiò, viendo que Inés seguia relijiosamente ocupada en dibujar una cabeza del Moises, copiada con suma exactitud del testo, por Mr. Lebrun. Inés dejò el lápiz : alzó sus brillantes ojos hasta los ojos de Angel, y respondió sencillamente :—Bien.

—Te creia acompañada.

—Es verdad ; lo he estado hasta ahora ; pero hace un instante que Antonio se fué.

—Ola ! y que dice esa pobre bestia? dijo Anlel jugando con su barita sobre la punta de las botas, como un indiscreto, ó como un disimulado.

Inés se sonriò, de una manera bien de acuerdo con el título que daba Anjel á Antonio.

—Ya sabes que él se figura que todo lo sabe y todo lo puede.

Anjel—me alegro que le conozcas, que le estimes en lo que vale.

Inés—crees que porque callo no entiendo el mal, y no conozco á los malos ?. . . .

Estas palabras coincidenciales con el secreto bárbaro de Anjel y su carácter malo en jeneral, hicieron que este hombre frio y audaz se pusiera pálido : pero la costumbre de mentir, hace profundos en este arte á los hombres : Anjel pareció ser de este número. Y bien—añadió dejando su asiento y yendo á ecsaminar el trabajo empezado de Inés, valiéndose de un lente con ribetes de oro cincelado, al estilo de las joyas de la antigua Roma.

—Y bien : referidme las simplezas de ese muñeco.

Inés—que te puedo decir que tú de su carácter no sepas ? es un niño.

Anjel—siempre observando el dibujo al través del lente ficticio.—Si : pero un niño perverso !

Inés—Gracias á sus vicios !

Anjel—No : á los malos instintos.

Inés—Ecsajeras Anjel : tú siempre le has tenido una ciega antipatia.

Anjel—Como si no diera gran valor á aquella reminiscencia :—Sabes Inés que el perfil de este rostro tiene una gravedad enteramente sagrada ?

Inés.—Te parece que voy trabajando con écsito esa cabeza ?

Anjel—Sí ; te inspira el *jénero* ?

Inés—No precisamente el fondo filosòfico de esa faz del arte ; sino simplemente la conformacion evanjélica de esa cabeza.

Anjel—Trabaja ; yo quisiera tener esa actividad, y esa intelijencia, para poder alzarme del cieno en que se hunden mis pies! pero la pereza me mata : la largura del tiempo desanima mi cabeza impaciente, en contradic-

cion con mi carácter; y teniéndolo todo, nada tengo, y pudiendo ser algo nada soy! Al hablar asi aquel hombre tan frio, quedó como estático en un sombrío pensamiento.

Inés le observaba por la primera vez de su vida, y quedò sorprendida del cambio que obraba la idéa de ser algo en el deseo de un perezoso—mas que sin duda alguna, se le podia dar el nombre de envidioso.

Mientras pasaba la nube por su frente, el lábio impostor trabajaba una mentira, elaborándola en el seno mismo de la investigacion—y decia sentándose nuevamente.

—El tal Antonio parece que te quiere convertir!—verdad Inés?

Inés sonriendo—Y *en qué*?—Segun la fábula Ovídica *ó á qué*?—Segun el cristianismo?

Anjel—Sonriendo con ese punzante pliegue de ironía, que se traza en los lábios del malo en el momento en que pone en ejercicio sus facultades.

—Segun la fábula Ovídica—creo que querría haceros un gusano—segun el cristianismo una idiota de esas que llaman santas, porque no hicieron sino llorar y sufrir por amor de Dios.

Inés sorprendida del lenguage.

—Y paraqueme querria un reptil tan miserable como un gusano?

Anjel—Para estrujarte bajo sus pies y absorverse el solo *todo*.

—Inés—como burlándose: pero como podria un dependiente ocupar el sitio de una esposa?

Anjel—De modo que no en el lecho conyugal: pero sí en la parte mercantil, de esa esposa y de ese marido.

Inés—Y por la misma razon, sin duda, me querría una *idiota*; porque santa yo, soy demasiado profana para llegar á serlo?

Anjel—Sin ninguna duda!

Inés—Como reflecsionando.

—Y seria verdad, que un hermano protejido, fuese un verdugo para mí en la vida?

—Anjel se levantò, tomó las manos de Inés, con finjida ternura, y la dijo con un acento profético al parecer:

—Inés: Cuando se sube á una eminencia hueca, al llegar á la cúspide, la eminencia caé; y entonces desgraciado del que esté en la cima!—y tomando su sombrero apresuradamente, salió sin dar tiempo á una respuesta.

Inés quedó pensativa.

Cuando reconoció que estaba sola empezó á analizar en su memoria todo lo que Antonio la habia dicho—y en un momento dijo alzando la voz:

—Cosa rara!—Antonio me previene contra Anjel, y Anjel contra Antonio!—Por cual deberá empezar racionalmente mi desconfianza ó la investigacion del fundamento de esa desconfianza?—Este Anjel siempre fué muy envidioso, lo recuerdo; y ahora por mas que quiera ocultarlo, se trasluce hasta por el tejido de su piel la transpiracion ajitada de esa enfermedad que separó á Cain del resto de los mortales! Está zeloso de la posicion de Antonio—lo veo; quiere dibujarme su carácter con colores de cieno—y si no puedo dudar que Antonio es un nécio, que tiene vicios que han corrompido su carácter, no puedo creer ciegamente que esté ya depravado su corazon enteramente.

—Ecsaminemos con cordura—proseguia.

Antonio ha venido á verme con dos objetos—veamos *por qué* y á *qué*.

El primero alejar á Anjel de mi relacion.—Esto puede encerrar un principio de suspicacia mal aplicado; ya sea para el presente, ya para el porvenir:—segundo, saber la historia de mi corazon; pero la historia actual!—advirtió la jóven con madurez:—que querrá hacer con ella? aquí hai astucia y un mal propósito,—vijilemos: Antonio tiene ambicion!

Anjel en seguida con su suspicacia jenial parece intentar mostrarme la verdad terrible encerrada en una promesa oculta de desgracia—y en ella figura el nombre de Antonio;—mas para que y porque me hace esta confianza?—por cariño? ó por ódio á Antonio?—por fidelidad á

mi fortuna y á la de Lamaitre, ó por doble ambicion?— Esto es costoso averiguar, pero lo averiguaré!

Y cayendo en una profunda melancolía, quedó con los ojos cerrados, la boca entreabierta, como si un recuerdo de la dicha perdida quisiera entablar relacion íntima con los misterios y los silencios del alma, por última vez.

EL AMIGO DE CLAUDIO PRADO.

CAPITULO XI.

A los dos años de casada Inés, se daba un baile en una casa elegante de aquella ciudad, cuya dueña era amiga de madama Lemaitre: esta concurrió á él con su marido. Entre las muchas personas que esta dama presentó á Inés, se encontraba Alfredo de Riera,—al cual esperamos que el lector no habrá olvidado, auque su conocimiento con él, no ha sido hecho sino de paso.

Inés quedó sorprendida de la belleza varonil y espresiva de aquella figura; de aquella cabeza colocada artísticamente sobre un cuello altivo y bien delineado; y la circunspeccion social, no fué bastante á encubrir á los ojos de Alfredo, la impresion repentina, que su presencia habia causado en el ánimo de Inés: pero bastante orgulloso para atribuirse una conquista que solo la vanidad torpe de un *mendígo* de conquistas busca y encuentra, en cualquiera manifestacion casual á vezes, quedó

tal cual estaba, y creyó atinar, atribuyendo al recuerdo de Claudio *Prado*: de un amor profundo, tal mutacion.

Despues de esas fórmulas sociales, Alfredo se retiró á una de las antesalas, en ocasion que Mme. Lemaitre se paseaba con Magdalena Artey íntima amiga suya por el salon contiguo; y como era galantería interponer el ofrecimiento de su brazo, despues de la presentacion, Alfredo se acercó y dijo á Madama:

"Señora aqui está mi brazo."

Inés aceptó, y pidió á su amiga de tomar el otro brazo de Alfredo.

Magdalena Artey paseó cortos instantes cerca de ellos, y con cualquier pretesto se retiró al salon principal, siguiendo el paseo Alfredo é Inés, y estableciéndose la siguiente conversacion.

—Alfredo,—Señora: ¿sois feliz?

Inés fijó sus grandes y espresivos ojos en Alfredo, como si quisiera investigar el *por qué* de aquella pregunta; y sobre todo, como si quisiera recordar un *no sé que* de algo confundido en su memoria, cubierto con el oropel del mundo; pero recobrando su gravedad habitual respondió:

—Para la felicidad, si és que vos quereis encontrarla en la vida caballero, no busqueis tan luego la forma de una fiesta.... Id al santuario de una amistad profunda, y allí hallareis gozos infinitos, que no vé sino Dios; divinos cantos de amor purísimo y una fé sin límites.

Alfredo se habia detenido en medio del paseo, y sin saber como, contemplaba á aquella mujer de una belleza poética y suave, que habia puesto su figura al resplandor de la luz íntima de su alma, y resplandecia por tanto con la mistificacion del ánjel y de la mujer.

Inés se apercibió de lo estraño de aquella contemplacion y pidió á Alfredo de sentarse. El se sentó á su lado y siguió la conversacion.

—Habreis amado Señora...?

—Caballero soy casada!

—Lo sé! pero....

—Es necesario creér en el amor Caballero, cuando una mujer responde como yó en este momento.

—Perdonad! mas yo creo tener derecho á una confianza por parte vuestra Inés.

—Por qué, Señor?

—Conocisteis á Claudio Prado.....? y Alfredo clavó sus ojos de un negro pronunciado en los ojos de Inés.

—Inés se puso pálida, como si toda la sangre de su ser se hubiese refujido á su corazon; pero contestó con frialdad estudiada.

—Si.

—Y bien Inés: yo era su mejor amigo, pues que no le he olvidado; yo era su íntimo amigo, pues era su confidente.

—Confidente!—murmuró Inés como para sí. En las cosas del alma solo Dios!

—Esclusivamente, Señora? luego dudais de lo mismo que ensalzabais hace poco; de la amistad?

—No! pero me sorprende que un hombre intelijente como Claudio, tuviera necesidad de recurrir á *otro* para sobrellevar la carga de sus secretos!

—Estariais zelosa Señora, por acaso?

De *qué* y de *quien* Caballero?

De un *amigo* en tal caso! dijo incisivamente Alfredo: pero Inés, tornando siempre sobre su posicion, respondió con altura:—Caballero, os repito por segunda vez que soy casada.

Al concluir esta frase, se dibujó en la pared del salon vecino la sombra de una persona, que venia hácia aquel lado; era Mr. Lemaitre, que mas sério que de costumbre caminaba lentamente, seguido de Antonio de Paula, que con un dedo en los lábios, parecia descifrar la estátua de Arpócrates en su misteriosa postura.

Inés se sonrojó al ver á su marido, sin saber por qué, y tratando de disimularlo, logró llamar doblemente su atencion; Alfredo por su parte permaneció en su sitio, hasta que Inés, dirijiéndose á Lemaitre, le dijo sencillamente.

" Lemaitre, este Caballero es el Sr. Alfredo de Riera." Caballero—indicando á Lemaitre—este és mi esposo.

Alfredo de pie saludó, y hasta alargó su mano hácia la del marido ; pero aquel de pié, mudo, se contentó con inclinar como por fuerza la cabeza, y sentarse en frente, con aire taciturno.

Inés habia recibido uno de esos golpes de amor propio, que no se curan despues con disculpas, ni con reparaciones de otro jénero ; y viendo que Alfredo tenia encendidas las mejillas de ira y de orgullo, quiso distraér aquel asunto incomprensible para ella, de Alfredo, su marido y ella propia. Asi, hizo una seña con su pulida mano á Antonio de Paula para que se acercara, que aun permanecia en pie con un dedo en los lábios, observando alternativamente á su hermana, á Alfredo y á Lemaitre. Antonio se acercó.

—Me llevas al salon? le dijo Inés.

—Yo! replicó con un aire de duda y de indiferencia que dejó fria á Inés.

—Tu! si: tu! insistió con firmeza Inés.

—No puedo, respondió, y fué á instalarse al lado de Mr. Lemaître que sin dejar de jugar con sus largos bigotes, miraba de hito en hito á Inés y al jóven.

Inés estaba impresionada de un cúmulo de sensaciones tan rápidas como estañas: y viendo que su hermano se negaba á acompañarla, dejó su asiento y se dirijió á su marido.

—Lemaître, llévame al salon:—dijo con injenuidad; pero el marido sin dignarse mirarla, le contestó:—Yo estoi demas en este momento para vos señora: y apuntando con la mano á Alfredo prosiguió—ese hombre puede serviros para ese objeto.

Un movimiento impulsivo hizo levantar á Alfredo de su asiento, y provocar á aquel hombre: pero otro movimiento repulsivo le hizo aceptar el desprecio como arma, contra el miserable: y dirijiéndose á Inés trémula como un lirio blanco combatido por el choque de una tempestad, la dijo con grave urbanidad.

—Señora; aceptad mi brazo como el de un hermano, pues veo que no hay aqui ninguno, y miró á todas partes hasta hacer descansar la mirada en Antonio.

Este, por una de esas chispas que la vanidad enciende en el ara del atrevimiento, se adelantó á Alfredo y le dijo:

—Aqui está uno; y ese os impide dar vuestro brazo á mi hermana.

—Alfredo (sonriendo) y porqué si gustais esplicármelo?

—Porque......porque sois un miserable'

—Miserable! repitió Alfredo acercándose á Antonio— y bien preparaos á provármelo!

—En hora buena.

—Cuando?

—Mañana·

—La hora?

—Las ocho.

—Sitio?

—Elejid.

—Un billete os lo indicará: os cedo el derecho de la eleccion de armas, que me pertenece como ofendido: por ahora dejadme entrar en la fiesta; y con aire decidido, presentó su brazo á Inés nuevamente que sintiendo flaqueár sus rodillas y su cabeza, le dijo, "Es imposible! és imposible! mi coche; yo me retiro."

Lemaître se levantò de su asiento, con la frialdad mas profunda, mandó preparar el coche y volvió para llevar á su mujer que palpitaba de inquietud de asombro y de dolor en aquel sitio.

Al despedirse Alfredo la dijo:

—Adios Señora! rogad por mas de uno en la vida! Inés alzó los ojos al Cielo, y respondiò:

—Y por mi, nadie. Dios mio!

Inés cayó desmayada en los brazos frios de Lemaître que la contemplaba é iva diciendo para si:

—Los hermanos de esta desgraciada niña son sus verdugos! Estos la han delatado como infiel!—yo lo he creido? no lo se bastante; pero tengo que aparentarlo para

correjir cualquier error por leve que sea.—Y esos dos miserables por ambicion de plata sacrifican á una hermana!

"Desdichada! añadia besándola en la frente mientras el coche se deslizaba por las largas calles de la ciudad, sin pensar en volverla á la vida.—Cuan bella eres, y cuan buena es tu alma! yo sé que no soy amado: que lo fué otro: que lo puede ser este Alfredo de Riera que Antonio y Anjel me han designado como amante tuyo, y rival mio!—Pero tengo yo derecho de romperle en pedazos el corazon? de atormentarla: de dividirla de su hija que ama, y la ama tanto?......

Oh! no! y mientras hacia esta última refleccion, Inés abria sus ojos: y con la voz trémula le decia—Lemaître; amigo mio! donde estamos?

—En tu casa Inés, dijo Lemaître conmovido, viendo que el coche se detenia. Lemaître la bajó en sus brazos, y pidió á la camarera que atendiera á Madama, que sufria: en seguida se retiró á su habitacion.

Pasada una hora que estaba sola Inés, sintió la voz de Antonio que llamaba á Lemaître ajitado y le hablaba en seguida.

Ah! dió un grito Inés,—se batirán!

—Mr. Lemaître oyo el grito y las palabras, pues volvia yá á la habitacion de Inés, y la respondió entrando y sentándose a la cabezera de la cama:

—Déjales! se van á batir: Antonio ha venido á noticiármelo; si cáe Antonio, te libras de un *Cain:* si cae Riera te libras de un cometa que amenaza tu tranquilidad de casada, de madre y de mujer social!

—Es mi hermano! dijo Inés llorando y fijándose solo en Antonio.

—De nombre; pero no de corazon!

—Lemaître Lemaître!

—Duerme y deja el destino de tu casa en manos de....

—de Dios!

dijo interrumpiéndole Inés, cediendo al peso de una profunda tristeza que hacia flaquear sus sentidos y se quedó dormida.

DESPUES DEL DESAFIO.

CAPITULO XII.

A las doce de la noche del siguiente dia Lemaître retirado en su habitacion, trazaba con su tranquilidad jenial, sobre el papel esos signos matemáticos que deciden del bien y del mal de las familias. Al ir á colocar un cero á una partida doble, Antonio de Paula entró casi misteriosamente á la habitacion de Lemaître; este, alzó la cabeza con profunda indiferencia, y le recibió asi:

—Ola valiente! que tal? ya supongo que habreis dejado fuera de combate á vuestro enemigo!

—A *nuestro* enemigo insistió el audáz Antonio. Pero no tal! y en prueba de ello, ved la herida que he recibido en este brazo: y enseñaba á Lemaître su brazo vendado.

—Como es eso? insistió el viejo astuto y frio; luego vive ese hombre?

—Si, mal mi grado!

—Referidme lo que ha pasado sin omitir ni una sola *coma*, de amor propio Antonio, dijo Lemaître sériamente.

Antonio empezó su relacion del modo siguiente—

—A las cuatro y media de la tarde recibi un billete, designándome todos los acesorios concernientes al duelo: y respondí aceptando.

A las ocho de la noche me hallaba en el sitio indicado, sin padrino él y yó.

Nos dispusimos bajo el fuero establecido, y como yó nó soy fuerte en el tiro, propuse el florete: el pareció ser indiferente en la eleccion pues aceptò la ùltima sin vacilar.

Empezó la contienda: mi brazo era fuerte pero amigo él pudo ó supo mas que yó y......

—Os venció? añadió irónicamente Lemaître.

—No me venció: me desarmó simplemente.

—Y á que llamais vencer por ejemplo? asi és vuestra vanidad ciega, hombre de Dios!

—A la resolucion de no proseguir por miedo.

—Eh! hizo Lemaître con desprecio, y siguió trazando con la pluma los zeros á la doble partida interrumpida por la presencia de Antonio, con una indiferencia glacial.

Pero Antonio que no queria perder el usufructo de su trabajo: tomó el asunto por otro camino.

—Pues sabeis que el tal Alfredo es un atrevido? que creis que me dijo Lemaître?

—No sé : le respondió sin dejar de escribir: creo que os diria cobarde, &a. &a.....

—Os equivocais Lemaître; no me dijo eso ; sinó que Inés, la esposa prometida de su mejor amigo había sido sacrificada á la bárbara ambicion de mi padre, y al torpe deseo de un hombre sin corazon que hoy era su marido.

Lemaître, sintió enrojecerse sus mejillas, y sin alzar la cabeza, dijo sencillamente

Ola! con un hombre sin corazon! que muñeco! y por que juzga él á los hombres —por las mujeres?

—No sé: pero se conoce que es un gran pillo: y sobre todo que ama á Inés ciegamente, y bajo la careta del amigo la está cortejando y recibiendo la correspondencia de esa loca, que desde hoy la detesto como á una enemiga!

—Pero mientras no sean sino sospechas caballero añadió Lemaître en tono muy grave, el padre de familia no puede proceder contra la madre de sus hijos.

—Y eso es lo que falta? añadío sonriendo misteriosamente Antonio—pues aquí teneis una prueba.

Alzó los ojos Lemaître hasta la mano derecha de Antonio que alargaba un papel: le tomó en silencio y leyó estas líneas—

—"Os amo Alfredo! sirva de escudo en cualquier caso

el cariño á una tumba, que no puede yá, infundir recelos: y el modo de comunicarnos será en la casa de Magdalena Artey á las horas, que ella os indicará; entonces tomareis mis cartas, y yo recojeré las vuestras. "Adios: mi estado ecsije el mas profundo secreto, y confio en vuestro amor!" *I.*

Lemaître en silencio, sacó de su cartera un billete; sin duda era de su mujer;—confrontó el tipo de aquel, con el de este, y súbitamente, se le vió cambiar de color, como si le fuera á acometer algun acceso de melancolia profunda: pero se levantó dió dos ó tres pasos por la habitacion con aquellos papeles en las manos; y en seguída se dirijió á Antonio en estos términos:

—Me habiais hablado hace poco de un casamiento proyectado entre vos, y la Señorita de Martel?

—Si Lemaître: pero ahora estais demasiado ocupado con vuestros propios asuntos para pensar en los mios: digo lo mismo de mi viaje, y de la habilitacion prometida.

—No: para todo hay tiempo: no hablemos de la habilitacion por ahora. Os faltarán recursos para ejecutar vuestro casamiento; yo os los proporcionaré; pues aun que hasta ahora mi fortuna no ha sido mas que una fábula, las especulaciones atrevidas han fructificado, y desde hoy mi fortuna es una realidad; por consiguiente quiero protejer á la familia de mi mujer: vos me habeis sido adicto, y creo que lo sereis siempre: casaos: si os conducis bien, os dejaré en lugar mio en un viaje que intento hacer á Europa: y finalizareis por obtener la fortuna con que habéis soñado!

—Lemaître! Hermano! amigo! mi mejor padre!—Lemaître, como si no oyera aquellas ecsajeraciones de cariño prosiguió:

—Conosco que Inés *me engaña*: esa verdad no se escribe con otra palabra que esta: por consigniente, en cambio de lo que yo os daré, vos me dareis desengaños, Antonio! pues parece que vos y Anjel no han nacido sinó para esto.

—Como es eso? dijo ajitado Antonio—Anjel tambien!..

y no prosiguió la alucion detenido, no se sabe si por miedo de la suspicacia de Lemaître, ó por miedo de su propio inhabilidad. Lemaître lo advirtió sin manifestarlo y prosiguió:

—Tengo que hablar con vuestros padres; con ella es natural: partir sin esplicaciones seria un atentado!

—Y, no lo sabeis todo Lemaître?......

En el instante, de pronunciar estas palabras, se oyó distintamente un golpecito á la puerta de la habitacion.

—Quien? dijo Lemaître dirijiendose ácia aquel lado.

Anjel, vuestro servidor repitió en voz baja, aquel individuo.

Lemaître abrió la puerta y apareciò Anjel, que instintivamente clavó los ojos en los de Antonio como si le preguntara habrias ya concluido tu obra y arrebatado el último capítulo de la mia?

—Estraño! dijo Lemaître jugando con los papeles que tenia en las manos—vos por aqui á las doce de la noche!

—Estraño nó: cuando la familia está amenazada de una ruina, los miembros de ella, se apresuran á evitarla, ó á hacerla menos sensible.

—Ruina! repitió Lemaitre, que nunca se dejaba sorprender—de que hablais?

—Creo que sabeis el escándalo en la tertulia de Marquez, entre Alfredo de Riera y Antonio, el duelo en seguida......

—Si: respondió Lemaître tecnicamente.

—El *porqué*, y el *resultado?*

—Hasta estar herido Antonio, alcanzo el resultado: de ahi para adelante, si hay algun otro accidente lo ignoro.

—La carta encontrada por Antonio en el mismo sitio del desafio!

—Ah si: esta és, replicó Lemaître friamente.

—Las palabras verbales de Alfredo de Riera á Antonio......

—Cuales fueron?

—Quereis que os las repita?

—Bueno fuera! os digo que sí.

—Y bien: dijo—"á ese marido inicuo cuya *fortuna* ha servido de trueque para que Inés, cargase *una cruz;* á ese marido, decidle que le odio: que amo á Inés ciegamente, que. . . .

—Basta!—gritó con voz profunda y dando un golpe de pie en el suelo:

—Anjel calló como un esclavo delante de un amo—por unos segundos reinó un profundo silencio; y en seguida Lemaitre dijo á los dos hermanos:

—Necesito reposo: tengo infinitos quehaceres mañana: retiraos hasta entonces que volvereis á verme; y conservadme vuestra amistad!

Habia un cambio notable en la voz de aquel hombre profundamente frio siempre: y algo de conmovido y triste como si por primera vez de su vida, viera someterse, su inflecsible voluntad á la indole prescriptiva del corazon que manda sobre todo.

Los dos hermanos se levantaron; saludando á Lemaitre, y salieron.

Lemaitre quedó solo, valorando por el presente el porvenir: y condenando el pasado por su brillo, por las falsas creencias abrigadas, acaso con demasiada imprevicion!

—No hay remedio, dijo en voz alta—es necesario quebrar este vidrio seductor de la confianza intima: romper la cadena del cariño que á mi pesar, cruzaba el destino de ella, y el mio!—y como si la razon viniera en ausilio de la verdad se preguntaba:

—Mas no lo sabia yó antes y despues de casado?—por qué me casé—por qué la llegué á amar tanto:—y por qué no sé perdonar ahora?

—Infiel! pero lo és de corazon simplemente:—qué cargos puedo hacerla? Sus dos hermanos la acusan: pero yo sé la causa....? Y si esta carta fuera una intriga!—decia ecsaminándola—Si Antonio solo, ó de acuerdo con Anjel, la hubieran fraguado! Si ella pudiera justificarse: decirme es mentira! Yo soy una esposa intachable: yo

lo seré siempre!—y la alegria bañaba de un colorido suave la frente sombria de Lemaitre!

Al fin: proseguia—la hablaré! me esplicaré: el mundo es inmensamente grande: si hay una honra manchada, no faltara un sitio donde esconderla á los ojos curiosos y malignos de todos los vivientes.

Tal fué el propósito de Mr. Lemaitre, despues del desafio, y de las reflecciones que las circunstancias que vinieron en pós, le sujirieron.

ESPLICACIONES.

CAPITULO XIII.

Al siguiente dia Mr. Lemaitre se levantó muy temprano, y despues de haber acariciado á su hija y saludado á Madama, la pidió una entrevista particular en su habitacion íntima para las doce de la noche.

—Qué hay de nuevo? preguntó ajitada visiblemente Inés.

—Nada contra tí, sino contra mí, respondió Lemaitre cortesmente.

—Contra tí! será una nueva imprudencia de ese Antonio, tan fatal para nuestra familia.

—Una nueva imprudencia! repitió Lemaitre, y cual fué la primera!

—Un escándalo, sin razon!

—Bien, bien: hasta luego, replicó Lemaitre interrumpiéndola: á las doce de esta noche en vuestro cuarto.

Inés quedó como prendida á aquella cita misteriosa; pero empezó á quebrar los anillos de aquella cadena de alucinacion, como si tubiera el presentimiento de que necesitaria de todas sus fuerzas para tenerse á la altura de sí misma en breve.

Pasadas unas horas de toillete y cariños á la niña Aurelia, entró Doña Maria su madre, sumamente pálida.

Inés al verla, se estremeció, sin saber por qué; pero no queriendo dejarse ver alarmada, tomó un aire sencillo, y preguntó á su madre:

—Qué teneis madre mia?

—La desgracia en el corazon!

—Como: qué ha sucedido?

—Y tú no lo sabes, niña imprudente! no sabes que tu hermano se ha batido con un hombre por tí!

—Por mí! quien osa decirlo? dijo alterada hasta la cólera Inés.

—Yo, tu madre! respondió solemnemente Doña Maria.

—Y bien: á vos os han engañado! y ese és Antonio!

—Antonio ha referido el hecho, Señorita: y el mundo lo repite de todos modos: la honra de la familia anda tirada en el lodo.

—Señora, dijo gravemente Inés, basta de farsa! aquí no hay honra tirada al lodo; ni error, ni mala fé, sino en un ser; ese és Antonio! esa sierpe que quiere levantar la cabeza desde ahora, y las cosas le dicen todavia "espera, espera!" ese ambicioso, ese apóstata de la sangre y de la fé! ese demonio será mi verdugo!. . . .

—La madre trémula; pero ese hombre; ese hombre! como le has conocido; de donde ha salido?

—De donde salen todos los seres, Señora; de su casa para visitar otra; le conocí esa noche por primera vez en lo de Marquez, donde me fué presentado; me ofreció su brazo para andar por la antesala; y esto és todo, Señora!

—Pero hay razones para creerte culpable, hija mia, dijo casi llorando la madre.

—A mí! respondió con dignidad Inés; jamás, madre, jamas!

—Ah hija mia! habla con tu marido, con tu padre, con tus hermanos, con el mundo! pon á cubierto tu honra de mujer casada y de madre; mira que el porvenir de tu casa se me aparece sombrío y amenazador en este instante!.... Y la voz de aquella Señora pareció que jiraba sobre un eje íntimo y profético. Inés quedó sujeta por algunos momentos á una convulsion interior.

—Y bien, prosiguió por su madre Inés; por mas sombrio que ese porvenir aparezca delante de vos, madre, y de mis propios ojos, nada puedo yo hacer para alumbrarle. Hablar á mi marido, estoy pronta, si él lo desea y me lo pide; nada tengo que ocultarle; nada que reprocharme, nada! con vos hablaré tambien como lo hago; pero con nadie mas! Lo entendeis madre mia? con nadie me esplicaré, sino con vos y mi marido!

—Y vuestros hermanos y el mundo?

—Preguntadles á esos calumniadores cuales son sus planes; que grado de ambiciones tienen á mi fortuna, que clase de maldad se abriga en esas dos cabezas infernales contra todo lo feliz, tranquilo ó poderoso de la tierra; y cuando esos calumniadores hayan confesado á su madre todos sus crímenes con el arrepentimiento en el corazon, Inés, la víctima de sus maquinaciones, se bajará hasta ellos para perdonarles solamente. En cuanto al mundo, madre, es ciego, y como tal, arrastrado por la mano mas audáz: pero ese ciego tiene marcado un periodo para ver claro; el mundo verá sobre este asunto la verdad, el dia que Dios se digne señalarlo.

—Pero esa filosofía, esa resignacion tan fuera de tu edad, pues eres una niña, de donde la has tomado!

—De los sacrificios.

—Cuáles, Inés?

—Cuáles, Señora? tan fácilmente olvidan *los autores sus obras.*

—*Sus obras*! luego yo tambien soy culpable, Inés?

—De una estraña debilidad, madre mia! asi como yo he sido la víctima por inesperiencia, por cariño á vos, por.... destino tal vez!

—Inés! Inés! no eres culpable? dijo la madre corriendo á los brazos de Inés y sumerjida en el llanto que causa la combinacion de muchas razones reunidas.

Inés estrechándola junto á su corazon, respondió:—No soy culpable de nada, madre mia, sino de una ciega obediencia á vuestras súplicas; á ellas debo ser madre y esposa; y por este estado, la cadena de infortunios que se me está tejiendo infamemente, sin saber por qué. Poro no os culpo, madre: vos solo habeis sido débil al mandato de un marido, al que habeis obedecido siempre sin raciocinio: ese ser és mi padre, y como no puedo ir contra él, me resigno, y de esa resignacion he hecho la fuente de mi profunda filosofía!

—Pero no eres culpable? insistía la madre, sin oir otra cosa que la acusacion de los hermanos contra la hermana: no eres culpable! dímelo mil veces, y júramelo sobre ese santo cristo, que al nacer tú, invoqué con la fé de ser oida!

Inés se acercó á la cabecera de su cama descolgó un Cristo de marfil incrustado en oro, y bajándolo hasta sus lábios,

—"Juro, dijo, besando la cruz de tu martirio, Señor, que jamas he sido culpable; que he sido y soy fiel á mis deberes de esposa y madre; que he cumplido todos los preceptos de la familia, en que entran los padres y hermanos,—y que apesar de que mi vida es un sacrificio de honor; ese sacrificio le consumo sin maldecir, hora por hora, ¡oh Dios!—Soy calumniada, tú lo sabes, Señor! á tí toca aclarar mi inocencia, sino hoy, algun dia!

La madre cayó de rodillas bañada en llanto, besando en las manos de su hija el santo Cristo bendito, y diciendo entre sollozos—mi hija es inocente! lo creo: lo creo!

En está postura encontró Anjel á su madre, que habia

entrado sin anunciarse, y habia oido la confesion hecha por ella á Dios: y el dardo se clavó en su memoria.

—Que és esto? dijo al entrar;— un pintor tomaria este cuadro por un capítulo bíblico:—debido á qué?

Inés volvió la cabeza; levantó á su madre besándola la cabeza y dirijiéndose secamente á Anjel:

—No se acostumbra entrar en mis habitaciones sin prevenírmelo: sirva de regla esta señal para en adelante. En cuanto á la idea que se formaria un pintor del cuadro que has presenciado; que és, simplemente la fé de una madre en la inocencia de su hija calumniada por dos infames á los cuales yo arrancaré la máscara! solo tiene de original la verdad; pero para los calumniadores, ese cuadro será solo una razon que servirá de impulso para que el eje de sus infamias ruede con mas facilidad y viveza—es verdad?

Preguntó fijando sus negros y penetrantes ojos, en aquellos ojos arteros de Anjel, que quedó por un momento como sometido al poder invisible de la voz de aquella inocente: pero que bastante frio para sobreponerse á esos hilos eléctricos demasiado finos para su estructura moral, sacudió la impresion y contestó con soltura.

—Donde hay error ó crimen, no hay calumnia: és la prueva, y la prueva, el martiro del acusado.

—Y donde no hay error ni crimen, y solo hay malvados como tú, miserable, y tu hermano Antonio —que nombre le das á la situacion?

—La madre interpuso su grave y doliente figura, como un baluarte entre sus dos hijos, para protejer á Inés, pero esta rechándola con dulzura alzó la voz y señalando con su mano la puerta de la habitacion le dijo á Anjel:

—Por ahi se sale de esta habitacion y de esta casa, pues és mia, para no volver jamas á ella!

—Tuya! replicó satanicamente aquella especie de *Cuasimodo* disfrasado con el traje social;—lo veremos......dijo alejándose y riendo á plena risa al concluir esta especie de amenaza.

La madre habia quedado temblando cerca de Inés, cu-

ya piel transparente y pálida, habia tomado el tono del marfil, como para revelar la ecsistencia del poder de las ocultas impresiones: y volviendo á su madre.

—He echo mal madre mia?

—No hija; respondió la Señora, tu eres la dueña de esta casa: tienes el derecho de alejar lo que creas que perturba tu tranquilidad; pero habria deseado que no empezaras por uno de tus hermanos!

—Oh madre! he empezado por uno de ellos y acabaré por el otro, por que solo son ellos los culpados!

—Quieres que yo se lo prevenga á Antonio!

—No: yo debo de ser quien se lo diga delante de mi marido.

—Has lo que creas conveniente á tu paz repito: primero tu marido y tu hija, despues tus hermanos!

Mis hermanos! han muerto desde hoy para mi.

—Perdónales!

—Jamas!

—Dios perdonó á sus enemigos!

—Porque él era omnipotente!

—Y tú!

—Mi odio, y mi desprecio, hasta la muerte!

—Hija!

—Madre!

—Habla con Dios!

Dos besos resonaron tristes en el silencio de aquella habitacion y á pocos momentos Inés estaba sola, su madre habia partido.

Inés se sentó en un sillon íntimamente ajitada cuando la voz fanfarrona y atrevida de Antonio de Paula, hirió destempladamente sus oidos.

—Que voz! dijo estremeciéndose, y la voz aprocsimándose, le trajo la evidencia del dueño de ella. Un golpe dado en la puerta con cautela, marcó que el que venia esperaba, pero Inés permanecia quieta y resuelta á no dar entrada á aquel individuo. Este se creyó con derecho á trasponer el límite sin ser invitado, y abriendo la puerta, se

presentó en ella la figura mesquina y raquitica de Antonio de Paula.

Inés se armó de toda su razon, y fria como lo está un juez delante de su víctima, esperó á que aquel cobarde hablara.

—He venido buscando á Lemaître

—Hasta mi habitacion? pregunto Inés mirándole de una manera fija.

—Si; por que me citó para las doce de este dia, y ya son las dos respondió con aire de indiferencia y jactancia.

—Pues oye, dijo Inés levantándose hasta él; en esta habitacion; tú *Cain* pervertido; tú aquien yo hé levantado del fango, para alzarle hasta mi, y que hoy, osas tomar la iniciativa en una intriga fraguada para usurpar mi fortnna: tu, gusano que te arrastras á los pies de un marido para romper el talisman de la confianza de su mujer, tu propia hermana! tu maldito por mi boca desde este instante, en el nombre de esa hija de mi alma, que crecerá para maldecirte á su vez! tu, raza de abominacion! tu no pisarás esta habitacion jamas!

—Jamás! lo oyes? porque si para ello es necesario atropellarlo todo, todo lo atropellaré!

El Antonio de Paula acababa de recibir una de esas impresiones, que ni el tiempo puede borrar: impresion de un ódio que hiriendo su amor propio, lo bajaba hasta el lodo de donde habia salido; y asustado de volver á caér por falta de dar una impulsion vehemente á la máquina de sus intrigas, se juramentó en secreto, no de perder á Inés que ya lo tenia marcado, sinó de perderla lo mas pronto que le fuera posible.

Asi, se envolvió bajo una capa de indiferencia y contestó á Inés poniendo una de sus manos en la cintura imitando el modelo de la gracia plástica del bajo pueblo andaluz, que era su fuerte.

—Y bien; á mi que me importa esa prohibicion? no verte será mi dicha en la vida: Lemaître es mi mejor amigo, lo veré á él pues tengo que hacerlo, aunque tu no

quieras: por consiguiente me prohibes tu cuarto, pero no tu casa: porque en breve......ni está casa será tuya!

Inés levantó las manos ácia el Cielo y dando uno de esos gritos incomprensibles en la nomenclatura de los gritos humanos, tomó á aquel villano de un brazo y empujándole con una violencia inusitada "fuera de esta casa *Cain*! maldito seas!" y cerrando tras si la puerta, cayó sobre un sillon llorando profundamente.

—Que hay? dijo la voz grave de Mr. Lemaître que entraba en ese momento y habia oido, la maldicion de Inés á Antonio, que salia cantando aunque llevaba la cara de un pálido verdoso.

Inés seguia llorando.

—Habis maldecido señora á un hermano?

—A un vastago de satanás, que lleva el nombre de hermano respendió Inés, secando sus lágrimas;—y al decir esto, la niña Aurelia que llena de gracia, empezaba á manifestar las ajilidades primeras; con mil juguetes de marfil, dulces y flores en las manos, entró á la habitacion de su madre balbuceando mamá; mamá papá: el padre y la madre corrieron á ella, con la imponderable alegria que hace olvidarlo todo; y la madre la tomó en sus brazos colmándola de inmensas caricias.

Hasta la hora de sentarse á la mesa para comer, aquellos tres seres estuvieron reunídos en el perfecto amor de familia que hace estraña toda otra impresion:

Si Lemaître y su mujer pensaban en cosas distintas; no se pudo trascender siquiera, ni por una palabra escapada á la refinada prudencia que sin duda se habian impuesto. Asi fué que sin la convulsion intima del disimulo apretado y doloroso: llegaron á la hora de la cita dada por Lemaître á su mujer; pero indudablemente algo habia en ambos que no era natural: la palidez de Lemaître y una fijeza profunda en la mirada de Inés que se quedaba á cada instante como prendida á una idea que la dominaba lo atestiguaban demasiado.

En fin: las doce de la noche sonaron, y Lemaître, tocó la puerta de la habitacion de *Madama* que vestida con un

traje de muaré negro abotonado con ebillas de acero cinceladas, y la cabeza ornada de blondas de gipiur, se habia sentado en un divan de seda color lapiz; como esperando con cierta coqueteria femenina, la visita de su marido.

Estaba muy pálida: tan pálida, que un momento fijó sus ojos en la lámina denunciadora de un espejo que estaba frente á ella: y ella misma se sorprendió.

En aquel instante, oyó los pasos de Mr. Lemaitre, que parecian decirla "ahi llega tu Juez" y sin saber porqué se apoderó de aquella mujer joven, y llena de las santas esperanzas del porvenir una de esas alucinaciones que la ivan á hacer gritar, pidiendo socorro á Dios ó á los hombres: pero un movimiento de refleccion completamente instintivo; la hizo permanecer en su sitio fria, callada, y esperando su sentencia.

Lemaitre entró—*Bon soir Madame!* dijo segun su costumbre francsa que no habia olvidado aun, en tantos años de América—Bon soir Mr. respondió Inés, siguiendo la habitud de su marido. Este la ecsaminó rapidamente, y se acordó sin duda de que aquella belleza era suya; de que iva á perderla por un capricho fanático de la ambicion ajena, y de una venganza propia, contra un corazon que Dios no habia formado para él y.......se conoció el mismo conmovido. En este concepto, se paseó por la habitacion; retorció sus vigotes; tosió muchas veces antes de hablar:

Al fin; sentándose á una cierta distancia y tomando el tono mas dulce posible dijo:

"Hemos llegado á una altura de la vida Inés, de la cual no se puede descender sin estrepito ante el mundo: ahi empezará el escándalo y entonces, será necesario que desaparezca *alguno* de los tópicos que mantienen esta cadena que el destino....y pareció titubear sobre esta clasificacion, añadiendo despues;—la casualidad mejor dicho, ha formado: será necesario pues, que los anillos de esa cadena se rompan simultamente y....el resto, lo alcanzará tu razon.

Inés se habia como vestido con una potestad de voluntad superior á sus fuerzas; pues era un traje de gala que le habia prestado la juventud de su alma: el sacrificio de su vida; la amargura del ódio y la decepcion—y al fin, la justicia de su derecho, de su inocencia! Asi contestó con voz templada:

—Y á qué te refieres en este caso Lemaitre—que accidente á venido á turbar nuestra vida, que asi te haya hecho reflecionar en las consecuencias de una desgracia como la que pintas?—Te he faltado en algo? he cometido algun error? sabes alguna cosa que manche tu apellido y el mio? En fin, qúe hay? porque tu lenguage revela motivos graves; y yo no sé donde están: yo estoi perfectamente tranquila sobre toda mi vida.

Lemaitre—Te acusan de predileccion á un muerto, á quien distes en la vida tu cariño: ese fué *Claudio Prado.*

Inés tranquila,—ahí no ecsiste acusacion, porque fué un hecho, que Mr. Pierre Lemaitre entonces, conocia por sus propios ojos; y que Inés Picotti no ocultaba ni á Mr. Lemaitre, ni á su familia.

Lemaitre.—Es verdad; y esa justificacion ó la manera de hacerla, parece que toma en tus lábios el carácter del reproche!

Inés—Los reproches serian inútiles, y muy sin talento la mujer que tratara de vindicar su presente por su pasado: he respondido simplemente la verdad á lo que me has preguntado, y te ruego no veas en esa verdad ni amargura, ni acriminacion para nadie.

Lemaitre pensativo.—Eres noble sobre ese punto: lo valoro: vengamos á otro, que es el punto cardinal de la situacion.

—Inés. Veamos.

Lemaitre—Se te acusa de un nuevo amor.... y miró fijamente aquel rostro infantil todavia, que tiñéndose de rosa, parecia decirle al rubor—me robaste sin licencia de Dios, esos colores;—y alzando la voz, esclamó:

—Cómo es eso?

Lemaitre.—Cómo que te acusan?

Inés.—Todos podrán ser mis acusadores, escepto tú, lo comprendo! tengo esa seguridad.

Lemaitre—Y por qué? ignorais Señora que el hombre és tan susceptible, que sus creencias de años; las mas bien fundadas de todas las creencias, se quiebran como el cristal, en un dia, en una hora, por una razon la mas lijera?

Inés—sorprendida—pero esa razon debe de tener algun fundamento siempre; sin ese fundamento la razon desaparece y queda el error.

Lemaitre—Y cuando los acusadores revisten el carácter de sangre, como....

—Inés, (interrumpiéndole). Como el de hermanos, por ejemplo—no es verdad? pero os falta que agregar—de hermanos perversos, ambiciosos, que ante la sed de plata que les devora, no ven que manchan con su dedo, que apunta una intriga por una verdad; su propia sangre el honor de su familia—y lo que és mas, la vida entera de una madre!

Lemaitre.—No se trata de juzgar Señora á los denunciadores sinó á los denunciados—añadió Lemaitre con irònica sonrisa.

Inés con nobleza:—Los denunciados, ó la denunciada? —hablemos para entendernos, y concluir una esplicacion que achica mi orgullo, y ofende mi nombre:—esa acusada soy yó, por mis hermanos, lo sé, de un amor á otro hombre:—quien es el que designan entre todos los que conozco; cual és el que les ha parecido mas á propósito para hacerlo servir de juguete á sus bárbaras y mezquinas ambiciones?

Lemaitre con estudiada indiferencia:—Señalan como favorecido á un tal Alfredo de Riera, que en la tertulia de Marques os daba el brazo en uno de los salones, si mal no me acuerdo.

Inés, digámoslo así, se habia como olvidado de Riera, del desafío, y de todos aquellos accidentes, que sin duda formaban la causa de su situacion presente, para reconcentrarse involuntariamente en el hecho estraño, horri-

ble, que presentaba en toda su deformidad á aquellos dos seres, que una naturaleza fraudulenta, le habia ofrecido como hermanos: pero definitivamente Inés habia olvidado el resto. Al oir la recordacion del baile, de Alfredo; un temblor involuntario se amparó de sus fibras, y tuvo que recurrir á un esfuerzo para no dejarse ver conmovida; en este estado contestó á su marido.

—Ese caballero me fué presentado por primera vez en casa de Marques.

Lemaitre—Por primera vez, aparentemente! pero se dice por ahí, que os veis en los templos, en.... lo de una amiga Magdalena Artey, la cual favorece vuestros amores.........

Inés—Yó! ver á ese hombre ni á ninguno en citas que jamas he dado! yó! calumniada de este modo!—y por quien Dios mio! por quien?

Lemaitre—Y si os lo prueban, Señora?

Inés vivamente—Ahora mismo! que venga ese hombre, esos acusadores, que traigan esas pruevas.... las pido! las ecsijo!

Lemaitre sacó friamente un papel doblado en forma de carta de la faltriquera y se lo presentó.

Inés, tomó maquinalmente aquella carta, la desdobló y leyó: era la misma carta que Antonio de Paula *Picotti* y Anjel Picotti, presentaron al marido de su hermana, como de ella á un amante, y encontrada en el sitio del desafío.

Inés qnedó anonadada bajo el enorme peso de la calumnia, que por un tiempo dado tiene el poder de abatir hasta á los espíritus mas fuertes; hasta á los séres mas inocentes! Pero como si súbitamente volviera de aquel parasismo tremendo, en el cual se habian sumerjido por un instante todas sus facultades morales, alzó sus ojos al cielo, y esclamó:

—Dios mio! Dios mio! tú que ves mi vida: que ves mi corazon y mis acciones todas; tú alumbrarás á este hombre, que no ha sido bastante bueno para juzgarme: bas-

tante bueno para maldecir á los detractores de la madre de su hija, y que ciego, se empeña en levantar un baluarte contra mí, sin ver que se ofende á si propio; sin comprender que se ultraja una esposa sin tacha!—Y se dejó arrebatar de la necesidad del llanto, que en las almas tiernas y afligidas, es una de las consolaciones mas vivas.

Lemaitre pensativo dijo despues de un momento:

—Es vuestra esa carta, Señora? contestad.

—Nó!

—Por qué lo negais si és vuestra letra?

—Mi letra! dijo doblándose la palidez del rostro de Inés, y ecsaminó la escritura de aquella carta fatal.—Ah! dijo, despues de haberla recorrido con sns ojos ávidos de no hallar la identidad, pero si la semejanza—los malvados han sabido serlo; han tomado todas sus medidas!

Lemaitre—sonriéndose con la malignidad de un cobarde que aprovecha el instante de devilidad de su enemigo.

—Luego, reconoceis la escritura?

—Jamás!—gritó desesperada Inés;—Jamás! Yo no puedo reconocer lo que se ha fraguado; esa no es mi letra; han imitado la mia!

—Yo no sé quien és ese Alfredo de Riera, decia llorando con desesperacion, me calumnian Dios mio!—decia cayendo de rodillas delante del crucifijo de su madre: me calumnian oh Dios! lo juro por el nacimiento de mi amada hija: en el nombre de tu santa madre y de la mia Señor! me han calumniado!

Lemaitre, aquel hombre inflecsible, bajo la aparente prudencia que cubria todas sus acciones: aquel hombre inflecsible no se sintió conmovido siquiera, con aquellas manifestaciones de verdad y de perfecta consagracion de toda una vida. Frio, se acercó á aquella mujer tan jóven, tan bella y débil de dolor, y tomando el papel de sus manos, la dijo:

" Esta carta me pertenece!"

Inés, como si hubiera sido tocada por un ajente eléctrico, se puso de pié y esclamó:

—Me arrebatan hasta el modo de justificarme! Oh, no: yo tomaré una posicion decisiva: yo haré que esa carta sea mia! y ajitando el cordon de la campanilla, apareció un criado.—A mis padres que vengan inmediatamente, dijo:—pero Lemaitre se adelantó y dijo con frialdad marcando estas palabras:

—No vayais en busca de los padres de la *Señora*, por que la hora es avanzada:—mañana á las nueve de la mañana id á avisarles que su hija los espera.

El criado miró alternativamente al marido y á la mujer, como si les preguntara—"á cuál debo obedecer?"—pero el silencio de ambos le marcó su camino: el criado se retiró; mas no garantímos que no quedara en pos de la puerta escuchando lo que pasaba en el interior de la habitacion.

Inés quedó sola con su marido, los brazos cruzados, pálida como una de esas figuras de alabrastro modeladas por la mano del dolor: y fijos los ojos en aquel hombre de bronce.—Este por su parte jugaba con la carta con espresivo desdén; y al fin, continuó así la conversacion.

—Voy á haceros, Señora, una proposicion, que en vuestra mano está aceptar ò nô.—Yo no puedo seguir siendo el juguete de la voz pública, que ya ha dejado oir sus avanzados écos sobre mi nombre—que desgraciadamento és el vuestro:—por consiguiente, hay que poner un dique á esas vozes; en vos consiste:—Si amais á vuestra hija, someted vuestra índole á mi entera voluntad, y toda vuestra vida.

Hablad, hablad Señor!—dijo ávidamente Inés:—en medio del trastorno de mis idéas; de esta multitud de malvados que me rodean, puede ser que halle mi razon, y ella me salve!

Lemaitre—yo ecsijo simplemente que os encerreis en esta habitacion sin ver ni oir mas persona que vuestra hija y la familia de vuestros padres: teniendo entera libertad de salir á la calle solamente conmigo; eso sí:—

pues asi la jente quedará en aptitud de ver claro, y vuestro marido en aptitud de desmentir á cualquiera.

Inés—(cubriéndose su rostro de un vivo encarnado.)

—Y, qué os figurais Caballero, que al vender mi cuerpo, las horas de mi vida, como mi padre lo hizo á vos; os figurais que en el contrato se calculó el hemisferio de mi voluntad? Os figurais que si niña y dévil, obedecí á ese padre; hoy menos niña yá, y con la carta jeográfica de las maldades humanas en la mano, Inés Lemaitre, no sabrá contestar á un verdugo como vos;—no quiero!

Lemaitre, ciego de una ira, que la dejaba ver por primera vez—No quiero! oh! no quiero!—pues si Inés Lemaitre, sabe levantar la voz, y decir no quíero: Pierre Lemaitre hace obedecer á esa mujer asi!

Y....para verguenza de los maridos, aquel marido vino ácia la mujer infamada por su maldad, siendo pura como una santa—vino ácia ella, á hacerla sentir el peso de su formidable brazo: pero Inés, irradiada de esa santa conviccion del bueno, que en las horas supremas se hace jigante, tomó una postura perfectamente decisiva aun que digna, y respondió con voz fuerte.

Atras! miserable impostor como esos dignos compañeros de vuestras intrigas! atras padre sin corazon, que olvidais que una hija está entre los dos.—Vos ni fuisteis caballero en mi casamiento, ni lo sois ahora como marido, ni lo sereis jamás como nada.

Lemaitre apretó los puños con tal vehemencia, que él mismo sintió el dolor de su fuerza; y fué dejando en su estado natural sus manos: accion propia de la jente que acostumbra decidir por las vias de hecho de la mas sana razon del mundo; pero Inés prosiguió.

—Creis que hoy vuestro estúpido cortejo de amenazas me amedrenta, como vuestro eterno jesto de frialdad me amedrentaba en otro tiempo? Nó! hoy soi fuerte, no solo por la conciencia, sino por la esperiencia de lo que vos valeis, de lo que vos sois! He aprendido á medir vuestra entidad, comparándola con la de un bueno; y en-

tonces á saltado vuestra nulidad, como salta un globo de goma al tocar el suelo, visiblemente.

—Y, yó tengo la paciencia de verme insultado sin haceros trizas entre mis manos? gritó Lemaitre, inundado de una cólera febril.

—Si respondió altiva Inés.—Por que el derecho de hombre no os dá el derecho de calumniador: ni el de marido el de verdugo! Quereis que yo me encierre en esta casa solo para vos y para mi hija; ya estoy encerrada en este vasto mundo, donde todos viven mejor que yó! Para la la familia de mis padres? Distingamos —ya no conosco de ella sinó á mi madre: el resto se á acabado en una maldicion, y en un perdon para mi padre; la maldicion para esos dos *Caines*, que se llaman hermanos para mejor esplotar mi honra, mi destino, vuestra ignorancia y maldad!

—Señora! esclamó sojusgado por aquellas razones Lemaitre:—y quedó en silencio por largo rato.

—Si prosiguió nuevamente Inés: jamas cederé á una proposicion que ahoga mi propia dignidad de madre, constituyéndome en esclava; en nada! Jamas diré á esos malvados que me sacrifican á vuestra barbarie; y que se llaman hermanos, jamas les diré :—por vosotros se cubre de un sudario esta vida: á vosotros debo mi muerte moral, pero debo respetaros y ser los únicos seres á quienes me sea permitido ver, y darles las gracias todavia, por el mal que me han hecho y que un marido acepta por un bien! No! no! mil vezes no!

Lemaitre habia recurrido á la potestad con que contaba siempre, la voluntad; y habia tomado una posicion, sinó tan decisiva, por lo menos mas calculada.

Lemaitre—Luego no aceptais mi proposicion?

Inés—Me creis vos culpable? si, ó no?

Lemaitre—El mundo y vuestra familia lo aseguran.

Inés—Pero vos! vos!

Lemaitre—Yo! debo de sujetarme á la voz pùblica: y al fin yo mando aqui señora, y vos os conformareis al mandato!

Inés—Basta caballero! he dicho una vez que no pasaré por tal humillacion; y lo repito. Si mandais solo hallareis criados para obedeceros; yo soy vuestra igual: la madre de vuestra hija!

Lemaitre—Entonces será necesario abandonar esta casa y vuestra hija.

Inés—Ninguna de las dos cosas, pues soy inocente. Vivir como hé vivido hasta hoy: con mi hija, en mi casa y con vos caballero á quien el destino me dió por marido: esta és mi decision.

Lemaitre—Conosco vuestro odio á mi, señora: tampoco yo no quiero una mujer á la fuerza!

Inés—(sonriendo ironicámente) Y desde cuando habeis empezado á conocerlo?.....

Lemaitre—Ecsaminó aquella sonrisa en los lavios de aquella belleza; y comprendió todas las latitudes del pensamiento de su mujer: asi respondió mas que irritado, convencido.

—Entiendo la referencia! y jamas me perdonaré ese error de los sentidos! pero hay tiempo de repararle señora: desde hoy podeis retiraros á casa de vuestros padres.

Inés—quien me dá esa órden?

Lemaitre—yo: vuestro marido: Lemaitre!

Inés—El padre de Aurelia se acordará que está tratando de la suerte de la madre de esa niña!

Lemaitre—Yo solo me acuerdo que tomé por esposa una mujer que me aborrecia: y que se pasaria el resto de la vida aborreciéndome y ocultándolo; y al fin señora, vendria otro cariño á ocupar el vacio que el amor de *un muerto* habia dejado en esa alma: si ha llegado verdaderamente ese momento, en concienma no lo sé; pero ya se os acusa, y cuando el *rio suena agua trae:* yo quiero ser el primero en dar la señal de alerta á los maridos por engañar, y de consiguiente, desde hoy queda hecha nuestro separacion para siempre.

Inés se puso de pié, se paseó por la habitacion como una persona que quiere llamar las ideas á su centro: y al fin habló:

—Y mi hija? pregnntó con esa voz que solo tienen las madres cuando son sacrificadas.

—Vuestra hija señora, irá donde yo vaya!

—Como es eso gritó fuera de si Inés, corriendo ácia la puerta como si quisiera ir tras su hija; arrebatarla, quien sabe que hacer.

—Lemaitre, la detuvo por el brazo: A donde vais señora? vuestra hija duerme, y la hariais llorar impunenemente:—demasiado llorará sin madre á lo largo de su vida!

—Sin madre! y porqué? soy yo quien lo quiero por ventura? no sois mi verdugo y el de ella?—Porque sacrificais á la madre, hombre de hierro, hombre mesquino y bárbaro que habeis tomado por ley segundar las ambiciones de esas dos furias creadas para mi condenacion en la tierra y que se llaman hermanos?—Porque me abandonais en los primeros años de la vida esponiéndome á todos los sinsabores de un mundo peligroso para mi juventud? Que vais á hacer arrebatando á una madre inocente el baluarte de su virtud : — una hija! Porque consumais el atentado mas horrible que puede cometerse en la vida? Rompeis el lazo que vos mismo formasteis apesar mio; apesar de todo!—En nombre de mi sacrificio entonces, yo os hago responsable de mi porvenir, y del porvenir devuestra hija!

Lemaitre, habia palidecido; pero conmovido ó nó, contestó asi:

—Acabad señora, vuestro repertorio de injurias y de amargas recordaciones! Me confieso reo de haber elejido una mujer sin amor, por la vida entera; nada mas natural, qne tocando el imposible, le deje su libertad en la mitad del camino!

—Si: replicó Inés, combatiendo los sollozos: és verdad: nada mas natural que dejarla en la mitad del camino para que los pies bastardos, estropeen la honra de una mujer que yá no puede pertenecer á otro, sin baldon, ante un mundo que juzga de los errores ajenos con conciencia ruda: pero que sabe esconder los suyos, con la mentira de

un diplómatico acostumbrado á jugar reinos enteros! Ya se vé! que cosa mas natural que venir un estraño, á la edad de quince años, á obligar por plata á fijar ese destino, y despues de haberle fijado bajo el rubro insuperable de la ley divina, formulada por los hombres; despues de haberla dado una hija; dejará esa mujer jóven á merced de todos los insultos; de todas las calumnias imajinables!

—Es verdad! proseguia, torciendo sus bellas manos; á la mujer se toma por capricho: y se la deja por placer! mas cuidado! porque el tiempo es un denunciador de grandes castigos providenciales.—Cuidado Señor Lemaitre; que esta mujer que hoy arrojais del seno de su hija: de su propia casa; se acercará tal vez á la cabezera de vuestro lecho en la hora de la muerte y. . . .

—Basta! gritò Lemaitre los ojos inundados de una cólera insuperable:—pero Inés decidida y fuerte prosiguió:

—No basta aún caballero: ni ya vuestro mandato me intimida: saldré de esta casa como entré, sin errores! vos quedais como estabais! lleno de faltas y la peór de todas, que és la que os arrastra á este crimen, es la crueldad, y la ignorancia!

Basta! repitió con voz sorda:—y acercándose al balcon, cerca del cual estaba Inés, prosiguió en voz baja:—ó de nó, creedme: yo no sabré contenerme: yo seré capaz de arrojaros por este balcon!

La actitud, el acento, todo marcaba que aquel hombre tenia la inspiracion de un crimen. Instintivamente lo comprendió Inés, pero no se sintió amedrentada. De pié, erguida como una de esas endebles cañas que los vientos suaves conmueven, pero que resisten sin embargo, las grandes tempestades; permaneció esperándolo todo:—mas las decisiones supremas tienen un lenguaje sin voz que aclara todos los puntos escabrosos de la situacion, y sirve de baluarte á la inocencia oprimida: aquel de Inés, fué asi; pues Lemaitre descendió de su cólera febril y se sentó en una silla como cediendo al poder de una fatiga intensa.

Inés entonces habló—Necesito hablar á mi madre.

Mañana! respondió Lemaitre con tono sombrio! retiraos señora, y mañana partireis á la casa de vuestra madre, hasta que convencida de la necesidad de hacer lo que yo mando, volvais á la vuestra como es necesario para vindicar mi honor.

—*Jamás* repitió Inés alejándose al estremo de la habitacion:—*Jamás!* dijo cayendo de rodillas ante el crucifijo bendito; en el momento en que Lemaitre, trasponia el linde que debia de separarle desde aquel momento, de la mujer que habia sacrificado á su deseo, dándola por "*Una fortuna una Cruz.*"

ANTONIO DE PAULA Y ANJEL PICOTTI.

CAPITULO XIV.

La noche anterior, cuando se retiraban juntos de la habitacion de Lemaitre, Antonio de Paula y Anjel; se estableció entre ellos, como era de suponer, una conversacion—ella era la siguiente:

Antonio—Sabes Anjel que este hombrazo del diablo és mas tenaz que un africano neto: creo que no dará un paso contra su mujer!

Anjel—Oh! Si le dará!—No has notado la clase de impresion amarga que recibió cuando herí su alma de fierro, con aquellas palabras supuestas, que yo puse en la boca de Alfredo?

Antonio—Es verdad! fué cuando dió aquel golpe con el pié en el suelo, diciendo "Basta!"

Anjel—Y bien: ese marido se separa de su mujer, pues el dardo le ha quedado en el alma--y ahora te toca descorrer el velo ante el mundo: hacer circular la voz desde el mas encumbrado sitio de la sociedad, hasta el último; para que ese amor propio se levante al ruido de su propia deshonra: aleje á esa mujer, que teniéndola á su lado *todo* será de *ella:* y alejándola todo será *nuestro*, —á lo menos presentemente y si nos manejamos como hermanos.

—No quieres casarte?

Antonio—Sí, Lemaitre me habia ofrecido protejerme: ¡pero és tan miserable!

Anjel—Por lo mismo: tu solo no hubieras llevado á cabo este asunto: conmigo, ya lo ves: has hecho milagros. *Esa carta* á Riera de Inés, fué inspiracion mia: yo la redacté con esta vivacidad incógnita que nadie trasciende, bajo esta capa lenta y fria de mi carácter: era necesario ademas quitarla esa amiga que puede ser para ella un refugio: á Magdalena Artey; y la he comprometido: la he perdido!

Antonio—Si, pero yo te inspiré, aquellas palabras contra el viejo, para herirle, en lo vivo: y en efecto—qué ha sido lo que mas efecto hizo en su ánimo?—Respecto á Magdalena: acuérdate que yo fuí el primero que te dije, *no olvides* á aquella amiga, pues seria un punto de salvacion. Vamos: repito:—qué fué lo que hirió á Lemaitre?

Anjel—La carta!

Antonio—Las palabras!

Anjel—La carta!

Antonio—Necio! que siempre crées en tu superioridad!

Anjel—Yó! eso se puede decir de tí! pero: creéme, dejemos eso á un lado; tejamos la tela con cordura.

Antonio—Qué le diremos á los viejos?

Anjel—A mi padre dos palabras para engañarle y bastará.

Antonio—Y mi madre!

Anjel—Es dévil, y creerá aunque llore! No la has visto sorprenderse, dudar y acabar por dar fé á mis palabras contra Inés, antes de ahora, sobre distintos puntos, y mas que todo en este asunto de ayer? Tu sabes que tiene por mi una ciega predileccion.

Antonio—Sí has dicho bien; *ciega* predileccion!

Anjel—Dejemos ironias si quieres que tus asuntos no se paren al empezar la rueda!

Antonio—No! vamos!—mi padre por ejemplo irá á segundar nuestros planes, con ese caracter diabolicamente ambicioso y egoista que tiene: con él cuento!

Anjel—Y mi madre no nos desmentirá.—adelante pues! hagamos nuestros roles con propiedad.—Aunque nadie me ha visto llorar jamas; lloraré! Tu haras el valiente—pues has empezado—y és necesario no desmentirse ni en un detalle!

Antonio—A qué horas les hablaremos?

Anjel—mañana á las diez.

Antonio—Convenido.

Hasta mañana!—se dijeron mutuamente, pues hábian finalizado su camino y cada uno tomaba el sendero de su habitacion.

Antonio solo, se dijo estas palabras:—Ola! con que Anjel, pretende superarme? *Cómo* y *por qué*? Su *construccion* no valdrá tanto como la mia, en arte de intriga: y por tanto, dejémosle trabajar mientras me ayuda: despues—veremos; veremos lo que esta cabeza discurre para libertarse de ese otro enemigo de mi porvanir, que encubierto, me amenaza como Inés, de no dejarme entrar en el circulo de una gran fortuna. Aquí és necesario libertarse de los buenos, y de los malos: de los buenos como Inés, por ser *dueños:* y de los malos como Anjel, por querer ser *dueños!*—y con una de esas *filosofias Voltairicas;* proseguia—Adelante: adelante! el tiempo y el destino, harán lo demas.

Anjel por su parte; solo en su habitacion, refleccionaba de esta manera :

—Antonio quiere ser *solo* en este asunto; y yo le juro que íremos á medias.—Que Inés cáe: eso és cierto, como el Sol: pero que Antonio, se calze el negocio *absoluto:* eso, veremos si llega á madurar! El quiere dejarme mal con el marido, y mal con la mujer, para no ser descubierto algun dia; y bien: de pillo á pillo! yo tambien le he puesto mal con uno y otra—Quien podrá mas en el ánimo del uno: que ahora es lo que importa: lo dirá mi estratejia. En cuanto á Inés, perdida su amistad por veinte y cinco en mis intrigas que ella ha trascendìdo; perdída por mil! ya la cuento muerta.

Lo que és necesario, és luchar con el competidor:—ese és mi hermano: ese hermano no sabe ni ser malo porque es un necio:—yo triunfaré!—dijo; y se acostó tranquilamente acariciando en sueños aquella figura de la esperanza, que con un sijilo estraño le estaba haciendo una promesa que el mismo no entendia.

. . . .

A las diez del dia siguiente la entrevista con sus padres, se hizo bajo convenio repetido: y por consiguiente las fórmulas fueron guardadas con doble presicion.

Esperaban los dos hermanos á los ancianos en el salon.—Qué hay dijeron los dos á la vez, al ver los rostros conmovidos intencionalmente de sus hijos.

Antonio fué el primero que habló.

—Lo que ayer os dijimos, padres queridos, se confirma hoy: el bueno, el prudente de Mr. Lemaitre, ese hombre que deberia de llevar la corona de un Santo, ese hombre lo *sabe todo*, y por consiguiente. . . .

—Qué! esclamaron juntos anciano y anciana.

Antonio—Que se separa de Inés; prepara un viaje: no puede sufrìr el descrédito de su nombre; y esa mujer, esa mujer persiste en amar á *aquél* hombre; á ese miserable ganapan, que se jacta de ser amado; que insulta al marido con ese amor y con su palabra directa y ofensiva.

Doña Maria—Se cubrió los ojos con las manos, des-

hecha en llanto.—Don Juan cerró los puños en aire de amenaza, y quedó como estático contemplando que sabemos que formas accesibles á su ira: al fin habló.

Y, que hace esa mujer que no se vindica con su marido si es inocente?

Anjel con tono solemne—Es padre, que desgraciadamente no lo és, por mas que nosotros lo quisiéramos.

El padre—Luego no hay remedio? és culpable?

Anjel—Como el Anjel caido, padre: asi es culpable!

El padre—Entonces se entenderá conmigo! que proceda su marido como debe, y como quiera.

La madre—alzando los ojos al cielo. En el nombre de Dios conténgase la mano del destino que vá á caér sobre esa cabeza que nos pertenece!—y se puso de pié como conjurando la tempestad.

El marido—siempre airado.—Jamás! no se contendrá la mano de Dios que castiga á esa infame, que ha faltado á la severa ley del matrimonio!

La madre—Y quien lo puede provar?

Anjel—Yó!—Antonio—Yó!

La madre—Luego vosotros sois los calumniadores de vuestra propia sangre!—esclamó juntando las manos y clavando sus ojos brillantes de desesperacion en uno y otro.

Anjel—Os equivocais madre, si pensais que yo soy acusador de mi hermana; veo la justicia de parte del marido, y la confieso á mi pesar: esto és todo!

Antonio—Pués por lo que á mí toca la mostraré á esa malvada tal cual ella és!

La madre—Y Dios castigará hasta tus cenizas!

El padre.—No! porque és deber de todo hombre denunciar un crímen, y ese lo és!

Antonio—Es claro!

La madre—En nombre de Dios! que no se haga nada sin que yo la hable: ella me habia jurado por los Evanjelios que era inocente!

Antonio—Y por los Evanjelios ha mentido!

La madre—Acuérdate Antonio, de la historia de Caín y Abél!

Antonio—Con la diferencia que Caín tuvo envídia, y yó nó!

Anjel—Eso será lo que *tasa un sastre!*—sonriéndose irónicamente.

Antonio—Me acusas tú?—Volviende la cabeza irritado.

Anjel—Yó? no; te digo un proverbio.

Antonio calló.—La madre habia salido súbitamente en tanto que Don Juan, solo con sus dos hijos, formulaba un plan segun su ignorancia, de entera justicia: segun la verdad, de bárbara torpeza y sin razon.

Don Juan—Y que pensais hacer vosotros con esa mujer?

Anjel—Perdonarle hasta que me haya arrojado de su casa!

Antonio—Y yó nó: vengarme!

D. Juan—La verdadera manera de proceder con esa mala esposa y madre, és tratarla con el mayor desprecio para que conozca su falta: yo la desheredo desde hoy!

Anjel—Sois rigoroso, padre, con los *culpables*! y cargó la voz sobre esta palabra fijando sus ojos en Antonio—que sin saber porqué se estremeció.

Don Juan (sin entender el doble sentido). Si lo soy; para mí á muerto esa indigna hija!

Anjel—Id á verla padre!

Don Juan—Yó!

Anjel—Vos!—id: esponedle su falta; vuestra presencia la enrojezerá; se conseguirá mas con eso que con el desprecio y el silencio!—y una burlona sonrisa vagó por aquellos lávios pálidos, como los lávios de un difunto. El ódio á Inés, su venganza, la manera mas viva de hacerla sufrir, todas aquellas cosas parecia dibujar su estraña sonrisa.

Don Juan titubeó: pero como hombre sin idéas propias, se dejò llevar del consejo, tomó su sombrero y partió.

Quedaron solos Antonio y Anjel, cara á cara con el delito y la decision de llevarle adelante.

Anjel—Ya está asegurado el nudo de la tela de Penélope! no consiste en tejer bien ; és necesario afianzar el tejido y garantir la cosa que se ha de depositar sobre el amigo!—dijo golpeando con su mano el hombro de Antonio.

Antonio sonriendo—yá! pero no tires tanto al asegurarlo, no sea que se rompa antes de tiempo!—dijo á su vez con irónica sonrisa á Anjel, que se preparaba para irse.

Anjel—No temas! en cuanto á nuestra madre tengo yo mis dudas; no es asi el Señor Picotti padre! Oh! es todo un hombre del siglo pasado, con sus grados de maldad que honran el apellido!

Antonio—Tanto uno como otra, nos pertenecen en este asunto; mamá por devilidad ; digámoslo, al fin por impotencia! Papá por ignorancia y por egoismo! pues él vé que Lemaitre es una fortuna: que si se acuerda con él, él lo protejerá siempre: y basta para él esa idéa.

Angel—Ha prestado á nuestra casa Lemaitre, una gran cantidad?

Antonio—Si: y diò otra, por la cual se hizo el casamiento con Inés, que fué la que nos salvó de la ruina y del oprobio!

Anjel—Pero conviene, ante todo—dijo como dándole poca importancia á aquello—conviene que mamá, despues de hoy vea muy poco á Inés, á lo menos hasta que la semilla haya prendido.

Antonio—Me encargo de eso.

Anjel—Convenido, pero cuîdado con el abuso.

No hay que temer!—dijo Antonio, saliendo á la vez de su habitacion para tomar sus guantes y sombrero, y dirijirse á la casa de Inés.

Con el mîsmo objeto salió Anjel meditando por el camino en la manera mas verósimil y mas disfrazada de proseguir la intriga empezada con tanto acierto contra su hermana para obtener posicion y plata!

ALFREDO DE RIERA.

CAPITULO XV.

Aun no nos hemos ocupado bastante de esta persona de la historia, siendo de todo punto esencial dedicarla un sitio preferente, pues los sucesos se lo dan por si mismos.

Alfredo de Riera, era hijo de un rico heredero: de un gran personaje español, que cruzó por estas rejiones de América por casualidad; y como para honrarlas, dejó aunque *transversalmente* un vástago de su noble sangre. Ese fué el padre de Alfredo de Riera, que á la edad de veinte años se casó con una niña muy bella de una familia de gran fortuna, cuyo nombre era Elisa Bertrand.

El padre se llamaba Alfonso de Riera.

Criado Alfredo en medio de los mimos y la elegancia de su casa: su sociedad fué siempre de élito: y por mas que su corazon fuera templado en delicadísima bondad; aquella forma constante del lujo, y de las preferencias sociales; habia dado á su porte, el *yo no se qué*, de altivo que distingue, sin saberlo ellos mismos, á los que gozan de esos privilejios del nacimiento y de la fortuna.

Su aspecto era simpático; porqué ecsistia en la reunion de su figura, alta flecsible y fina, una impresion aná oga á la de su fisonomia; una tez lánguida, sombreada de ese tinte, al cual se le dá el nombre de moreno, servia de centro á unos negros ojos brillantes, coronados de magnificas pestañas y de esa tristísima forma que se destaca bajo el párpado inferior, y que se llama vulgarmente *ojera*. Cabellos negros como el ala del cuervo, caian en risos

sobre sus hombros, la frente era estensa y pálida; y una barba que se podria llamar en *flor;* hacia el conjunto de aquella persona en cuyos lavios abultados y coloreados de los tonos de la juventud; se veia la franqueza, del alma: un caracter apasionado y el rayo de la inteligencia en su frente y en sus ojos.

Pero la dote superior de Alfredo, era el timbre de su voz: habia en el fondo de ella un tono de ternura y de superioridad á la vez; que contrastaba con las inflecciones cambeantes del todo: dándola el prestijio de unos de esos ecos soñados. Indudablemente la voz humana tiene un gran poder: y Alfredo poseia ese secreto de la naturaleza, ignorándolo él mismo.

Habia quedado huérfano, hacian tres años, á la época en que hablamos de él; y solo en el mundo, con una fortuna inmensa; cedia á las tentaciones de la sociedad sin saciarse; pues el ideal de su alma, perturbaba su imajinacion en medio del placer, haciéndole odiar entonces el placer mismo.

Poeta por intuicion, se aliviaba del hastio de la vida y de las comodidades, redactando las pájinas ocultas de un amor soñado; de una amistad perdida. de un vicio maldito, de una juventud marchita!

Pero la realidad del ser que diviniza el sentimiento en el corazon, no ecsistia; Alfredo vagaba en las inmensidades del vacio.

Muerto el único amigo de su vida Claudio Prado: nada le quedaba en la tierra: la historia desgraciada y secreta de aquel hombre joven intelijente y bueno, habia ocupado no solo un lugar preferente en su memoria; sinó en su corazon.

Le habia quedado de aquella historia el tipo saltante y misterioso de la mujer apasionada, lijera como él la jusgaba; pero desgraciada y hermosa: pura y poética.

En sueños muchas veces, habia visto la divina mirada de aquellos ojos por los que murió Prado: y cuyas refracciones quemaban su cérebro.

Cuando escribió sobre la tumba de Prado los versos

que leyó Lemaître en un diario; Riera mas que para Claudio, los escribió para sí, sin confesárselo á sí propio; sin saberlo quizás.

Despues; cuando encontró á Inés en la tertulia de Marquez, sin que se la hubieran nombrado la reconoció!

Ademas; lo diremos; él conservaba un retrato de Inés hecho por Claudio, y que lo dejó como en déposito para otra vida; en las manos de Alfredo, al morir.

Mil vezes se habia complacido creyendo encontrar la semejanza de aquel tipo de mujer, en el mundo que recorria con tanto afan y en medio de tan loca algazara: pero le habia recorrido en vano y solo ecsistia el retrato en sus manos.

Una de esas impresiones profundas esperimentó su corazon, la noche que vió la belleza reál de aquella mujer: sintió enardecerse la sangre en sus venas rapidamente: pero como hombre acostumbrado al trato de las jentes de mundo, se esforzó para sobreponerse á su emocion, y apareció tranquilo.

Su conversacion con ella, encerraba el doble misterio de su alma, y el del amor perdido de Claudio: él queria sondar aquel corazon: ver si habia amado bastante: si podia amar todavia!

El desafio promovido por aquel truhán de Antonio de Paula, quebró el cristal de aquella esperanza que entre dudas, levantaba dulce y seráfica su cabeza, coronada de las flores mas bellas de la imajinacion.

Obligado á defenderse, le hirió levemente, y perdonó la vida á aquel cobarde, contentándose con desarmarle y arrojarle á la cara su desprecio: pero la intriga fraguada por Anjel y Antonio, de una carta perdida por Alfredo en aquel sitio: de palabras amargas dirijidas al marido —todo era una calumnia.

Alfredo se hebia alejado solo, de aquel sitio: con la imajinacion soñadora y triste: aquel desafio sin saber por qué, pues él insulto del hermano y la frialdad del marido, lo evocaron: aquella mujer inocente, y sin duda acusada de una falta que él no alcanzaba, pero cuya natu-

raleza suponia: á lo menos su persona entraba por algo en aquel error funesto de la familia—la vaga y dulce melancolia del recuerdo de la voz de Inés: del jiro voluptuoso de sus ojos; de aquella figura cuyos contornos tenian algo de semejante á los de Diana Cazadora: cargaban su memoria con el peso de mil pensamientos contradictorios: lindos y suaves unos: amargos y dolorosos otros, como si los pensamientos tomaran en este caso, las formas siniestras, para enlutar las hojas de una vida hasta entonces feliz.

Solo en su casa, decia Alfredo para si.—"Estraña historia!" un escándalo en un baile, y sin saber por qué! Mis amigos juegan mi nombre en los cafeés: en las sociedades íntimas ; y el de Inés sigue mi suerte con todas las desventajas que son inherentes al nombre de una mujer! Ese marido torpe; su físico lo acusa de tal—su accion lo corrobora;—ese hermano audaz y miserable, que sin duda corteja la fortuna y adula las ambiciones del marido; todo ese compuesto de malas cosas, me asesina desde anoche! pero sobre todo *ella*, Inés ! esa pálida y encantadora mujer, que ni su estado de esposa y madre la han usurpado los candores y la divina gracia de la inocencia ; esa santa, que debe de llorar en la cárcel de su destino, porque sin duda ese destino se ha cumplido mal; apesar de ella ! esa mujer intelijente y bella, se vé ultrajada sin merecerlo ; acusada siendo pura, y con un hermano repaesentando el rol de Cain ! estraña historia !

Repetia paseándose y colocando sus guantes y sombrero sobre una mesa,—estraña historia !

—Mas que pnedo yo hacer para salvarla ? hablar al marido ? dirijirme á sus padres ? pero sospecharán doblemente; la creerán cómplice de este paso;—que sé yó!—y calló por largo rato, siguiendo en su paseo por la habítacion; y como si por un momento se creyera iluminado esclamó :

—Y, bien : la hablaré ! A ella esclusivamente debo yo dirijirme para aclarar este asunto sombrío ; yo debo de salvar el nombre de esa esposa y de esa madre, del

ludibrio en que caén los nombres de las buenas mujeres, que reciben el triste bautismo de la desgracia del mundo. Si: yo la hablaré!—Mas cómo? se preguntó deteniéndose súbitamente como si una duda hubiese venido á enfriar su resolucion.—Pasó un largo rato pensativo; al fin habló—Una carta escrîta con verdad y nobleza, enviada á la faz de su familia sin ningun misterio, dará malos resultados en el estado en que veo las cosas; un billete incógnito puede ser sorprendido—y entonces, por santo que sea el fin, la forma haria su fatal condenacion!—Esperarla en el templo, y al arrodillarse decirla: "quiero salvaros Señora," recivid un papel, que en él van los medios para lograrlo!"—y si no vá sola? y si se niega, y me crée un insensato?

Volvió á quebrar el silencio de la negra duda el luminoso cuadro de sus propósitos varoniles y nobles: de sus esperanzas! Estando asi—oyó tocar á la puerta de su habitacion,—"adelante," dijo bruscamente; la puerta se abrió y apareció un criado con un papel en la mano.—De quién? preguntó secamente Alfredo,—recibiendo el papel que el criado alargaba respetuosamente ácia él—Ha sido encontrado Señor sobre las primeras gradas de la escalera principal con el sobre para Vos.

—Y porque se me traen los papeles que se encuentran tirados al paso de una de las escaleras de mi casa?—dijo Alfredo con la altivez de un Señor acostumbrado á no dejarse faltar al respeto.

Señor, dijo el criado: yo no sé como há sucedido esto, pero....

—Eras tú quien deberia de saber estos deberes primero que los otros; pues conoces mis habitudes, mis órdenes privadas y jenerales; y yo tengo habitudes y órdenes terminantes.

—Señor, volvió á decir el criado con sumision—si permitis la arrojaré á las llamas.

—Alfredo tomó instintivamente aquel papél, y sin saber como ni por qué, alzó su mano en direccion á la

puerta, y dijo al criado; que valga esta advertencia para otra ocasion—retírate.

El criado se alejó:—Alfredo quedó solo con el papel entre las manos, y sin bastante resolucion para abrirle. Al fin, el papel se entreabrió al contacto de sus manos, que tan pronto le estiraban como le recojian; y apareció una letra femenil.... Si fuera de ella!—pasó por su cabeza como un relámpago este pensamiento, y le abrió en seguida.

Si alguno en pós de aquel hombre hubiera podido estudiar los secretos de su alma, en su fisonomía, hubiera podido adivinar tal vez, lo que los lávios comprimidos por el poder de la indecision y del orgullo mismo, no osaban pronunciar.

" Yo amo á Inés."

En fin el leyó, y creemos tener permiso para estractar el contenido de aquella carta misteriosa.

—"Estoy perdida sin vos, un marido que sospecha: una familia que se prepara á vengar su apellido: colocan á una madre en la situacion de pediros vuestro apoyo como caballero.

Mañana á la noche, á las diez, embozado en una capa obscura, con un sombrero á la Italiana, pasareis por mi casa: yo esperaré cerca de un balcon si puedo robar un instante á la vijilancia que me cerca: sinó uno criada esperará á la puerta de la calle: al pasar, la direis "para *ella*" la criada recibirá el papel, y dos horas despues recojereis la respuesta de igual modo.

En nombre de Dios! si amais, compadecedme y tratad de salvarme, de esta cárcel: de este infierno."

I.

Alfredo habia quedado pálido como un lirio mojado por la lluvia de la noche; dobló el papel, le guardó en silencio en su cartera intima, y tomó la pluma para escribir lo que sigue.

—"Si hay un poder Señora, que valga el sacrificio de toda una vida, és y será el vuestro.

"Yo os ofresco desde ahora la mas profunda, la mas

completa abnegacion: se trata de ofender vuestro nombre injustamente, ahi me tendreis por Caballero! Si me dais el derecho de serlo tin mortificar vuestra delicadeza, quién se atreverá á mancharos? yo os protejeré como digna esposa ya que la suerte colocó á vuestro lado un marido que mancilla su propio nombre en el vuestro, para saciar que se yo cual deseo oculto que no me es dado comprender todavia! Os protejeré como madre buena y cariñosa; ya que os condenan sin oiros ante un tribunal cuyo propio Juez es vuestro acusador!

"Si Claudio dejó este mundo cuando le abandonasteis por otro: Alfredo tomará los derechos de la amistad para haceros respetar como lo mereceis señora!

"Iré á vuestro llamado á las dies de la noche de mañana bajo el dísfras que me indicais señora; dejaré en poder de la criada el billete y pasaré á recojerle en la hora que me prescribis: y creedme señora, yo. . . . . .contad conmigo hasta la muerte."

Alfredo.

A la siguiente noche á las dies, Alfredo bajo el disfras indicado pasaba delante de los balcones de Inés, que cerrados hermeticamente no dejaban ni vislumbrar un rayo de la luz artificial de las habitaciones—pero una sombra cautelosa, se dibujaba sobre el dintel de la puerta de calle.—Alfredo se acercó, y reconoció á una criada—"*para ella*"—dijo y la criada alargó la mano en silencio y desapareció cerrando tras sí la puerta suavemente:—á las dos horas, Alfredo volvió fiel á su consigna, y la sombra le esperaba en la puerta. El alargó la mano rosándose al pasar con ella: la sombra perfectamente velada, pues el farol se habia apagado, entregó un papel y como la primera vez, desapareció cerrando dulcemente en pós de ella, la puerta.—Alfredo voló á su casa; abrió el papel.

—"Mañana á las nueve de la noche, pasareis por mi casa sin disfrás: os parareis frente de mis balcones, esté quien esté! Si és necesario una lucha: sostenedla: la

criada á las diez, os esperará en el mismo sitio.—Hasta entónces—Adios! Cuento con vuestro valor, y vuestra lealtad."

Como era de suponer, Alfredo joven, mimado y hermoso; se creia amado, y aunque no lo confesaba, se lo repetia su espiritu en mil idiomas á cada instante.

No pasó por su mente un momento, la idea de que aquellas cartas pudieran ser una réd tendida á su credulidad, y á la inocencia de Inés: jamas habia visto la escritura de aquella mujer: y tomó por verdad lo que solo era un lazo horrible!

A la noche siguiente á las nueve, pasaba por la casa de Inés en su traje abitual: en la puerta habia una figura de hombre: desde la vereda de enfrente reconoció á Lemaitre con las manos escondidas en los bolsillos del ranglan y fijo en el: Alfredo se detuvo frente por frente de él: en aquel instante la lúz del salon, se reflejó en el rostro del incauto joven, y Lemaitre le reconoció perfectamente.

—No hay duda dijo el viejo enceguecido ó maligno: és él: no me han engañado!

Lemaitre desapareció y subió sin duda á decidir lo que decidió—"su separacion absoluta de Inés."

Viendo Alfredo que la hora se pasaba sin que apareciera ni la criada á recibir su papel, se retiró pensativo á su casa.

Llevaba en el espíritu esa vaga y soñolienta tisteza que bien ecsaminada equivaldria á un presentimiento: y que en la hora de la sensacion, solo tenia un valor aparente de melancolia.

—Para que me habrá hecho ir y ser visto por su marido, sin duda, espresamente? Que razon habrá tenido para no hacer aparecer á la críada: para pedirme que pasara sin disfrás y sostuviera una lucha si era necesaria? Y con quien?

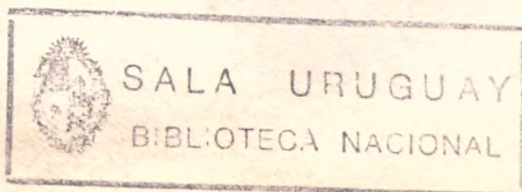
—Ignora ella, decia con amargura, que su marido és un autómata al que solo le mueven los intereses de fortuna, ó las malas pasiones? se espondria él acaso, á un

desafio, á una injuria, á un tropiezo por una mujer, aunque ella sea su esposa, y la madre de sus hijos, ofendida? Bien és verdad que se necesita ser muy ciega, para no alcanzar que el marido que sufre los insultos de hermanos contra su apellido: no puede ser hombre de tomar satisfaccion, al que supone amante de su muje:r—esto es constante: proseguia de una manera floja y triste: y sin embargo; esa mujer es una santa: és tan pura como un niño en la cuna! De que la acusan? Si hubiera amor en su alma, tampoco seria un delito: pero el amor. . . . . .Ah! decia poniendo sus manos sobre el retrato, de Claudio Prado: el amor se encendió por este hombre leál é intelijente: despues. . . . . . . .solo podrian venir los sentimientos frios que no tienen compensacion aqui bajo! y brillaron sus ojos de un resplandor fosfórico.

Alfredo permaneció en silencio por dos horas á lo menos, las manos puestas en esa actitud fleccible de los elegantes perfectos, que saben encontrar la manera de no hacer fria una postura jamas aunque involuntariamente: asi, aquellas manos caian con neglijente desdén á lo largo de su figura y cualquiera habria dicho sin embargo:—ese és un hombre del gran mundo!

Al fin; alzò una de sus manos hasta su negra y brillante cabeza, introdujo sus lánguidos y finos dedos por entre los risos de sus largos cabellos, y dando dos ó tres pasos dijo como persona que ha estado reflecsionando y ha tocado el límite de una contradiccion invencible.

"Está bien! el camino és pezado, tortuoso, y hai inmensidad de espinas que me prometen otras tantas heridas!—pero que hacer?—dar un salto y trasponer las distancias?—Eso seria cobardia y nulidad moral! La víctima me maldeciria, y el riesgo ecsistiria tal vez á trueque de mi propia vida!—Volver la espalda y seguir mi camino de siempre, bullicioso, insensato, pero sin compromisos ni dolores. . . . y bien; eso és yá imposible!—He conocido á esa mujer, y ella me ha revelado el abismo donde la pasion ciega se lanza á estrellarse con la tumba: donde la tumba no és una espiacion, sino una recompen-



sa, Dios!—He encontrado á esa víctima de la calumnia que me pide favor; y yo la tiendo los brazos, la salvo del crímen de sus verdugos.... y el porvenir nos envuelve en su sábana impenetrable de dudas y esperanzas, de peligros y salvacion!

—Ya no hai remedio;—añadía caminando á largos pasos por la habitacion:—la herida está abierta, y el dolor fijo aquí! y oprimia su corazon.

—No se puede luchar contra esto; unos pocos dias, y mi vida toda ha cambiado!

La gravedad del contrapeso de mi destino se ha manifestado ya, en el teñido manto de las abnegaciones y los sacrificios; no contrarestemos la obra de la Providencia!

Estoi decidido á todo! mi marcha está yá trazada delante de mis ojos: ahora, no mas fiestas, no mas placer! la vida íntima; esa vida intelectual, para la cual habia nacido y la fortuna habia traicionado en sus medios; esa vida servirá de tema á la vida moral á que me preparo; á esa vida de peripecías y de la fé triunfante! Y diciendo esto, ajitó visiblemente turbado el cordon de la campanilla, y apareció su criado.

—Quiero descansar.

El criado procedió á desnudarle, y Alfredo al cabo de un rato cerró sus ojos, y sin duda se quedó dormido.

El sueño dicen que proteje los grandes proyectos y los grandes sucesos: nosotros creemos tambien que corrobora unos y otros, para que sin sombrías amenazas de hecho, puedan marchar al límite de su ecsistencia.

———

EL PADRE Y LA MADRE.

CAPITULO XVI.

Doña Maria habia partido dejando á su marido con Anjel y Antonio decidido á abandonar á Inés á la barbarie de su marido, y estos, á la denunciacion del delito creado por ellos de la esposa y madre ante el mundo.

Era claro que Doña Maria iva á hablar á su hija. En efecto entró y halló á Inés tan sumamente abatida, que Doña Maria se estremeció involuntariamente.

Doña Maria—Estas enferma Inés?

Inés—No madre!

Doña Maria—Luego que tienes, que ha sucedido nuevamente?

Ines—Que Lemaitre me abandona, y me arranca mi hija!

Doña Maria—Y por qué?

Inés—Porque mis hermanos me han calumniado!

Doña Maria—Tus hermanos, no lo creas jamas!

Inés—Ellos unicamente madre: y despues de ellos el mundo concitado por ellos para ese objeto! y un marido que se venga de Dios sin duda, pues sin haberle faltado nunca, no le hé podido amar jamas! Eh ahi mi delito: eh ahi el motivo oculto de esta separacion incalificable; pues yo no amo á nadie: yó no mantengo intimidades con nadie! veo al contrario irse desgastando mi juventud como una de esas flores efimeras que sienten morirse al empezar la vida, sin querer renunciar á ella: pero que son obligadas por la fuerza mayor que las impele y las arroja á la nada de si mismas.

Inés lloraba: su madre imitó involuntariamente su dolor.

—Si, madre prosiguió; yo me siento desgastada de sufrir sin saber *porqué*: de estar afrontando peligros de familia que se levantan á cada paso que doy y sobre todo, mi fuerza se estingue porque estoy inocente y me veo acusada!

Doña Maria alzó los ojos, y despues de haber contemplado á su hija, hizo esta seria pregunta:

—Y, como és que estando inocente no te sientes doblemente fuerte?

Inés sintió que su cabeza se erguia involuntariamente; que sus lágrimas cesaban de correr; y respondió:

—Porque la virtud mas profunda se cansa de verse ultrajada, y yó me hé fatigado demasiado temprano, porque demasiado temprano ajenos mandatos me trazaron el estraño camino por donde marcho! á quien la culpa?

Y como si aquella pregunta hubiera encontrado eco fuera de aquellas cuatro paredes, se abrió la puerta, y apareció la irritada figura de su padre que venia á demandar cuenta á la víctima de si no habia sufrido bastante para doblar la cantidad del dolor.

Inés, le contempló por un momento como si le quisiera decir—aùn no estais satisfecho? Don Juan entró: lanzò una ojeada por todas partes y con tono agrio preguntó sin mirar á nadie—Con que aqui ya no hay cordura de esposa ni de madre, ni paz, ni. . . .

Inés se enrojeció de esa tinta fuerte y seca de la íra, que parece que quema la mejilla: y con un acento intimo respondió!

—La esposa que trabajó una ambicion fatal, fué comprada inocente y pura al destino de la esperanza: Dios al cual hizo la inocente aquel sacrificio, lo presenció todo: hoy el comprador se há cansado sin duda de ella, de su pureza, de su inocencia, y la abandona siendo madre á la edad de los peligros, con la desesperacion en el alma: calumniada, y tan ecsenta de culpa, como lo está su propia hija!

—Que quereis padre? cuando se trabaja mal; los resultados son peores que la obra: y....añadió señalando al Cielo; y Dios és testigo de los autores; de las victimas, y del inicuo trabajo!

Algo de grande y de muy solemne dominaba la postura y la espresion de aquella mujer desgraciada que tomaba á Dios por juez y testigo de sus verdugos, como de su inocencia.

Pero aquel padre avaro, ingrato y bárbaro, no entendia la santa lengua de los sacrificios: la divina forma de la virtud y de la inocencia! y contestó, con la indiferencia mas brutal:

—Mejor fuera que hubieras aprendido á sufrir á tu marido como se debe, aunque ese marido alzara las manos sobre tu rostro: aunque ese marido hiciera las injusticias más amargas: tu deber era soportarlo y callar; para eso te has casado!

Inés, se sonrió amarga é irónicámente y clavando su mirada en la figura estúpida de aquel padre sin corazon, respondiò:

—Ola! para sufrir sinrazones me casasteis vos, con ese hombre! sinrazones que era necesario aprender á soportar en el libro infame de las compras y ventas de las esclavas, para no dejar en blanco ningun artículo de las condiciones! Que podria responder yo al ser que me há dado la vida para traficarla de este modo gran Dios! añadió torciendo sus finas y pálidas manos, y perdiendo á cada instante el continente firme y reservado con que disfrasaba su estado aflijente: pero Doña Maria estremeciéndose se acercó á Don Juan; y en voz baja le dijo:

—Calla por Dios! no la ecsasperes! yo sola hablaré, y podré mas que tú y que todos.

Don Juan, tornó con desprecio el rostro ácia su mujer y la respondió—Lo que haceis vosotras las mujeres cuando os reunis, és charlar y nada entre dos platos.

Doña Maria irritada—Aqui no se trata de refranes y tonterias; es el asunto mas grave de una familia y por una palabra puede perderse ó salvarse una hija!

Don Juan—Si! salvarse! demasiado perdida está yá: pues Lemaitre me ha dicho hace un momento que su separacion es una cosa decidida: absolutamente decidida!

Doña Maria (ajitada) Y donde está Lemaître?

—En sus habitaciones trabajando para el arreglo de su viaje á Europa con su hija!

—Con su hija! gritó Ines bajo un acceso de desesperacion febril: Oh! eso lo veremos! veremos si Dios lo consiente; veremos lo que puedo yo!

Y en aquel instante se entreabrió la puerta de la habitacion y apareció Lemaitre con el rostro, no como de costumbre bañado de esas tintas fuertes y rosadas: sinó, notablemente pálido; saludó á los ancianos y sin sentarse habló:

Inés estaba bajo el poder de un temblor involuntario.

—Señores: yo estoy muy apesadumbrado de no poder hacer feliz á la señora: (señalando á Ines) pero desde que és imposible, ya no hay que agregar una palabra mas.

Inés se puso de pié tan amarilla como si un desborde inusitado de *vilis* hubiera asaltado toda su sangre: y con noble altura, habló á su vez:

—Ante todo, espero y debo de saber que causa y que datos obligan á este caballero á dar este paso atentatorio, que vá á dar: y despues: se hace necesario que yo haga saber á mi madre (olbidando mencionar al padre) que yo no he tratado de romper mi familia, como lo hace este caballero, mas: que yo no lo puedo consentir: que yo puedo revestirme de mi autoridad de madre y esposa intachable, y decir á este marido, solo ante un tribunal se deciden estas cosas: vos no sois Juez, siendo parte: vos me debeis el honor de mi nombre inmaculado; lo debeis á mi hija: y es claro que no salgo de esta casa, que tanto es vuestra como mia; sino esponeis terminantemente, las causas y los datos que os obligan á proceder asi.

Lemaitre por toda respuesta metió una de sus manos en un bolsillo de su ranglan, sacó de él una cartera: de la cartera unas cartas que fue desdoblando al parecer tran-

quilamente, y levantándose se dirijió á Ines, con estas palabras:

—Eh ahi en la causa, los datos. En seguida se acercó á Doña Maria que se habia quedado pálida y trémula, y la dijo: Creo que esto hará mi justificacion. En cuanto á vos, señor, (dirijiéndose al padre) bastará en mi concepto la decision que la madre de la señora (dirijiéndose á Inés) haga sobre este asunto.

—Yo! dijo timidamente Doña Maria:

—Será necesario que vos seais el juez en este asunto señora, por desgracia demasiado aflijente! y mientras se cruzaban estas palabras, Inés que leia la carta que tenia en las manos dió un grito y esclamó—De quien es esto? que trama tan negra es esta que me han tejido mis bárbaros enemigos? Yo recibir cartas de un hombre! yo! decia cayendo de rodillas ante aquel crucifijo que habia visto tantas vezes su dolor y su inocencia!—Dios mio! proseguia! tu que penetras hasta el mas delicado pliegue del corazon humano dignate sondar el mio y ver si soy culpable: en este caso condéname y que me castiguen mis enemigos! pero si soy inocente, anonada á esos detractores que se han enceguecido contra mi, sin duda porque no han recibido de estas manos sinó piedad y bien!

La madre y la esposa se habian levantado en masa en la entidad de la mujer, doblando su esencia y su forma; de manera que aquellos tres seres que la contemplaban, estaban como subyugados por el doble poder que gobernaba á Inés. Esta, concluida su oracion, se levantó del suelo con dignidad, y alargando las cartas á su marido dijo:

—No conosco esa letra, ni menos á lo que se refiere esa carta.

Lematre sacudió la influencia de la *verdad de rodillas*, para negar á la *verdad altiva de pié*, lo que á aquella tal vez le habria concedido: y tomando como un hábil diplomático su frialdad acostumbrada, respondió recibiendo la carta:

—Pues és respuesta á una vuestra!

Inés, (sentándose) es mentira!

Lemaitre—De quien?

Inés—Vuestra y de todos, si todos lo dicen!

Lemaitre—Mas audaz cuando és mas culpable!

Inés—Es que yo hablo con un hombre simplemente no con un poder, como vos lo creis; y yo solo bajo mi frente no ante el poder húmano tampoco: sinó ante el de Dios!

Lemaitre—Si eh! pues creo que tendreis que bajarla ante vuestro delito de madre, y esposa y vuestros padres jusgarán: y dirijiendose á ellos—Decidid por esas pruebas, si soy justo ó injusto con esa mujer, señalando con desprecio á Ines. Esta repitiò con amarga dignidad: "Esta mujer!" y calló, tomada de un temblor profundo. La madre dobló las cartas, despues de haberlas leido bajo míl impresiones de dolor: y con timidez dijo á Lemaitre. Yo no podria dar opinion contra mi hija, aunque conosca su culpa!—Lemaitre miro de alto á abajo á Ines; y la dijo—Ois? es vuestra madre la que habla!

Inés, sintió pasar como un velo fúnebre por sus ojos: y como si pudiera arrancárselo, se pasó las manos por ellos con una estraña impresion: despues habló á su madre.

—Cual és mi culpa señora?

La madre—Esa carta te condena hija mia!

Inés—Y quien ha dicho señora que esa carta me pertenece?

Lemaitre—El contenido de ella.

Inés—No hablo con vos: hablo con mi madre!

La madre—Por Dios! estas cuestiones me matan: que se acaben ya—decia con las manos juntas y desecha en lágrímas.

Lemaitre con una frialdad aterrante—Acabarse señora! Oh! se acabarán: de eso se trata. Una separacion és el resnltado de los errores de vuestra hija; y el medio de arreglar para siempre estos dos destinos traicionados.—El de ella, y el mio!

La madre dió un grito de sorpresa dolorosa; Inés quedó

en silencio como esperando á que siguiera; mas viendo que todos callaban, ella tomó la palabra.

—Una separacion se hace, formulando un proceso criminal contra una esposa, ante un tribunal competente: y yo lo ecsijo.

Lemaitre—Se evitará ese escándalo por vuestra madre señora!

Inés—Se evitará el escándalo que vos mismo habeis dado sin razon, solo por las malvadas sujestiones de esos dos monstruos que os dominan hoy y que se dicen mis hermanos!—Que ironia! eso seria lo mismo que ir á curar á un cádaver! El pueblo entero deberá de saberlo yá: y si no lo sabe lo sabrá en breve.

Lemaitre (con impaciencia) Yo no tendré la culpa!

Inés—Y quien? no sois vos el marido, el padre el dueño de esta casa? No podeis alejar los malos que se acercan á dañar cualquiera de esas tres entídades que representais?

—Como consentis que ajen el honor mio en el vuestro? que caiga el anatema social en el apellido vuestro que és el de vuestra hija?

—Ignorais que las manchas de los padres, suelen quedar cómo una revelacion sobre los hijos? Si vos me manchais gratuitamente; mi hija llevará esa señal eternamente!

Doña Maria—Eso no! porque si eres inocente Dios hará que tu virtud quede en transparencia!

Don Juan (irritado) Calla mujer: en cuestiones de este jénero los padres callan y solo tiene voz el marido que es el dueño y señor de su mujer!

Inés—Provadme que yo no cumplo mis deberes, y que yo tengo algun afecto fuera de mi madre y de mi hija!

Lemaitre con ironia profunda—Precisamente la ausencia de ese afectò para el marido, ya es una duda: despues los datos ya los habeis visto. Basta de esplicaciones:—añadió;—yo soy hombre que repito muy pocas vezes lo que voy á hacer, por consiguiente tomad vuestra situacion del mejor modo posible; dentro de dós semanas parto con

Aurelia á Europa: vos quedareis al lado de vuestra madre si lo quereis: sinó todos los caminos del mundo estan á vuestra disposicion!

Inés irradiada de esa desesperacion mortal que quema el cérebro—con que ya no hay remedio! dijo con una de esas vozes arrebatadas al delirio. Todo se ha acabado para mi! me arrancan mi hija siendo pura; me calumnian siendo ínocente! y bien; ahora voy yo arrancar el velo que ha cubierto mi corazon:—y dirijiéndose á Lemaitre, le dijo: Yo, jamás os hé amado lo ois bien? jamás! una repulsion que tenia algo de los presentimientos funestos, sacudia mi alma al acercaros á mi. Os he odiado: os he despreciado por vuestra alma chica y miserable! he vivido como un preso en el pedazo de tierra que le señalan para respirar; con la resignacion del dolor: pero sujeta esclusivamente á su Juez. Oidme bien! Si vuestro corazon hubiera participado de las santas impresiones del bien, y del sublime de las cosas que hacen de la criatura un doble ser: yo habria llegado á amaros algun dia, por mas que las nieves de la edad hayan blanquecido vuestros cabellos, y enfriado las lindas inspiraciones de la mente!

Mas: apesar de haber nacido en distintas zonas, yo he vivido esclusivamente para vos! miente el que ose decir lo contrario!—yo desafio á que lo diga delante de mi, el hombre á quien yo le haya sonreido en mi vida de casada con un doble sentido jamas! vos habeis tocado mi cuerpo: y sereis el primero y el último.

Os he sido fiél, como mujer ninguna ha podido serlo mas; y esta verdad se dobla en su entidad, por que vos la sabeis, y si dudais ó lo aparentais, és por que conviene á vuestros planes.

Marchad—Prosiguió con una especie de calma prestada por el esfuerzo, sobre la seca, desesperacion—marchad; está bien!—vos os arrepentireis de ese delito algun dia! yo os perdonaré entonces!

Lemaître—Pronósticos de mujeres!

Inés!—Ponósticos de madre! algo mas:—añadió en to-

no solemne—esa hija algun dia llorará con su madre la barbarie de este padre que hoi la arranca de su lado—y ese Antonio que dejais dueño de vuestra fortuna la consumirá en sus vicios y en sus ambiciones! Ahora marchad os repito: mi destino—añadió fijando sus ojos inundados de lágrimas en su padre—mi destino se escribió én una hoja muerta! los soles han secado esa tinta tanto, que ahora ya, los caracteres han desaparecido—mi destino queda pues, sin *tema*: sin guia y. . . .á merced de Dios! y sin añadir una palabra mas, Inés desapareció no solamente de su habitacion; sinó de su casa de la cual salió para no volver mas á ella, dejando en un silencio indefinible á aquellos tres personajes.

Al fin, Lemaître tomó la palabra y dijó paseándose por la habitacion con toda la simulacion de un astuto.—Ya lo veis: ella se aleja: lo deseaba! yo quise provarla hasta el fin!—Y aquellos dos ancianos ultrajados en su hija, no fueron bastantes á responder á quel hombre frio, y malo—mentis!—siquiera esa sola palabra;—mentis!

Ahora—prosiguió Lemaître—es necesario que la tomeis á vuestro cargo: yo os daré secretamente una pension, pero con la condicion que ella lo ignorará toda la vida! —Yo haré todo por Antonio, pues para que se case le hé dado una grave cantidad, y lo dejo de jerente de mi casa; esa casa es vuestra; yo la alquilo como hasta aqui, y os doi por ella doble precio que otro: No olbidaré á Anjel; tambien le daré una posicion y al fin esa mujer conocerá su error y. . . .La madre llorando—Tal vez Dios hará que ós reunais algun dia. . . .és verdad Lemaître?

—Señora, respondio Lemaître—esos misterios del tiempo nadie los puede adivinar;—puede ser que si! . . . . y dando la mano á los ancianos desapareció.

Don Juan—Ya ves como nos quiere este santo hombre! él alquila toda la casa como siempre: él coloca á nuestros dos hijos: él. . . .

Doña Maria—Calla! pero Inés queda abandonada; sin su hija! tan jóven ella y. . . . . .el mundo lleno de pelígros!

Don Juan —No! vamos á buscarla: tengámosla en casa, y ella se someterá á todo!

Doña Maria—Y donde la encontraremos?

Don Juan—la buscaremos—

Doña Maria—Vamos por Dios! vamos: esta casa parece que me quema las plantas!....

Y Doña Maria bajo un vértigo, descendió la escalera apoyada en el brazo de su marido, como persona que no sabe donde la llevará su suerte—En cuanto á Lemaitre acababa de dejar colmados sus proyectos.

Aquella casa estaba habitada, y sin embargo parecia un desierto

—El poder de las grandes desgracias, que toman forma hasta en las cosas inanimadas!....

POR UNA MADRE!

CAPITULO XVII.

Doña Maria y Don Juan entraron á su casa en un profundo silencio; el de la madre, era el resultado inmediato de la conviccion de una desgracia irreparable que golpeaba su corazon con todo el cortejo desolador de verdades funestas: pero el del padre era el resultado del cálculo de lo que tenia asignado por Lemaitre; de la fortuna de Anjel y Antonio, y de que en fin; era necesario acatar cuanto aquel hombre hiciera fuera bueno ó fuera malo. En

esta disposicion de ánimo se encontraba Don Juan al entrar, á su casa: y fué necesarío que Doña Maria háblara para arrancarle de la distraccion en que se habia dejado caér como un necio en los brazos de una quimera.

Doña Maria—Donde calculas que puede estar Ines?

Don Juan—Yo no lo sé!

Doña Maria—Estará en casa de aquella mujer que ella quiere tanto, y que Antonio y Anjel aborrecen ciegamente? no se llama Magdalena Artey?

Don Juan—Puede ser! y será muy culpable esa mujer si la acepta: pues desde que Ines es una mujer casada!

Doña Maria—Y que ha de hacer?

Don Juan—Echarla á la calle: y mostrarla sus deberes á la fuerza!

Doña Maria—Eso no lo hace nadie en su casa.

Don Juan—Cállate! ó tratas de apadrinar los errores de tu hija, y los de los estraños? porque no se ha ido á casa de una parienta? ó mas bien: porque no sufre todo lo que manda y quiere su marido?

Doña Maria—Porque su marido ha sido injusto y bárbaro! y su honor ofendido la ha hecho proceder asi!

Don Juan—Ola señora esposa! estás desafiando á los inventores del romanticismo! y piensas decirle eso á tu hija? no ves que la descaminaras mas? al contrario hablale la lengua de sus obligaciones: pintala á su marido como un santo: recuérdala su hija: disculpa á sus hermanos y sobre todo, has porque vea que ella es la culpable y no él —lo entiendes? repitió aquel viejo con la autoridad de un Juez que manda á un condenado árecibir su castigo.

Doña Maria, acostumbrada á obedecer por instinto y por educacion, se contentò con observar—Si: yo haré lo que tu ecsijes: pero confiésame aqui en la soledad de nosotros que ese hombre és malo!

Don Juan—Ya lo sé: pero no conviene que lo sepa nadie, sinó tu y yó.

Doña Maria—Y mas tarde hasta el mundo que hoy está de parte de él! dijo con aire profético.

Don Juan—Y bien: no vas á buscar á Inés?

Doña Maria, bastante ajitada salió para pasar á la casa de Magdalena Artey, donde suponia que encontraria á Inés, por la predileccion marcada que esta le profesaba.

En efecto, entró preguntando por la dueña de la casa, que al oir su nombre dió órden para hacer entrar á la persona que lo pronunciaba.

Despues de las formas de estilo, la madre se atrevió á preguntar por Ines; y Magdalena, la dijo sencillamente; —ahi está señora: quereis que la llame?

—Hacedme ese favor.

Magdalena volvió, y en pós de ella Ines, con los bellos ojos irritados del fuego encandescente de las lágrimas que hace verter el dolor.—Madre! dijo acercándose y echándose en sus brazos:

—Hija! respondió su madre estrechándola junto á su corazon.

Magdalena de pié las contemplaba, conmovida su alma de un sentimiento de compasion profunda.

Doña Maria sentándose al lado de su hija:

—Hija mia: he venido á buscarte.

Inés—Para qué madre!

Doña Maria—Para llevarte á mi casa sin ofender á esta señora en cuya casa estas y que yo respeto.

Magdalena con una de esas miradas intelijentes, que adivinan el sentido oculto de la forma esterior, penetró en la palabra de Doña Maria el postizo empeño de llenar un deber social: mas que en el fondo traia una reticencia amarga: acaso de toda una familia: y sin mover sus labios para espresar una letra siquiera de agradecimiento se contentó con sonreir mirando de un modo amable á aquella pobre señora.

Doña Maria—Porque has preferido la casa de una amiga á la de tus padres? (Una reverencia para no ofender á la amiga que permanece fria, y muda.)

Inés—Por qué estoy mejor aquí que allí, donde hasta mi padre ha hecho voto de perderme.

Doña Maria—Tu padre que te ama tanto! Si tu pudieras comprender lo que sufren tus pobres hermanos!

Inés—Los asesinos de mi honra, que acarician el puñal que todavia debe de herirme sin duda, para acabarme: los que arrastran cobardemente el carro del crimen de un marido, armado por ellos contra mi, sin acordarse que Dios castigará algun dia en sus hijos, como castigó en Cain, su delito en la especie humana!

Doña Maria temblando—Oye mi querida Inés: que esta señora me sirva de Juez—és verdad que por muy bien que estés en una casa estraña, para el mundo no hay mejor casa que la de nuestros padres?

Inés—Yo hé sido arrojada de la mia, y ya no tengo ninguna—en la eleccion he tomado la de una amiga!

Doña Maria—Está la de tus padres!

Inés—Repito que no la reconosco como mia; pues una mujer casada no tiene mas casa que la de su marido y sus hijos;—á lo menos añadió con una sardónica sonrisa—asi me lo habeis enseñado antes de ahora!

Doña Maria—Pero alli estamos nosotros para vindicarte!

Inés—De qué? dijo levantando su noble cabeza.

Doña Maria—Te acusan y te defenderemos!

Inés—Estais equivocada madre! los perseguidores únicos pero tenazes, que yo tengo, son mi padre, y mis hermanos! á mi padre no puedo odiarlo, le perdono: pero á esos otros seres! Oh! dijo con un acento que hizo estremecer á su madre! yo cerrare mis lavios sin haberlos perdonado jamas.

Doña Maria—Inés acuérdate que eres cristiana.

Inés—Me acuerdo que soy madre, y que me han arrancado mi hija!

Doña Maria—Volveras á tu casa!

Inés—Volver á mi casa para servir de vil instrumento á las ambiciosas miras de Antonio al cual se há ligado mi marido, para completar el cuadro de vilipendio que han bosquejado contra mi?......nunca señora! Nunca!

Doña Maria—Y con que cuentas para vivir?

Inés—Yo haré que ese hombre cumpla con sus deberes atendiendo á mi subsistencia; y antes de partir, se verá lo que decide la justicia, á la cual dirijiré mis pasos, respecto de mi hija.

Doña Maria cayó de rodillas delante de su hija que tomándola de las manos, la colocó á su lado, sintiendo mojadas las suyas del calor de las lágrimas de su madre.

Por un momento interpuso el silencio sus alas espresivas y proféticas, como si midiera con ellas el insondable fondo de un porvenir que por entonces se ocultaba á todos los ojos. Ines le rompió:

—Madre! que és lo que pedis? dijo con la mas profunda ternura.

Doña Maria—Que te vengas conmigo ahora: y que no des un paso judicial contra tu marido: tus padres te dáran de lo poco que tienen: él lleva á tu hija para educarla por un año ó menos: yo he hablado con él ahora mismo: y Aurelia volverá en el término de onze meses para reunirse á ti! en el nombre de mis dolores de toda la vida! no me des ese quebranto hija mia: resígnate y espera!

Inés dejó caér los brazos: pasó despues las manos por su frente, cuyas arterias querian saltarse de su centro, y pareció combatir un torbellino de imájenes estrañas que quisieran invadirla la razon: pero, sin duda está escritó, que el mal no debe de suicidarse; no debe en fin de acabar por si mismo; sinó recibir las modificaciones del bien, para mas tarde, aceptar de la indole santa de este vinculo, el castigo reservado á los tenebrosos crímenes de la vida.—Asi la desesperacion sorda que quiso invadir el cérebro de Ines, quebrò sus arbitrios en la fibra intima del amor por su madre; y este amor salió triunfante del seno de las tinieblas y de los odios! Inés habló.

—Madre, yo cedo á vuestro ruego con una espresa condicion.

Doña Maria irradiada de esperanza—Cuál?

Inés—Que me hagais respetar tanto, de esos dos seres que llevan por nombre Antonio, y Anjel; que yo sea en aquella casa como una estraña! nada quiero y á todo re-

nuncio por vos madre! no daré un paso que os haga sufrir: pero que esos dos malvados me respeten; que jamás me miren! porque de lo contrario, siento que Dios me abandonará y llegaré á ser criminal contra ellos, no siendo tal vez sinó justa!

Doña Maria—Bien: tendrás todo lo que pides: respeto, cariño: vindicaciones, todo!

Inés dignamente—No! nada quiero sinó olbido absoluto de esos dos seres que han hecho mi desgracia! y ya que por una madre tengo que habitar bajo un mismo techo que ellos: no sea mi destino tan negramente bárbaro que ni siquiera el olbido de esos infames me sea garantido!

Doña Maria—Todo! ellos seran completamente estraños á ti, hija! ven conmigo! tu padre te espera con los brazos abiertos: de alli podras ver á tu hija antes de partir y....

Inés estremeciéndose—Y para qué, si al fin me la arrebatarán!

Doña Maria—Ella volverá!

Inés—Demasiado tarde, tal vez!

Doña Maria—No reniegues de Dios hija mia!

Inés—No! en él solamente confio! y dirijiéndose á Magdalena, que hasta entonces habia guardado uno de esos silencios solemnes; dijo:

—Y vos, mi mejor amiga! la sola criatura que há tenido lástima de mis ocultos dolores: de mi destino traicionado vendido! vos que habeis alargado vuestra mano misericordiosa, al peregrino en la vida que sin guia ha golpeado en el infortunio vuestra puerta! vos, mujer intelijente y pura, que sabeis amar y pensar á la vez: consérvadme esa fina amistad por la vida; porque despues de Dios y de mi madre, vos sola podeis algo en la tierra para mi! mi hija es demasiado niña aun: ella solo sabe dejarse amar! Mas tarde valorará á su madre!

Magdalena se levantó visiblemente conmovida, oprimiendo las manos de Inés entre las suyas: y con un acento profundo respondió—Inés, vuestra vida empezó bajo el dosel de una tumba: las flores de los muertos no ale-

gran el corazon: vos habeis estado siempre triste y hoi atravesais un precipicio inmenso: no bajeis los ojos por Dios para considerar, lo que hay bajo vuestros pies: vuestro cérebro será presa del vertigo y...... vuestras plantas resbalarán.

Inés se entremeció y sintió flaquearle la cabeza como si la tiera faltara á la gravitacion de su pezo. Se le fijuró que aquéllas palabras de Magdalena eran presentimientos que median solamente las distancias que separaban sus pasos de mas fatales acontecimientos: y su alma aflijida de realidades profundas, acojia todavia, los fantasmas desoladores de su propia imajinacion.

Magdalena habia callado conservando las manos de aquella desgraciada madre y esposa entre las suyas, y con sus ojos de un negro penetrante, fijos en los ojos inundados de lágrimas de Inés. Doña Maria callaba á su vez, y sus miradas rodaban alternativamente de Inés á Magdalena, como diciendo á una y á otra—apresuraos: Inés debe de seguirme:—Inés se dirijió entonces á su madre, y y desprendiendo una de sus manos de las de Magdalena la dijo:

—Madre: sed testigo de la noble voluntad; de la santa intencion de esta mujer sublime que solo há indagado que sufria para tenderme su mano! aseguradme que la profesareis vuestra amistad, y que si salgo hoi de esta casa donde habita el cariño, la misericordia, y la paz de la conciencia; oidlo bien madre mia! lo debeis al amor profundo que os tengo, y al respeto que profeso á esta noble señora!

Doña Maria—corrió á los brazos de Madaglena, que la estrechó contra su seno palpitante y la dijo estas palabras:

—Vos sereis para mi y toda mi familia un vinculo que respetaremos y amaremos: mi amistad ós pertenece: contad conmigo!

Inés enjugaba las abundantes lágrimas que se desprendian de sus ojos al ver á su madre en los brazos de Magdalena—Esta respondió á Doña Maria.

Señora; el tiempo medirá las distancias que nos separan!

—Por qué?—dijo Doña Maria—desprendiéndose suavemente de los brazos de Magdalena.

—Porque así lo há marcado el destino. respondiò Magdalena—con aquella voz con la cual se dicen las grandes verdades de la vida.—Doña Maria calló.

Luego acercándose á Inés: Mirad—la dijo—Magdalena no ha mentido nunca; ella és la que os jura una amistad verdadera y perfecta! con esto contad en toda vuestra vida Inés!

Gracias! gracias!—y á poco, Inés y su madre habian desaparecido de la casa de Magdalena, seguidas de los votos de cariño y piedad de aquella amiga sin doblés y capaz de inmensos sacrificios.

MAGDALENA ARTEY.

CAPITULO XVIII.

Magdalena Artey era uno de esos seres que asi como las orgullosas palmeras del desierto, elevan sus copas como si intentaran medir el espacio; asi su alma de poeta avanzaba el paso real de la vida natural; para tomar el vuelo en las rejiones superiores, y hacer la vida escojida que templa sus cuerdas bajo el tema de una misericordia infinita; y una libertad noble y grande de accion.

Magdalena; vivia como las flores sin pasiones amargas; sin envidias, sin zelos, sin rencores; el parayso de la esperanza, entreabrió sus puertas en la niñez, para mostrarla secretos de una naturaleza divina, y aquella revelacion de un sueño entusiasta y ardiente, habia dejado en su alma una huella imperecedera.

Nacida bajo el falso idolo de la fortuna: mimada y respetada por todos, su adolescencia fué como la refraccion de un astro sobre la tierra: su juventud que era la actualidad, pertenecia al jénero de espiacion á que destinan á los que dicen que han gozado mucho; porque los gozes son relativos en este pobre mundo:—Ahora Magdalena estaba pobre, y sola en la vida, y lo que habia de cierto, era que en el tiempo de su fortuna no habia conocido tampoco ese faro que llaman felicidad.

El dolor, ni las lágrimas pués le eran desconocidos: habia sufrido siendo rica: y habia llorado siendo aparentemente dichosa! Magdalena conocia por tanto de cerca el dolor y las lágrimas.

Obligada á trabajar para vivir, elijió el único trabajo de que podia disponer su inteligencia:—escribir: y haciendo esa tarea cotidiana, de la cual son responsables mas que los escritores, los diarios mismos; Magdalena se habia creado una posicion estrecha de cierto, pero capaz de sostenerla en la vida.

Dotada de esas venas particulares que han sido hechas por la naturaleza en algunos seres, con el privilejio de sorprender los secretos del alma por los ojos: de sentir y pensar profundamente, para si, y para los otros; se veia colocada en esa constante alternativa de la compensacion del bien, y del mal indistintamente: entre el amigo falso y desleál y la tierna mirada de la vírtud perfecta: entre la tierra y el cielo: bajo un oceano de luz: y un oceano de sombra.

Bondadosa por temperamento; hacia la caridad sin lujo, pero de buena fé; y mas de una vez, se la vieron lágrimas de intima misericordia al ir á deponer aquella ofrenda en las manos de los desgraciados. Tenia una ima-

jinacion ardiente; ella la empleaba en creár argumentos mas ó menos felices; versos que marcaban una filosofia escrita con la primera tinta de la concepcion; mas tarde bajo las meditaciones clasicamente amargas de la vida real. Toda su ecsistencia de niña; toda su vida de joven no habia sido otra cosa, que el résumen de ese gran libro de la conciencia, que se escribe, empapadas en lágrimas sus hojas, y que se ven algun dia alzarse de la tumba del bueno, arrastradas por las tempestades del mundo, como para denunciar recien la entidad perdida.—La actualidad jamas es justa con las individuales por marcadas que ellas sean: La posteridad es la encargada de esa justicia por que el personaje ha desaparecido y ya no hay á quien encarar la satira amarga: donde filtrar la hiél de la envidia; ni el escalpelo miserable de la venganza sórdida y mesquina!

Magdalena era una de esas plantas ecsóticas que no componen de cierto el mayor número de la sociedad humana: pero si el mas escojido.

Vivia incomprendida de todos: pero lo que és peór: equivocada.

Cada accion noble de aquella mujer, el mundo la traducia bajo uno y mil sentidos estraños; y jamas se encontró en los labios de aquella caterva de malos, una palabra de Bien para sancionar las divinas cosas de una alma grande y pura.

Magdalena conoció por acaso á Inés casada yá, victima por tanto de un destino ilegal por bárbaro. Algo que en los desgraciados sirve de cadena; formó aquella amistad: desde el primer instante, para Inés, profunda: para Magdalena no tan viva.

El suceso del Baile en lo de Marquez enlazó su nombre inocente á aquella estúpida y Cainica intriga de Antonio de Paula y Anjel, contra su hermana noble y buena: y como para fundar el edificio de sus planes, no bastaba solamente el nombre de Alfredo de Riera; se agregó saltante y vinculado á todo, el de Magdalena Artey pintando á su dueña con las mas negras y odiosas tintas.

Ella lo ignoraba: pero en la ciudad susurró primero, y rebentó mas tarde la tempestad que las bocas maldicientes de la raza de Cain, soplaban contra Inés y Magdalena.

Magdalena era un monstruo subitamente desarrollado; por mas que en el pais hubiera sido conocida, respetada, y adulada en el tiempo de su fortuna, y que actualmente orgullosa y fuerte, no hubiera descendido sinó en las formas, de aquella posicion, siendo mas grande en la hora en que con el sacrificio de su paciencia, se proporcionaba lo necesario para su vida, sin debérselo á nadie.

Pero el mundo no comprende ese alto lenguaje de la abnegacion, de la virtud sin oropél; el mundo se fastidia de los misterios de las santas horas de la vida: y prefiere la mentira de oro! Que haria Magdalena acusada por unos piratas del honor ajeno: por los vándalos que vienen á herir su pecho amurallado por igneas virtudes y oprimen tanto el puñal, que traspasan hasta ese dique?

Callar, y proseguir su camino doblando los sacrificios: y pues que la acusaban de ser la perturvadora de aquel matrimonio del cual solo conocia á Inés: y pues que Inés era desgraciada; sin indagar el porqué *ni como*, cuando aquella victima se presentó en su casa, Magdalena la abrió sus brazos, la hizo ocupar su sitio y como se haria con una hermana infortunada, á la cual se la ampara, y con ella se comparte todo lo que se tiene; tal hizo Magdalena con Inés. Cuando la vió acusada por su propia familia, bárbara é injustamente: cuando supo aquella funesta historia, Magdalena dobló sus cuidados y su respeto por la victima: esto tiene una esplicacion directa en los grandes carácteres.

Al partir de su lado Inés, pues bien pocos momentos permaneció; Magdalena oró con fervor, pidiendo la vindicacion de aquella mujer jóven, madre y esposa infortunada. Rogó desde aquella hora siempre asi: del mismo modo que rogaba por su madre, cuyo perdurable y santo recuerdo, llevaba tristemente en el fondo de su memoria. Magdalena, dijo mas de una vez estas palabras—"La familia de Inés, la ha arrebatado su porvenir: és razon que

algun dia esa familia se vea castigada con los tormentos que destina Dios, solamente para la raza infamada que lleva en la frente el delito del *fratricidio:* delito que en el mundo deberia de ser, el delito de primer castigo; y el último de la especie infernal de los crímenes. Dolorosa y singular historia proseguia—La sacrificaron á sus inauditas ambiciones: ambiciones que mas tarde de lo que creyeron, las vieron realizadas: la victima tuvo bastante superioridad; bastante virtud para conservarse ilesa, pura y fiel á un marido duro y frio; el desamor de su alma, fué un secreto que no salió de sus lavios, sino en la hora suprema de la desgracia.

Si él le adivinó; solo provó que sorprendió un secreto. Colocada asi en la planicie de la vida, como una planta parásita en un terreno estraño; seguia su camino con la fé puesta en Dios; y todas las visiones de la imajinacion en flor: todos los púdicos amores de ls juventud detenida en el primer radio de las alegrias y las esperanzas: todo pasaba sin duda, al través de la careta inmovil de la esposa y de la madre; y de los hierros de una cadena forzosa dura y cruel, cuando la simpatia mutua no entretiene las horas iguales, que marcan su peso en la vida de todos los dias.

"En esos momentos, la fortuna empezó á brindarla su copa de engañadoras realidades; pues recien entonces podia decir Lemaitre: tengo una fortuna: al casarse aquella fortuna, era un juego de óptica: y bien, entonces: á aquella hora de la vida social de la esposa y de la madre, se levanta por entre los crespones del porvenir, la envidiosa saña de un nuevo *Cain*, y sepulta esa vida triple y hermosa, en la zona mas triste y estraña, donde no florecen jamás, los árboles de las alegrias, ni se ven reproducir las semillas de la bienandanza: la zona de la indiferencia, de la soledad, y del olbido!

"Y todo porqué? esclamaba Magdalena, como un Juez severo que está analizando las causas, y organizando en los detalles el medio de no ser injusto con ninguno.—Por que la envidia es injénita: y por ella, mató *Cain* á su her-

mano *Abel.* Desgracia! y este hermano pigmeo de Inés; raza satánica escudada bajo el nombre de una familia; encontró otros entes de su sangre, que segundaran sus horribles planes! y sueñan sin duda, que llegarán á ser poseedores de la fortuna de Inés, consumando hasta el fin el sacrificio de la victima, por medio de intrigas y humillaciones!

Magdalena quedó por un momento como substraida á si propia: como si la idea todo poderosa de la compasion, tuviera el poder de alzar sola, el simulacro de su culto. Despues prosiguió como quien recuerda un detalle olbidado á una Historia:

"Y ese Antonio de Paula vá á casarse, á costa de Inés: de su bienestar moral: de su bienestar físico! porque él no lo puede hacer por si solo segun sus ambiciones de *jigante pigmeo!* Y esa noble criatura que lo levantó del lodo: que lo colocó á su lado para salvarle de la verguenza de un descrédito merecido; esa santa perdida entre la multitud con las divinas flores de la injénita bondad en la frente, debe de caér para que él se levante hasta ella! Irrision! la salvadora debe de ser la victima, y el salvado, el verdugo!

"Tremenda delacion de las instabilidades humanas, hecha en presencia del mundo ciego, que no entiende sinó el primer golpe de vista de la cubierta de ese libro sombrio de las grandes verdades!—prosiguió aquella inteligente mujer que meditaba en tan fatal historia haciendo las deduciones que saltaban de sus tristes hojas!

—Horrible tentacion para la desesperacion informe y loca que atropella á vezes las almas sin consuelo!—Como tornais las alas sobre los límites de la sociedad, para patentizar la degradacion de las criaturas; el oropel que cubre las llagas palpitantes de las pasiones envenenadas· el fraude del bien, por el mal!

"Familia, familia!—que entidad representais en el mundo, cuando descendeis á los bajos lugares de la calumnia y salpicais vuestra propia sangre, con el lodo de la estúpida calumnia y la deshonra?—Desde que abando-

nais los ropajes consagrados de la amistad y del respeto, para tomar la túnica ensangrentada de Josef, que los hermanos fratricidas, presentaron alevosamente para justificar la muerte de su noble hermano; no valeis mas, que lo que valíeron aquellos malvados en la orbita del presente, y mas allá: arrastrais la maldicion de los buenos!

"La familia és en si, la ley mas dulce que la naturaleza ha creado como ley. Ella representa el emblema de la paz y de la verdadera asociacion de bienes y males; de íntereses,de sacrificios y de virtudes.—Si algun individuo de ella caé en error; el resto de aquella familia tiene el dever de cubrirle con la éjida de su nombre delante del mundo, y con la superioridad de su consejo ante si propia.

"Este articulo profundamente justo del libro venerado de la familia, representa la unidad moral de las sosiedades: faltar á esa prescripcion, és faltar á todo. La religion no consagra la familia que deja de serlo, para convertirse en instrumento de calumnia contra ella propia. El mundo escarnece á la familia que rompe en jirones las letras de su apellido, y las arroja entre la multitud, para que cada malvado, las junte y las comente á placer. Esa familia entonces, representa una entidad fraccionada por sus propios hechos y poco á poco, vá quedando reducida á la representacion tácita de una sola cosa:—el delíto.

"Defender el bárbaro delito de esos seres, seria intentár vindicar el mal por el mal: dos principíos negativos romperian la posicion de una razon, y la suceptilidad del consorcio de dos ideas.

"Y la familia de Inés, proseguia lentamente—está colocada en esa órbita; en donde si hoi fluctúan descaminados los juicios ajenos, mañana se fijarán por si mismos, y la denunciarán como causa, y como cómplice de la inhumana suerte que han labrado para Inés.

"Oh!—dijo con un acento grave y solemne:—Inés ha cargado el pezo de una cruz que martirizaba sus miembros juveniles y trasponia, demasiado temprano su fé in-

material al triste tabernáculo del sacrificio, por que la familia queria y necesitaba una *fortuna*; y bien: esa cruz, será su redencion aqui bajo: y aquella misera fortuna, la condenacion de sus verdugos! Inés se salvará: sus detractores caerán!"

Cualquiera que hubiera escuchado aquellas palabras que tenian un algo de profético; habria quedado por lo menos pensativo ante la facultad inmensa de ascenso y de descenso, que el destino de las criaturas manifiesta á la comprension humana, como en los sucesos palpables: por que en verdad, en aquel momento, era Magdalena, una sibila cristiana, que con el código del culto bíblico, en el alma, deducia por el presente el porvenir humano.

ANTONIO DE PAULA PICOTTI, SE CASA AL FIN.

CAPITULO XIX.

Cuando los acontecimientos de la vida real, toman el sencillo ropaje que les pertenece, el de la verdad—esos acontecimientos no encuentran ojos que queden fijos en ellos ni bocas que les repitan asombradas. Pero si esos acontecimientos, tomando el traje suntuoso, pero ilegal, de la desventura de un ser que está llorando su desnudez, y midiendo sus fuerzas para el trabajo del porvenir, toman de esa desventura, los despojos de su felicidad ó bienes-

tar pasado, y del fondo de ese cuadro estraño, se levanta la imájen de una nueva vida; otro ser, una niña, ataviada con la corona nupcial, risueña de las esperanzas, y ambiciosa del placer y de la fortuna: si despues de haber agotado la fuente de las lágrimas, donde se bañan los dolores mas persistentes y ciegos de la vida; se ven brillar al lado de la criatura desgraciada, los ojos irradiados de ventura de otra criatura, que viene á disputarla sus recuerdos: á dar mayor relieve al sombrio testo de su destino negativo: entonces; esos acontecimientos; esa situacion adquieren formasmonstruosas: el contraste cubre de un velo fatídico las formas inacabadas de los acontecimientos; y ese velo fatídico alza la tremenda creacion del juicio, que como la espada de Damocles, estará desde entonces suspendida de uno de sus bordes. El juicio de los hombres, llegará áser un dia la espiacion del delito secreto que hoy forma solamente un doloroso contraste que no se ecsamina: mas tarde, ese secreto evocará la curiosidad del mundo; de la curiosidad vendrá la investigacion: de la investigacion, la trascendencia de la causa: y de esa trascendencia la formacion invariable de la acusacion de Dios sobre la tierra, al culpado.

Este es el resultado fijo, de todas las situaciones reprobadas; de todos los hechos bárbaros que arrastran sobre la cubierta del mundo, su influencia miserable y maldita.

Asi; aquella victoria de la usurpacion contra el derecho: del mal sobre el bien; del Caín social contra su salvadora y buena hermana Inés; se presentó á la multitud asombrada como un hecho inconcebible en la forma; pero como un hecho consumado.

La multitud és inecsacta al primer aborde de sus juicios, lo repetimos; la máscara la cautiva y si la máscara és dorada le cautiva doble: pero mas tarde, su vision se aclara; la comparacion relaja sus errores de primera vista: y entra á obrar en su proceder la investigacion y la deduccion lójica.

Esta justicia le debemos al mundo: y se la hacemos

dos vezes sin reparo, por que como narradores, queremos ser ecsactos y justos con todos y con todo.

Y bien: el casamiento tratado con un empeño mal disimulado, por Antonio de Paula, y segundado por Mr. Lemaitre, debia en fin, de celebrarse, en el breve plazo de una semana. Los preparativos se hacian con descuentos bárbaros, de la fortuna Lemaitre: pero que importaban aquellos descuentos, cuando con ellos, se armaba el aparato de la venganza de un marido injusto, favoreciendo los inicuos planes del verdugo de la esposa inocente!

Mientras tanto; Anjel observaba con ojo ávido y siniestro, aquel matrimonio que iva á ser la fuente viva, de todas sus desiluciones; la ruptura de todas sus ambiciones, y el esqueleto de su propia nada, que volvia á levantarse ante sus miradas, sin otra promesa, que una tumba fria y estéril; él soñaba en la plata, en obtenerla á costa de su propia hermana, para vindicar su torpe nulidad: y aquel casamiento le arrebataba el palacio de oro donde habia colocado el tesoro de sus secretas esperanzas. Pero con toda su prevision innata, que él sabia poner en juego, bordada de mil despuntes de la diplomacia mas cerrada; no habia podido llegar á destruir aquel edificio que veia alzarse delante de sus ojos, pohibiéndole la entrada, á sus manejos y á las ciegas ambiciones de su alma pequeña. El edificio se levantaba bajo la éjida de Mr. Lemaitre; y era necesario contener la potestad; ahogar el delirio que aquella restriccion le imponia.

Anjel andaba pensativo, y habia enflaquecido visiblemente; mientras que nuestro feliz Antonio de Paula, andaba con pies de aire sobre las alfombras de la vida soñando con las minas de una nueva California, semejante al finjido Marquez de Antas, célebre por sus crímenes y su ambicion.

Aumento de sueldo: una grave cantidad ofrecida ademas por Lemaitre como prenda de amistad y gratitud á las pruevas *cainicas* de Antonio de Paula, contra su hermana Inés; coronaron el destíno de aquel hijo bastardo de la fortuna.

El dia de la boda, debia de ser, el de la víspera de la partida de Lemaitre, y los preparativos de ella se hicieron como para esa fecha, ostentando un lujo irritante.

Inés en tanto, sola en medio de aquella familia que levantaba sobre las ruinas de su posicion, el pedestal de su nueva fortuna; sentía que la vida se desprendia de su deseo, como una hoja seca se desprende y caé del árbol que la sostiene. Su fé y su paciencia, se enturviaban bajo el liquido y sombrio mar de la decepcion íntima: de la esperanza apagada; de la razon obstruida por el consejo tentador de la desesperacion. Veia que la mano de su marido protejia al verdugo de la madre, de su hija: al asesino de su honra: y no comprendia dos cosas 1ª por que siendo mas de uno los verdugos, solo uno se llevaba la predileccion: 2ª por que la Providencia sancionaba aquel acto postrero de su desgracia, que era inmerecida, y el del bienestar de los malos.

Eh ahi el secreto de Dios la decia en algunos rápidos momentos la santa inspiracion de la fé. "Esa es la prueva de la paciencia del bueno!" pero luego, su jóven y ardorosa imajinacion, borraba aquella mácsima dulce y beática, y escribia con dedo de fuego "Triunfan los malos!"

En fin; el dia fijado para la boda llegó, y Doña Maria rogó á Inés con las lágrimas en los ojos, que asistiera á la recepcion siquiera, por mera fórmula: por evitarla, á ella, á su madre, un nuevo motivo de dolor.

Tuvo mucho que rogar Doña Maria á la victima: pero Doña Maria era su madre y la hija consintió!

Inés se vistió rigorosamente de negro, tomó su sitio al lado de su madre, sin dirijir á ninguno la palabra, semejante á la estatua de la resignacion presidiendo el ensalzamiento de sus verdugos; ó como *Guillermo el taciturno*, contemplaba tristemeute la cantidad de joyas que delante de sus ojos ostentaba el judio, como para conmover la fibra del deseo inerte, muda.

La presencia de Inés en aquella fiesta, no auguraba la felicidad. Parecia que la Providencia sin confiárselo á ella propia, la habia impreso el zello de un Juez: la seve-

ra sentencia que la víctima escribe con la tinta de la conciencia en la historia sombria de la espiacion de sus detractores para algun dia. Pero, sin duda aquella jente, no habia nunca abíerto el gran Libro de las revelaciones, que en los espiritus predestinados ecsiste como una ley: y por consiguiente, no supieron traducir la situacion de Inés: la situacion de ellos mismos. Ciegos de la miserable alegria de verse rodeados de un lujo usurpado por la envidia á la virtud, creian que aquella criatura, que se habia vestido de luto, como presajiando la fatalidad que presidia aquella fiesta; no valia mas, que un grano de arena en el caudaloso mar.

Lemaitre vió á Inés: una de esas frias miradas de *escalpelo*, diremos asi, paseó el cuerpo lánguido y bello de aquella *niña-esposa*, como si la dijera "te ecsamino." Pero Inés ó no la comprendió, ó creyó que no debia de aceptar la interpretacion.

Anjel, medio tendido en un sillon, jugando como era de habitud en él, con la ecsajerada cadena de oro de su reló; observaba de través, con ojo fijo y ardiente el contraste de aquel cuadro; y si bien no celebraba aquel casamiento, que le robaba todas sus calculadas esperanzas:sentia sin embargo, estremecerse la fibra-injénita del mal en su alma, á tal punto, que necesitaba que aquella fibra se bañara en el dolor ajeno para vivir:—esa es una necesidad en los malos por esencia: como en los buenos, es una necesidad, ver gozar para vivir.

Allí solo sufria Inés: ella era la sombra del cuadro que contemplaba con aparente indiferencia Anjel, pero saboreando el oculto é indigno placer del malvado. Su palidez; la indiferencia de aquel marido: la vista de la niña Aurelia que repozaba sobre las rodillas de la madre, acaso por última vez; formaba un asunto de profundo contraste, que hacia sonreir con aquel diabólico jesto que hemos mencionado, la boca impregnada de la amargura de los odios, de la envidia y de todas las pequeñas pasiones de la vida, á aquel *hermano de alma*, de Antonio de Paula.

Concluida la fiesta, Inés se retiró á su habitacion dan-

do un ultimo beso, empapado en las lagrimas silenciosas que corrian de sus triste ojos, á su hija Aurelia.

—"Dios mio!—dijo cayendo de rodillas delante del crucifijo de su devocion al entrar á su habitacion:—Dios mio! yo tengo miedo de mi misma. Al lado de esta boda que levanta la nueva familia de un caín, suplantando la mia, está la ausencia de mi hija!..Esta obra no puede ser tuya Dios!—Y como siempre parecia que la reflecci-on luchaba con el dolor; proseguia—Pero debo de pensar que és un medio de esperiencia de que te vales para probar mis fuerzas; para saber de lo que soi capaz por tu fé?....Quedo sin hija....!—y como la Hiena á la que, al arrancarla su prole, dá un rujido espantoso, asi lanzó un grito sordo aquella madre, de rodillas delante de la imájen de Dios.

Mas calmada despues, prosiguió:

—"No: no maldeciré: por esa misma hija no maldeciré dudando de tu divina vondad, Dios! Una voz oculta, parece decirme, que la volveré á ver. Es verdad que la volveré á ver?—esclamaba juntando sus pálidas manos—Despues—añadia con profunda conviccion—mi madre está aqui! Esta señora dévil que los malos arrastran, pero cuya alma és buena: esta madre á quien yo amo con todas las fuerzas de mi alma, está á mi lado para consolarme: si me vé triste; si me vé llorar enjugará mis lágrimas: me dirá palabras de esperanzas: y en el inmenso recinto de la soledad de mi vida, se levantára el altar de la fé en Dios, y del santo cariño de esa madre.

"Ademas:—decia como tratando de convencerse á si propia"—por algo se ha de empezar á sufrir: yo empiezo sin duda, por donde deberia de acabar:—tanto mejor! mas pronto será la remuneracion.—Anda hija mia! Dios velará tu paso en la vida. Oh! si: una voz secreta me repite que Dios velará por ti! volveras á mí, algun dia.... y esta corona de dolor que seca las flores de mi juventud; quebrará el dia de tu vuelta, sus espinas! En cuanto á tu padre....nada pido contra él: por que si no le he podido amar como á un amante: le he respetado como

á un marido—en cuanto á él. . . .que te acompañe: sea mas justo y bueno para la hija que para su esposa y. . . . sea feliz!. . . . . .

Inés se levantó: desprendió su negra y magnífica trenza, como para aliviar su cabeza, que flotó desceñida sobre el blanco cuello, y pasó el resto de la noche, leyendo la Biblia, delante del velador. Sus ojos estaban secos. Los grandes dolores no tienen lágrimas; aquella rica fuente se habia cerrado sobre la cubierta fria del mundo, y el contraste febriciente de los sucesos que la ajitaban.

—Y Antonio de Paula casado yá, era feliz, ó esperaba serlo? La única que podia dar solucion á esta pregunta, seria *Juliana Martel*, que acababa de agregar á su apellido de sangre el de *Picotti*.

PARTIDA.

CAPITULO XX.

La luz del siguiente dia, encontró á Inés sentada al lado de su cama, leyendo todavia, al resplandor de la lámpara, el Libro Santo; y estaba tan desfigurado su rostro por el dolor, que no habria podido contemplarle un indiferente, sin emocion.

Muy temprano vino su madre á saludarla, y se estremeció de encontrarla vestida, amarilla, los ojos desenca-

jados, y como si estuviera prócsima á tener una grave enfermedad.

—Hija! qué no te has acostado anoche? la preguntó.

Inés alzó los ojos ácia su madre, y con una de esas sombrias miradas que parecen demostrar la invalidez del juicio; recorrió la figura de su madre, y respondió con un movimiento negativo de cabeza.

Doña Maria—Sufres hiia mia?

Inés puso las manos sobre la Biblia como para no perder el capítulo que leia, y respondió:

—Si sufro! Qué mofa! Preguntad si cuando le cortan un miembro á un viviente, goza ó sufre: si las aves no sufren, cuando la mano astuta del cazador, les arrebata sus nidos: preguntad al creyente, que siente, cuando le maldicen: á las plantas porque se secan si las trasponen de un terreno cálido á un terreno frio y estéril; y cuando la naturaleza entera os haya respondido señora, de común acuerdo con el precepto de la amistad profunda entre la ecsistencia positiva y la ecsistencia inmaterial, entonces yo os diré mi respuesta!

Doña Maria—Pero hija mia! Aurelia volverá: Lemaitre me ha jurado que la traerá en breve; que la tendrás á tu lado!

Inés—Lemaitre ha jurado! y porqué ha jurado? sobre que imájen: sobre que fé?....

Doña Maria—Como juran los Cristianos!

Inés—Ah! si: lo olbidaba: no hay ateos perfectos: pero esos ateos de la ignorancia, és una estirpe maldita!....

Doña Maria—Hija mia!

Inés—Madre: los verdugos os han enceguecido! dejadme.

Doña Maria—A mi! jamas! Pero Lemaitre es un santo y si no temiera ofender la perfeccion de Dios, diria que és....

Inés no la dejò acabar: una estentorea carcajada, resonó en la habitacion hiriendo con una impresion sombria el corazon de Doña Maria, que se acercó á Inés y la dijo:

—Hija, porque no vas al Templo á orar?

Inés pasó las manos frias por su frente abrasada y respondió:

—No! és escusado: en el Templo como aqui oiria el ruido de ese *Vapor* y....con una sorda desesperacion prosiguió:

—Traedme algun narcótico que me substraiga á la vida, por todo este dia á lo menos....no ver: no oir, esta és mi súplica á Dios: á vos señora!—añadió como si la desconociera—á vós!

Doña Maria cayó de rodillas ante la figura consagrada del Cristo, única cosa que le habian traido de su casa á Inés, como prenda de su madre, y oró con fervor silencioso por su hija.

Inés habia quedado, como separada en aquel momento, del mundo esterior, con los ojos fijos, en el Libro, donde maquinalmente habian vuelto á caér sus manos, como para que su memoria no olbidara el precepto que fortaleceria su espíritu en medio de la tempestad que levantaba sobre su cabeza, la desgracia.

En aquel instante, la sombra de un cuerpo se dibujó en la puerta de entrada: Doña Maria se puso de pie: entraba Don Juan.

—Que és esto? se llora ó se reza preguntó con una visible indiferencia.

Doña Maria—Las dos cosas!

Don Juan—Ahi está Lemaitre.

Al sonido de este nombre, alzó los ojos hundidos de dolor, Inés, y los fijó en la persona de su padre, como si le preguntara—Y que mas! Don Juan prosiguió:

—Inés: quieres hablar por última vez á tu marido?

Inés se puso de pié y respondió:

—Si! donde está?

Don Juan—Vendrá conmigo si yo se lo ruego, me parece.

Inés—No: yo iré!

Y marchó la primera, decidida imponente, fiera de su inocencia y del amor inmaculado de la madre. Con ese aspecto se presentó á Lemaitre, el cual al verla debió de

estremecerse sin duda: pero cosa rara! no se le advirtió la mas leve impresion. Ella se acercó y tomándole una mano le dijo conmovida: Y bien Lemaitre: en esta hora suprema para vos, como para mi, oidme nuevamente: soy inocente! delante de Dios: por la salud y la felicidad de mi hija: por la paz de mi madre en la tierra, y en el Cielo algun dia, lo juro: soy inocente!

Lemaitre por toda muestra de sensibilidad, desligó su mano de la de Inés, y frunciendo las cejas de una manera fria y casi amenazante, respondió:

—Uno ó dos años de ausencia, decidirán de esta verdad!

Y sin dignarse oirla nuevamente, el bárbaro tirano desapareció. Inés cayó sobre un sillon, con los ojos desencajados, las manos yertas: y el corazon encojido de un dolor sin lágrimas: mudo, sombrio. Los dos ancianos cambearon una mirada que queria decir "ya no hay remedio." Pero acostumbrado Don Juan, á modelarse al sistema matemático de Lemaitre, dedujo de aquella situacion la importancia de la cifra en que estaria avaluada: y su rostro se tornó impasible. Doña Maria comprendió á su vez que su marido calculaba: y como un marido nunca se equivocaba para ella, á lo menos asi lo decia á todo el mundo, era claro que aunque sufriera; aquella pena, deberia de tomar la fisonomia de Don Juan. La ignorancia suele hacer verdugos de los buenos, como de los déviles!

En este estado, apareció la figura fatídica de Anjel, que con los ojos fijos, duros y penetrantes como la punta acerada de un puñal; clavó una mirada de satisfecha venganza en la victima que yacia fria, inmóvil y como perdida en la vida de los seres. Inés no lo vió: Anjel se sentó frente á frente á contemplarla: á gozar. El dolor inmenso que golpeaba con sus negras y fúnebres alas el corazon noble y puro de la mártir, hacia sonreir aquella alma de cieno, que se encorbaba con la felicidad ajena, y se erguia con la desgracia ajena. Cualquier fisonomista, habria encontrado el sentimiento de la envidia desarrollado con tan estúpida estencion en aquella cabeza; que haria sonrojar el valor claro y perfecto del orgu-

llo, que quisiera anonadarlo: y aquel cobarde jesto, que antes hemos marcado, como una delacion incógnita de su alma pérfida, en la cual jamas se abrigó una buena sensacion al santo calor de la fé y de la humanidad; aquella alma bastarda, se espandia al frio del dolor de su hermana inocente: de su hermana sacrificada á la ambicion de toda una familia: de la hermana que á costa de su juventud, de las flores primeras de su rosagante vida, les habia comprado una posicion á todos, cediendo á la falsa voz de una obedencia ciega y mal esplicada, en la doctrina de padres á hijos. En el dolor de esa víctima pura y grande, se complacia el alma traidora y baja de aquel segundo hermano del Cain, que en la pila del bautismo, le pusieron equivocadamente, Antonio de Paula; cuando deberian de haber hecho la prosecucion de la raza satánica, sin olbidar al *Anjel* que hacia la tercera edicion de ella.

Pasado un momento de aquella fria contemplacion, creyó que deberia de hablar, sin duda para llamar la atencion de su hermana sumerjida en un dolor profundo; y dirijiéndose á su padre, dijo:

—A las doce sale hoy el vapor. Creo que ya estará todo preparado para el viaje de Lemaitre y Aurelia.

Al oir aquella voz estúpida: al oir aquellos dos nombres; la palabra *viaje;* Inés alzó los ojos, buscó el centro de partida de aquella voz, y con una entonacion febril esclamó:

—A que ha venido ese ente aqui?

El reptil se encojió de hombros, y haciendo el jesto de costumbre, cuando una de esas bárbaras tentaciones del mal, irradiaba su alma, respondió:

—He venido á mi casa.

—A su casa! murmuró Inés sordamente—Y yó donde estoy? preguntó como si dudara de la posibilidad de habitar bajo un mismo techo, el verdugo y la víctima.

Los ancianos la creyeron loca. La madre se aprocsimó, y tocándole la frente, la dijo:

—Hija, tienes fiebre; vete á acostar: el descanso te és necesario.

—No! respondió Inés—Para mi no le habrá ya! me quedo sola, sola, completamente sola! y los sollozos secos, sin lágrimas, se oyeron quebrarse dentro de las estrechas paredes de su pecho. La madre se inundó de lágrimas, y la dijo:

—Hija mia! tu madre no és para ti, algo en la vida?....

Inés se sonrió de una manera beática, y con profunda mansedumbre respondió :

—Ah! madre mia: vos sois todo para mi en esta vida, donde solo el dolor, ha sido verdad para mi: pero me arrancan mi hija y.......mis entrañas se desgarran de dolor!

La madre la estrechó en sus brazos, é Inés dió libre paso á la multitud de lágrimas que obstruia desde algun tiempo, la vida natural de su corazon, llorando en el seno de una madre, la partida de una hija.

En efecto: á esa hora, el vapor habia zarpado fuera del puerto, y Anjel sonriente de una secreta alegria, y Don Juan satisfecho de ver que quedaba tranquilo á disfrutar de las bondades de su yerno que habian sobrepasado á sus propios deseos, salieron juntos, dejando á aquellos dos seres llorando, con una tranquilidad admirable, á ver desde lejos, la *flotante habitacion* que llevaba al dueño del destino de toda la familia Picotti. Al llegar al muelle, divisaron á Antonio, que habia tomado una postura de melancolia ficticia. para significar el sentimiento que le causaba la partida de su bienechor, al cual habia vendido la honra de su hermana; el porvenir de una hija: el presente de una esposa, y la santa verdad de toda una vida!

En un momento dado, tornó los ojos ácia el centro de la Ciudad, como si temiera encontrar allí, algun enemigo: pero sin duda se acordó, que no quedaba mas, que una víctima, y si algun enemigo pudiera levantarse para ofenderle y desenmascararle, tal vez antes, el habria encontrado el medio de deshacerse de él. Estando fascina-

do con esta idea, su mirada tropezó con las pezantes formas de Anjel, sus ojos imperceptibles, y el jesto fatal, sobre sus diabólicos lavios: pues á su vez havia visto á Antonio.

—Ola! que vienes á buscar aqui? le preguntó Antonio á Anjel, con esa voz que se puede intepretar *sin que nadie te llame?*

—Lo mismo que tu has venido á buscar! le respondió Anjel á Antonio.

Antonio—Eso nó: pues yo acabo de acompañar á un amigo: á un hermano, á un protector! y vos......

Anjel—Y yó menos afortunado que tu, no he llegado á obtener el puesto de jerente en la casa de negocio de un marido, al cual le has vendido la honra de tu hermana! dijo acercándose tanto á él, que solo él pudo oirle: y Don Juan siguió camino adelante entreteniéndose en cualquiera cosa que veia: mientras que Anjel seguia en la misma voz.

—Oye falsario: mientes en todo lo que has dicho. No és á un amigo, ni hermano, ni protector, al qua has acompañado: sinó á un amo! á un amo que ha recompensado tus bajos servicios, mejor que á *otros:* y ese es el solo nombre, y el único título que debe y puede tener para ti!

Antonio—Como és eso de amo! dijo golpeando con la caño de Indias sus botas como persona que disimula ó amenaza:

Anjel tranquilo—Como que lo és, todo aquél que manda ciegamente, y és obedecido como manda. Dime;—no has sido el eje principal de la máquina que ha roto en pedazos, el destino de tu hermana y la mia, para saciar todas tus ambiciones? Y és verdad que la suerte, nada te ha dejado que desear? No has puesto en práctica cuanto negro intento te ha sujerido la fria intencion de un marido sin talento, sin corazon, y sin bondad?

Antonio riendo—Ola! moralizas despues de la práctica? Y dime: tu que has hecho? Si amabas tanto á esa hermana, como ahora parece que lo quieres hacer creér, porque no la advertistes del peligro en que tus propios

ardides la colocaban; ó lo que és mas: porque no la salvastes y adquiristes asi, el título de amigo cerca de ella? No fuistes tu, uno de sus mas encarnizados enemigos? donde has dejado la memoria; que has hecho del Libro de tus cálculo: de las hojas de ese Libro forjadas con satánica oportunidad para suponer en ellas, hechos que no ecsistian; cartas que nadie escribió?

Anjel se habia puesto pálido, y miraba con ojo sombrio, al petulante enemigo que tenia como testigo y juez de su maldad; pero como el que és verdaderamente malo, nada olbida; Anjel recordó, que ademas de aquellos dos títulos de testigo y juez, tenia ese enemigo otro: el de cómplice: y á favor de aquella reminiscencia no lejana, adquirió su habitual tranquilidad: se acercó mas á Antonio, y en voz de doble sentido, le dijo:

—Ves aquel barco que se aleja llevándose un marido y una hija, á los cuales tu has heredado en vida? Pues oye: ese mismo barco traerá tu sentencia algun dia! no lo olbides!

Antonio se estremeció involuntariamente, como si la iniciativa de un presentimiento ajitara su cérebro: Anjel prosiguió sin dejar de observarle:

—Tu me acusas: es verdad, soy culpable: pero entre los dos ecsiste una diferencia. Yo odio, porque necesito odiar todo lo bello, todo lo feliz; todo lo que és mejor que yó. Mi fibra, és la obra de la naturaleza: yo no soy culpable de mis errores, sinó en la dicha que esperimento de acariciarlos y saborear su veneno; la prueva está clara: yo entré pobre en el negocio, y he salido de él, tan pobre como entré. Tu, al contrario, hieres para lucrar: has hecho jirones la honra de tu hermana, para recojer el precio de ese acto vil, que infamará hasta tus hijos! Eras un pobre dependiente, y de la noche á la mañana te presentas como un gran dependiente, señalándote el mundo como el delator de una hermana, madre, y esposa; y és claro que lo que hoy el mundo no descifra, porque le gusta creér siempre lo que mortifica á alguno, con predileccion á lo que le justifique: ese mismo mundo, te juzgará

tarde ó temprano, como el motor único de la desgracia de tu hermana!

Antonio volvió á estremecerse, como si el vértigo quisiera arrebatarle la potestad del raciocinio. Anjel lo observaba: y prosiguió:

—Tu, has tejido, has saboreado, y te enorgulleces de la intriga. A ese padre ambicioso dévil y ciego, le has arrastrado hasta hacerle, delator falso de su propia hija: y de estos ejemplos se verán pocos en el mundo; convertir á un padre en verdugo de su hija! esta és tambien una de tus obras. Pedistes que te iluminaran el oscuro camino por donde deberias de empezar á marchar en ese tenebroso asunto: y los que te ayudaron con sus hechos y con sus consejos: han recibido al fin. . . . tu indiferencia: tu desprecio! Tu, desprecias á tu padre ahora, porque te ves con fortuna, y ya no le necesitas para la consumacion ó la continuacion de tus planes. Desprecias á tu hermano, por iguales razones; y és claro que te creés invulnerable por ahora! Por lo que á mi respecta—añadió con el desembarazo de un bandido que arrostra el todo por el todo;—soy de esos seres que nada tengo que perder, porque justamennada tengo que ganar. Conosco mi nulidad en todo: y por eso, te reto desde ahora á que me delates como cómplice; pues asi, obtendré el ser mencionado en algo siquiera: mas tú! jerente de la casa introductora de Lemaitre y C.ª!—añadía con el jesto diabólico que ya conoce el lector,—tu, hombre de negocios en 1.ª escala, sinó yá, dentro de muy poco! tu, eres perdido si yo tengo el antojo de contar sencillamente la verdad! . . . .

Antonio, estaba mas amarillo que el bronce de la estatua del terror: Anjel se sonreia contemplándole y proseguia:

—Entre tu y yó ecsiste un abismo: el de la complícidad: y ahora.......prosiguiò lentamente, tocando con su mano el hombro de Antonio:—Ahora, ya es demasiado tarde para entendernos! Yo soy el que era: ni he subido ni he bajado: cuidado con las rápidas ascensiones!.......Antonio vió en los ojos febriles de aquel malvado, arder una

de esas chispas incendiarias de venganza atroz, y trémulo de ansiedad,—pues solo era un cobarde vestido con el traje de gala de la audacia, dijo á su enemigo—Y bien que és lo que quieres?

Anjel movió la cabeza, como si dijera, "lo que yo pido és imposible!" y guardó silencio. Antonio insistió:

—Pide, pide!

Anjel—Nada pido, porque todo está ya repartido!

Antonio—Repartido! A quien?........

Anjel—Lo ignoras! pués yo creia que tu conciencia y tus gabetas lo supieran mejor que yó!

Antonio—Pero dime: porque te has desacordado conmigo? porque te has separado de mi lado?—le decia tratando de atraérle.

Anjel—Si yo fuera un *malo vanidoso* como tu; te responderia engañándote "porque estoy arrepentido" pero yo que soy *malo neto*, te respondo cara á cara, porque eres un villano: porque has faltado á tus promesas: por que todo te lo has usurpado; y en la hora de recojer el producto de tu crimen, has olbidado al hermano y al cómplice! y óyelo bien: ese hermano, ese cómplice, perdido yá, tenderá su mano al abismo para arrastrarte con él, el dia que lo quiera: en la hora en que crea que tu castigo debe de empezar.. . . .

Y desapareció bajo el dosél de fuego que aquella tremenda amenaza, habia levantado subitamente sobre la cabeza de Antonio: de Antonio que habia quedado como prendido á las últimas palabras de su enemigo: enemigo que habia creado su ignorancia: su propia vanidad! En aquel momento, llegó Don Juan cerca de Antonio, despues de haber estado ocupado como un chiquillo en jugar, sentado en un banco, arrojando bollillas de papel al agua. Antonio estaba tan preocupado, que no habia notado la llegada de su padre: este fué el primero que habló:

—Que haces Antonio, tan triste: tan preocupado?

Antonio tratando de reanimarse—Yo triste! no papá: la marcha de Lemaitre mi mejor amigo, no debe de cau-

sarme pena, pues...ha hecho su deber al abandonar á esa malvada que por desgracia és mi hermana;—y tratando de influir doblemente en el espiritu de aquel padre egoista, añadia:—Ahora, papá, si vos no quereis verla arrastrada en el lodo, és necesario que os vistais de una fuerza tan superior á vos mismo; que ella sienta la dureza de la accion que peza sobre su vida! De otro modo se levantará orgullosa: os doblegará: hará todos sus caprichos, y......fuerza y fuerza padre! no lo olbideis: ese és el secreto de gobernar á las mujeres!

Don Juan—Oh! ya yo lo habia pensado! Se lo habia dicho á Maria: es necesario privarla de cuanto desee para acostumbrarla á sufrir y espiar su culpa. Pues no és nada! Y ese bribonazo: ese mozuelo atrevido que ha osado venir á colocarse al paso de mi hija casada, feliz y madre, —donde está?

Antonio—A ese, dejadlo por mi cuenta pues si lo encuentro, sabrá quien és Antonio de Paula Picotti!

Don Juan—Bravo hijo mio! no desmientes la sangre! yo fuí un Napoléon 1º en mis tiempos: Una noche luché brazo á brazo con unos árboles jigantescos que se me figuraron hombres; esto era, siendo yo militar: pues lo fui hasta el momento de casarme: y cuando me desengañé, ya habia herido mas ramas de árboles y desprendido mas hojas de su centro que pelos tenia en mi cabeza!

Antonio riendo—Ya lo creo: si no teneis cabellos papá.

Don Juan—Ya se vé! eso és ahora: pero entonces tenia una cabellera que me envidiaban todos los mozos del lugar, que eran pastores como yo!

Antonio recontoneándose como un pilluelo que intenta hacerse caballero.

Bien: dejemos eso! ademas: esas confianzas de nacimiento, de valor, y de juventud, no las hagais á nadie, yo soi jerente de una casa de comercio de 1ª clase....ya veis: esos recuerdos desdorarian mi estado.

Don Juan.—Bien hijo: ya lo veo: yo tambien he sido

prudente con todos, pues á nadie he referido que yo fui ganadero: que desciéndo de ganaderos: y que....

Antonio.—Basta! ahora se trata de asegurar la presa! Que mamá no sepa nuestras intenciones: y si és necesario que lo sepa, emplead vos con ella vuestro mandato en ese caso:—pero de ese programa no bajeis ni un quilate! para Inés culpable, la fuerza y el castigo!

En aquel momento pasaba delante de ellos, la figura dulce y poética de Alfredo de Riera, que semejante al meláncolico tipo del *artista* de Mr. *Mélingue*, llevaba sobre su frente y toda su persona, el sello de la mas profunda tristeza inlelectual, aquél: como moral era la de Alfredo.

Tendió sus ojos de un negro penetrante, vagamente al derredor suyo, y subitamente se estremeció: habia visto al reptil, á Antonio de Paula á pocos pasos de él, y toda la sangre de su ser se habia refujiado indeliberadamente al corazon: alli, golpeó el odio ciego y jigante, las murallas sagradas de la fé y de la santa bondad, que escudaban su paso contra el error en la vida: y tal vez iva á ceder á la impulsion de aquel bárbaro sentimiento, si el recuerdo de una victima, no se hubiera interpuesto, entre el cielo de la piedad y de la esperanza: y el valle de la venganza y de la soledad, de los que, juran castigar, y castígan, olbidando que Dios tiene esa alta y severa encomienda.—Alfredo se acordó de la mujer, que en el seno de las virtudes, vio alzarse la corona de su martirio, sin saber, ni poder contener la mano que la colocaba sobre su cabeza:—se acordó de que habia implorado su apoyo (á lo menos él asi lo creia);y el amor secreto: aquella intima revelacion de su alma por ella; habló mas alto que el odio:—Alfredo pues contempló, un momento á Antonio de Paula, que quedó sometido á la influencia de su profunda mirada, y después, siguió su camino, sin volver mas, el rostro ácia él.

Don Juan.—Dime Antonio, quien és ese inpertinente que asi té ha mirado como si quisiera amenazarte?—preguntó el anciano á su hijo.

Antonio, riendo, por mas que su palidez estremada re-

velase el secreto miedo—Ese és el *tal* en cuestion: el Alfredo de Riera! el eminente poeta!

Don Juan.—Ese!. . . .é iva á segundar á su ecselente hijo, si este no le hubiera detenido por el faldon de la levita:—pero no se crea que trataba de un désafio el tal anciano; nada de eso: era solamente impelido de la curiosidad de conocer al supuesto amante de su hija, lo que le arrastaba á ir hasta él—y esto que se dice, que solo las mujeres dan pruebas clásicas del gran argumento que los hombres las han hecho, desde el principio del mundo.

"La curiosidad és innata en la mujer"—El anciano se detuvo al impulso de la mano de Antonio, que le imponia esa prescripcion por medio del faldon de la levita.

—Antonio:—A donde vais papá? Ese Riera és un atrevido: os puede faltar: de ahi vienen los compromisos; y yo. . . .no me contendria. . . .(al decir esto, lanzaba una mirada de precaucion en torno suyo).

—Don Juan, sometido—pues entonces, vamos.

Yo haré que Inés no vea á ese muñeco jamás ó dejo de ser quien soi!

—Antonio:—Asi! vuestra divisa debe de ser"*fuerza*!"

—Don Juan.—y lo sera!

El padre y el hijo se alejaron.

Al entrar á su casa, sintieron los dos culpables, algo, que no se atrevieron ni á confesarse á si propios:—el frio de la conciencia que mostraba á cada uno, la copa vacia del veneno que habian hecho apurar á una victima, en la primavera de la vida:—y se les vió como temblar, creyendo que se levantaban las tapas de una tumba, ò el sudario de un espectro.

Pero hai ciertos seres predestinados para el mal, con tal perfeccion del modelo, que saben substraerse á las impresiones que pueden gastar su naturaleza, dejando solo en pié, la raiz perpetua de su orijen—que semejante al perene *arisaro*, que vive siempre corompido: ellos viven hasta la muerte vendidos al mal que les nutre.

Aquellos dos seres, sacudíeron sus miembros frios del

misterioso terror del delito: apagaron de sus ojos, los relámpagos tétricos de la tormenta de la espiacion y de la muerte, que parecia querer levantarse, sobre ellos, innusitadamente; y ájiles, al parecer contentos, traspusieron el límite que los separaba de las habitaciones.

Al entrar á la de Doña Maria, la hallaron vacia.—cuidaba de Inés que era presa en ese instante de una fiebre violenta, devoradora.

AMOR.

CAPITULO XXI.

Alfredo de Riera marchò del muelle á su casa, cautivado de una silenciosa memoria que le hacía sonreir involuntariamete; que cuando la amarga tristeza de la soledad de la vida; de las noches vacias y tenebrosas, al contacto de las desiluciones, ó de la inmensa tardanza del bien esperado, hacia que la desesperacion sacudiera sus álas febricientes; aquella silenciosa memoria, venia con su corona de flores melancólicas á acariciarle con suaves perfumes los sentidos ; con poéticos colores su retina.

Memoria de la primera vida; arrebatadora, magnética y absoluta, como que gobierna por sí, y ante sí, el corazon y el espíritu! esa memoria era Inés; y el amor á Inés, la suave claridad de la estrella de su destino.

La amaba. Esa era una de las verdades escritas en el fondo del corazon de Alfredo, que altivo todavia, se queria defender del prestijio; de la loca alucinacion que lo arrastraba: y mientras tanto, Alfredo éra ya, uno de los muchos desgraciados, agregado al incalculable catálogo, de los que arrastran en el presidio del mundo, el pezante y doloroso grillete del infortunio.

Todos los placeres de la vida disipada de un jóven que se abruma con el fardo delicioso de la felicidad ficticia; habian desaparecido para él, desde el momento en que la chispa abrasadora de los ojos de Inés tocó sus sentidos. La contemplacion diaria que hacia de aquella mujer, en el retrato que Claudio Prado habia dejado en sus manos al morir, hacia que su amor creciera por grados. Una de esas melancolias hondas y sin esplícacion, se habia amparado de au alma. A veces creia que soñaba, cuando viendo nacer y morir los dias succesivamente, no encontraba una alegria para él, en ninguno: y se decia:

"Porque he venido á caér en este triste estado, en el cual me desconosco á mi mismo?

—En valde trato de sacudir el peso de las horas: el peso de mi torturada memoria, que todo lo ha olbidado, menos la impresion de aquellos ojos: la sonrisa de aquellos lavios; el sonido de aquella voz!

"Yo la habia contemplado en imájen: cuán distinta la lúz de aquella mirada la noche en que la encontré en el mundo; á cuyo resplandor se animaron y murieron, todas las esperanzas de mi vida á la vez!

—"Mas; que hago yo, con este amor inmenso que me está secando las fibras: que vá estrechando á cada instante, la órbita de mi carrera? Lanzarle á merced de un destino sin faro? Arrancarle de aquí? decia oprimiéndose el corazon.—No puedo! sin duda era mi signo amar asi: sufrir asi; volverme loco de un sentimiento nutrido por sí solo, y sin ninguna esperanza!. . . .

"Si yo hubiera podido evitarlo!—añadia con esa duda que admite otra posibilidad, en el espíritu, del que creé que mirando ácia un polo marcado de la vida, en medio

del peligro, se podria salvar á pesar de Dios;—pero despues, prosiguió tristemente :

"Imposible! desde cuando el hombre osa luchar con la Providencia? Desde cuando el gusano mortuorio se levanta hasta el águila? La especie y la prepotencia de la una castiga en su base la impotencia y la naturaleza del otro: y yo estoy como cada hombre de los que nada son: sumamente bajo para osar: sumamente estrecho para lograr arrancarme de la cárcel de mi corazon, donde he concentrado involuntariamente, la Historia de todas las épocas de mi vida!

Y *ella*, entretanto! sufre á su vez, sin amarme; pero si por mi amor á ella. Estraña combinacion! Yo la he perdido sin saberlo, y sin quererlo; ó mas propiamente dicho, yo he servido de tópico á los especuladores de su destino; de su fortuna! Si: añadia reflecionando.

—"Qué otro móvil puede haber gobernado el espíritu de esa familia, sínó la mas ciega ambicion?....Y dando un golpe sobre la mesa en que estaba apoyado uno de sus brazos, esclamó :

—"Gran Dios! la ambicion! Y ese crímen no tiene señalado su castigo en el Código penal? No hay juezes para ecsaminar la causa de ciertas acciones enmascaradas con la pérfida careta del bien y la proteccion, que solo guardan, los rostros de profundos criminales: de perfectos verdugos? En qué han pensado los lejisladores, cuando dejaron en blanco ese capítulo funesto, para las familias; funesto para la humanidad entera? Que son los otros criminales que se castigan con tanta dureza, delante de estos, que gratuitamente matan, usurpan y denigran á los buenos?

De estos apóstatas de la sangre y de la humanídad, que andan tranquilos sobre el mundo, rosando sus escandalosos pasos con los de aquellos que no se han manchado nunca? Ah! justicia de los hombres! Que errada y que pobre cosa eres! Dios és el único que alcanza á comprender, los incógnitos delitos; los malos de corazon; y el únicos que puede arrancar esas máscaras odiosas, que

convierten en cáos, todas las sociedades de la tierra. Dios: solo Dios!

—El salvará á Inés prosiguió lentamente, sacando de su seno el retrato de aquella mujer desgraciada; él la llevará algun dia á las altas rejiones de la verdad humana: y, á una hora fija; en un término dado, la victima será el Juez de sus propios verdugos!

—Si! dijo poniéndose de pié, y fijando sus ojos mélancólicos en aquel medallon conquistado por su destino, á la tumba de un amigo—Si! Inés se levantará: sus verdugos caerán!"

—Cosa rara! dos seres habian pronunciado la misma sentencia, sin conocerse uno al otro: Magdalena Artey y Alfredo de Riera.—La una era acusada injustamente ante el mundo, y todo lo esperaba de Dios: el otro amaba profundamente, y creia en la virtud terrestre, y el triunfo de su ídolo.

Alfredo se paseaba por la habitacion, meditando: parecia que el cuerpo de una idea superior á su fuerza moral, le obligaba á doblar la cabeza siempre erguida: y que el hombre convencido de la impotencia de la lucha, se resignaba á aquella superioridad: y seguia hablando:

—Y *ella* está sola! El mundo ha traido esa noticia hasta mi: el mundo repite que yo soy un amante preferido: que ella és una mujer infiel á su marído! mientras que yo estoy aqui, prendido como un necio, al rigor de una fórma: de un bárbaro testimonio de la ceguedad de la suerte! Y ese hombre: ese marido ciego, deja sola á esa criatura, á merced del viento loco de las pasiones: á la edad de las impresiones sin dueño: donde el ideál se transfigura sobre el ser que se detiene á su paso, para darle la importancia severa de la realidad! Qué importa que esa niña tenga una grande intelijencia: tenga un corazon perfecto: si esas mismas dotes pueden abrir el camino imprevisto de un destino contrario á su posicion de madre y de esposa? Qué quiere ese hombre de esa mujer? Probar su fuerza: ó arrastrarla al precipicio para esclamar sin duda con el ciego Otello "está bien hecho lo que aca-

bó de hacer con esta ingrata!" Pero sobre todo; que clase de sangre, corre por las venas de esa familia, que ni padres ni hermanos, se han levantado á pedir cuenta á aquel hombre de su desmán; de haber vulnerado su apellido en el de Inés?

—De que tiene formado el corazon esa familia, cuando puede callar siquiera; no digo ya, acusar, á una hija; á una hermana? solo admitiendo sin replica,—añadió agriamente—que esa familia esté vendida al detractor!......

Y despues de todo! el mundo repite que la deja sin recursos pecuniarios para sostener esa vida! Sin recursos *ella* —esclamó con pasion—Y que hago yo, que no corro á protejerla? No puedo romper el dique, y atravesar el espacio que me separa de ella? Si le digo á mi paso—avanzad; ese paso gobernado por mi prepotente voluntad, no avanzará por ventura? Y luego: yo debo verla: lo necesito! quiero que sepa aunque sea una vez, que si *Claudio Prado* se encerró en la órbita fria de una tumba, por haberla amado tanto, cuanto era imposible que su corazon resistiera; yo la probaré, que hai otro ser que la ama con un amor mas grande que aquél; pués és doble de lo que puede contener el corazon humano!

Y como si aquella manifestacion de potestad moral, tuviera la influencia de doblar la potestad física; sintió el abatimiento de los sentidos; y sentándose, colocó la cabeza entre sus manos, como si le dijera al presentimiento—espera: ó á su resolucion—voi!

—Allí permaneció largo rato: parecia que cordinaba mentalmente el medio de poner en transparencia su inconsolable secreto; y al fin, sacudiendo aquella frente atormentada, esclamo decididamente—Lo sabrá! el resto será la obra de Dios!

Alfredo de Riera, no era de cierto, un hombre vulgar. Su alma apasionada y virjen aún; recoria con poético entusiasmo, las rejiones de los sacrificios de la tierra, por obtener un sitio en la vida de las predestinaciones: y avasallado por ese estímulo superior á las cosas establecidas; se sentia capaz de trasponer los lindes de las utopias hu-

manas; sin acordarse que las utopias humanas son mas fuertes y mas espesas, que las nubes pesadas y bajas que atormentan la atmósfera en una tempestad. Alfredo como un héroe, sin testigos de su lucha, ni de su gloria; emprendió el camino, siguiendo el derrotero estrecho que le trazaba su valeroso heroismo.—Cual será ese camino; cual su fin; cuales las pruebas de una esperiencia escrita por ley, para arribar á las definiciones de un órden superior á las fuerzas circunscriptas del sér; de su carrera material?—Prosigamos, y sabremos hasta que punto un sentimiento grande y verdadero tiene el derecho de alzarse sobre las fórmulas: y el poder de sobreponerse y gobernar el yugo de la propia voluntad, que á veces manda con la doble potestad del verdugo del alma—la razon.

Alfredo pues, habia tomado su resolucion de la cual, dependeria la suerte de Inés en el porvenir, como su propio destino. Bajo esa influencia se decidió á todo. El ánjel de la esperanza, no meció un momento sus deslumbradoras álas en torno suyo sin embargo; pero en cambio, el ánjel dela *fé*, melancólico y con álas de luto, tendia su suave y llorosa mirada ácia él, como si le dijera—

" Creé, y la eternidad és tuya!!"



ANJEL PICOTTI, EN LA CASA DE ALFREDO DE RIERA.

CAPITULO XXII.

La tarea mas dificultosa; la mas prolija y pesada de todas las tareas humanas; és aclarar una verdad que los malos han cubierto, con el espeso velo de la calumnia.

Alfredo lo sabia, no por propia esperiencia, sinó por intuicion; y no dejó de preguntar mas de una vez á su razon, los medios de que se valdria para lograr vindicar á aquella noble criatura, que una familia de verdugos, habia prosternado á sus plantas, para apropiarse las ventajas de su posicion; de su fortuna.

A los dos dias de su decision, en los cuales su voluntad, su corazon y su deseo, luchaban acaso, con la importancia de los medios encontrados hasta alli, para realizarlo; se le anunció la visita de un desconocido. Su primera impresion, y su instinto, fueron negativos; pero un resorte secreto, cuyo nombre no acertariamos á clasificar, hizo que la órden fuera afirmativa. La persona entró al salon, y despues de un rato, Alfredo pasó á recibirle.

Riera ignoraba completamente, de cuantas personas se componia la familia de Inés: pues solo conocia de ella por acaso, á ella, á su marido y á Antonio de Paula, en el baile de Marquez. La presencia de aquel hombre, le era totalmente desconocida: pero al saludarle, resintió allá, en el fondo de su espíritu, no se sabe que estráña repulsion. Mas siguiendo las fórmulas establecidas, le recibió con la espresion de buena sociedad de que él era ca-

páz. El otro, al contrario, sabia con quien hablaba; por qué, y para que fin venia á verle; pués los ambiciosos tienen en el rejistro de su memoria la reparticion de las fechas, y los nombres, con todos los accesorios pequeños que demandan esas secciones espresivas del gran Libro de la memoria en jeneral. Asi: él habia apuntado en una hoja en blanco que conservaba siempre, por todo evento, en ese gran Libro: la fecha de los versos que leia Lemaitre un dia, en las columnas de un Diario, compuestos á la muerte de Claudio Prado: no habia olbidado la clase de impresion que ellos hicieron en el ánimo de un marido: y menos, que el autor se llamaba *Alfredo de Riera.*

—Qué podria hacer un ambicioso con un muerto? Prado, era ese muerto: de nada servia ya á sus planes desarrollados á la vista de una posicion, de una fortuna, aunque ellas fueran de una hermana; Riera pues, vivo: fijos sus ojos en el secreto, sobre él, pero sin confiárselo ni al mismo Antonio, mas, que en la sujestion de la idea para perder á Inés, encarando el motivo en Alfredo; por mas que la íniciativa del plan de absorcion fuera de los dos: Riera, repetimos, sirviò de testo á las combinaciones de Anjel, y á las de Antonio de Paula por un tiempo, del modo mas amplio que ambos pudieron soñar en las febricientes horas del tejido de sus planes.

Cara á cara aquel constructor del mal, con el protagonista injénito del bien;—pues Alfredo era un bueno:—no se crea por esto, que Anjel; pues és claro que era él, se turbara con la presencia de aquel ser, inocente del delito que le habian fraguado; y en cuya persona resplandecia un no sé qué de grande y de sublime. No: la apariencia de Anjel, era tranquila, y mucho mas para Alfredo que no le observaba siquiera.

Pasado un momento, el incógnito debía de desaparecer bajo la demostracion positiva del recien llegado, que semejante al Marquez en la Linda de Chamounix, *yo sono quel tale!* debia el de presentarse á si propio: y empezó de este modo.

—Caballero: la persona que tiene el honor de hablaros, és Anjel Picotti servidor vuestro.

Alfredo se estremeció por una sensacion incalificable, al sonido de aquellas pocas palabras; y sin inclinarse ni responder al cumplimiento social, repitió involuntariamente: "Picotti!"

Anjel lo notó; pero como si hubiera estudiado la "Quiromancia nueva" de Desbarrolles, y hubiera leido yá, en la mano del pobre Alfredo su porvenir, por lo cual no se cuidaba de lo presente; asi aquel disimulado se manifestó en plena seguridad de su *yó*, y prosiguió como si nada hubiera observado.

—Si caballero. Mi visita os parecerá estraña á primera vista: pero ecsaminada, ó acaso discutida su causa, la hallareis necesaria, oportuna. . . .y quien sabe si con un objeto de marcada bondad.

Alfredo, con manifiesta indiferencia:—Podeis empezar cuando gusteis á descifrarla; por que de veras, no acierto. . . . . .

Anjel, interrumpiéndole—A comprender el motivo:—es verdad? ya lo creo! pero mi esplicacion, esperanzo que os satisfará. Vos sabeis que un árbol, dá malos y buenos frutos, en épocas diferentes; asi, los padres forman sus familias, de hijos que nacen, en distintas fechas, y con distintos sentimientos é inclinaciones, unos de los otros........ Quereis un ejemplo vivo? Ahi teneis mi familia por modelo de esa verdad; y á Inés, como una de las escepciones. . . .ya que no me atrevo á nombrarme á mi propio, ni despues de ella.

Alfredo le ecsaminó de piés á cabeza, con esa fria mirada de investigacion que quiere penetrar hasta por los poros de la piél, la verdad de que duda, y la que se le asegura: Anjel jugó con la larga y espléndida cadena de ora de su reló, como lo haria un potentado con el oro de sus gabetas, y prosiguió:

—Yo tengo una hermana—y fijó sus ojos en la frente de Alfredo, que tomó un tinte de estraordinaria palidez:—Esa hermana ha tenido la desgracia de encontrar un

marido, que por *falsas acusaciones*, de un malvado interesado en usurparla su fortuna, se ha separado de ella, llevándola hasta su hija: pero lo que, aun es péor; és que esta noble madre y esposa, sé vé hoy, á merced del asesino de su honra y de su paz!—Una mirada oblicua, cruzó el rostro melancólico pero varonil de Alfredo, de parte de su contrario: Alfredo vió la mirada sin comprenderla, y contestó:

—Lo sé! ese verdugo és su hermano.

Anjel hizo el jesto de las grandes ocaciones: pero respondió:

—Ese hermano, tan mio, como de ella, y á quien vos habeis designado con el nombre de verdugo; ese Cain disfrazado con la piél social: ese és en verdad, el que ha perdido á Inés para su hija! á Inés inocente: á Inés.....

Alfredo le escuchaba relijiosamente: Anjel prosiguió:

—En este caso yo vengo á haceros una proposicion, que como asociado que estais por las torpes intrigas de Antonio, al asunto de su hermana;—(Alfredo fijó sus grandes ojos negros en aquel héroe del disimulo: este no se inmutó y siguió): creo pués, que por esa razon, aceptareis tal proposicion, sin quitaros por otra parte el derecho de negativa si le quereis usar.

Alfredo habia tomado el severo continente de un juéz, sin saberlo él sin duda; y respondió:

—Esplicaos!

Anjel prosiguió:

—Mi plan és sencillo, y voy á esplicarle.

Se trata de salvar á Inés de la desgracia que le han regalado sus enemigos, con la mas amplia jenerosidad, portándose en este caso como unos Mécenas de profundo desinteres:—y se sonrió ironicámente.—Dije *se trata:* pero debeis entender que hay la primera persona del tiempo presente de ese verbo. *Trato*, pués, de volverla al seno de su marido y de su hija......

Las mejillas de Alfredo se encendieron: Anjel lo notó y dijo para si: "la ama! aqui hay mucho que esplotar."

—Proseguid: veamos los medios de poner en práctica ese plan; dijo Alfredo esforzándose.

Anjel—Los medios son estos. Tratar de obtener los datos justificativos del asunto, tal cual és en sí: y no, tal, cual lo han hecho las intrigas: en posesion de ellos, escribir á Lemaitre enviándole copias de aquellos auténticos, añadiéndole que ecsisten en poder del que escribe los originales; esclarecer sencillamente á sus ojos la verdad, y hacerla sabedora á Inés de todo lo que se hace en su favor, para ir disponiendo su bueua voluntad ácia el marido, y ponerla en aptitud de basar su defensa; de fijar su atencion en los que trabajan por ella; de este modo, la obra presenta una fácil concepcion para ambos: y lo que importa aún mas; un fácil y feliz desarrollo. Realizado este plan, el detractor caé como Satanás, á las plantas del arcanjel Miguel.

Pero en todo este asunto; solo quiero pediros un favor. —Y notando que su interlocutor no le preguntaba nada, se decidió á esplicar sín rodeos su pensamiento.

"Pues ese favor és sencillo. Yo estoy decidido, á trabajar por Inés, ardientemente; mas solo ecsijo que ignore—á lo menos por ahora, que yo soy su campeón. Esta és mi súplica.

Alfredo habia quedado como prendido á aquella voz; á aquella proposicion: al nombre que se jugaba en el camino de una desgracia, que miraba como propia, ó que sin quererlo era propia; y de todo aquello, solo descifraba una cosa: la necesidad de salvar á Inés á cualquier precio, y fuera cual fuera el ser, que se le presentara para lograrlo. Asi; levantó la cabeza y con la gravedad de un triste, decidido al sacrificio, dijo:

—Esplicaos mas claro. Donde se pueden hallar esos datos justificativos de la traicion de Antonio de Paula Picotti, contra su hermana; y decid si ellos por si solos, bastarán á esplicar el obscuro tejido de esa intríga?

Anjel, como meditando—Se buscarán:. . . . no és tan facil lo comprendereis; pero se buscarán, se buscarán! . . . Repetia como una persona que anda investigando moral-

mente, el medio de realizar una idea, ó el medio de encontrarla.

Alfredo—Hablemos como hombres al fin. En todo propósito de este mundo, el dinero és un medio mas ó menos directo para llegar á la consolidacion, ó al desenlace de él. Sin investigar si sois pobre ó rico; y solo tratando la parte que me pertenece, en el asunto tramado contra vuestra hermana; os declaro; que tengo una fortuna inmensa: que puedo disponer de sumas considerables, en favor de la persona que me presente esos datos; sumas, que le hagan una posicion si le falta, en el mundo: y le aseguren su destino para su vejez. Ahora pues; yo os pregunto—Quereis encargaros de buscar esa persona análoga?

Una de esas incógnitas ráfagas de la violenta alegria, que colora de tintas vivas la frente y las mejillas; hace entreabrir los lavios; brillar las pupilas; se estremeció dentro del corazon de Anjel, como un coloso desafiador de los obstáculos, y amenazante contra la potestad de todo enemigo: pero, trató de moralizar la sensacion doblándola con multiplicados pliegues en su pecho; y con aire de vaga complacencia respondió :

—Por Inés, yo me siento capáz de los mayores sacrificios; y tengo confianza en Dios que protejerá mis buenos pasos. Pero seré franco con vos, como vos lo habeis sido conmigo: yo no soy rico: sobre estipendios de dinero, nada puedo: solo ofresco mi trabajo; és decir: la abnegacion de todo mi tiempo, empleado en obtener esas pruevas justificativas del honor de mi hermana, puesto en duda por su marido, por el mundo, y todo eso por un solo ser! Bien; esas pruebas justificativas consisten en una ó dos cartas si mal no me acuerdo, ó mas propiamente hablando, en *unos orijinales de cartas*, que será necesario arrancar á duro precio, de las manos que les conservan.

Alfredo—Cuesten lo que cuesten, he dicho, y repito ahora, que és necesario que *esos originales*, vengan á mi poder.

Y sin detenerse un momento, ajitó un cordon dorado

que ostentaba unos magníficos borlones de seda azul-claro, y apareció un sirviente.

Alfredo—A Martin, que dentro de una hora necesito.... esperad dijo, como si le hubiera ocurrido otra idea, y sacó una cartera del bolsillo, en la cual escrivió sobre una hoja en blanco, la que arrancó, y entregándosela al criado le despachó, diciéndole concisamente:

—Para Martin.

El criado se inclinó respetuosamente, y desapareció. Quedaron solos nuevamente, Alfredo y Anjel.

Cualquiera que hubiera estado observando al últímo, en aquel momento, habria logrado traducir del fondo de aquella alma, enferma de la ambicion del mundo, los movimientos secretos de ansiedad, que sacudian en el silencio las fibras de su árido corazon; las estrañas impulsiones del deseo ciego, que ivan derrepente á arrastrarle hasta los piés de Alfredo; pero que el fantasma social, que se cruzaba delante de sus ojos, severo en la forma; raquítico y pobre en el fondo; detenia el ciego deseo, con las palabras amenazantes de "deshonor, mofa, verguenza!" escritas á lo largo del espacio vacio, por el cual se perdia su ambiciosa mirada.

Ese observador, habria visto entonces, al cobarde, tal cual Dios le habia arrojado á la vida; lívido del falso miedo, como hacia un momento, que estaba irradiado del falso brillo de la esperanza y del deseo; levantarse gravemente, con la cabeza erguida, apesar del secreto terror; jugando con la ecsuberante cadena de su reló; paseando por aquel vasto salon, el continjente de pensamientos contradictorios que jugaban los roles de diablos en su cabeza; y aparentando la tranquilidad inmaculada de un cenobita, sin mas pasion que el bien; sin otro punto céntrico en su orizonte, que Dios!

Alfredo le encontró en este estado, después de su órden al criado; y aunque el Anjel terreno, estaba muy pálido,—efecto del trabajo de contrahacerse sin duda;—la jesticulacion de su rostro, no manifestaba alteracion algu-

na; á lo menos para Alfredo que tenia muy preocupado su espíritu.

Riera empezó á pasearse á su lado, pero con la impresion del hombre, que tiene pendiente su destino de una cosa, que no sabe definitivamente que és, y que intenta buscar un punto fijo, que le dé una esplicacion; despues de un instante de silencio, Riera habló.

—Y bien; contaís con obtener esas piezas salvadoras de vuestra noble hermana?

Anjel—Si: á fuerza de trabajo; de inmensos esfuerzos; de astucia, y. . . . de ese vil metal que llaman *oro!*

Alfredo—Si de ese metal solo, dependiera la adquisicion; ya podrian estar aqui! Si antes de ahora, hubierais tenido la inspiracion de háblarme sobre este punto; yo os protesto, que vuestra hermana no habria jamas, llegado á ser desgraciada.

Anjel—Que quereis? La prevencion por parte vuestra, que justamente jusgaba que ecsistiera contra mi familia; me hizo temer que mi apellido suscitaria en vos, una amarga impresion. . . . miramientos amigo mio! llamadles preocupaaiones si quereis; pero és verdad que han ecsistido.

Alfredo—No os equivocais caballero!—recien pronunciaba Alfredo aquella palabra ceremoniosa y grave, que la sociedad consigna como gran cosa en el catálogo de sus formas.

—Anjel envanecido, pero disimulando la sensacion: —Lo sé y és natural, caballero!—Ese Antonio! Ese marido!—decia como involuntariamente.

Alfredo—Son dos culpables, á los cuales Dios castigará con el enorme peso de los remordimientos, tal vez mas pronto de lo que ellos mismos esperan, y demasiado tarde para la justicia divina, que debe de tener una aplicacion inmediata al mal.

Anjel—La ambicion enceguece á los hombres, amigo mio; ese és el delito de Antonio. . . .

Alfredo,—ecsaminando el rostro de Anjel, como si

una duda hubiera venido á tocar su cérebro—y os parece poco delito la ambicion?

Anjel—Poco! Al contrario: en el idioma legal, de la verdad, y de los hechos, las palabras técnicas, como delito, ambicion y otras, no necesitan de *adiciones;* por eso he clasificado de *delito* la *ambicion.*

Alfredo mas tranquilo:—Ah, sí, és verdad. Tengo preocupado el espíritu; y luego: mi alma rebosa de hiél ....á veces las palabras son chicas para la definicion de mis sensaciones.... y decid—¿cómo clasificais al marido de vuestra hermana?......

Anjel—Como un hombre malo, y sin espíritu.

Alfredo—Sí; por que, en primer lugar—por que dió acceso á las intrigas de un hermano al cual, segun he oido, él conocia por sus malos antecedentes?—En segundo;—por que no tomó un término medio para sondar la verdad, y antes de llegar á la consumacion de un hecho tal, como una separacion; por que no puso su nombre por baluarte, para evitar el escándalo; la imperfeccion de los juicios ajenos?—En tercer lugar;—cual derecho asiste á un marido para proceder sin datos por sí, y ante sí, colocando á la compañera de su vida, fuera de sus lares, y separándola de su hija?—por qué se hace juez de su propia causa; por qué se hace verdugo á la vez, y espone á las tentaciones de la juventud, á la esposa y á la madre, que tomó del seno de las virtudes, y vió en sus brazos sin mancha entonces, sin mancha ahora?—Ignora él acaso, que el amor no se compra con oro, sinó que se conquista, cuando falta la fibra predestinada para él, ácia un ser, por medio de la abnegacion, del estudio y la práctica de los sacrificios inmensos; del tesoro de toda la vida, que consiste, en la fé, y en la santa esperanza del alma?—El amor de Inés á *Claudio Prado,* no fué un secreto ademas, para ese hombre, que la arrebató brutalmente, al sentimiento de otro hombre jóven como ella; con un corazon noble, y apasionado: hombre, que en nada se semejaba á ese marido; pues tenia una alma espíritual, sencilla y desinteresada! Sí él, murió por

ella; ella no és culpable ni de su muerte. Fué su familia: fué ese marido, los que cometieron ese crímen: *ella* era demasiado jóven; no para dejar de comprender y volorar su destino, sinó para salvarse del mandato, y de las ambiciones que saben tejer redes obligatorias!—Esa niña obedeció cuando tenia *quince años!*

—Despues: ese marido no la ha comprendido: no ha buscado su corazon para inspirarlo de un sentimiento en su favor: no ha tratado de encontrar la divina fuente de esa esquisita sensibilidad de la mujer, que se elabora en la cuna, por el presentimiento de las divinas cosas del amor á la madre; y se multiplican sus aguas santas por todos los resortes, que las realidades de la vida ponen en juego, para hacer imperecedera su virtud. Nada! ha querido como Nicolás 1º de Rusia, ostentar el poder omnímodo: y no ha cuidado de observar, si el vasallo era suceptible ó nó.—Eh ahí el resultado: el yugo dobló su entidad de yugo: y el vasallo se sintió incapáz de sobrellevarle: el mandato quedó hecho pedazos, delante de la débil resistencia de una mujer, injustamente; torpemente ofendida!

Anjel—inquieto:—Mas cómo sabeis todo esto caballero?

Alfredo—Lo que yo digo, és lo que repite el mundo por boca de vuestra familia!—con sola una diferencia: que esa familia favorece al estraño; y hunde en la deshonra, á la hija, á la hermana!

Anjel como corroborando un hecho que ajaba su amor propio—Es verdad! és verdad!

Alfredo—Ademas; dicen, que á mí, me han mesclado en ese asunto, por mi antigua amistad con Claudio Prado...... Y miró al través de sus largas pestañas, la fisonomia absolutamente fria de aquel *ánjel.*—Anjel quedó impenetrable al escrutinio, y contestó.

—No és cierta la razon que han confeccionado, como tomada, de la que los detractores de Inés, adoptaron como oportuna, contra vos: hasta el penúltimo capítulo, habeis

repetido lo que todos dicen y afirman como cierto: pero en el último, hay que hacer sus apéndices.

Alfredo—Y cuales?

Anjel—Sobre las formas, en que se toma vuestro nombre en el asunto. Hablemos francamente: yo os diré lo que hay sobre ese punto. Han tomado vuestro nombre, los detractores, solo como un arbitrio para perder á Inés, en el corazon del negocio: pero no bajo la suposicion de vuestra amistad con Claudio Prado: sino dándole el cáracter del nombre de un amante favorecido.

Alfredo se conmovió, no de la revelacion que él la sabia demasiado claro: sinó de la confirmacion de aquella intriga que abrumaba hasta su profundo cariño, sin lisonjearle un momento: pero trató de responder, sereno y tal vez irónico.

—Con el nombre de un amante favorecido! Es gracioso el estudio que han hecho los enemigos de vuestra hermana, en las relaciones asiduas de esa señora; cuando deberian de saber, que yo, no la he visto en mi vida, sinó una sola vez! Creí que la intriga estubiera mejor basada; y que por mi amistad á Prado, hubieran fraguado un empeño por mi parte, para enfriar siquiera la amistad del marido y de la esposa: pero veo, que la corona de espinas que han tejido para el martirio de Inés, és el efecto de una combinacion incierta. . . .de un nudo que se puede romper. . . .que. . . . . .

Anjel siempre en acecho, notó los cambios de aquella fisonomia: y dijo para si: “ Está mintiendo: disimula á su vez: tanto mejor para mis planes!” y le interrumpió en aquel *qué*. . . . . .para decírle.

—Colocadas las cosas de este modo; vos estais en un serio conpromiso: de vos depende el porvenir de Inés; á vos toca, aclarar este misterio.

Alfredo—Lo que habré de hacer yo, me lo traza definitivamente mi razon caballero. Pero pues, que vos os habeis manifestado tan amigable para mi; acordaremos de común acuerdo, lo que mas conviene hacer en favor de vuestra hermana. Creo que por el instante, mi nombre

no debe de aparecer en su justificacion, cerca de su marido, que obcecado como está, se creeria doblemente ofendido de este paso, que por otra parte miraria como una quimera: cerca de Inés, debe resonar de una manera tan grave, tan amigable, qne quite de su ánimo toda sospecha de intencion doblada por mi parte; y sirva al fin, al objeto que nos proponemos: darla ánimo para que apoyada en los datos que la ofreceré, emprenda con seguridad, con fé, el esclarecimiento de esa intriga; por tanto, su justificacion cerca de su marido: para esto solicito una entrevista con ella.

Anjel midió con ojo inquisitorial su pérdida, en aquella visita, aislada de su influencia cerca de Inés, y traspuso con la sagaz rapidéz que dominaba su espíritu, todo su pensamiento, no á evitarla: sinó á arreglar las cosas de manera, que quedara bien *él*, primero que nadie con Inés y con Alfredo:—que era decir con el porvenir:—y para esto se remitió á si propio, diciendo en el secreto de su alma " todo dependerá de mi astucia: el bien y el mal" y tomando un continente basado en la mayor naturalidad, respondió:

—Esa visita se hará, y yo me constituyo vuestro campeón cerca de la familia y del mundo; Pero debo preveniros por todo evento, algo; Inés odia á toda su familia, eseptuando á nuestra madre, pero en la regla jeneral, creo entrar yó, como todos.

Alfredo pensativo—Y os creé culpable quizás?

Anjel, inmutado—Antonio se lo ha hecho entender para que no recayera sobre él solo el odio de aquella inocente!

Alfredo—Pero, en résumen; lo creé?

Anjel, con decision—Si! Estoy colocado en el mismo caso que vos: la intriga afrenta mi honor de hermano! Antonio ha tomado mi nombre, y le ha incrustado en el plantél de la detraccion, como testigo y cómplice de sus maldades! Os lo confesaré—añadió como haciendo un sublime esfuerzo—esta era una de las causas despues de la

salvacion de Inés, que obró en mi espíritu para decidirme á tomar la resolucion de venir á veros, caballero.

Astuto aquel malvado, que llevaba por escarnio el nombre de Anjel; concibió á golpe de imajinacion, que el medio de que se valia, era un pretesto noble, que le colocaba favorablemente en el juicio de Alfredo; y se salvaba la eventualidad, que una entrevista entre este, y su hermana podia traérle, delatándole ella, como malvado, antes de haber dado él, el paso preparatorio.

Alfredo refleccionaba, medio reclinado en un diván de cachemira azúl, y con una de sus manos colocada en la frente, como si intentara reanimar el espíritu iluminado de otro tiempo, estinto ahora, de un amigo, que le guíara en el derrotero vago y espinoso á la vez, de la vida. La melancolia, la ansiedad, la conviccion del dolor irresistible y de la duda; se dibujaban sobre aquel rostro elocuente, que transpiraba hasta por su delicada piél, el tezoro de intelijencia y de bondad, que dominaba su ser.

Pero Anjel, que no participaba de aquellas impresiones abstractas, ó mudas, para su cabeza transida por la vena del mal, y que solo observaba las causas decisivas, para calcular los efectos consiguientes; tomó su resolucion *sobre tablas:* y sin dar tiempo de ecsaminar la proposicion al que se la hacia, la sentó del modo siguiente:

—Vamos caballero; habladme con absoluta franqueza!—Os fiais de mi buena fé, de mi cariño á Inés, del grado de mi venganza contra Antonio; de mi odio al marido de mi hermana, de mi prudencia para elaborár la situacion reaccionaria, y de mis aptitudes para llegar á la definicion del asunto, segun vuestro deseo y el mio?—Responded á todas estas preguntas con una sola palabra—*Sí ó nó.* Os prevengo que no admito interpretaciones, ni palabras vagas sobre esta desicion;—*Sí ó nó,* son los dos puntos que os presento, como artículos invariables de mi arreglo con vos en este asunto, y de la ejecucion de mis planes.

Alfredo alzó su frente blanca, espaciosa y noble, y contempló por un instante la frente estrecha, ajitada y

pobre de aquel ser! Algo, que ocultamente irritaba su prevision natural, pasó por su pensamiento como una nube en un cielo de verano; pero el ojo fijo y fascinante del Anjel del mal, introducia en su voluntad el prestijio estraño, de un poder mas fuerte que ella: Alfredo se dejó arrastrar. Anjel era una notabilidad en el gremio de los malos. El sintió pués, que la victima estaba herida de la tentacion de confiarse en su palabra, y tratò de constantarlo.

Anjel—Y bien? *Sí, ó nó*?—Insistió con esa voz significativa que quiere decir—"Si os negais, ved lo que perdeis"—Alfredo, aún reflecsionó un instante; mas vencido por una impresion superior, respondió—*Sì!*

Habia vaguedad en la voz que pronunciaba aquel *si;* parecia que la sílaba estaba espuesta á cambiar de naturaleza, y levantarse negativa y fuerte como un baluarte: pero;—qué le importaba al aventurero de los *sì*, y de los *no*, que el tono fuera enigmático, cuando la palabra significaba la sancion de sus esperanzas, de sus mas vivos deseos?. . . .

Brilló como un resplandor opaco, un signo de intensa alegria en las pupilas de Anjel Picotti; Alfredo habia tratado de sacudir el pezo de sus dudas, y siguió la conversacion.

Alfredo.—Desde cuando empezais señor Anjel (disculpad la omision que hago de vuestro apellido,) vuestros trabajos?

Anjel.—La omision és racional, caballero, pués el odio justo, és la causa de ella.—En cuanto á mis trabajos, empezaré desde hoi.

Alfredo.—Me dareis cuenta de todo y á cada instante?

—Anjel—De todo y á cada instante!

—Alfredo—Y cuando *la* veré?

—Anjel—Yo os lo avisaré.

—Alfredo—Entonces, confio en vos!

—Anjel—Eso os lo dirá vuestro buen juicio.

—Alfredo—Entiendo!—pero y si *ella* no quiere escucharos?

—Anjel—Y si á vos no os dejan llegar hasta *ella* sin mi?

—Alfredo—Eso no; porque yo la hablaria delante de todo el mundo: romperia esa mesquina valla: y. . . .si alguno se oponia. . . .

—Anjel, riendo—Le matabais—és verdad? Creeis que que cruzamos la época alegórica y didáctica de Carlos de Orleans en 1391, cuando el real poeta vestia de púrpura la Aurora, el tiempo de un manto fúnebre: y la primavera de ricos bordados de oro y perlas, y esmeraldas y rubies?. . Vamos amigo mio; (este era el nombre de las grandes ocaciones)—Eso és pueril: fuera del siglo, y os espondria á mil circunstancias desagradables.Esos rasgos de Romance, son muy buenos escritos: pero puestos en práctica;—Oh! eso ya és diferente!

El rostro de Alfredo habia sufrido el pálido tinte de la ira, que en los temperamentos mistos se manifiesta como una prueba de su suceptibilidad: y el tinte rosado subitamente desarrollado, al impulso de esa falsa verguenza que interumpe por un momento la circulacion de la sangre, amparándose del primer punto que encuentra para justificar su error. Anjel lo habia estado observando con profunda atencion, mas en apariencia, indiferente.Alfredo esperó á estar tranquilo para contestar.

—Y bien; me someto á vuestros prudentes csnsejos: haced como gusteis; pero sobre todo, haced por salvar de la desgracia, esa madre y esposa: despedazad la calumnia que peza sobre su casta vida, y. . . .Dios os lo recompenzará!

Al acabar de pronunciar estas ultimas palabras, apareció un criado anunciando al Sr. Martin; Alfredo le mandó entrar, y se presentó un anciano venerable, con su sombrero en la mano izquierda, y el baston de indias en la derecha; vestido de negro, los cabellos largos y blancos caidos sobre el cuello, y fijando sus ojos vívaces é intelijentes, en el nuevo personaje que acompañaba á Alfredo.

Este le hizo señal de acercarse: el anciano se aprocsimó.

—Alfredo—Y bien Martin, habeis recibido una órden mia?

—Martin.—Si Señor, hace una hora: ved que he sido ecsacto, pues solo he empleado tres minutos de camino —decia sacando su reló, y enseñándolo á Alfredo para constantar la verdad.

Alfredo—Ya! y está en practica esa órden?

Martin—Dentro de mi cartera está la prueba—decia señalando á su faltriquera, pero sin sacar la cartera á que se referia.

—Alfredo.—Entregadme esa cantidad.

Martin sacó la cartera; de ella estrajo un papél; aquel papel era una letra de cambio de tres mil pesos, jirada contra el Banco de aquella ciudad: Alfredo la recibió, y añadió en seguida.

—Ahora podeis retiraros Martin.

El anciano hizo una inclinacion de cabeza, y dirijió involuntariamente sus ojos, ácia Anjel Picotti, que en aquel momento para disimular, sin duda, su emocion, hacia que miraba atentamente una cortina de una de las ventanas del salon, verdadera curiosidad China, de mágnifica cachemira, representando un paisaje colorido de una riqueza de tintas y fuerza de ecsactitud, que podria desafiar al paisajista Schweinfurt; y unos espléndidos candelabros de bronce muerto, ornados de relieves de una correccion de dibujo admirable, los cuales representaban las puertas del bautisterio de Florencia escuela de Mr. Barbedienne.

Ademas de aquella aparente atencion, como en todas las ocaciones especiales de su vida; Anjel jugaba con su gran cadena de oro, en la cual habia puesto sus vanidades secretas; y se notaba, que hacia una estraña sombra á su rostro, el jesto delator, que en aquel momento dibujaba el desnudo perfil de una seca é indefinible alegria, cuya traduccion, sin enmienda, era esta:—Antonio! empieza mi fortuna: tu bajaras al impulso de mi voluntad!"

El anciano solo vió el dibujo incompleto de aquel jesto, que reproducia la parte mas fecunda de su alma sino

la mas correcta—pues estaba de perfil hácia él: y el anciano resintiò una estraña impresion. Se le vió detenerse, y mirar á Alfredo, como si quisiera prevenirlo de algun peligro: pero el anciano bajó su venerable cabeza y salió muy preocupado de aquel salon.

Anjel por su parte, no vió que el anciano le inspeccionaba ; pero si vió que se habia marchado, y apesar de haberlo notado, permaneció con una aparente frialdad, esperando á que viniera á él Alfredo. En efecto; este se acercó.

Distraido!—le dijo, colocando su noble persona, al lado de la persona innoble de Anjel. Este, volvió el rostro lentamente, del cual pudo arrancar el jesto falaz, y comprimiendo una de esas sonrisas frias y fict:cias á la vez, respondió:

—Ah! perdonad: contemplaba este paisaje que de veras és encantador; y estos magnificos bronces, de la mejor escuela francesa.

—Alfredo—Sois conocedor?

—Anjel.—No: lijeras nociones sobre algunas celebridades, y las reglas del arte de la estatuaria aprendidas en mi niñez; me autorizan ilegalmente—é hizo una inclinacion de cabeza, dotada de la mas frívola vanidad—para jusgar de la indole de ese arte, y de todos los que llevan el sello de la plástica.

Alfredo, ecsaminando detenidamente el paisaje y dejando los bronces, olbidados:

—En efecto, és un trabajo de fuerza, como todos los dibujos coloridos de la Yndia donde las tintas son virjenes, y no se han prostituido á la falacia de esas composiciones hetereojeneas que les arrebatan en los *desleidos* su íntima fuerza; el *primitivo*, que és la esencia de su naturaleza.

—Anjel;—Cierto! y sinó, mirad ese traje de mujer azul zafir: aquella mariposa encarnada y amarilla que cubre con sus alas de fondo negro una hoja de flor marchita. . . .

Alfredo—Es verdad: pero dejad esa contemplacion y hablemos de nuestro asunto.

Este plural animó á Anjel á no recurrir á la mentida verguenza que evocaria la forma prescriptiva de la individualidad áislada; y respondió con desenfado.

—Empezad cuando gusteis.

Alfredo, sentándose y ofreciendo un sitio á su lado á Anjel;—Mi cajero, ó mas bien mi mejor amigo; me ha traido una pequeña suma que voi á ofreceros, para que dispongais de ella en favor de la adquisicion de las piezas justificativas del honor de Inés....y mio;—agregó lentamente como hombre que se resigna á representar un rol inesperado—desde que me decis que estoi iniciado de un modo ofensivo á la delicadeza de una esposa, en el asunto.

Y alargó la letra de cambio á Anjel, que sin inmutarse tendió su mano ácia ella, la ecsaminó y contestó:

—Tres mil pesos, es una cantidad suficiente para que un badulaque de esos que se introducen en los secretos de las familias para esplotarlos, asiente por un año siquiera, sus reales en el palacio de la holganza, y por ese tiempo no sirva de nada al prójimo, sinó á si mismo! Pero veamos de conseguir el objeto—añadió—con seriedad os daré una constancia de haber recibido esta cantidad para el uso indicado.

Alfredo—No caballero: esa cantidad entra en el número de mis gastos *eventuales* y *secretos.*

Anjel—Pero la muerte....

Alfredo— Habrá en ese caso, encerrado en su noche perpetua, la historia de este papel, y de *otros* que os daré si se necesitan.

Ofreced—añadió;—ofreced cuanto creais que pueda colmar la ambicion de un hombre que quiera posicion; pero salvad á vuestra hermana; salvadla, salvadla!

Habia en esta súplica ajitada, una especie de confecion; de revelacion involuntaria sobre una de las pájinas de la Historia de su alma. Anjel entendió el acento, y dijo para si:—"Amor profundo, de sacrificios! y bien,

ahora Alfredo, eres mio!"—y como si nada pasara por su espiritu, respondió con tono amigable:

La salvaré! Lo juro Riera; la salvaré!

Alfredo.—Cuando ós veré?

Anjel—Mañana á las diez de la noche.

Alfredo—Hasta entonces. ADios! Vos me anunciareis cuando debo *verla*.

—Anjel—Yo os guiaré en todo ,si os fiais de mi.

Alfredo por toda respuerta dió un apreton de manos á Anjel, que bajó las escaleras en seguida con la rapidez de un gamo; no sin dejar de llevar la mano al bolsillo, para cerciorarse de la ecsistencia de la cartera, donde habia depositado, el plantel de su fortuna, que acababa de recibir de las manos de Riera; y todo el camino que hizo hasta su casa, fué presa de aquella inquietud.

Ya se vé por esto, que Anjel no era de los ambiciosos cuya vanidad se difunde en el aire, con la notable ecsuberancia de las flores de Lila que prestan sus perfumes al placer de otros, sin guardar nada para si.—Anjel era de otro temple de alma. Tenia ambicion ciega de fortuna, pero queria que la fortuna fuera sólida- Si los resultados de sus planes, no convenian alguna vez con sus intenciones y sus cálculos; és necesario salvar la individualidad del propósito y hacer justicia á la plenitud de una cabeza, cuyas cifras matemáticas, se combinaban en el juego de las pasiones mas profundas y tenebrosas;—el odio y la envidia.

Anjel empezaba su carrera !

De como un hombre sabe tejer la tela del bien y del mal á la vez.

CAPITULO XXIII.

Anjel entró á su habitacion á meditar; se sentó en un sillon, tomo una pipa de ambar cual si fuera un sultan ó un conquistador; que és sinónimo sinó en grandeza moral, en grandeza fisica; colocó la cartera en su bufete; estendió una hoja de papel blanco; tomó un lapiz, y se puso á trazar palabras incoherentes al parecer. Como media hora de trabajo de este jénero habria pasado cuando fatigado de él, el conquistador, ó el sultan, dejó escapar el lápiz de la mano y esclamó.

—Eh! trabajo inutil, cuando yo tengo el plan en mi cabeza!—y sinó; manos á la obra, voy á esperimentar mi memoria dijo, sentándose con doble comodidad en el sillon, y echando una nube de humo perfumado, de la pipa que descansaba hacia un rato inmóvil, entre sus anchos lavios.

—"Que és necesario perder á Antonio, eso está escrito, como está escrito que és necesario salvar á Inés, para empezar mi carrera, mi fortuna! Este és un dilema que ya está completamente resuelto. Los medios de conseguir lo primero; son estos. Los borradores de las dos cartas que se supusieron de Inés á Riera, yo se los hice hacer á Antonio, con doblada intencion, dictándoselos yo, y quedándome con ellos, bajo pretesto de que podrian ser descubiertos en su poder, y siendo de abso.uta necesidad que esos borradores ecsistieran sin embargo, por cualquiera eventualidad. Y lo creerá un intrigante?

obtuve su firma en ellos, como por acaso! Por consiguiente, esos borradores en mi poder, esa firma, son pruebas incontestables contra él, que yo ecsibiré en oportunidad: mientras que él contra mi, no tiene sinó palabras: y si hay hechos,—añadió bajando la voz, como si alguno pudiera oirlo—faltan las piezas justificativas: faltan los testigos! Y bien: desde ahora, formulo mi programa visible, por si llega el caso.—Se me acusa: és decir, me acusa Antonio: mi respuesta será siempre esta: —mi fé ha sido siempre salvar á Inés; como lo és en este momento: éh ahí mis hechos"—y manifiesto entonces, mi revelacion á Alfredo, mis sacrificios etc. etc....—Como Alfredo és un muchacho—añadia con ironia—que pertenece á la Era de *Alain Chartier*, el romántico cantor de los paisajes campestres, y de los caballeros de alto linaje, perdidos en el Idilio de un amor nacido al dar vuelta un camino: al cruzar una floresta; es claro que guardará el secreto de sus desembolzos, y como galante, sabrá concretarse al sacrificio seco, sin relatorio, sin recompensa.

—Estoy ó no estoy seguro?—Se preguntaba con toda la buena fé de un críminal que quiere saber si és fuerte en la cuerda en que la provídencia templó su alma—Sí! proseguia—estoy seguro!—En cuanto á las dos cartas de Riera á Inés, ecsisten orijinales en poder de Lemaitre, pues asi convenia á nuestros proyectos—és decir al proyecto de Antonio, porque yo no figuro en él. Y bien: allí és donde deben de estar, para comparar la ecsactitud del dato que yo ofrezca. Tal és la base de mí plan: y en él vá el cuerpo de la delacion;—ahora, las formas de que irá vestido ese cuerpo, al que és necesario prestarle la gravedad, la sencilléz y la fuerza reunidas que embellecen el sacerdocio del bien, que vá á romper el dique de la verdad escondida hasta entónces y que ha servido de escudo á la maldad, á la calumnia; no deben de ser sino ropajes preciosos. Tales son los del cuerpo de mi obra, que como los del Tartufo garanten al individuo que los lleva! Pero es necesario empezar por ahí!—decia sonrien-

do y dejando ver, la inmensa dimension de aquella boca.

"Mañana ó pasado hablo á Inés—proseguia—á Inés que demasiado buena como yo no alcanzaré á serlo jamas, ni soñando, me escuchará al fin! y escuchándome, tengo la confianza de ser perdonado. Toco la cuerda romanesca, de que Alfredo intenta salvarla de su triste situacion, para que no dude de la verdad puesta en mis lavios; pues que al fin Inés me conoce—decia gravemente—sabe cuales son mis defectos cardinales: y si por ahora la faltan datos bastante autorizados para decir—"mis hermanos me han perdido:" ella tiene bastante intelijencia para penetrar no solo los nombres de los autores; sinó el porqué: y si nó: véase como solo se ha fijado en Antonio y en mi, y ha supuesto la razon!—decia como meditando muy seriamente.

"En fin, prosiguió: el enemigo no és vulgar aunque su posicion és débil; pero estratejia y saldremos del paso! Con sagacidad profunda, dejo delineado sin marcarlo definitamente, el tipo, que como figura principal del cuadro aparecerá á su tiempo en el asunto. La sagacidad señalará en aquel tipo la semejanza de mi *yó*: un hermano calumniado por otro: un odio injusto de la hermana ofendida: y una abnegacion por salvarla apesar de todo.

"Con estos rasgos, haré que ella encuentre la semejanza en su idea, sinó en el hecho: mas, á cada hora una prueva, y mil, la irán abriendo los ojos en favor del retrato que és el mio, hasta que vea clara y distintamente no la *verdad;* sinó *mi verdad*, como se vé á favor del Sol, cada objeto de la vida. Entonces; esa voluntad será mia! Yo dispondré de ella absolutamente; decia con la técnica seguridad de Demóstenes cuando creyó haber encontrado á Dios, detrás del círculo. Pero distingamos; esa voluntad no estará á mi disposicion, del modo que Antonio lo solicitaba para él; el cual pobre insensato! se esforzó en tener el poder del hecho sobre la voluntad: yo haré al contrario; conquistaré la voluntad por los hechos. "Cada maestro tiene su método:" yo tengo el mio, decia son-

riendo, como el muchacho tenás que habiendo dado con el motivo del tropiezo que mortificaba uno de sus deseos, muestra en la jesticulacion, especialmente, todo el contento que esperímenta por la adquisicion: y proseguia:

—Pero veamos el resto del plan, para que yo mismo esté seguro de mi memoria.

—Para perder á Antonio de veras, és necesario ayudar la natural prostitucion de su alma: con este objeto le propondré, ahora que está ausente Lemaitre, negocios aventurados, en los cuales perderá siempre, y ganaré por él: porque este pequeño capital, ademas de aumentarse en base: se aumentará por especulaciones. Es necesario hacerle dejar esa capa de amor propio, á favor de la cual se ha dedicado á trabajar con empeño: que vuelva á ser lo que era: malgastador de lo ajeno sin miedo del capítulo creado por la ley Civil para castigar el crímen: volverle en fin á la cloaca de donde salió á favor de Inés: á favor de Inés—repetia con una impresion de estraños recuerdos—á la cual, por esa sola y única razon, la pronostiqué su fatal suerte! de Inés, que no ha sembrado mas que el bien, y de esa santa semilla, solo han brotado, y recojido ingratos!

Pareció por un momento, como que destellaba del centro de sus pupilas, la luz sagrada del arrepentimiento: mas, como el metéoro brilló y se apagó subitamente. Asi, continuó:

—Una carta ó dos anónimas á Lemaitre, con una relacion circunstanciada de los gastos *inconvenientes* de Antonio, sinó le arrebatan de golpe la confianza y la amistad, ficticia por otra parte de Lemaitre; se obtiene la ventaja de la suspension de esa confianza, y por tanto, de su proteccion: por consiguiente, el *enano-coloso* caé como una hoja seca, al impulso de una ráfaga de viento.

—Si se me objeciona, que esas cartas anónimas, pueden hacer nacer en el espíritu de Lemaitre, la sospecha de un engaño contra él: yo responderé, que los anónimos obran el efecto calculado, cuando el calculador és matemático de intuicion. Creo mas en la luz injénita, que en

la luz de la ciencia: y. . . .añadió jugando maquinalmente con la larga cadena de su reló, y haciendo el jesto de las grandes ocaciones:

—O yó dejo de ser Anjel Picotti, ó Inés se salva, y Antonio se pierde para siempre!

La superficie del carácter de aquel hombre, participaba de ese algo de la vanidad que hace avergonzar al hombre de verdadero juicio: pero en el fondo, ecsistia la cuerda inflecsible del *propósito*, que és la que hace los *entêtes* como dicen muy bien los franceses; por consiguiente, al instante de caér en la tentacion de la puerilidad, aquella cuerda que vivraba al impulso de sensaciones sombrias, se dejaba sentir en toda su potestad, avasallando aquel perfil, que la mano inhábil de los sucesos de la vida habia trazado sobre la figura grave de su carácter de fondo: y lo demostró con las siguientes palabras:

—Vamos, Señor Anjel—se decia, siguiendo su costumbre habitual—no nos entusiasmemos con los efectos, antes de poner en juego los resortes de la práctica; sigamos el plan. Coloquemos las cosas en sus puestos y los personajes todos, en accion.

—Alfredo de Riera, entrará como salvador y saldrá como víctima: Inés quedará al lado de su hija y de su marido, pero debido á mis esfuerzos: és decir: que llegaré á ser, el ánjel de paz de esos tres seres. Bien! mas por ahora, Alfredo és el eje; és la base, és el resumen, y será el resultado de mi plan. Sin ese eje el plan rueda como una bola de tierra y se para á la casualidad, no, donde yó le designara; sinó donde su gravitacion le señalara: sin esa base, yo no tendria argumentos para conciliar el asunto conyugal, aunque sea indirectamente por ahora; y la amistad entre la hermana y el hermano, llegaria á ser solamente una quimera: sin ese résumen yo no podria disponer de un arbitrio material, para confeccionar y poner en práctica mi plan de fortuna: la pérdida de Antonio y la salvacion de Inés!. . . .

Bravo!—dijo levantándose, y paseando á largos pasos

la habitacion—no eres tan necio Anjel, como tu mismo lo habias creido! Bien decia Napoleon el grande; todo hombre tiene un talento guardado en el secreto de su vocacion. Eh ahi el mio, desarrollado subitámente. . . .Mas, prosigamos: tratemos de precisar todos los accesorios del drama.

—La visita de Alfredo á Inés, no debe de tener un carácter secreto, sinó misterioso; debo al contrario para salvar toda interpretacion, de dirijirme primero que á nadie, á mi madre: despues de haber conquistado su *voluntad*, ó su *razon*, que tanto vale á mi negocio, hablar á Inés: mi empeño debe de ser, tratar de quebrar, cerca de ella, la óptica del odio contra mi: salvado ese punto, el *centro* del asunto és mio! Pero és necesario no olbidar que Alfredo la ama: que ella odia en la vida y ahora ecsiste alimentada de ese espíritu infernal: que está sola con ese demonio de la felicidad: y que és claro, que dos situaciones opuestas, estan en aptitud de reunirse con marcada facilidad: por consiguiente; dejemos solo el tiempo necesario para que el *salvador*—decia sonriendo malditamente—ecsiba el programa del proyecto á la *víctima:* démosle el espacio de colorir el cuadro con algunas tintas saltantes del fondo del corazon, que quieren decir *sacrificio*. Por el sacrificio, que és la ponderacion del amor estremado; se alzan cultos, que solo caén envueltos en las cenizas de la muerte! Asi hará ese pobre Alfredo! Su fortuna se ira disminuyendo bajo el álito atrayente de mis ambiciones, que la frialdad de la prudencia encubren, y por ese amor se verá mas tarde ese hombre bello, por que lo és aunque me cueste confesarlo, decia con una gravedad profunda, perdido en la miseria y en el olbido!. . . .

—Y yó. . . .añadia con singular alegria—yó, levantarme del polvo, como la crisálida, que acaba de dejar su cubierta miserable; y orgullosa, se eleva á los aires con sus alas de púrpura y oro; su nítida cabeza y los azulejos que salpican su liviano cuerpo! y contemplándole, al través de mi entidad, viendo arrugada su tersa frente; marchitas las delicadas mejillas, humillado el soberbio

podereso, que á una impulsion de su mano, veia inclinarse con respeto tantas cabezas que adulaban y envidiaban como yó, su superioridad; contemplándole, refleccionar desde una altura, en la pequeñez de las cosas de esta vida!

—Oh Alfredo, Alfredo! decia—yo te tomé solo como un medio para elevarme, al haber perdido á Inés con ese objeto, y solo como arbitrio, te entregué en las manos de ese estúpido Antonio, que cometió tanto absurdo, y que entre los absurdos casualmente, si; casualmente, se levantó la fortuna para él: de esa casualidad, surjió la decepcion que me lanzó su egoismo dejándome como estaba, pobre, solo, criminal, y odiado! Era necesario pues, levantarse; tomar un camino, y aliarse al enemigo para perder al amigo.

Te encontré Alfredo! Tu fuistes mi prisma!—decia sentándose, y encendiendo la pipa que habia dejado apagar. Ahora, ya és otra cosa! ahora eres mi brazo derecho; mi inspiracion; pues por tus acentos graduó mis esfuerzos; modifico y alumbro mis ideas: eres mi culto, porque tu eres el arca donde Dios, ó mi providencia especial cuyo nombre ignoro; ha depositado el tesoro que debe de servir á mi fortuna. Quien se atreverá á tocarte ahora que eres el cuerpo de mi alma: el alma de mi cuerpo? Solo yo, tengo derecho á tí, Alfredo! He comprado tus secretos, con mi astucia: con tu propio oro! Tu inesperiencia, és mi garantia; tu pasion, la estrella que me guia en el desórden, que á veces se introduce en el horizonte de mis fijas ideas.......

" En cuanto á Lemaitre; decia pensativo és un mal hombre, y mas que malo vanidoso. La vanidad que quiere imperar, á mas de la mitad de la vida, donde empieza el estremo de la desilucion; no tiene pues, el carácter de la vanidad juvenil, que canta y rie y se enloquece de si propia. En esa edad, toma la espresion de una ecsajerada gravedad; busca en su centro, las razones de cautivar la atencion jeneral, que solo ecsije las formas esteriores; y fatigada de no encontrar el efecto vivo, donde le quiere

consignar; se doblan la arrugas de su frente, y siente su nulidad, negándola á todos, y entre esos todos, á su propia individualidad. De ahi el mal-estar constante de esa alma, y la dureza de sus acciones con los otros; porque, en su ceguedad creé, que tanto vale ser obedecido por mandato absoluto, como por cariño. Ese és el defecto capital de ese hombre; pero el cual defecto, se puede manejar; és decír: vencerle con la estratejia que designa la capacidad del defecto.

"En cuanto á Inés; repito, que dispondré de ella en este asunto" y tocando su frente como para evocar la memoria, añadió—no sé si algo he olbidado todavia! pero si algo ha quedado en blanco, en la ecsibicion de este plan verbal; protesto al señor Anjel Picotti, que ese blanco se llenará! Están aqui los recursos—dijo señalando á su cabeza, y sonriendo satanicámente. En seguida, tomó su cartera, de la cual sacó y ecsaminó la letra de cambio que Alfredo le habia entregado.

—"Está en forma añadió doblándola y encerrándola en la misma cartera; la que guardó en un cofrecito pequeño, cuya llave de oro, pequeña tambien y cincelada con maestria, como todas las obras de Lemonnier y de Bapst; pendia de la larga cadena que adornaba con tan inesplicable petulancia, su reló. Despues: pasó á la habitacion de su madre, diciendo para sí, al entrar—"Prudencia y tino! éh, ahi el resorte de vida!" Anjel entró, y ya estaba su madre allí.

Anjel—Y como vá Inés, madre?

Doña Maria—Un poco menos febril: pero sufre mucho.

Anjel, con melancolia—Pobre!

Dòña Maria—Ah! si: pobre! todo lo ha perdido hasta su hija!

Anjel—Pues es necesario reparar esa falta. Antonio, ha sido demasiado fuerte: ha sido bárbaro sin tener ni el derecho de haber dado una opinion sobre eso!

Doña Maria miró asombrada á su hijo: pareció como que queria corroborar una idea: y respondió:

—Es verdad hijo mio: és verdad! Antonio no ha debido de mesclarse en nada: eso es atropellar el fuero de la familia, y nosotros salimos honrados de nuestro pais y así debemos de acabar nuestros dias. Ademas; yo quiero admitir por un instante, que Inés fuera culpable—lo que jamas creeré—pero de cierto, repito, que no era á sus hermanos de sangre, á los que Dios, ni la sociedad, les daba el derecho de estampar el zello de la deshonra en su apellido, que és el de ellos! Y el marido Díos mio! el marido ha sido un hombre cruel, é injusto: no ha juzgado: ha prejuzgado: y és claro que ha errado, decia bajando la voz. Esta és una confianza que te hago á tí solo ; porque no conviene que Inés valore á su marido, pues desgraciadamente para ella, y para él, le hallará muy bajo, para lo que ella vale.

Anjel—Y vos creis madre, que una mujer intelijente como Inés, necesita de esa revelacion, para valorar la entidad del hombre que la dieron por esposo? Habeis olbidado aquel grito desgarrador, cuando mi padre la anunció, que lo salvaria de la deshonra casándose con Lemaitre? No visteis, ó mas bien, no vimos todos, su repulsion á aquel hombre, hasta el último momento, en que, obediente y resignada, marchó lenta, pálida, trémula y llorosa al altar, sin poder ella misma ocultarlo ? Despues de casada: se la ha visto una de las sonrisas de alegria que adornan los labios de las que se han desposado bajo el álito del amor ? Jamas !

Y luego, madre; la deformidad de ese enlace, debia al porvenir grandes y dolorosas consecuencias. Unir quince años con cincuenta y seis, és lo mismo que unir el agua con el sol: la tierra con el Cielo!

Doña Maria, á cada instante mas asombrada:

—Es verdad ! és verdad! Pero que ella no lo oiga: que el mundo no lo comprenda !

Anjel—Que ella no lo oiga! que el mundo no lo comprenda! y que necesidad tiene ella de oirnos, y el mundo de comprenderlo! *Ella*, tiene en el alma vozes que la repíten las verdades que sus ojos estan viendo. El mundo!

Le creis completamente negativo sobre la verdad, eternamente, madre? No: por desgracia hasta en eso os han engañado! Yo que practico menos las teorias relijiosas que vos, os diré que el mundo no és tan malo como os le han pintado; mas malo és cada individuo de él, aisladamente para sus semejantes, que el mundo entero para cada ser. Despues; acordaos que hubo un hombre, que al ir á efectuarse esa boda, dijo delante de una inmensa cantidad de personas—"Inés va á ser sacrificada á la ambicion de su familia; familia que la hace tomar por una fortuna una cruz: y bien: Inés será desgraciada! Sus hijos lo serán: y ese hombre que vá á ser su marido, llegará á sentir el pezo desolador de esa verdad, cuando le sea imposible romper la cadena que su torpeza ha formado: cadena que se ha tejido con las flores agostadas de mi amor; y por eso; cada eslabon encerrará una espina! cadena que se trocará en grillos sangrientos que marcarán cada pisada de ese malvado, con gotas de la sangre de mi corazon!"...... Esas palabras, madre, las pronunció *Claudio Prado;* el amante de Inés: el hombre á quien ella amaba ciegamente; el mismo que murió de pasion por ella!

Doña Maria, santiguándose—Dios lo haya perdonado; y Dios me perdone, si en el secreto de mi conciencia, creo hoy, que habria sido Inés mas feliz con él, que con Lemaitre!

Anjel—Ya lo creo madre: y ved como se ha cumplido la prediccion suya! Oh! dicen bien, que los *buenos*, que son los que saben amar profundamente, cuando abren sus lavios al porvenir, dicen verdades escritas por la mano de la Providencia!

Doña Maria—Si se pudiera remediar el mal!

Anjel—Cual? el del casamiento; eso solo lo divide el espacio trazado por el destino; una tumba: mas el mal de una separacion temporal, eso ya és diferente.

Doña Maria—Y como hijo mio: como?

Anjel, con una fria aparencia—Deshaciendo la obra de Antonio sin que lo sospeche, ni mi padre, ni Antonio, y

tratando de que el odio injusto de Inés contra mi, pues és injusto, vaya degradando su fuerza delante del trabajo ventajoso para ella; del sacrificio del tiempo, y de la abnegacion de mi vida entera!

Doña Maria, irradiada de alegria—Y querrias empezar desde hoy tu trabajo hijo mio; tu trabajo de hermano; tu trabajo de santa virtud?......

Anjel sintió que sus mejillas tomaban el color de la incógnita verguenza, á aquellas palabras de su madre.

Doña Maria—Habla hijo; lo quieres?

Anjel—Si madre, si: mas veamos como se empezará.

Doña Maria—Habla, en nombre de Dios y de tu alma!

Anjel—Se trata por ahora, de una entrevista necesaria para combinar un plan salvador; y esa entrevista, debe de ser de Alfredo de Riera, con Inés.

Doña Maria, asombrada—Alfredo de Riera en nuestra casa! El motivo de la desgracia de mi hija; el motivo de todos los males que han empezado á quebrar la paz, la felicidad de esta casa! estas en ti Anjel? que és lo que pretendes?

Anjel, friamente—Pretendo salvar á Inés; y para ello he buscado los medios. Habiéndoles encontrado les pongo en práctica, ya se llame Juan, ó Alfredo el designado por la oportunidad, para realizarlo. Pero algo mas: vos creis de buena fé, que Alfredo de Riera és la causa de la separacion de Inés, del lado de su marido y de su hija?

Doña Maria—Si; y quien mas sinó él?

Anjel—Pues estais torpemente engañada! Aqui: solos los dos; la decia levantándose y acercándose á su madre confidencialmente—yo os voy á hacer una revelacion, que me jurareis no comunicarla jamas, á nadie en este mundo!

Doña Maria, ajitada—Lo juro por el santo nombre de Dios!

Anjel—Bien: Alfredo es inocente!

Doña Maria—Inocente! pués no és el preferido en el cariño de Inés?

Anjel—No: Inés no le conocia. La primera vez que le vió fué la noche del baile de Marquez; noche en que Antonio fraguó su plan; plan que habia vejetado hasta entonces en su cabeza sin poder arraigarse, y que esa noche, la casualidad le favoreció, presentándole un medio, la cercania de Alfredo á Inés, que sin duda, solo era una galanteria; y ella fué bastante, para darle ocasion de poner en práctica su proyecto. Entonces, para que su pensamiento se basara; enlazó el nombre de ese pobre inocente, que como Inés debia de sufrir sin razon, y el de *Magdalena Artey*, como cómplice. Bien fácil era, hacer aquel plan accesible á la credulidad de un marido sin espíritu y sin grandeza, y de la credulidad del mundo, que se deja gobernar, por el brazo *del que dá primero.*

Doña Maria—Será posible hijo? preguntó subyugada por la sorpresa que la causaba aquella revelacion ; y en seguida dime: esa otra acusada, quién és?

Anjel—Todo lo que os digo, madre, se puede escribir sobre las tablas del Evanjelio! (lo que callaba era lo que no se debia ni podia escribir en esas tablas sagradas de la verdad) el nombre de esa acusada és *Magdalena Artey.*

Doña Maria—Magdalena Artey no és su cómplice?

Anjel—Cómplice de *qué* y de *quien*, señora? No os repito que Inés és inocente; que Alfredo lo és, que Magdalena lo és, pues no ecsiste el delito ?

Doña Maria, ajitada como si temiera verse acusada por su propio hijo—Luego quienes son los culpables ?

Anjel, acercándose á su madre con aire grave:

—Escúchadme madre! Quereis saber los nombres de los culpables? pues bien, empezad por Antonio, y acabad por el último de nosotros; pués que todos, hemos dado oidos á las torpes sinrazones del primero.

Doña Maria hace un jesto de duda, Anjel prosigue:

—Nosotros, si; nosotros hemos representado los roles mas bajos, mas incalificables, que una familia, podia aceptar gratuitamente para su deshonra; para la denunciacion de un carácter de maldad, dificil de pintar ecsactamente

por inspiracion, al vivo. Las victimas han sido Inés, Alfredo y Magdalena; pero lo que sorprende és que entre Inés en ese nùmero, siendo nuestra propia sangre!—decia con una apariencia de relijion profunda—y nosotros, madre, hemos levantado la mano de la deshonra sobre ella: hemos manchado injustamente la corona de fidelidad que ceñia su frente y respetaba su marido y. . . .oidme madre ! si no reparamos esta falta, Dios castigará esta casa, con su eterna maldicion, como castigó al pueblo Hebreo en la hora de su mas grande elevacion!. . . .

Doña María se santiguó en silencio; Anjel prosiguió:

—Bien veis madre, que yo no tengo que esperar la menor retribucion de esta obra, sinó aquietar mi conciencia. Inés dirá, si yo no fui el que le pronostiqué, cuando ella colmó de bondades á Antonio,, que él vendria á ser un *Cain* para ella ! ”

Doña Maria—Válgame Dios ! será cierta esa horrible revelacion?....Pero por que no ha de serlo? —añadia pensativa—que interés tienes tu, en desfigurar los sucesos, y hacer culpable á un hermano por salvar al otro ? Ademas: yo recuerdo que tu tambien, caistes en la tentacion de creer algo.

Anjel—Si: lo confieso y me arrepiento como lo veis. Pero aquel Antonio era un ecselente obrero, y queria conquistar adeptos! Sin embargo; ya lo estais viendo; un momento de error ha sido reparado con la santa voluntad de indemnizarla á costa de sacrificios!

Doña Maria—Oh! debe de ser verdad que Inés és inocente, cuando tu lo dices;—afirmaba la señora con una candidez maternal; y como si dentro de su espíritu se hubiera levantado la voz de Dios, esclamó subitamente cayendo de rodillas:

—Dios mio! Inés és inocente ! Inés está sufriendo los martirios de una falsa acusacion; asi sufrió Jesus de sus perseguidores y muy pocos lo comprendieron! Hija mia! añadia llorando y juntando sus manos sobre el corazon; Hija mia ! eres inocente ! Una de esas revelaciones intimas, me lo repite, y eleva en este instante mi alma has-

ta la rejion de la verdad; yo la veo pura, ilesa del error de que la acusan.

Y con una entrañable fé prosiguió:

—Del mismo modo que has iluminado mi espíritu, y el de Anjel; dígnate iluminar el de Lemaitre, el de Antonio y el de su padre! vuelva la luz y la felicidad á esta casa! vuelva Inés á su paz; á su alegria!

Anjel mirando de través á su madre de rodillas—Y bien madre: consentis ahora en que venga Alfredo?

Doña Maria se levantó enjugó sus lágrimas, y como si temiera que con su absoluto beneplácito, pudiera cometer un error: como todo ser debil, sintió apagarse la iluminacion de su alma, y levantarse trémula, la figura pálida fria de la duda: y dijo con tono incierto:

—Si és absolutamente necesario!.... Pero hay que consultar á tu padre; á Antonio....

Anjel—Ni uno ni otro lo sabrá! Rechazo vuestra idea de consultar, como á mi padre, á Antonio.

Doña Maria, ajitada—Entonces manos á la obra. Dios no me tomará en cuenta el error, si le cometo, pues me induce á ello, una santa intencion; la salvacion de mi hija! y cuando empiezas Anjel?

Anjel—Pasado mañana, á las 10 de la noche.

Doña Maria—Donde?

Anjel—En esta casa: en mi habitacion.

Doña Maria—Y los criados?

Anjel—Entrará como un amigo: ademas, aqui nadie le conoce sinó Antonio: pero por todo evento traerá un sombrero de alas amplias, que cubrirá su rostro.

Doña Maria—Y yó....

Anjel, interrumpiéndola—Entrareis cuando yo os llame, y os resignareis ; pués se hace el trabajo de la salvacion de vuestra hija!

Doña Maria—Pero tu estaras con ellos, entretanto?

Anjel—Es claro ! mas juradme un profundo secreto de todo y por todo!

Doña Maria—Lo juro! Dios te proteja!

Anjel—Silencio; firmeza de espíritu, docilidad á mis planes y todo marchará bien!

Doña Maria—Lo he jurado!

Madre é hijo se separaron: Anjel, para salir á la calle, Doña Maria para ir á hablar á Inés, que despierta yá, había pronunciado el nombre de su hija involuntariamente.

La madre se acercó á su lecho, y tocó con sus manos, trémulas todavia de las sensaciones sufridas, la acalenturada frente de la enferma.

—Madre! dijo esta, sintiendo sin duda por la emocion del tacto, la aprocsimacion de su madre. Doña Maria habló sin perder tiempo.

—Hija mia! tengo una gran noticia que darte!

Inés—Gran noticia! Esas palabras tienen dos faces; una buena y otra mala: para mi, solo debe de tener la última! Os refereis á la partida de mi hija?....

Doña Maria—Esa no seria una noticia *por dar* Inés: pues desgraciadamente és un hecho.

Inés—Pues entonces; á mi no se me puede hablar de felicidades.

Doña Maria—Confianza en Dios hija mia! confianza en Dios!

Inés—Ah! si: la tengo, y creo por esto, que serán castigados mis enemigos!

Doña Maria—Eh ahi lo que yo vengo á decirte: no precisamente á anunciarte ese castigo, pues solo pertenece á Dios, hija mia: sinó á anunciarte, que en la misma hora de la ausencia de tu marido y de tu hija, se levantan en tu favor, dos personas para salvarte.

Inés se incorporó subitamente en el lecho, y con una voz tomada de la mas viva ansiedad, preguntó—Y quienes son esos buenos?

Doña Maria—Alfredo de Riera y Anjel Picotti!

Inés dejó caer la cabeza sobre la almohada, como si la antítesis que ecsistiá entre el bien y Anjel, hubiera anonadado todas sus esperanzas, al ir á abrir sus labios para bendecirlas. Doña Maria prosiguió—

—Anjel quiere, y necesita hablarte hija: en las gran-

des circunstancias de la vida, és necesario doblar el alma, y someterla á ciertas ecsijencias. Despues, Inés—decia tomándola las manos—yo tengo la confianza, de que Anjel, te vá á mostrar la verdad clara y perfecta, como la lúz que brilla en el Cielo en un dia templado y sereno!

Inés murmuró como si soñará—El !

Doña Maria—El: si: él! Acepta su visita: tu madre te asegura que no te pesará: A veces los culpables, no son los acusados hija mia!. . . .

Inés, como iluminada—Oh, si! és verdad: los culpables son los *acusadores* casi siempre: en ese número entra *él;* ese Anjel que hoy solicita verme tal vez para pagarme con una irónica sonrisa, todas las bondades de mi vida entera !

Doña Maria—Estas injustamente prevenida contra él: piensa sobre todo que és tu hermano!

Inés—Es mi enemigo y ha contribuido á mi desgracia!

Doña Maria—No! nó! te han engañado! óyelo: te lo ruego: óyelo, tu madre que tanto sufre, lo ecsije de tu cariño hija mia!. . . .

Inés la contempló un momento, y con un tono digno de la gran sacerdotiza Druida, respondió:

—Está bien señora y madre! Mas de una vez, sereis vos, la que decida de mi vida social, y quiera Dios, que no os engañeis nuevamente como os ha sucedido antes de ahora !

Doña Maria—No hija; nó ! una voz interior me dice que no me engaño. Es la primera vez que te hablo asi; con esta confianza íntima y poderosa: sigue mi consejo; Dios te protejerá !

Inés se contentó con hacer un signo de gracias con la cabeza y callaron las dos.

Anjel por su parte, habia ido á recorrer la ciudad, para tomar sin duda en el aire, inspiracion para sus planes, que nada tenian sin embargo de metafóricos; sinó al contrario del plástico perfecto de los gustos de Vespasiano, que

estimaba en menos las estatuas que se le erijian á su gloria, que el valor intrínseco de ellas.

Un algo de preocupado, se advertía, á golpe de ojo, en el lento paso de aquel hombre; y por poco conocedor que fuera el que le viera; se le habria ocurrido al momento, pensar que meditaba algun proyecto.

En fin: volvió á su casa á las ocho y media de la noche, y encontró en su habitacion, sola á su madre. Esta le refirió todo lo que Inés le habia dicho. Sin duda él contaba con *algo mas*, y *mucho menos*, favorable á su persona; por que recibió la participacion del resultado, con visible alegria, y dijo á su madre :

—Mañana hablaré á Inés: pasado mañana vendrá Alfredo.

Doña Maria se santiguó como si oyera el nombre de Satanás; Anjel la vió y con marcado disgusto la dijo:

—Madre; ya és tiempo de abandonar esas formas tan impertinentes y tan estrañas al siglo en que vivimos. Alfredo és inocente; Alfredo ademas és bueno; caballero como hay pocos y. . . .

Doña Maria—Basta: basta hijo! salva á tu hermana; salva á mi hija!

Anjel se retiró satisfecho de sí propio á su habitacion, y dijo sencillamente para sí :

—Eh ahí un dia bien empleado! Tal vez pocos hombres especuladores, de los que cifran la fortuna en las grandes eventualidades; hayan acertado alguna vez de su vida, á ganar tres mil pesos en una ó dos horas; y á la vez, hayan como Cristobal Colon descubierto el nuevo mundo prometido á sus mas felices y elevadas esperanzas del porvenir !

Bajo el calor de esta refleccion en la cuál parecia que el ánjel del mal tendia sus álas deslumbradoras sobre su frente, acariciándola con promesas de un jénero irresistible; Anjel, el especulador de la buena fé humana, el apóstol del disimulo y de la mentira, se quedó dormido. Sin duda soñó, con mil imájenes diversas como, los Epi-

sodios de la opulencia fabulosa de Monte-Cristo, ó acaso con el poder deslumbrador de los Césares.

Al siguiente dia, despues de haber confeccionado nuevamente el molde de sus planes; se dirijió á la habitacion de Inés haciéndose anunciar por medio de su madre con estas simples palabras :

—Hija: Anjel viene á verte.

Inés, hizo una señal imponente y afirmativa, y la madre hizo entrar á Anjel.

Nadie habria podido trascender en el espacio de aquella cara, de aquel paso tanquilo, de aquel ademan frio, ni el siniestro proyecto que avasallaba, bajo aquella cortesa una alma alimentada con el jérmen destructor, y constructor del mal; ni menos haber sorprendido una lijera impresion al ir á hablar con una persona que le habia arrojado de su casa.

Anjel permaneció impenetrable todo el tiempo de su visita.

Inés estaba trémula: sus lavios se habian enfriado, y palidecido netamente, á punto de creér, que el contacto de la nieve, hubiera tocado sus bordes.

Doña Maria tomó la palabra.

—Hija mia! Anjel tiene que hablarte sobre cosas de grande importancia para tí: escúchale, yo me retiro.

Inés tendió una de esas miradas avaras ácia la puerta, como si quisiera con ella impedir la salida de su madre, y pedirla acaso, una proteccion que ella misma ignoraba qne la pedia. Pero súbitamente se reconcentró, volvió los ojos á Anjel que estaba de pié, como un recien-venido, esperando la señal de fijar su postura honrosamente; y con voz alterada, dijo á la madre y al hermano.

—Haced como gusteis madre; y vos, sentaos.

La madre se alejó, y Anjel obedeció en silencio.

Por un espacio como de tres segundos, reinó aquel grave silencio; al cabo del cual Anjel creyó que debia de romper su estrecho y sombrio broche, diciendo :

—Creo que te habrá impuesto mi madre, Inés, del *deseo* y la necesidad que tenia de hablarte

Inés sintió enrojecérsele las mejillas al oir aquellas palabras—*deseo de hablarte;* pero fiel á la promesa hecha á su madre; se reconcentró nuevamente, y con un tono digno respondió :

—Mi madre me habia hablado sobre esto con empeño; y á ella, yo no puedo negarla nada! he consentido pues, en esta entrevista.

Anjel pareció no haber oido aquella injuria directa, y solo trató de ir al fondo del asunto.

—En circnnstancias escepcionales, el que intenta un proyecto, toma sus medidas, sin fijarse de donde le vienen los medios. Yo creo y he observado, que á estas resoluciones estremas, se deben las mas grandes realizaciones indivíduales, como jenerales, que en el siglo actual, sobre todo, se ven palpitar como testimonios del progreso del espíritu humano.

Inés desvió sus ojos de aquel ser, que segun ella no era otra cosa, que un autómata: ó un mal arbitrio que se movía contra la superioridad de las cosas establecidas, pero siempre por la impulsion ajena. Mas, desgraciadamente Inés se equivocaba sobre esto tan tacitamente, que si Anjel hubiera podido sorprender aquel secreto pensamiento; se habria sonreido de compacion.

Anjel prosiguió en sus reflecciones.

—No son pues, los seres mas felizes, aquellos que tienen mejor corazon......

Inés iba á interrumpirle; iba á decirle " malvado! eso lo sabes practicamente " pero volvió á acordarse de la promesa á su madre, y quedó muda.

Anjel prosiguió, habiendo observado el esfuerzo por contener la ira, de su hermana, como si nada hubiera notado.

—....Y esos buenos, tienen que pasar por un catálogo de *suposiciones* rastreras; de íntrigas obscuras, en las que van envueltos no solo los nombres superiores de los personajes del cuadro; sinó *tantos otros*, que mescla á placer la ambicion ó la envidia....dijo mirando á Inés al través de sus pestañas, y viéndola ponerse encendida

nuevamente: mas como si fuera un estúpido, qué nada observaba, añadió.

—Pero és necesario convencerse! Dios és un encargado portentoso y seguro, de toda justicia sobre la tierra; y mas que de ningunas otras, de las de esa clase. Por consiguiente, no hay sinó apoyar bien el propósito de la fé ; y caminar por la senda, que la eterna s biduria marca, como la senda iniciada para el tránsito de las aclaraciones de los delitos humanos!

Inés, pareció, no sorprendida; no cansada de aquel ecsordio; sinó impaciente.

Anjel lo estaba resintiendo á cada pulsacion de su corazon; pero no le convenia manifestarlo; y con profunda sangre fria prosiguió.

—Y bien Inés: yo he tenido necesidad, y deseo de hablarte; porque se trata. . . .és decir:—*tratan* de *modificar* tu posicion, cerca de tu marido y de tu hija. . . .y. . . .

Inés alzó la cabeza; le contempló un breve instante, y se sonrió amargamente.

Anjel prosiguió :

—No creo que he debido de pasar en silencio esta oportunidad favorable á tu porvenir, Inés; y si permites, te esplicaré la manera con que tratan de efectuarlo.

—Inés. En primer lugar—Quienes son las personas—pués parece ser mas de una, segun vos—iniciadas para tal objeto. En segundo lugar:—que intentan, clara y netamente.

—Anjel—Una de las personas és, Alfredo de Riera—dijo aparentando una injenuidad admirable.

—Inés—Cosa rara! Un hombre desconocido para mi: acusado por mis detractores, delante de mi propio marido, y aún por él mismo!. . . .y fijó sus ojos de un negro resplandeciente en la fisonomia estéril de Anjel;—este se limitó á responder.

—Sí, Inés: Alfredo de Riera és el único hombre que puede reunirte á tu marido y á tu hija, pues és el único que le cabe tomar algun interes en este asunto; las razones las alcanzaras por las intrigas suscitadas: y apesar de

que entre tus detractores, me han designado como uno de los que componen ese número; yo me propongo demostrarte con hechos, el error en que yo cai por un instante; tu error de créerme culpable, y mi verdadera pocion, en ese episodio de tu vida.

Inés meditaba sin duda; pues habia inclinado involuntariamente la hermosa cabeza en las manos; y esa postura denunciaba, ó sufrimiento, ó meditacion;—nos inclinamos á creér que meditaba:—Anjel prosiguió :

—Por ahora, que te baste saber que, yo soy no solamente tu hermano de sangre, sinó tu méjor amigo; que voy á sacrificarte mi posicion, mi vida, mi porvenir y..... despues de esto, tu, Inés pensarás de mi, como quieras.

Inés estaba llorando con la verdadera efusion del bueno, que los sonidos; no digamos ya, las acciones de afecto y de abnegacion, irritan dulcemente su fibra celeste, y le arrastran, hasta amar al malo—hasta perdonarlo !

Anjel se habia como refundido involuntariamente, en un espíritu mejor que el que le dominaba siempre; y aquel rostro mezquino y sin un borde siquiera, que revelara la ecsistencia del ánjel verdadero; habia tomado un aspecto viváz, al parecer iluminado.

—Si, proseguia—Yo soy tu mejor amigo; mas, Inés, —dijo acercándose á ella, y tomándo sus manos entre las suyas:—Seré tu salvador !

Inés enjugó sus lágrimas, como si la punta acerada de la duda, hubiera tocado su corazon, y respondió :

—Las perípecias de mi vida, me han hecho incrédula, y puede ser, que llegue, hasta á ser cruel algun dia!—No estrañarás si te digo, aunque estoy conmovida, aunque me ves que lloro, que dudo. . . .

Anjel recojió sus manos depositándolas en sus bolsillos, y dijo sin rencor :

—No lo estraño: te han hecho dudar!. . . . Pero yo te daré por cada duda, cien hechos en tu favor, y me dirás despues, que piensas, repito.

Inés iba á hablar, en el momento que apareció su ma-

dre, y con ojo inquieto, investigó el estado de las relaciones de aquellos dos individuos, por la espresion de sus fisonomias. En seguida, se adelantó ácia ellos.

—Y bien hijos mios—dijo;—os puedo estrechar juntos entre mis brazos?

Inés se puso de pié, tendió sus manos ácia su madre, y Anjel se acercó á Inés, como si ella hubiera hablado.—Doña Maria los estrechó á su corazon á entrambos, y dijo:

—Inés: consientes en que tu hermano Anjel, de acuerdo con ese jóven Riera, sean los encargados de tu suerte en la tierra?. . . .

Inés—Consiento.

Doña Maria—Dudas aún?

Inés—Ese és un secreto esclusivamente para Dios.

Anjel—No importa: Por ahora basta: solo quiero saber para cuando designas la visita de Alfredo: és necesario que sea lo mas pronto posible!

Inés—Fija tu, el dia.

Anjel—Mañana á las diez de la noche: te parece bien? Aceptas que esa entrevista sea en mi habitacion?

Inés—Quedo conforme en todo.

Anjel—Ahora, adios Inés! adios madre! Rogad madre y hermana, por que Dios inspire las cabezas de los que intentan la salvacion del bueno!

Doña Maria—Dios vaya contigo!

Inés quedó en silencio, sometida á la influeneia involuntaria, de aquella voz destemplada, hueca y fria, que parecia haber equivocado las ideas y las formas en aquel momento; pués tal vez, literalmente traducidas, no habrian esplicado sinó el bien, hecho por el *mal*, en una misma senda, para obtener una sola cosa: la realizacion de la mas profunda y negra ambicion humana.

Anjel por su parte, entró á su habitacion, y dijo para si, estas pocas palabras.

—Necio del hombre, que forma un plan absoluto, para algo de la vida; y no pone un apéndice que diga—" si las circunstancias, le dejan desarrollar en su estension". Y sinó véase un ejemplo favorable; pero un ejem-

plo. Yo no queria aparecer sinó de perfil por ahora, en la obra, delante de Inés: y una palabra, ha hecho que ya quede de relieve, en la ecsibicion de los personajes.

—" No me quejo—añadia sonriendo—solo si, que hemos andado mas pronto de lo que yo esperaba!

" Ahora á Alfredo: en seguida á Antonio! Inés se salva! Antonio caé: yo salgo de entre la sombra en que los olbidos de Lemaitre y toda la familia, me han arrojado, como una estrella de entre un tropél de nubes. . . .Ah! dijo con una espresion de embriaguez, y mirando la hora, en su mágnifico reló:

—El porvenir és mio!

ENTREVISTA.

CAPITULO XXIV.

A las diez de la noche del siguiente dia pasaba una figura misteriosa y grave por la galeria cerrada de cristales, de la casa de los padres de Inés, ácia la habitacion de Anjel, que estaba muellemente reclinado en un divan y con la elegante pipa de ambar encendida y observando los grupos de falsas nubes, que formaba el humo en derredor de su cabeza. La figura misteriosa se detuvo al acercarse ; tocó dos veces con la punta de un baston delicado la puerta; como señal convenida, y Anjel salió á recivir la visita que esperaba sin duda.

—Adelante; dijo con una amabilidad poco común, y presentando su mano amigablemente á Alfredo; pués era él.

Este entró cubierto de una capa obscura, con un sombrero de castór negro, á imitacion del *jockey*, un poco ácia los ojos; pero ataviado bajo la capa, con la seria elegancia de un hombre que venia á un negocio de honor y de salvacion ajena: si bien no habia olvidado que iva á estar delante de una victima hermosa.

Despues de los cumplimientos de estilo, Anjel trató de vindicar la visita á los propios ojos de Alfredo, diciendo :

—Y bien: ya será tiempo de que venga Inés?

Alfredo—Y ha consentido?. . . .

Anjel—He triunfado!

Alfredo—Luego se oponia!. . . .

Anjel—Repito que he triunfado!

Se vió pasar una sombra de duda propia ó ajena, por sobre la ancha frente del mancebo, como si le dijera— Será contra mi esa tenacidad, será contra este hombre?

Pero quedó en silencio. Anjel entonces, tomó la palabra y dijo:—Permitidme, voy á traér á mi hermana:—y salió.

Alfredo sintió renadar su corazon, en la sangre ajitada por las sensaciones; y empezó á pasearse á lo largo de la habitacion. Muy poco se habria pasado, cuando aparecieron en el dintel de la puerta las dos figuras de Anjel é Inés, que semejante la de esta, á la santa Jenoveva de Mr. Gigoux, parecia que ofrecia su cuerpo al martirio de los sacrificios, cuya estencion media en él silencio, su alma infinitamente grande de virtudes.

Anjel con un aspecto risueño, mas bien que severo; y dando la mano á Inés. Esta traia un traje de muaré negro, neglijente, abrochado desde el pecho con lazos de raso muerto; los cabellos suspendidos por una peineta de acero, y una escofieta de blondas negras, cuyos adornos caian completamente descuidados sobre los hombros de un dibujo correcto y suave.

Al ver á Alfredo se estremeció; Alfredo se acercó á ella y dijo con esfuerzo:

—Señora; perdonadme, si me atrevo á solicitar vuestra bondadosa induljencia, para que os digneis escucharme sobre un punto que contiene el episodio mas grave de vuestra vida.

Inés se inclinó suavemente como si dijera "acepto, proseguid" y Alfredo prosiguió despues de haber esperado á que tomara asiento Inés, y de haberle tomado él, á su vez.

—Señora; la calumnia pretende marchitar las azucenas de vuestra casta vida; y és necesario levantarse para impedirlo: para impedirlo á costa de todo! Vos no sois solamente una dama, individualmente hablando, á la cual un hombre leál, debiera de presentarle su apoyo caballerescamente; sois esposa y madre intachable señora; y estos títulos primero que aquel, deciden mi voluntad, para contrarestar el bárbaro empeño de la intriga, que la ambicion mas baja, ha desenvuelto contra vos. No se trata en este momento de esclarecer el *porqué* de ese marasmo; sinó de conducir oportunamente al desarrollo de esa tela á los mismos que la han trabajado; para que los *ciegos* vean la luz, y caigan los que deben de caér, bajo la severa y portentosa justicia de Dios. Con este solo objeto, he pedido á vuestro hermano y amigo, que me presentara á vos señora.

Inés fijó sus ojos relucientes en su *hermano* y *amigo;* y como si hubiera pedido al concurso de sus facultades de percepcion, la proteccion del disimulo y la voluntad, respondió á Alfredo, dejando de contemplar á Anjel:

—Caballero; aunque mi *hermano* y *amigo*, no me ha dicho aún, una palabra, ni para presentaros ante mi, os creo demasiado noble para atropellar un fuero que no se os hubiera concedido; és verdad? preguntó directamente á Anjel, y fijando en su fisonomia una de esas miradas escrutadoras. Anjel contestó:

—Inés; yo no he hablado, por que el señor Alfredo de Riera, á quien tu conocistes en el baile de Marquez, sa-

be toda la sociedad de este pais, que és un caballero, y al pronunciar él una palabra, ya és de presumir que tiene el derecho de hacerlo. Ademas: yo os habia prevenido de esta visita y del motivo; perdona si he faltado unicamente á la forma de la presentacion.

—En este caso, respondió Inés, dominada de una impresion indefinible; nada tengo que agregar, proseguid caballero añadió, en seguida con dulce majestad á Alfredo.

Este, dió las gracias y continuó:

—No sé todo lo que aventura un hombre desconocido como yo lo soy para vos señora, ofreciendo su vida; la abnegacion mas perfecta, para ponerlas en juego y aclarar el doloroso misterio que os separa de la felicidad, cubriendo la verdad con la túnica de la impostura; pero lo que sé afirmativamente és, que si mucho arriesga, mucho honor le cabe en la lucha, y muy noble será la corona de espinas que ciña su cabeza por tan digno y valioso objeto.

Inés, conmovida—Gracias caballero. Las almas que han conocido el dolor: que le sienten, desgarrando las fibras de su vida; que le oyen murmurar para el porvenir, promesas de perdurable llanto; las almas que han sido sacrificadas á un destino, contrario al símbolo escrito; esas almas solamente, sabran valorar y agradecer toda la abnegacion; todo el martirio de esa lucha; todo el esfuerzo sublime del proyecto; toda la constancia que se necesita poseér, para, proseguir en un camino, en el cual, vais á aventurar un nombre; acaso una fortuna!....

E instintivamente, miró á Anjel al pronunciar aquella última palabra; y Anjel, jugó instivamente tambien, como para ocultar su emocion, con la cadena del reló de tradicion. Alfredo contestó:

—Señora: Aqui no hay sacrificios; no hay virtud: la recompensa vá en la obra. Mi plan és mostrar vuestra inocencia; probarla á vuestro marido como al mundo, y volveros al seno de vuestra familia!....

Inés se puso de pié, y tendiendo su mano á Alfredo, le dijo;

—Amigo mio! permitidme desde hoy, esta santa palabra! Yo estoy conmovida! Por la segunda vez de mi vida escucho estas vozes del bueno, que se interponen, entre el oceano del mal, como para salvar á la humanidad dolorida! Vuestra palabra y la de Magdalena Artey!

Anjel se mordió los lavios, y Alfredo se inmutó.

—*Magdalena Artey!* repitió.

—Si, respondió Inés. Magdalena Artey, esa mujer piadosa, que sin inclinar la cabeza ante las pequeñezes del mundo; és un coloso de virtudes! Magdalena que sabe comprender el infortunio, dondo otros solo ven la felicidad; esa mujer inocente como vos, y calumniada como vos! Sois hermanos de sacrificios; de humanidad! Con que podré pagar esta deuda infinita, y que sin embargo no mortifica, no agob a mi corazon!.... Y con todo, añadió lentamente, como si una amarga refleccion la hubiera asaltado—la santa, la sublime idea de salvarme no debia de haber tenido su primer órgano en vos,...... tengo familia....y ella....Oh! no importa!—prosiguió con visible ecsaltacion moral—ya que sois vos, y por ello doy grecias á la Providencia—ahí teneis mi mano de leál amiga: de madre y esposa agradecida!....

Alfredo se acercó á ella; tomó aquella mano con profundo respeto, y dejándola al instante como si temiera ofender su pudor de esposa, respondió.

—Gracias señora! Yo os pido que no recordeis si esa iniciativa empieza por mi pobre *yó:* (al oir esto, Anjel se sonrió vagamente) sinó de que ese pensamiento és salvador. Ademas: añadió con un esfuerzo instintivo, vuestro hermano és un personaje principal en el desarrollo favorable de esta fatal intriga.

Inés volvió los ojos involuntariamente ácia él, y respondió con tono frio y como olvidada de las promesas de Anjel, el dia anterior.

—El!

Habia un muro en esta aislada y única palabra, *él!* Al-

fredo midió su estension, y Anjel á su vez; pero este, recordó que necesitaba no solo de su voluntad y de todos los arbitrios sujeridos por los motivos que formaban causa contra la intriga que él iva ahora á esclarecer; sinó que necesitaba tambien, de una presencia de ánimo perfecta, y mas que todo de una indiferencia absoluta sobre todo lo que fuera punto de amor propio.

Alfredo pues, se encargó de contestar por Anjel, viendo su marcado silencio, y variando en cuanto pudo, el sentido de la frase de Inés.

—Preguntais señora, si és vuestro hermano el que intenta salvaros? Yo os responderé por él, Si. Quereis que aún sea mas esplícito sobre esto? Si me permitis lo seré.

Inés—Proseguid caballero.

Alfredo—Vuestro hermano jamas estubo contra vos, pués. . . .

Inés, interrumpiéndole—Conoceis vos, la historia de mi vida? Y por quién? Son estos dos puntos que ecsijo saber, antes de que prosigais.

Alfredo—Señora; os debo esa aclaracion y cumplo con placer este deber. Sé vuestra historia falsamente interpretada por el mundo; y por desgracia yo me veo envuelto en esa falsa tela, tejida por manos que ni conosco ni llego á comprender el *porqué*. Despues de mi entrevista, bien desagradable por cierto, con Antonio Picotti, yo tuve el honor de recibir dos cartas vuestras, señora, pidiendó mi pobre proteccion. . . .

Inés, interrumpiéndole—Yo! dos cartas! Yo! repetia asombrada, y fijó sus ojos resplandecientes de desesperacion en Anjel, que como iva dispuesto á todo, permaneció impasible al parecer. Inés se dirijió á Alfredo nuevamente y con notable dignidad, le dijo: Esplicaos caballero; os creo victima de un engaño; proseguid, proseguid!

Alfredo sorprendido—Vos no me habeis escrito jamas? Luego quien lo ha hecho por vos señora?. . . .dijo, fijando á su vez, una mirada taciturna en el rostro inmóvil

de Anjel. Este, sin impacientarse de la mirada de Alfredo, respondió con una sencillez admirable.

—Es escusada la indagacion y la respuesta, pues que, una y otra cosa las sabe Inés tan bien como vos, Riera. Ignorais por ventura que esas cartas son obra de Antonio?....

Inés se cubrió los ojos con las manos: Alfredo respondió:

—Ya lo veis señora; era necesario salvaros! és necesario que sea yó, quien os vuelva á vuestra hija á vuestro marido, demasiado crédulo ó tenáz, pero no tan culpable como vuestro hermano Antonio y....añadió fijando sus ojos en Anjel, que tenia los suyos clavados en él, como investigando su alma:—Os volveré al seno de vuestra paz perdida sin razon!

Inés—Bien: quien os entregó esas cartas caballero?

Alfredo—Una; la primera, la encontró mi sirviente íntimo, al bajar ó subir la escalera interior de mi casa: aqui está: y la puso en las manos de Inés que la recibió ajitada. La otra como consecuencia al llamamiento hecho en aquella, me la entregó al pasar una *sombra*, que se me designaba como vuestra criada; aqui está tambien, señora.

Inés tomó la segunda carta esclamando:

—Será verdad, Díos omnipotente, que del seno de nuestra propia familia, del corazon de los seres que hemos agraciado con nuestros continuos favores; con nuestros sacrificios, se desprenda la primera espina del dolor que herirá nuestra frente? Será posible, Dios! que en medio de la tranquilidad de la inocencia, se levante la calumnia, que como la Hidra, muestra la repugnante reproducion de sus cabezas, aunque el rayo de la justicia humana las vaya quebrantando, una por una, y solo cuando llega la invisible mano de Dios, esa serpiente que devora la humanidad; solo entonces caé en el abismo de la nada?...Y yó, señor; que no he hecho mal á nadie; que habia consagrado mi vida al bien, y lo he cumplido! yo soy una víctima de ese flajelo de la sociedad? Como, por

qué?—decia oprimiendo aquellos papeles con rabia convulsiva; mas, como si la razon, viniera por un instante, á esclarecer el misterio en que se envuelve el destino del *bueno*, prosiguió, desdoblando las dos cartas y estendiéndolas sobre el bufete de Anjel.

—La paciencia és un desierto, donde se muere el alma y el cuerpo fatigados de inaniccion: pero en ese desierto caminó el Redentor del mundo con las divinas plantas ensangrentadas; la frente horadada, y la maldicion del mundo sobre su paso—que estraño és, que una criatura puramente humana como yo, se vea sola, en el espacio inmenso de la vida; con las espinas del dolor en su corazon; con un abismo delante de su planta; y con la calumnia de un hermano, por condenacion de su vida entera ?. . . . Y bien; añadió, con la espresion de un verdadero desgraciado, que después de haber sondado el abismo, y de haber compulsado, los arbitrios que pudieran salvarle, vé lo infructuoso de su trabajo, eleva á Dios su alma, y se resigna á todo: y bien, paciencia! Esta virtud será la que redimirá mi alma del polvo, cuando cansado este esqueleto con forma carnal, que llaman cuerpo, vida, se derrumbe en el fondo de una tumba! . . . . .

Un estraño silencio reinó por algunos segundos en aquella habitacion, sin que nadió osara romperle.

Alfredo tenia sus hermosos ojos, fijos en aquella belleza de mujer, semejante al testo, del tipo de la *Virgen del Pez*, de Rafaél que ecsiste en el Museo de Madrid, y cuyas perfectas formas, idealizan la mujer, para darla la doble entidad divina, que la coloca en la esfera inamovible, donde no alcanza el limitado poder del hombre vulgar; pues ese tipo sirve de ejemplo de arte y de reverencia á los cristianos desde entonces.

Anjel por su parte, estudiaba sobre la fisonomia y la postura de su hermana, que pasaba en aquel momento los ojos por las dos cartas; el mérito de su iniciativa en aquella intriga; los resultados pecuniarios que se prometia de aquella situacion desgraciada y el buen nombre, y la posicion de un potentado, que soñaba al través del

tiempo indefinido y grave. Tal vez decia para si: "éh ahí la obra de mi potestad: de mi jenio!" mientras que Alfredo, decia á la vez con incomprensible sensacion—"Eh ahi la obra de los malos: pero yo la salvaré!"

Despues de concluir la lectura de aquellas cartas, Inés levantó la noble frente que parecia como iluminada del resplandor suave de la inocencia, y dijo:

—Que deberé de hacer en este caso? Contra quien dirijir mi indignacion?....

Una mirada de Alfredo, que perseguia la de Inés, sorprendió el secreto; pués encontró las pupilas, fijas en el rostro de Anjel. Inés prosiguió, como persona que ha refleccionado.

—Caballero; estas cartas son vuestras: os las entrego, y se las ofrecia á Alfredo.

—Al contrario, señora, respondió este; guardadlas, y..... ojalá ellas sirvan para arrrancaros á la falsa posicion en que os veo!

Inés—Gracias! Dios os recompenzará esta perfecta bondad algun dia!

Anjel, poniéndose de pié, y con todo el aire de un hombre que viene á dar un consejo.

—No me parece oportuno, empezar, en el asunto de que se trata, por la ecsibicion de esas pruebas—dirijiendo su indicacion á las cartas.

Inés—Y porque? Acaso los medios de defensa, no son apropósito á todas las horas de la vida?

Anjel—Si Inés: pero á veces palidecen esas pruebas, cuando se manifiestan en inoportunidad. Borrad mi nombre de este consejo, añadió penetrando el desaire frio con que Inés le escuchaba y tomad á ecsámen, simplemente el consejo: yo me someto á todo porque no erreis en el camino que os señala la Providencia. En aquel momento, tal vez el mismo Frenolojista Gall, que descubrió en su estudio el inesperado cráneo de un célebre asesino á golpe de vista, entre cientos de cráneos, como el de un famoso asesino, calificándole—se habria equivocado en la descifracion de aquella mirada tan humil-

de; de aquella espresion tan recojida, y del acento de una voz, tan sin amargura. Parecia un hombre de corazon, que hablaba con toda la fuerza de la conciencia.

Inés le contempló un instante, con una fijeza llena de los mas íntimos recuerdos y acaso, de las mayores reconvenciones: despues, habló.

—Si el consejo és bueno, netamente hablando, no importa quien lo dá: és la obra del injenio á vezes, y de la oportunidad otras; mas, si és sincero, ademas de bueno, importa mucho saber quien és el autor para no borrar del Libro de la gratitud su nombre, jamas.

Anjel se sonrió, como si quisiera decir—"Entiendo la alucion!"—pero sin turbarse replicó:

—Es natural! En este asunto por ejemplo, solo se trata de tu bien: de tu posicion; y por consiguiente; todo lo demas, solo son accesorios!

—Y que se hace entonces con estos documentos que pruebran mi inocencia?....

Anjel—Guardarlas, y esperar el momento en que *nosotros* (dijo, fijando sus ojos en Alfredo) te indicaremos como apropósito, para que vean la luz del esclarecimiento.

Inés—Y será largo ese periodo?....Me asusta el tiempo, aunque pido á Dios la paciencia que me falta!

Anjel—Largo el tiempo! No Inés; al contrario, mas corto de lo que crees! Dudas de este caballero?—añadió señalando á Alfredo.

Inés—No!

Anjel—Pues de acuerdo con el trabajará *vuestro hermano* y *servidor*, para salvaros; y aunque dudastes de mi alguna vez, yo te protesto, que borraré de tal modo, tan amargo recuerdo, que llegaras á ser mi mejor amiga! Mis ojos han visto claro Inés, en medio del torrente de la sombria calumnia, y mi razon ha designado los malvados, encontrando á la vez ó buscando los medios, [añadió como para no dar toda seguridad del ecsito, pues que era un ecscelente especulador] de mostrarles al mundo defor mes como son, y asi, la probabilidad de mostrarte inocente como eres! Estas ahora satisfecha de mi, Inés?

Esta, aunque recordaba las palabras de satánica amenaza, que al arrojarle de la casa, aquel le habia lanzado: apesar de conocerle, como nosotros le hemos pintado, envidioso por fibra; no se creyó autorizada para dudar de las pruebas, que, en conjunto y en presencia de Alfredo le ofrecia *aquel* hermano. Asi respondió:

—Es necesario *creér*, y para creér, *olbidar*. Yo estoy en este caso!

Anjel—Olbidar qué? Algunas palabras duras de mi parte, en aquellos momentos de ecsaltacion cuando la calumnia en fiebre, quema todo cuanto toca? Antonio tubo el poder de contajiar cuanto le rodeaba; de desquiciarlo todo!—añadió como rememorando toda la época pasada, y los accidentes que se habian interpuesto.

Alfredo contemplaba melancólico y apasionado, á aquella desgraciada y joven mujer.

Inés, pensativa—Es verdad! Mucho tengo que olbidar al entrar en este nuevo camino de propósitos y abnegacion. Solo el tiempo podrá borrar, con el lienzo pezado y seco de los años, las señales impresas en esas hojas de mi vida!

Alfredo—Señora creedme! Vos sois intelijente, y buena, hasta ser sublime;—como no llegareis á comprender que un hermano que dice—"os protesto fidelidad, trabajaré por vos, y para vos; he sido engañado, cuando he dudado"—cómo no dareis fé á ese hermano; como dudareis de la inspiracion del bien que dirije el alma de ese hombre?....Perdonad Señora si intercedo involuntariamente por un enemigo vuestro, segun vos, antes de ahora: mas de todos modos, hoy ese ser és vuestro defensor, vuestro amigo!

Habia tanta vondad, tan perfecta buena fé en aquellas palabras de Alfredo, que Inés se sonrojó de hallarse por un instante mas baja que aquella noble criatura de índole jenerosa, y contestó, cómo tratando de vindicarse:

—Yo no quise dudar jamas, de nada, ni de nadie, señor; pero los acontecimientos fatales de la vida, me obligaron á aceptar dolorosamente el rol de los ateos, no pa-

ra Dios, sinó para los seres; hoy. . . . arrastrada por la corriente del arrepentimiento ajeno; mi alma; sinó duda absolutamente, teme. . . .

Alfredo—Pero de todos modos, señora, perdonad una segunda vez, si me atrevo á indicaros, que dudando ó temiendo de este caballero, dudais de mi.

Inés—No! yo daré pruebas de reconocimiento profundo á vuestras bondades, caballero! No! que jamas se diga que Inés, aunque victima mas de una vez, de la buena fé en la vida, no se dirá que ha quedado fria delante de la santa figura del bien; de la bondad ajena! No! yo me someto á creér y á esperar, lo que, vos, de acuerdo con Anjel, hagan en este asunto. Mi gratitud será la divisa de mi salvacion: por ella pongo un paño de olbido, á lo pasado, Anjel: por gratitud me llevarán hasta los sacrificios!

Habia en aquella voz, una ecsaltacion de magnífica fé, que revelaba la índole hermosa de aquella mujer. Alfredo respondió conmovido.

—Gracias! gracias Inés! y sobre todo, gracias á Dios, porque os ha hablado, por que os ha inspirado!

La voz de Alfredo, parecia denunciar en aquel momento, las beáticas visiones que cruzan por la cabeza del enfermo, cuando esta prócsimo á la eternidad. Anjel se acercó á Inés y tomando sus manos, le dijo á su vez:

—Gracias Inés: gracias!

Esta voz, era dura, seca, inflecsible: pero las palabras eran blandas, amables.

Despues de esto; se estableció el plan salvador, callando Anjel, como era de su cálculo, ciertos resortes completamente individuales, que no solo pertenecian á él, sinò á Alfredo, y aún al mismo Antonio. Las dos cartas quedaron en poder de Inés, esperando el momento en que fueran necesarias para el desarrollo del proyecto; y antes de finalizar aquella visita; Inés recordó á Anjel que su madre deberia de haber estado presente á ella, segun lo habia solicitado; mas que aún era tiempo de que reparara su falta. Anjel salió en busca de ella y á poco, apa-

reció aquella señora. Inés se puso de pié con respeto, y señalando á Riera que lo estaba á su vez, dijo á su madre;

—Madre, tengo el gusto y el honor de presentaros al caballero Alfredo de Riera, el cual, me ofrece trabajar, porque me reuna á mi hija y á mi marido, deshaciendo el doble edificio de intrigas que contra mi han fraguado!

Alfredo se inclinó respetuosamente.

—Y vos, caballero,—dijo tomando las manos de su madre—ved aqui á mi madre!

Doña Maria se inclinó á su vez.

Alfredo—Yo comprendo, señora—dijo, aceptando la invitacion para tomar asiento que madre é hija le hicieron á la vez—que en lo que voy á hacer, cumplo simplemente un deber de hombre honesto: deber que ninguno deberia de borrar con desdén en la carrera de su vida, y sobre este punto nada hay que añadir. Yo no alcanzo, como és que viendo sufrir á un semejante suyo, quede nadie impasible, frio: y sobre todo; desprecio al hombre señora, que al contemplar la desgracia de una mujer, y pudiendo salvarla, no la tiende una mano de amistad! Ese hombre deberia, segun mis principios, de escluirse del número de los vivientes!

Doña Maria—Caballero, hay una grave virtud en la accion que vais á practicar; y si és verdad que mi hija és inocente....

Inés, interrumpiéndola y poniéndose de pié involuntariamente, esclamó:

—Señora!

Doña Maria—Hija mia! siéntate, y no dudes de mi fé! Me has interrumpido, y por eso ignoras lo que iva á decir.

Inés—Proseguid.

Doña Maria—Y si mi hija és inocente, como lo creo; yo os erijiré señor Riera, un altar en mi alma, desde donde, mis votos se eleven por vuestra felicidad, en la tierra y en el Cielo!

Volvió el sonrosado á las mejillas de Inés que se ha-

bian descolorido con los tonos del dolor, del amor propio ultrajado, y de la desesperacion secreta.

Alfredo—Señora, gracias. Mas en cuanto á la felicidad, ó no se encuentra buscándola; ó no ecsiste en el inmenso espacio de la tierra.

Doña Maria—Despues de las grandes acciones, vienen los grandes premios, caballero!

Alfredo no respondió: Anjel lo hizo por él.

—Quien sabe!—dijo—El hombre se lanza á quebrar con sus manos fuertes, por el buen deseo que las impele, déviles por la limitacion de la fuerza humana, el baluarte de la maldad terrena; y en cambio de esta empresa jigantesca y ruda; se vé caér el bueno arrastrado en la corriente de la fatalidad, y con las carnes heridas, de las espinas del mayor infortunio: la ingratitud, y la calumnia!

Inés.—Es verdad! Pero tambien, son muy pocos los escojidos!

Doña Maria.—Yo pienso con el Evanjelio; qne Dios premia el bien y los buenos en la tierra y en el cielo!

Anjel.—Bien: cada uno mantenga sus creencias! Por ahora, madre, se trata de salvar á Inés, de la incierta posicion en que está: de reunirla á su familia, y mostrar á los infames, tales cuales son, y *quienes* son;—dijo con una entonacion particular.

Doña Maria.—Con salvar á la victima basta: Dios se encargará del castigo de los malos!

Anjel.—No! eso és completamente imposible, como és imposible, que para salvar á Inés, no caigan sus verdugos! Ademas; hay seres comprometidos, como vos sabeis madre en ese asunto, y que son completamente inocentes.

Doña Maria.—Está bien: pero prométeme que no harás nada contra *nndie*, y solo asi, estaré tranquila!

Anjel.—Los sacrificios no deben de hacerse ahora, en esta ocacion, sinó por los desgraciados (señalando á Inés que lo observaba); pero no se debe de gastar el tiempo

Señora; en aprehensiones y fruslerias, que ningun buen resultado pueden traér sin duda.

Alfredo.—Perdonad Señora; pero és necesaria una vindicacion esplícita; y sin deseárlo, habrá que tocar nombres que por honor, deberian callarse!

Ynés—Se tocó el mio sin razon, y para consumar la obra gratuita de mi infortunio, y la de ajenas ambiciones, y ninguna voz se levantó para conjurar aquella tempestad! Ahora que se trata de justificar las virtudes de toda la vida de una esposa y madre calumniada: de su completa inocencia; ahora, hay todavia quien pida el silencio para los nombres culpables!. . . .

Doña Maria sintió el tenebroso pezo de aquella reconvencion: y respondió ajitada.

—Nó, hija mia! Sea lo que Dios quiera, con tal que tu quedes en tu posicion, como estabas! Oh! si:—añadia como para convencerse á si propia—és necesario, y yo sellaré mis labios!

Anjel—Y bien: adelante!—dijo dirijiéndose á Alfredo. Ahora, ya sabeis madre, que este caballero,—pues lo és de acciónes, no solamente de nombre—volverá á ver á Inés, como á vos, cuando sea necesario, y fuera de esa necesidad, obligadle con vuestra amistad.—El hilo de esta intriga, és preciso romperle al fin, para que no pueda reanudarse mas:—lo entendeis Señora? En este concepto firmeza de alma; desprendimiento obsoluto dé todo lo que sea contredictorio á este fin; y entonces, tendreis hija, y una hija que se ha sacrificado á vuestro cariño! añadió forzando el tono en estas palabras.

Doña Maria abrazó á Inés que estaba llorando; mientras Alfredo, la contemplaba bajo una de esas impresiones que si se fueran á describir, no se hallarian los términos. El amor vehemente: la resignacion del sacrificio, el volcan del deseo; el sublime á la vez de hallar en aquel ser, cambeadas por las de la mujer, las formas del ánjel; todos estos secretos del alma fanática de una pasion, cubrian de sus inesplicables ropajes la contemplacion profunda de Alfredo. Inés lo sentia por esa inspiracion pro-

piamente dicha de la mujer: estaba como sometida á su influencia; pero no la descifraba; no la creia!

Al fin, era necesario retirarse, y Anjel tomó la iniciatíva.

—Quereis seguirme Riera?—dijo, tomando su sombrero.

—Cuando gusteis Caballero.— respondió tomando el suyo Alfredo. Este se acercó á Doña Maria, y cruzó estas palabras con ella

—Aceptais Señora, el encargo que me dá el destino cerca de vuestra hija inocente?

—Caballero, le acepto.

—Gracias Señora: contad desde hoi, con un amigo perfectamente sincero.—y en seguida, dirijiéndose á Inés.

—Señora—díjo:—La conciencia me manda salvaros: la humanidad lo pide; la religion lo justifica: la amistad lo sanciona!

—Inés quiso hablar: pero la emocion íntima de su alma, detuvo la voz en su garganta.

En silencio tendió una mano á Alfredo que él beso con respeto y ternura secreta: y desapareció, aturdido, conmovido, al lado de Anjel, que sonreia misteriosamente sin que nadie pensara en observarle.

Este, en el camino con Alfredo, habia combinado los medio de vindicacion para Inés, mas esplicitamente que la primera vez, aunque siempre guardando algo esclusivamente para él; aquellos hilos misteriosos de la tela que trabajaba de su cuenta especialmente.

Al despedirse le dijo á aquél:

—Por ultima vez, confiais en mi?—Me dais el derecho de proceder en este asunto como esclusivamente mio?

Alfredo por toda respuesta, oprimió la mano de Anjel depositando en ella un papél cerrado: este se despidió satisfecho de su trabajo, pues contaba ademas con sus fuerzas para el porvenir.

CAPITULO XXV.

Empieza á mostrarse la Providencia.

Anjel se dirijió en esas altas horas de la noche, como és de suponerse, á su casa, reflecciónando y diciendo para sí,--Mañana hallaré á ese pobre Antonio, que no sabe, ni como se forma el secreto del mal!

En cuanto á Alfredo, puedo decir con fé—és mio absolutamente! esto és mas que una garantia para mis planes;—y acordándose subitamente del papél que llevaba en la mano, dado por aquél, se acercó á la lúz de un faról y encontró una letra de cambio en blanco, firmada por "Alfredo de Riera á favor de Anjel Picotti."

Este quedó por un momento, como estático bajo el pezo de una ciega alegria, que le hizo creér, por contraste de efectos, en la luminosa ciencia de Cagliostro. Se creyó transportado al delicioso Edén, que el *hatchis* maravilloso dibuja con tintas májicas, en el panorama de la imajinacion. Anjel sintió por un instante la felicidad.

Al entrar á su casa, observó el silencio profundo que reinaba, y le comparó por antitesis, con el secreto de su dicha actual—pero si alguno lo sospechara, al través de este inmóvil cuerpo de plomo que se llama *disimulo*, interpuesto ante mi suerte y la curiosidad ajena?.... Reflecciónó con calma el ambicioso.

—Que estraño seria, que descubierto, alguno me siguiera una noche; sorprendiera mi secreto, como yo vengo á sorprender el silencio de esta casa y....me viera perdido!—esclamó con los ojos fijos en la puerta de la calle, cerrada yá, y con el mismo sobresalto con que el

célebre pintor *Rembrand*, ecsaminaba la figura dulce y cándida de su hermana cuando fué á visitarle, creyendo aquel artista, avaro del oro que escondia bajo sus plantas, que su hermana podria arrebatárselo.

Cerciorado de que nadie le habia visto, sin duda, entró á su habitacion á analizar su fortuna.

—Que locos son los que aman ciegamente!—decia;— y que miserable la rutina que los condena á vejetar, desorientados de todo lo que constituye el tesoro de la felicidad relativa!

—Este Alfredo *está en la calle*, como se dice vulgarmente, si yó lo quiero. El ha olbidado presente, porvenir, todo!—Una letra de cambio en blanco és la pérdida de un hombre, y la fortuna de otro!

Pero no hay que apresurarse amigo Picotti—decia siguiendo su habitud de hablar con su *yó*:—Por ahora no conviene adelantar tanto el paso! Veamos de elejir el tiempo oportuno: y sin calcinar los sucesos, con el calor arrebatador de los datos; tratemos de apagar esa tentacion bajo el frio raciocinio, y coloquemos estos, de manera que esten en su posicion ordinaria, pero que produzcan efectos estraordinarios. — Voy pues á proponer á Antonio una especulacion rápida de diez á doce mil pesos dejándole la libertad para la eleccion de la clase de negocio. El que le presida solidaria y publicamente, que será él, quedará, como se dice vulgarmente, *colgado*. Yo soy hombre técnico!—decia sonriendo:—por tanto, mis hechos lo serán á su vez—Entregaré á la consideracion de Alfredo, la ruina de Antonio, cubierta á la vez, con su propia ruina, pero sin descifrarle el *como*: y él la sancionará, por que se salva con ella Inés. Esta, á su vez, verá castigado á su enemigo por mi esfuerzo, aunque tampoco sabrá el *como*; y uno y otra me admirarán; me aplaudirán. Ines, me perdonará intimamente, que hasta ahora lo he obtenido; mientras que Alfredo, me há entregado su fortuna su felicidad!

Pero, antes de todo—dijo, como anotando en su memoria un punto olvidado—és necesario que yo obtenga

de Alfredo una letra de cambio sobre cantidad fija, como de diez mil pesos, firmada por otro que no sea él, para poder presentarla á Antonio, y hacer las cosas como se deben, para evitar suposiciones y aun sospechas que harian un gran mal.

—Lo obtendré?. . . .Se preguntaba como un aprovechador del tiempo—Si: lo obtendré. En seguida, vendrá la colocacion de Lemaître, al lado de su mujer y de su hija: esta sera la última mano al cuadro de mis ambiciones; y este me recompenzará á su vez. . . .en tanto que Antonio de Paula, irá á morir en un hospital á merced de la caridad ajena, y yo le llevaré tal vez á ese asilo una limosna. . . .

Un breve silencio se interpuso entre aquella palabra, como si alguna sombra de caracter indefinible, hubiera venido á batir sus pesantes alas sobre el espíritu de aquel hombre. Pero no hai cabezas mas fuertes que las cabezas de los malos por esencia; no hablemos del corazon para esos seres, por que, si ecsiste, és completamente negativo sobre las impresiones del bien; asi, que aquella cabeza de piedra, tornó tranquilamente sobre el eje que la gobernaba siempre,—la ambicion: y prosiguió.

Mañana hablaré á Antonio, repito; y él hará, lo que yo dudo de poner en práctica, por que temo su propia nulidad en ejercicio!

—Los niños y los locos aciertan mas de una vez! y puede ser que acierte ahora ese loco. Por lo demas, él me ayudará contra él mismo! Al viento el resto!

De acuerdo con aquella idea al siguiente dia muy temprano, buscó para hablar á Alfredo, y obtubo de él, lo que deseaba:—és decir; la letra de cambio firmada por el anciano cajero, Martin, amigo de Alfredo sobre todo; que al separarse no dejó de decirle :

—Ah, Alfredo! ese hombre os será fatal! Hay algo en ese rostro, en esa voz, que marca una maldad inesplicable!

Pero Alfredo, era de un temple de alma superior á las

dudas pequeñas de las individualidades, por esto le respondió;

—Dejadme en paz!"

El anciano habia bajado la cabeza resignado.

Anjel pues, llevaba una letra de cambio con la firma de Alfredo, importante de tres mil pesos; otra en blanco con la misma firma: y una tercera, con la responsabilidad de Martin de diez mil pesos, la que trataba de enseñar á Antonio, esponiéndole las razones que dejamos esplicadas, y agregando, que no tocaria la letra en blanco, sinó en un caso supremo.

Munido asi de aquel gran dato de fortuna, que salvaba ademas su nombre de toda sospecha injuriosa á su ficticia honradez, pues no fijuraba, como hemos dicho, el nombre de Alfredo; buscó en seguida á Antonio en el escritorio, y le pidió una entrevista. Antonio antes de concedérsela meditó rapidamente, sin duda; en aquel lance pasado, del muelle; y temiendo acaso, la renovacion de él, por medio de una duda, ó una negativa de su parte; aceptó la invitacion, limitándose á preguntar sencillamente.

—A que hora?

—A las doce del dia.

—Dónde?

—Como eres negociante, el muelle me parece el sitio mejor—respondió con perfecta ironia.

—Tan luego el muelle donde concurre tanta jente!

—No temas: nadie nos escuchará. Cuando uno quiere ser discreto, lo és de todos modos y en todas partes. Ademas, cada uno de aquellos ciudadanos vá á su negocio. Nosotros componemos parte de ese *todo*, y haremos el nuestro.

Bien: bien!—replicó Antonio convencido y se despidió diciendo:

—Hasta entonces!

Anjel se fué directamente al muelle á esperar á Antonio y empezó á pasearse como un gran comerciante lleno de vanidad, que pretende ser conocido á golpe de ojo, por

su grave continente, como una entidad, y cual si meditara sobre estraordinarias especulaciones.

Antonio no le hizo esperar mucho. Al sonido de las doce, apareció su figura raquítica, con todos los fueros del jerente:—desembarazo en el porte hasta la audacia, y cantando como era de ordenanza su *chatelaîne*.

Se vieron los dos hermanos–enemigos, desde lejos. El uno dijo—"si me querrá jugar como el dia de la partida de Lemaitre, para perderme definitivamente!"—Ese fué Antonio. El otro dijo á su vez;—"Prepárate míserable!"

Mas al acercarse el uno al otro, se sonrieron amigablemente, como dos personas que se fueran á entretener de las cosas mas agradables del mundo, y empezó así, la conversacion.

—Antonio.—Y bien?..dijo tomando del brazo á su hermano.

Anjel—Y bien replicó, aceptando el pezo del brazo del hermano.

Antonio—veamos!—cual és el asunto de que *nos vamos* á ocupar; pues, aunque sea esclusivamente tuyo, para mi és como si fuera propio.

Anjel se sonrió, bajo el ala del sombrero que medio cubria su rostro, y respondió entre grave é irónico.

—Gracias: pero el asunto és de los dos!

Antonio.—Entonces, lo mas pronto posible.

Anjel—Como está la caja depositaria de la casa Lemaitre?

Antonio le miré sorprendido, y le respondió:—Y que hai con eso....?

Anjel.—Pregunto para que se me responda! está bien ó mal, la caja depositaria!

Antonio vacilando.—Está bien: és decir, se ha hecho *algo* en estos dias.

Anjel.—como cuanto contará de fondo limpio, sin grávamen de deudas mercantiles, ni ningun tropiezo..?

Antonio.—Como setenta mil pesos por bajo.

Anjel.—Deveras és como lo dices, ó solo alcanzará á veinte mil, por alto..?

Antonio, como picado de la duda—Estas loco; á veinte mil? setenta mil repito, calculando por bajo! Pues seria una gran casa la que sostuviera su jiro con un fondo de veinte mil pesos!—decia con vanidad visible.

Anjel, disimulando—Eso no! pues que haí casas que jiran con capitales muy bajos!

Antonio.—Si; pero no la de Mr. Lemaitre!

Anjel.—Bien: vamos á nuestro asunto.—Querrias emprender un negocio de importancia y que nos prometa en vez de pérdidas posibles; ganancias seguras? . . . .

Antonio—Segun sea él.

Anjel.—Supongamos, que se te presenta ocacion de aumentar no solo tu capital, sinó el de Mr. Lemaitre: que tu colocas una cantidad de dies mil pesos al lado de igual capital, con todas las garantias anecsas á esa clase de asuntos; le damos empuje á la rueda, el negocio adquiere formas positivas colosales; (sea el negocio cual sea pues en eso no me mesclo, y tu tendrás la libertad de elejir) y al cabo de un mas ó dos, ya te ves colocado por medio de una especulacion inesperada; en el caso de contar con algo esclusivamente tuyo; con una hoja de servicios espléndida, y ademas, con el prospecto de grandes trabajos ventajosos para el porvenir; lo cual, dará por resultado, que Lemaitre, te coloque como parte interesada, en su casa introductora.

Antonio habia estado pensativo: habia dejado de paseár y habia dejado tambien el brazo de su hermano: se habia detenido cerca de un pilar del muelle, con la cabeza medio inclinada ácia el suelo, y de cierto; Antonio reflecsionaba.

Anjel por su parte, seguia su paseo, como hombre que está seguro de las ventajas de lo que ha propuesto; y no quiere ni debe de bajar un ápice de aquella seguridad.

Antonio al fin, fué el primero que habló.

—Y quien podria ser ese hombre por ejemplo, que se propusiera una especulacion de ese jénero. .?

Anjel.—yo.

Antonio, asombrado.—Tú! Anjel! Tú!—Estoi despier-

to ó dormido?..—Se preguntaba con una injenuidad que hubiera hecho reir al personaje de un cierto sainete, cuando se decia á si mismo;—"Si estaré muerto de veras"?

Anjel, con perfecta tranquilidad.—Yo! el mismo Anjel Picotti, hermano de Inés y hermano de Antonio de Paula...... que desea trabajar!.añadió con una de esas entonaciones de doble sentido.

—Antonio.—Y de donde has sacado tú, ese capital?...

Anjel con desprecio.—No creo que para mi, tengas mérito de confesor, ni titulo de amigo;—dijo recalcando esta palabra; pero creia venir á hacerte un favor fiándome no *sé en que*....pero me alejo; quedemos cada cual en nuestro sitio, y seamos libres, hasta para ser *enemigos!*...

La insidia que encerraban estas últimas frases, hizo su efecto. Antonio se *acordó*; y en la pájina de ese recuerdo, vió saltante la pasada escena de él con Anjel; sus amenazas; y sobre todo, la posibilidad de la maldad de aquel hombre sin corazon como él! Antonio obligó á su razon á doblarse ante la necesidad del recuerdo que encerraba toda una promesa de mal para su vida; y tratando de conservar la buena inteligencia entre él, y su enemigo, contestó.

—Eres demasiado apurado hombre! Qué quieres pués? Te parece que en un negocio en el cual voi á aventurarlo todo; sin meditar, así nomas, me lanze á su realizacion?....

Anjel.—Al contrario: puedes meditar hoy y mañana y toda la vida: pero yo no puedo esperar á que concluyas y te dejo al instante para ir á colocar, mi dinero en manos de un estraño, y verle fructificar en breve, á favor mio y de él, como és natural.

Y se preparaba para irse. Pero Antonio le detuvo diciéndole.

—Espera por Dios! que desde que *eres rico*, te has vuelto de una vivacidad tal, que se me figura que ni dos palabras juntas llegarias á escuchar yá!

—Anjel, con la astucia de un *mal anjel*.—La fortuna no me sorprende. Me ha encontrado y la he encontrado,

sin buscarla; la trato pués, como una amiga verdadera: sin ceremonia, con todo el desenfado de la buena costumbre, (sonriendo)

Antonio.—Pero esa fortuna....

Anjel, con frialdad, é interrupiéndole.—Esa fortuna és bien adquirida, amigo Antonio!—traslado á este papelucho—dijo, sacando de su faltiquera una letra de cambio y presentándosela á Antonio. Este, se puso mas amarillo que de costumbre, al recorrer las lineas de aquél papél

Anjel le observaba sonriendo, y le díjo ál fin.

—Y bien—te animas ó no?—puedo hacer un negocio en regla: ó aun dudas y temes que te deje colgado?....

Antonio vacilaba en responder: Anjel insistió.

—Pero dejemos las vacilaciones y responde *sí ó nó*, como Cristo nos enseña!

Antonio.—Bien;—y cual es la clase de negocio que te parece mejor?

Anjel—Eso poco me importa; tu eres intelijente, y sabras elejir. Las consecuencias son tuyas como mias: pero yo no hago otra cosa ni intervengo en nada sinó en las utilidades ó en las pérdidas.

Antonio.—Pero oye, Anjel, haremos un documento judicial, ante testigos y escribano &a.&a.

Angel, sonriendo—No! entre hermanos solo conviene en casos tales, la palabra *honesta* de ambos: (que laguna vacia intermediaba aquella, palabra *honesta!)* por consiguiente, yo fio en ti, y fio absolutamente Antonio! Solo tomaremos una precaucion; y és, firmar un documento particular tú y yó, sin testigos y sin ninguna otra fórmula.

Antonio.—Pero tù no recuerdas que somos mortales, y que podemos entrar tú ó yó en el número de los elejidos para atravesar la laguna Estijia en la tenebrosa barca de Caron?....

—Anjel.—Como, hermano; te crees y me crees tan culpable como para llegar á tomar pasaje, con los diablos de Ovidio en vez de aceptar los del cristianismo?

Patarratas! ya veo que tu buscas subterfujios, para

no manifestar abiertamente tus temores, pero comprendo que los tienes.—Necesitas de algunas otras seguridades? Quieres que le escriba á Rolschild para que me asegure un crédito con su firma?

Antonio se sonrió con cierto desabrimiento.—Vamos, prosiguió Anjel, usando de la misma fórmula que usó con Alfredo;—el tiempo se vá; seamos esplícitos;—aceptas? si, ó no....?

Antonio tendió los ojos ácia los horizontes, como hombre que nada espera de la tierra y que sin saberlo realmente, hay algo que se lo revela. Pero los horizontes, estaban vacios, mucho mas para una imajinacion seca completamente para la divina poesia de la fé en el bien y la esperanza: y desorientado del consejo necesario para no errar, contestó errando.

—Acepto.

Anjel.—Aceptas todas las consecuencias del negocio, buenas ó malas: negocio que dirigirás á tu antojo?

Antonio.—Acepto.

Y Anjel habia sacado su cartera, é iba escribiendo, desde estas preguntas hasta finalizar sin duda.

Antonio le miraba sorprendido.

Anjel.—Sin reclamos de ningun jénero?

Antonio.—Sin reclamos.

Anjel.—Determinando el 1º del próximo més para la 1ª confeccion de cuentas pues apenas estamos á 4 de junio.

Antonio.—Está bien.

Anjel.—Intereses partibles, ganancias partibles sobre cantidades mutuas de diez mil pesos, que forman un total de veinte mil pesos.—Los diez mil tuyos saldrán de la caja Lemaitre y compañia?

Antonio.—Sí.

Anjel—Sin admision de tercera persona en responsabilidades de tu parte?

Antonio.—Sin responsabilidades de tercera persona por mi parte. Bien; y por la tuya?

Anjel.—Por la mia ya és otra cosa, pues como yo pon-

go el todo por el todo en tus manos, es necesario que me concedas algo.

Antonio.—Sí: admito en cualquier momento, un responsable por tí, adecuado á las ecsijencias de los casos.

—Bien: ahora solo falta un requisito dijo Anjel acercándose á Antonio y acabando de estampar la última *s.* para significar "*casos.*"

—Cuál?—preguntó Antonio tomando el lápiz y la cartera que le presentaba su hermano.

—Tu firma.—dijo sencillamente Anjel.

Antonio detuvo un momento el lápiz en su mano, mientras que con ojo investigador, ecsaminaba las pocas letras, que mas que un contrato eran una simple conversacion. Despues de haberle leido, firmó al pié de este modo.

"Antonio de Paula Picotti." y devolvió á Anjel, cartera y lápiz; mas este pasó los ojos por la firma, y dijo:

—Hay que agregar aqui;—"jerénte de la casa introductora de Lemaitre y compañia en Chile (la fecha yo la pondré) añadió con indiferencia; pero tu ves que tu firma en los términos que yo la escijo és la única garantia que tu puedes ofrecerme y que yo debo de aceptar.

Antonio observó.

—Hace un instante, que no ecsijias mas garantias que nuestras *dos honestas palabras de hermanos*"—Ahora me prescribes hasta de la manera que he de firmar!—Sea en hora buena!—y agregó aquellas palabras, ecsijidas, en la hoja escrita de la cartera; la cual volvió á entregar por segunda vez á Anjel. Este pasó los ojos por ella y colocando el lápiz en ella, la guardó en la faltriquera, como la cosa mas natural, mientras respondia á Antonio.

—Dime; tu llamas ecsijencia á *estractar*, por solo documento, una conversacion?—Llamas ecsijencia, á clasificar ciertos puntos, que sin ellos, desaparecia toda empresa; toda razon y fundamento de empresa?

—Antonio.—Bien! bien: lo veo!—pero firma tú á mi lado siquiera; firmemos juntos esa conversacion por que he notado que falta tu nombre en ella.

Anjel.—Si yo soy el que la redacto no basta mi letra?—

Ademas, prosiguió con una marcada indiferencia yo no he formalizado un contrato, pues para eso era necesario un testigo ó dos dejando por mencionar las fòrmulas consiguientes, de éstilo; mas si tú juzgas, que *ese* ó *esos* dos testigos, son necesarios en este momento. . . .

—Ola, Velasquez!—dijo dirijiéndose con la mayor desenvoltura, á un jóven que pasaba cerca de ellos, y que era uno de los tantos amigos de sociedad de Antonio y Anjel—Escuchad dos palabras.

El jóven saludó y se acercó:

Antonío aturdido esperaba el resultado de aquella imprevista idea.

Anjel prosiguió:

—Amigo se necesita una firma instantánea en un negocio de familia, que Antonio, por estremo de delicadeza, no le quiere empezar, sin testigos. El asunto en fondo, és el siguiente. Yo entrego una cantidad de diez mil pesos á Antonio que coloca otra igual para la práctica de un negocio mercantil, á voluntad, la clase de él.
—Vos sois testigo de este simple contrato de hermanos, sin responsabilidades, por consiguiente?. . . .

—No tengo inconveniente; respondió Velazquez, y firmó pasando apenas la vista por lo escrito, que era la conversacion estampada por Anjel en la cartera. Antonio, instintivamente, se habia inmutado tanto, al acabar de firmar Velasquez, que iva á decir.—"No firmeis!"

Pero la mirada fija y profunda de Anjel, contuvo la palabra sobre sus labios, y se contentó con escuchar sinplemente, aunque muy ajitado:

Anjel:—Gracias Velasquez.—dijo con una naturalidad sorprendente:—esta ceremonia era necesaria, no para satisfacer ninguna ecsijencia, sinó para garantir el porvenir, de ambos de cualquier accidente:—Es verdad Antonio?

Este respondió sin saber cómo.

—En efecto: no hay otra razon Velasquez.

Velasquez que era simplemente, uno de los tantos conocidos que se llaman amigo, por capricho de la verdad;

se alejó de aquel sitio despues de haber hablado un poco de negocios, un poco de política, y un poco de crítica social. Anjel se sonrió al verle alejar y dirijiéndose á Antonio le dijo con sencillez.

—He ahí cumplido tu deseo! Ya hay un testigo;—quieres otro....?

Antonio estaba en esa mala hora, en que con nada se acierta, y todo sale al revés; así respondió sin darse cuenta:

—Basta con uno! basta!

Anjel.—Luego ya no hay nada que agregar? Recuérdalo bien!

Antonio se puso un dedo en los labios, como vulgarmente se hace cuando se quiere traér á la memoria, algun recuerdo; y respondió despues de un rato.

—Nada: tu tienes confianza en mi, como yó en tí: estoy satisfecho:—Cuando traés el dinero?

Dentro de seis horas á mas tardar.

—Adonde?

—A tu escritorio.

—Sin testigos.—dijo Antonio como si volviera sobre sus dudas.—

—Sin testigos repito!

—Sin estender el contrato en papel sellado &. &. volvió á insistir Antonio.

—Sin fórmula ninguna!—repitió Anjel.

—Convenido!

—Convenido!

—A Dios!

—A Dios!

Se despidieron pues, tomando, la direccion de su escritorio Antonio: y Anjel la de su habitacíon. Este entró se sentó—pues primero atendia á su comodidad que á otra cosa—y empezó el diálogo de costumbre con su *yó*, sacando su cartera y ecsaminando lo estipulado.

—Ya cayó ese pájaro que se decia tan soberbia cosa en el arte de intrigar!

Ahora yo te respondo de la seguridad de la trampa,

pués el resorte solo yo se manejarle, y de cierto que á nadie le confiaré!

Veamos de probar ahora un tipo de escritura completamente mercantil, que no se parezca al de mi escritura: que no infunda sospechas de una intriga á Lemaitre y que al contrario, sirva con el sentido de cada palabra escrita, para la realizacion de mi obra. . . . y la de Alfredo—añadió sonriendo de una manera irónica.

—Veamos!—tomó una pluma; la sacudió mas de una vez con calma; y en seguida la dejó para ecsaminar un juguete de plata cincelado estilo Luis X V. como si por la primera vez le viera, y dijo como si hubiera olvidado su principal idea:

—Vaya, vaya con Mr. *Durand*, que ha tenido un acierto raro en las posturas, las formas y todos los accesorios que forman el cuerpo del asunto de este grupo!—Que viveza! que naturalidad, que gracia! Están representados estos muchachos con una firmeza, con un estilo y suavidad, que parece mas bien que la mano de la naturaleza fuera la que hubiera hecho la obra, en vez de la del hombre! y....súbitamente; como si le asaltara una idea, que él entretenia inacabada áun, en el fondo de su mente, y que hubiera concluido su creacion instantáneamente; dejó eljuguete, tomó la pluma; y empezó á escribir.

Como Anjel fué nuestro buen amigo, nos permitirá, ó nos perdonará (aceptamos cualquiera de las dos cosas) que copiemos lo que escribia en aquel momento, con letra francesa, bastante bien ejecutada.

"Chile 5 de junio.

"Monsieur Lamaitre,

Los amigos verdaderos, se ignora siempre donde ecsisten. Los amigos ficticios estan en todas partes.—A vos os ha sucedido esto, con *alguno* de los que con preferencia habeis elejido como bueno. Pero al fin, esto no és del caso; solo se trata, de que sepais á punto fijo, que

vuestra fortuna se la lleva Satanás sinó poneis un dique á los derroches de ese *alguno*, que ha tenido la habilidad de comprometer cerca de vos inmerecidamente á un hermano: de malquistar una esposa fiel con su esposo; de hacer infeliz á una madre, y por todos esos daños, haber obtenido una confianza ilimitada, mas injustificable, por parte vuestra!. . . .

—Quien és?—Escuso nombrarle por que demasiado lo sabeis: pero se os esplota, Monsieur; se hacen negocios leoninos, con los dineros de vuestra caja, sin vuestro consentimiento. El que asi os habla, tiene una firma de ese tal, en su cartera, que equivale á veinte mil pesos, en conjunto de una parte y otra: y si dudais, pedid datos; se os enviaran orijinales; entendlo bien! orijinales!— teniendo en ese caso el dueño de ellos, que os habla, derecho de propiedad, en todos tiempo, pues le cuesta á muy alto precio.

"Ademas; leéd los borradores adjuntos, y creo que reconocereis la intriga de que sois víctima.—Esos borradores, servirán para intelijenciar vuestro juicio respecto de ese individuo, á quien habeis fiado vuestro porvenir; vuestra fortuna; por el cual habeis dejado sola en la vida y espuesta á todo, á una esposa noble y buena!

"No tengo mas derecho, sin embargo, que el de la amistad, Mr. Lemaitre; pero creo que és bastante para tomar la iniciativa en un asunto en el que vá vuestra felicidad, la de vuestra hija, y la de vuestra esposa!—Leéd y juzgad; juzgad y proceded!

"Si dudais, os repito, que pidais las pruebas mas dificiles; todas las tendréis; pero entendedlo una vez por todas!—El que no és buen hermano no puede ser un buen amigo y mucho menos. . . .*honrado comerciante!*

"*Un amigo verdadero.*"

Anjel dejó la pluma para observarse á si mismo, despues de escrita la sentencia contra el hermano; pero como Anjel tenia un espíritu vasto en el límite del mal; se remitió al porvenir, en eso como en todo; encerró prolija-

mente en un *envelope* el anónimo sin sellarle, y los borradores firmados por Antonio en la trama contra su hermana, de que ya hemos hablado, y que esplicarian por si solos al mas dudoso la verdad que Lemaitre ignoraba; le guardó en su cartera, y pasó á ver á Alfredo.

Este habia salido; y el anciano Martin, fué el que le recibió en el salon, advertido de antemano por Alfredo de la posibilidad de que fuera á buscarle en su ausencia de unas cuantas horas. Martin habia recibido esta órden espresa de Alfredo.

—Martin; cuando venga el Sr. Anjel Picotti á verme, y yo no esté en casa, recibidle; y sin investigar el objeto á que venga (en cualquier caso), ved si debeis integrar una cuenta que tengo con él; en este punto, tratad de saber simplemente la cantidad que ecsije y entregadla."

El anciano empezaba á dár cumplimiento á lo ordenado por Alfredo, recibiendo en ausencia de él, á Anjel Picotti. Anjel sentándose en un sillon.

El Sr. Alfredo de Riera...?

Martin, mirándole al soslayo.—Ha salido al campo.

Anjel.—Al campo! sin dejar nada dicho para este servidor vuestro?

Martin—Ignoro completamente quien sois, y en este caso....

Anjel—Anjel Picotti servidor....

El anciano se inclinó en silencio, pero su rostro se puso pálido. Anjel involuntariamente, notó aquel cambio, y creyó oportuno, necesario, justificar la razon de él, para su propia intelijencia.

Anjel—Nada ha dejado el caballero Riera indicado para mi? (fijos sus ojos en el semblante del anciano.)

Martin—Sí, precisamente por una indicacion suya, és que os recibo yó....que ademas me honro....—añadió como por fuerza.

Anjel lo comprendió, y pensó:

—Quien és este viejo, y por qué me tiene esta preve ncion?....Lo veremos!

Y dirijiéndose al anciano, con tono amigable le dijo:

—Gracias—Y cuales son las indicaciones (si permitis) del caballero Riera para mi?

El anciano reflecciónó un momento y en seguida respondió.

—Me encargó tanta discrecion y delicadeza cerca de vos, que me perdonareis si callo las instrucciones, y espero simplemente....vuestras órdenes.

Anjel sintió bañarse su rostro inopinadamedte de un vivo encarnado al sonido de aquellas dos palabras: "vuestras órdenes"—pero trató de defenderse de la alegria que ciega venia como si fuera una enemiga á denunciar el delito de una ambicion humana.

El anciano observaba á su vez y notó el cambió de aquella fisonomia; mas inclinó los ojos acia el suelo y esperó á ser interrogado.

—Anjel— Seré indiscreto caballero si os pregunto vuestro nombre de familia?

El anciano volvió á levantar sus ojos penetrantes sobre la frente de aquel hombre atrevido; y respondió con indiferencia.

—Mi nombre de familia puede ser un secreto caballero: por consiguiente el único por el cual soy conocido, es el de Martin que yo amo tanto, pues és el que me dá Alfredo!

El anciano pareció conmovído al nombrar á Alfredo.

Anjel observaba.

—Perdonad—añadió—yo no toco los secretos! Veo que amais entrañablemente á Alfredo: que sois para él mas que todo un padre, un amigo! Lo creo y lo comprendo. La simpatia, es uno de los santos misterios de la vida del sentimiento; y de la vida de la creacion—Quién dudaria sin blasfemar de Dios de esta verdad?....

El anciano callaba: parecia que la idea negativa á la que Anjel trataba de encomiar; irritaba el corazon noble y altivo de Martinen aquel momento; y Anjel esperto como era, lo entendió.

—Cuando volverá el Sr. Riera?

—Hoy á las siete de la noche.

—Podré verle entónces?

—No tengo indicaciones sobre ese punto;—respondió con una ecsatitud digna de un conocedor del corazon humano, que al través del rostro, vé el alma. Anjel hizo su jesto habitual, y jugó como por desquite con una de sus vanidades;—la cadena del reló.

—Bien,—respondió incisivamente, tomando su sombrero—me será necesario volver para saberlo!

Martin.—No tanto caballero; disponed de mi: dadme órdenes (acentuando la frase) yo puedo *realizarlas*.

Anjel—No, ante todo necesito ver á Riera; decidle que és un asunto que le interesa *vivamente*. . . . El os entenderá!

Martin—Bien, cumpliré esa comision.

Anjel—Servidor [despidiéndose.]

—Martin—Lo soy vuestro.

El anciano quedó solo, pensativo, y compulsando todos los detalles que habia observado en el rostro, en la voz, en el sentido de las palabras de aquel hombre.

—Qué habrá entre él y Alfredo?—decia.—A mi entender este hombre, esplota su fortuna;—mas, de que medios se vale?—Qué artificios habrá podido presentar, á la razon clara de Alfredo, que asi ha logrado engañarle?. . . . Alfredo! este ser que para mi, és mas querido que un miembro de mi cuerpo, pués que le perdería por él, si fuera necesario!—Alfredo engañado, y yo no me levanto como un coloso, para evitarlo!—Yo no rompo el corazon dañado y vil, que viene á herir el suyo, tan noble, tan leál, y tan jeneroso ! Dios mio!—añadia el anciano con las lágrimas en los ojos:—su pobre madre me dijo al morir:—"Ahí queda mi hijo: mi único bien sobre la tierra! Cuidale y ámale como si te perteneciera de sangre, pués tú le has cuidado y le has amado, desde la niñez !

—Y asi lo he hecho! he velado por él, he sido su me jor amigo, he cuidado de que su alma, se educara bajo el precepto de la humanidad, y él, corresponde á este santo

cariño! Y yo, Dios mio! yo le bendigo dia por dia, hora por hora de mi vida!

—Mas—Quién és este demonio que se cruza en su camino para tentarlo?. . . . —añadia con calor—Por qué siento esta repulsion amarga contra él?—por qué no me ha inspirado la impresion agradable y tierna, que me inspiró aquel sincero amigo, aquel hermano mas bien, de Alfredo, Claudio Prado?—Qué hombre!—que virtudes! que corazon tan bello!

Y morir por una pasion; por una mujer ingrata! Eh ahí los secretos de la Providencia.

—Pero dejemos á los muertos en sus tumbas! Veamos lo que hai que hacer con los vivos.

Hablaré francamente con Alfredo,—decia como refleccionando—no de la manera que lo hize el primer dia que ví á ese hombre cerca de él, en el cual solo le espresé la rara impresion que su presencia me habia hecho, y el presentimiento de que le seria fatal!—Sinó con la espansion, con que un padre habla á su hijo. Le mostraré el camino funesto, que sin saber por qué, entreveo para el si sigue, ese hombre á su lado. . . . le diré!. . . .

Al ir á acabar su pensamiento, el lijero rodado de un carruaje, se dejó oír en el enlozado del patio bajo; y el anciano creyó reconocer el cabriolé de Alfredo. En efecto, era él que volvia del paseo solitario á que habia ido, mucho antes, de la hora designada por él á Martin.

Alfredo penetró en el salon, sumamente pensativo; y se encontró con el anciano, que de pié, esperaba su presencia. Alfredo le miró tristemente y le díjo.

—Amigo mio!—Vos aqui?

Martin.—Si hijo mio! pués sabeis que para mi lo sois! Acaba de irse una persona que os interesa y. . . . . .

Alfredo, interrumpiéndole—Quien? Anjel Picotti?—Me ha dejado algun billete?—algo en fin. . . . .

—Martin.—Nada sinó la espresion de la necesidad que de hablaros tenia

Alfredo, ajitado.—Fatal paseo! siempre que me dejo arrastrar de una vaga impresion, me asalta algo en la vi-

da, terrible, indescifrable!—y cosa rara! el corazon me lo decia!—Y *ella?*—no ha dicho nada de ella?. . . .

Martin, sorprendido—De quien, Alfredo?

Alfredo—Que dije?. .

Y se pasó las manos por la frente, como si la abrazara un cúmulo de diversos pensamientos.

Martin.—Habeis dicho *Ella;* y yo no sé á quien os referis.—Tiene por acaso, ese hombre alguna hermana. .?

Alfredo, que como todo el que ama tiene necesidad de hablar del objeto de su cariño, respondió:

—Si Martin! tiene una hermana!

Martin.—Y la amais Alfredo?

Este se acercó, tomó las manos del anciano, y muy conmovido le dijo:

—Martin! Vos sois mi segundo padre; á vos que habeis cuidado de mi fortuna; de mi salud, de mi educacion y de mi vida; á vos que habeis amado tan desinteresadamente á mi cara madre; á vos, fiél y noble amigo, puedo confiaros el secreto de mi corazon!

Por las mejillas del anciano, se deslizaban esas lágrimas, que en el primer periodo de un suceso desgraciado, vierte el corazon, como si cada gota, fuera el simbolo de un doloroso presentimiento.—Alfredo prosiguió.

Lo creereis? La hermana de ese hombre, de ese Anjel Picotti, á quien instintivamente odiais Martin; esa mujer, fué la prometida de Claudio Prado!

Martin, ajitado.—Y á esa ingrata amais vos Alfredo. .?

Alfredo.—No á la ingrata, adolescente virjen; sinó á la noble y casta mujer; á la esposa y madre intachable, á la joven santificada por el sacrificio del alma!

Martin—Entonces no es la misma.

Alfredo—Si Martin, la misma! Inés la mujer amada por Claudio Prado! por aquel ser privilejiado! la misma belleza; solo que Claudio la perdió vírjen intocada, y yo la encuentro esposa y madre.

El tono amarilloso de la piel del rostro de Alfredo en aquel momento, manifestaba la clase de sensaciones que ajitaban su alma, y el anciano lo comprendió.

—Sentaos hijo mio, le dijo oprimiéndole las manos:—sentaos al lado del pobre viejo Martin, que os ama tanto, como os amaria vuestro propio padre! Abridme vuestro corazon ; contadme esos dolores secretos que yo he sorprendido, sin encontrarles un nombre, de tiempo á acá, en vuestro semblante, en vuestras menores acciones. Hacedme conocer nuestro destino; decidme, que tiene que ver, con el de ese hombre, cuya presencia se me figura que és como la del plomo cerca del oro; una anomalia!—Como la cercania del diablo diré mejor , cerca del anjel de la esperanza !

Y el viejo contemplaba el rostro varonil y triste de aquel hombre jóven, rodeado de una brillante fortuna; hermoso como el Apolo de M. Barbedienne, sombrio como el *Pensador* de Gechter, sin encontrar el anillo jiratorio y májico de la gran cadena del destino humano que debiera fijar su camino ; es decir, su felicidad sobre la tierra !

El anciano habló.

—Y bien, hijo mio! decidme todo, y si necesitais consejos de la edad, de la esperiencia, pedídmelos: porque consueios los tendreis á placer ; pero desahogaos! yo no veré en vos como siempre, sino un hijo, un amigo desgraciado.

Alfredo—Si Martin, y tendreis razon de no ver sino un desgracíado, al cual Dios le ha dado oro á manos llenas, para hacerle palpar mas groseramente su miseria, su impotencia !

Yo amo!—pero sabeis como amo Martin ? profundamente!—le decia como si aquella confesion aliviara su alma comprimida por el secreto—amo sin esperar compensacion, sin creér en nada, sino en la fatalidad que me arrastra! y cuando intento detener los ojos en el abismo que se cruza bajo mi planta, veo estínguirse completamente en este oásis desierto, el prisma tentador de mis mas bellas ilusiones.

Yo,—ó mas bien mi corazon—furioso de hallar un obstáculo, rompe entonces en alaridos secos y profun-

dos; y con los golpes de su dolor prepotente, obliga á los sentidos á hacerse negativos completamente, á la luz de toda revelacion.—Lo oís bien amigo mio? Este es mi estado: esta és la verdad. Yo os hablo, como solo me atreveria á hablar á Dios y á mi mísmo.

Despues de esta confesion, comprendereis fácilmente lo que serán para mi riquezas, juventud, pláceres del mundo; y todas las mujeres juntas ó separadas, por bellas que sean, en este inmenso panorama de la vida.

—Amo á Inés: la he amado sin saber *como*, ni *por qué*. Antes de conocerla, la soñaba bajo la forma, no espléndida y provocativa del deseo; sino bajo la forma suave y maravillosa que el infortunio dá á la mujer jóven y hermosa, que cruza equivocada una senda por otra de la vida. La conocí y la amé indeliberadamente, tanto cuanto la veneré desde entonces.

—El sentimiento pues, solo ha cambiado de traje. La vestidura de la ilucion celeste se há trocado por la vestidura real y perfecta de la belleza humana en toda su plenitud: valoro las dos; y entiendo que esta última ha subido de precio para mí, y que todo el sacrificio íntimo de mi corazon, de mis goces, no viene á ser sino un pobre tributo á ese artístico trabajo de la naturaleza.

—Qué hacer?—añadía, como si aquella refleccion hubiera quebrado nuevamente alguna espina de las que martirizaban constantemente su corazon.—Si lucho, triunfará de mi voluntad, el sentimiento íntimo, el dolor, la desesperacíon, el destino! Nada!—Dejemos que bogue la barca de mi vida como Mortimer y Stors hacen navegar la barca de Shakespeare en el occéano sin fondo y sin límites de la poesía!—El límite sin fondo del occéano de la mia será. . . . la esperanza. . . .

Martin.—Ella entreabre recien para vos, como las bellas flores de la primavera, su cáliz perfumado de amores, de ventura y de íntima felicidad.

—Mentira!—dijo levantándose y paseándo á grandes pasos el salon.

—Yo he pronunciado la palabra esperanza, sin con-

viccion. Yo estoy como un cadáver para la felicidad, y sobre esto no hay que engañarse! Esa mujer jamás será mia, pues es de otro! Ademas, ella ignora este amor que abruma mi alma; que absorve todas mis facultades; y.... lo ignorará siempre!

Martin—Y por qué?

Alfredo—Ved mi destino! Siento la necesidad indecible de verla irreprochable delante de mí; ante ella; ante el mundo!

Martin—Eso es vanidad!

Alfredo—Eh ahi la humanidad! A las inmaculadas creaciones del alma abnegada del sentimiento invencible, se le busca la traduccion mas pequeña y absurda! Vos acabais de entrar en este instante en ese número. Mas respondedme.—Si yo marchitara con mis propias manos las flores de la corona que adorna su frente, de fidelidad y sacríficios,—donde encontraria altar el culto; donde encontraria el culto imájen? Desde que yo habia roto el eje de diamante, que hacia jirar el globo de mis iluciones; desde que yo arrebataba á la madre en la esposa, y hacia condenar á ambas en la mujer,—que juzgariais de mí. . . .?

Martin, que solo veía y queria la felícidad de Alfredo, respondió.

—Pero entonces quereis morirte por ella como Claudio Prado?

Alfredo reflecciouando—No!—Yo creo que viviré para el tormento de ella y el mio, largo tiempo aún sobre la tierra!

Morir seria mas fácil, pues la impiedad arma el brazo del suicida, al que de cierto Dios le deja en un momento fuera de su proteccion.—Pero como se muere sintiendo el calor irritante de ese poder que puede mas que la *nada*, cuando ecsiste la sensacion que fecunda con su universal esencia la creacion, los seres, y que se llama amor?—

—Como morir cuando la juventud lucha con el frio de

las tumbas ; la luz con la sombra ; el movimiento ajitador del espíritu, con la calma inerte de la materia sola. . . .?

Martin.—Alfredo, Alfredo !—Quieres que yo vea á Inés ?

Alfredo pareció sorprendido de la tiniebla del miedo, y respondió—

—A *ella*, á *Inés* ! y para qué ?

—Martin para conocerla !

—Y si no sois prudente, y por no serlo Martin, perdeis la amístad de Alfredo para toda vuestra vida ?

El anciano se puso lívido : á su vez sintió el miedo de perder á aquel ser tan noble y grande, y respondió—

—No Alfredo mio! no! tu cariño es para mi lo que el movimiento á los mares; su vida ! lo que és á las flores el sol, el rocio y la tierra; necesarias;—me abandonas; el pobre viejo se vá de este mundo!. . . .No! yo quiero ver pues, á Ines para conocerla; para saber si vale lo que dices, si te merece; si és digna de esa abnegacion tan superior!—lo consientes ahora? dudas de mí?

Alfredo se acercó, y con una de esas sonrisas inesplicables, que podria llamarse sonrisas de placer y de dolor, le dijo.—Si, Martin: conocedla; yo tambien tengo ese deseo: ese hombre Anjel Picotti, su hermano os conducirá: yo os daré mis instrucciones, y como cuento con que sois un anciano prudente, intelijente y bueno, entiendo que me conservareis en ese anciano al amigo y al segundo padre, que amo y respeto tanto !

El anciano iba á responder, cuando apareció un criado á la puerta, anunciando al Señor Anjel Picotti. Alfredo dió órden de entrada, y Martin la recibió de permanecer por un instante mas.

A poco, Anjel Picotti apareció con la notable tranquilidad, que aparentemente le caracterizaba siempre.

Caballero—dijo dirijiéndose á Alfredo. Este se puso de pié, y contestó llanamente al saludo.

Martin esperó á que se dirijiera á él, pero el recien llegado pareció no haber notado su persona: el anciano tradujo ese descuido de este modo:

—Quiere sacar partido de mi amor propio ofendido; no lo obtendrá!—y empezó á pasearse por el salon. Entonces Anjel se dirijió á él—perdon Señor, dijo, no os habia notado.

El anciano, con suma naturalidad le respondió—Ni yo á vos! y siguió su paseo.

Anjel volvió á su asiento sin manifestar que estaba mortificado; mas Alfredo lo percibió, notando por la primera vez sobre el rostro innoble de aquel hombre, el jesto delator del inmenso recinto del mal en que fluctuaba su alma. Anjel sin embargo empezó la conversacion.

—He estado á veros caballero, y me recibió *ese* señor, (señalando á Martin,) que no sé como debo de tratarle pues ignoro si és vuestro amigo vuestro dependiente ó..

El anciano escuchaba paseándose aquel insulto: el rostro se le enardeció: iva á responder á la injuria; pero reflecciónó que si Alfredo le amaba, Alfredo haria su deber. En efecto esta fué su respuesta.

—Caballero; cuando un hombre como ese (señalando á Martin) con una noble y venerable cabeza adornada de canas que no tienen la mancha de un remordimiento, está al lado de un hombre como yó; queda por entendido, que ese hombre, si fuera un dependiente, su primer titulo deberia de ser el de amigo: pues és demasiado anciano para solo haber obtenido el primero sin haber sabido conquistar el segundo.

Anjel quedó por un instante, como anonadado, pero bendiciendo á Dios de saber á que atenerse en adelante.

Asi, maniobró contra el viento, y respondió:

—Me perdonareis si he sido torpe—pero que quereis? me ha parecido que era un medio de saber lo que no me atrevia á preguntar, directamente y que acaso lo tomariais como una mera curiosidad.

—Sin embargo; podiais haber recurrido al medio mas seguro, que és el mas noble—el de la verdad!

Anjel palideció, y corrió por su frente este seco pensamiento de duda—Si me habrá comprendido? pero pro-

siguió bajo la chapa de carne, que la naturaleza habia puesto como careta de su alma.

—Es verdad! el hombre yerra á veces en débiles cosas y acierta en grandes hechos! os daré una prueba de mi arrepentimiento---dijo, con sencillez levantándose y acercándose al anciano que seguia meditabundo su paseo.

—Caballero—He sido victima de un error no alcanzando el sitio que ocupabais cerca del Sr. Alfredo de Riera: ahora sé que sois su mejor amigo, y yo vuestro servidor muy atento.

El anciano le ecsaminó friamente, y respondió—Alfredo és mas que un amigo para mí; ocupa en mi corazon, el lugar de un hijo!—mis cuidados no se reducen á amarle solamente, caballero; sinó á evitarle *toda clase de mal. . . . .!*

Anjel entendió la reticencia; pero sacudió la intencion del viejo, é hizo de la necesidad virtud, respondiendo con disimulo.

—Ya se vé! En eso consiste el verdadero cariño! Os felicito, y felicito á Alfredo, por haber hallado en el mundo un segundo padre!

El anciano prosiguió su paseo refleccionando—O este hombre és un necio, ó un desalmado!

Anjel hablaba ya con Alfredo.

—Necesito estar solo con vos.

—Alfredo—ante todo, quiero que hagais conocer á vuestra hermana por este anciano que és mi padre! mi amigo!

—Anjel—Y cuando?

—Alfredo—Hoi á la noche.

Anjel—Y con que pretesto para ella?

— Alfredo—Con la verdad.—El me és necesario; es mi cajero: vos en cualquier caso necesitareis veros con él si yo falto, en un momento dado; él hará todo lo que yo haria pues tiene mis órdenes. Ademas, él le dirá á Inés que yo le envio en mi lugar, para quitarle todo jénero de sospecha y quitárselas al mundo sobre todo! pues un anciano no podria infundir ideas contra el honor de [illegible]

jóven. Ella será mas espansiva con él sobre cualquier punto y....

—Anjel interrumpiéndole—y vos no pensais verla mas? dijo como si temiera que faltando la presencia de Alfredo, sus cálculos se los llevara Satanas por medio del anciano.

Alfredo—Para qué ? — Mi presencia puede empeorar la situacion de vuestra hermana, y yo trato simplemente de salvarla!

—Anjel—Yo os he garantido todo, y creedme, no acostumbro decir nada de mas. Vuestra presencia conviene por qué és necesario vuestro raciocinio cerca de Inés; ese anciano, decia bajando la voz—aunque ós ama con delirio, no ós sabrá representar tal cual sois.

—Alfredo se sonrojó por qué habia en las palabras de Anjel, un tono imperceptible del galante cumplido; por qué se acordò de Inés y el amor propio irritó su sangre.

Anjel lo observó y dijo—esto promete! y prosiguió—Ecsijo que seais vos el que manejeis este asunto esclusivamente, sin intervencion de ningun otro individuo, pues de otro modo me retiro

Alfredo—permaneced! yo no habia puesto un tercero ilegal: conozco á ese anciano: sé lo que vale! y mis secretos en su pecho, tienen la cubierta que cubre la tumba!

Anjel—Alcanzo esa fé; ese respeto: pero respetad vos mis condiciones—Solos entramos, solos deberemos de concluir.

Alfredo—Está bien, y teneis razon; retiraré mis órdenes á Martin, y quedaremos como estabámos.

Anjel—Gracias, asi proseguimos. Ahora escuchadme! Sacó en silencio la cartera de su bolsillo, de ella la carta anónima para Lemaitre; de entre ella estrajo los dos orijinales escritos de la mano de Antonio de Paula y con su firma al pié (segun la ecsijencia y cálculo de Anjel,) y desdoblándolos dijo á Alfredo :

Aqui teneis las piezas justificativas de la intriga, y él autor de ellas: leedlas con atencion.

Alfredo inmutado tomó aquellos papeles que empezó á leér en silencio, mientras que Anjel observaba el

rostro de aquel hombre bello, noble, é inocente, víctima de los lazos de la mas negra y estúpida calumnia.

—Gran Dios! dijo Alfredo dejando caér los brazos con desaliento—y las palabras de la infamia se pueden vestir con el traje del amor y de la santa esperanza! y yo pude haber visto verdad en la mentira; luz en la sombra; el paraiso en el lodo!

—Gran Dios! como está viciado el corazon humano, y como és verdad que el hombre puede ser traicionado en la hora mas inesperada de su vida!—Sin embargo, qué mal he hecho á nadie yó?—qué mal les he hecho yo á ninguno de esos séres, cuando ni les conozco?—Fué bastante razon haber visto á una mujer una sola vez, haberla dicho unas cuantas palabras, y haber desaparecido para siempre de mi?....De qué tendrán el corazon esos malvados?—dijo apretando los puños y alzando la voz.

El anciano que se habia retirado á la galeria esperando las órdenes de Alfredo, pero desde donde escuchaba perfectamente la conversacion, se presentó en silencio como si aquel fuera el momento indicado.

Alfredolo miró; dudó un momento, sobre lo que deberia de decirle y al fin, con la voz conmovida por el esfuerzo de un triste mandato, le dijo:

Amigo mio! Volved dentro de una hora! Martin se retiró, fijando una mirada intima y larga, en Anjel que pareció no haberlo observado.

Anjel.—Proseguid, le dijo recibiendo el papel funesto que Alfredo le presentaba. Alfredo siguió la lectura de la segunda pieza justificativa. Cuando concluyó le dijo á Anjel, tratando de parecer tranquilo.

—Y que pensais hacer con esto?

Anjel presentó en silencio la carta anónima á Lemaitre, y siguió observando la fisonomia de Alfredo mientras leia. Este concluyó y entregó la carta á Anjel el cual habló.—

Que os parece esa carta, colocandoos en el lugar de Lemaitre?

Alfredo—Indagaria su orijen: la verdad en fin!

Anjel—Cómo, estando tan lejos?

Alfredo.—Vendria inmediatamente si amaba á mi esposa, y resolveria por mi mismo ese problema, ya que habia sido tan torpe para creér lo que no debí de haber creido!

Anjel—Si!—Como siempre veo que ós remontais á las rejiones del sublime sin acordaros de que estais en el mundo! Esto favorece vuestro modo de ser moral, caballero y amigo pero no ós coloca en razon!

Alfredo.—Vos me alejais de ella por capricho segun creo; perdonadme esta suposicion hecha á vuestra juguetona manera de sér.

Anjel.—Os hablo racionalmente, y este és un asunto sobre el cual, yo no desearia entretener el tiempo que para su conclusion falta!

Alfredo.—Tanto mejor! Veamos vuestra opinion sobre el efecto que causará á Lemaitre este aviso puesto que le conoceis!

Anjel.—Tomará los papeles, los leerá con cachaza aparente; pero con una cólera secreta, pues su vanidad la emplea hasta con el mismo:—y tomará una determinacion en seguida.

Alfredo,—De qué jénero?

Anjel.—Del jénero mercantil, pero negativo y. . . . Antonio caerá!—añadió con la sonrisa ó jesto nauseabundo de las circunstancias supremas.

—Alfredo.—De nada valdria que Antonio cáyera, (y eso no és del caso) si la calumnia no queda demostrada!—respondió Alfredo con altura, y como ajeno á la idea de una personalidad aislada. Anjel lo comprendió y trató de borrar el vestijio que su falta involuntaria habia hecho en el espiritu de Riera.

—Ya lo creo! dijo — El objeto és vindicár á Inés: pero como para vindicarla es necesario que caiga el detractor; me anticipé á tocar en la causa, el arbitrio, por que creí que quedaba por entendido el resto.

Alfredo.—Bien: vamos al corazon del asunto—vendrá Lemaitre; se arribará á devolver la paz á esa familia?—Esto es lo que quiero saber puesto que ós he ofrecido mi

cooperacion absoluta. Al hacer esto, creo que cumplo un deber de amistad cerca de Claudio Prado que amó tanto á *Inés;* de conciencia, respecto de la humanidad: y como caballero, cerca de una mujer desgraciada !

Anjel—Noble y bueno!—Dijo con hipocresia, tomándole las manos amigablemente—Alfredo no respondió.

Anjel.—Lemaitre—*procede* con ese anónimo: Lemaitre viene !

Alfredo.—Teneis plena confianza?

Anjel.—Absoluta.

Alfredo.—En que ós fiais?

Anjel—En su carácter y en los medios empleados.

Alfredo.—Y, si ós equivocarais?

Anjel.—Me sucederia como á todo hombre que es falible en su juicio, pero cuya autoridad de datos y de razon sobre una cosa dada, le coloca en posicion de decir "creo!"

Alfredo—Es verdad!—todo és falible en la vida; todo! hasta la esperanza !

Anjel sonriendo.—Ese és el capitulo primero del libro de las enmiendas de la buena fortuna.

Alfredo:—Tratad de precisar el tiempo necesario para la conclusion del asunto.

Anjel reflección.—Sacó la cartera hizo varias apuntaciones esclusivamente para él; despues preguntó como un hombre sin memoria.—En qué mes estamos?

—En Junio, respondió Alfredo.

Aquel volvió á escribir, y al cabo de un momento dijo:

—Le doy por largo cuatro meses.

Alfredo—Cuatro meses! sí: és el tiempo necesario, y añadió—nada necesitais? nada os hace falta?

Anjel—Bien comprendereis que vuestra ecsesiva bondad ha ido mas lejos de lo que supondria cualquiera—Pero esas bondades hácia mi hermana, y esa confianza hacia mí, tendrán una recompensa honorable, y grande como la mereceis Riera!

Alfredo—Sin ambiciones yo renuncio á todo, si ob-

tengo volver á vuestra hermana su paz! Dejemos esto: prosiguió—y poned en práctica vuestra obra.

Si, respondió Anjel tomando su sombrero, y oprimiéndole la mano. Mas Alfredo pareció recordar algo olvidado y le dijo:

—Y qué, Inés no verá esos datos antes de que partan á Europa? Cómo quereis que el acusado no conozca sus detractores, ni los medios empleados contra ellos, ni los arbitrios de defensa que le ofrece la suerte?

Anjel refleccionó—Teneis razon, respondió:—esta noche se los enseñaré, mañana parte el vapor, hay pues tiempo.

Alfredo.—Si permitis—será en mi presencia, pués me habeis manifestado que la deseais en este asunto cerca de ella.

Sí, respondió Anjel con placer; á las diez yo vengo á buscaros.

—De acuerdo!

Anjel bajó la escalera, dejando pensativo á Alfredo. A poco rato, y sin ser esperado apareció Martin.

—Alfredo!—dijo acercándose á él.

Este levantó sus grandes y negros ojos sobre la cabeza venerable del anciano, y respondio:

—Amigo mio!

Martin—Sufris hijo mio?

Alfredo—Sufro; pero me conforta la idea de que Inés se salvará!

Martin—Hacedme conocer á esa mujer!

Alfredo—Si, esta noche á las diez preparaos. Anjel viene á buscarme, ireis conmigo.

—Martin—Y, ese hombre que me ha ofendido!

Alfredo—Ireis conmigo repito: el és una cosa secundaria en tanto: y ademas Martin, á un anciano respetable no lo ofende nadie!—Ireis....?

Martin vaciló un momento; pero respondió en seguida—está bien, iré!

Convenidos asi esperaron las diez de la noche. Alfredo

sentia la incorporacion inmaterial de la esperanza á las fibras de su corazon triste, entonces abatido.

Si me amará!—Se dijo un momento, contemplando su noble y esbelta figura en un espejo—y dígase lo que se quiera sobre esto; el mas refinado juicio de un hombre jóven, se irrita de ese golpe de fiebre, que se llama ilusion, porque propiamente dicho se ignora su verdadero, nombre al verse bello y jóven.

Alfredo—sintió por un rápido instante ese voluptuoso parasismo de la felicidad, y tuvo que sentarse un momento para aquietar su cabeza ó su corazon sumamente ajitado.

En fin: las diez sonaron, y Anjel no se hizo esperar ni Alfredo se detuvo sinó el tiempo necesario para empleár en decirle :

" Perdonad si me atrevo á presentar á Inés, á mi mejor amigo, y al que por toda eventualidad, puede en un caso desgraciado quedar en lugar mio en el asunto de que se trata.

Anjel contrajo su frente, y dijo :

Si vos lo disponeis, ya sabeis que aunque no consentiria que un tercero tomase parte en la manera de proceder mia esclusivamente: respecto de vos, solo me permitiria advertir la inconveniencia; mas como vos teneis tanta fé en el modo de ser de ese anciano....

Alfredo—con altura y firmeza :

Sí ! tengo fé, en mi mejor amigo y és necesario que Martin por todo evento, lo repito, conozca á Inés.

Anjel se inclinó ante la invariable voluntad de Alfredo —Este llamó á Martin, y despues de un frio saludo cambiado entre él y Anjel, salieron los tres á ver á Inés.

Inés estaba prevenida, y recibió á aquellos personajes de una manera significativa.

Alfredo, presentó á Martin en estos términos :

—Señora: Me hé tomado la libertad de presentaros mi mejor amigo en la vida, que és este anciano, porque en las ocasiones supremas, deben de ser supremas las medidas.

Este anciano señora, és el individuo de mayor confianza para mi; en cualquier caso, él me sostituiria, lo espero de la bondad vuestra, y él ocuparia mi puesto en el asunto que os pertenece, como lo haria un buen padre: —con el mismo calor y buena fé que yo mismo!—Este ha sído mi objeto al presentaros al anciano Martin Bertrand, que veis aqui.

El anciano de pié delante de Inés con su venerable cabeza un poco inclinada, esperaba la respuesta con cierta ajitacion. Inés bondadosa, y atenta como la verdadera mujer americana, que por los instintos de su naturaleza meridional, siente, y comprende la santa prescripcion de la fraternidad que se consigna en estas palabras del evanjelio—"Amad al projimo como á tí mismo,"—comprendió en la humilde postura del anciano toda la fuerza de una superioridad de alma, subordinada á la influencia de las fórmulas de la regla establecida; pero que luchaba en la inmensidad de si misma, con el espacio que la separaba de la vida inmaterial sin duda. Se acercó al anciano, y con voz afectuosa le dijo:

—Caballero: yo me considero feliz de ofrecer al amigo del Señor Riera, mi respeto y amistad. Vos no sabeis que esta inesperada visita alegra mi corazon?—Sentáos caballero.

El anciano alzó sus ojos resplandecientes del fuego dulce de la bondad profunda, hasta el rostro de Inés, y pareció que aquella fisonomia le habia cautivado:—el anciano respondió:

—Señora—aunque sois muy jóven para llevar ya, este título tan grave, comprendo que le habeis aceptado con orgullo:—En este caso, aceptad tambien que un anciano os dé ese honorable título. Yo he solicitado conoceros; no sé que atraccion secreta me arrastraba ácia vos.—Aceptais mi respeto y mi admiracion?

—Inés—Aceptad mi amistad noble anciano, y creeré que mi destino no és tan ingrato.

Martin—Creo que sois una mujer escepcional; bien me lo habia dicho Alfredo!

—Inés, sintió la tinta roja de la incógnita verguenza, que irritaba subitámente sus mejillas sin saber porqué.

Anjel lo observó: Alfredo lo sintió.

—Inés—Gracias señor.

Alfredo—Nuevamente volvemos á inportunaros robando á vuestra tranquilidad algunos momentos, para colocaros en el corazon del asunto que vá á desarrollarse, y ofreceros la posicion que antes teniais.

Y, dirijiéndose á Anjel que habia permanecido silencioso le dijo :

—Enseñad caballero á vuestra hermana, los medios con que contais para salvarla.

Anjel, se aprocsimó en silencio; estrajo de la cartera las cartas para Lemaître, y se las entregó á Inés, con estas palabras:

—No vayais á alteraros nuevamente, pues todo lo sabeis Inés; pero leéd con atencion esos escritos y dad vuestra opinion sobre el que vá anonimo á Lemaître.

—Inés, tomó los papeles en silencio y en la lectura de los dos borradores de cartas bajo su nombre á Alfredo, se la vió, palidecer, pasar las manos por su hermosa frente, como si la resignacion quisiera abandonarla, mientras que Alfredo decia desde el fondo de su alma.

—No me ama!—Es en valde esperarlo! Y cayó una sombra de melancolia sobre su espaciosa frente, que nadie observó sinó el anciano.

En fin; concluida la lectura de aquellos papeles, Inés les dobló entregándoselos á Anjel, y le dijo:

—Empiezas bien! Ojalá el resultado corone esos esfuerzos!—y dirijiéndose á Alfredo :

—Nuevamente gracias, Sr. Riera!

Entiendo que entrais vos en este detalle lo mismo que en todo el cuadro de esta accion jenerosa, como la cabeza, y el brazo del asunto!

Alfredo (con melancolia)

Aprobad simplemente el plan, señora, y mi alma quedará satisfecha!

En el acento de aquella voz habia una impresion tan

marcada de pesadumbre que sorprendió á Inés, é hizo sonreir á Anjel.

El anciano movió tristemente la cabeza.

Inés respondió.

—No solo apruebo caballero vuestro plan, sinó que valoro el sacrificio....

Alfredo—Sacrificio! Esa és una palabra estéril sobre la tierra! Investigad las persecuciones que han sufrido los que se hán abnegado en la vida por una mujer amada; (Inés se puso sumamente pálida) por un amigo; por una virtud austera; y encontrareis como yó, que el sacrificio es estéril aqui bajo!

Inés, con emocion.—Entonces negaís caballero la posibilidad de las recompensas humanas?—contais por nada la gratitud sin limites; la reciprocidad de los sacrificios......?

Alfredo.—Nada niego señora! Pero si dudo, que esas recompensas vengan graduadas al deseo ó á la oportunidad del que sueña con ellas....!

Inés.—Desconfiaís de Dios....?

Alfredo—No; porque le reconozco como autor de todo; pero dudo simplemente de que la esfera de mi destino sea como yo la ambiciono!

Inés—Sois jóven, intelijente, con una gran fortuna en vuestras manos, y libre sobre todo para elejir el *bien* de vuestra vida!

Alfredo repitió, con un acento profundo.—Libre! libre!

Anjel,—Y no lo sois Riera?

—Alfredo.—Esa revelacion la hará algun dia mi corazon á Dios!

Y tomando un aire digno, semejante á la espresion con que Collás describe el *Apolo* enteramente de su concepcion, añadió:

—Sr. Anjel; veamos de realizar lo mas pronto posible ese asunto que la situacion de vuestra hermana lo ecsije con premura; y creéd señora,—prosiguió dirijiéndose á Inés—que ós hé ofrecido mi amistad por la vida; mas si

yo muero antes de concluir mi mision—ahi ós queda Martin, mi mejor amigo; él ós recordará mi nombre algun dia!

Sin esperar respuesta, sumamente ajitado, tomó su sombrero y salió.

El anciano se despidió de Inés, que conmovida y asombrada, se veian reflejar en sus bellisimos ojos dos lagrimas—ella dijo al anciano:

Volved á verme dentro de tres dias!.

Anjel no oyó esta cita, pues habia seguido los pasos de Alfredo. El anciano prometió volvér y siguió á los dos.

Al siguiente dia, los datos justificativos, se habian puesto en el correo para su destino, á la direccion de Mr. Lemaitre, y Anjel sonriendo decia.

"Allá vá la rueda de mi fortuna rodando hasta las arcas de Mr. Lemaitre; mientras que la de Antonio viene rodando á descansar entre mis manos!

Eh ahi lo que és la vida con todos sus accesorios! una rueda infatigable y caprichosa!"

Mientras que Alfredo viendo alejarse el vapor donde iba el esclarecimiento de la vida de una esposa intachable de una madre infeliz, decia solo y triste.

"Empieza á mostrarse la Providencia!"

INES.

CAPITULO XXVI.

"El talento no tiene secso,"—ha dicho el sublime jenio de la literatura francesa, á fines del siglo XVIII—madama de Staél; y nosotros, pobres criaturas de un órden menos elevado que ella, decimos relijiosa y tristemente—"el corazon desgraciadamente, no conoce estado social."

Colocado en el réal del camino de una vida transitoria, y discipúlo injénito, de la naturaleza primitiva; responde con sónoros acentos á la fibra del sentimiento, sin saber como, ni *por qué.*

La fórmula se alza jigantesca demandando el resultado de su seca potestad; pero en valde! el corazon que siente, és mas poderoso que ella: en secreto, ó á la faz del mundo, venze su precepto y dignifica al Creador.

Mas, no vamos á moralizar el dolor de una pasion desgraciada; la importancia social que tiene un corazon que siente y sufre fuera de su órbita: solo nos concretamos á delinearle, tal como un pintor, reproduce la estampa de un objeto.

Inés pues sentia sin confesárselo; una de esas impresiones íntimas, febricientes que calcinan los sentidos, y arrastran la voluntad.

Desde que vió á Alfredo, la revelacion de un sentimiento, de una ilusion perdida, hirió espontáneamente su imajinacion y ella supo encontrarle forma en los recuerdos. El nombre de Claudio Prado, resonó como la

nota de una armonia escuchada en horas de bienandanza, y perdida en horas de la mas negra señal del destino!

Recurrió á la imajen de aquel hombre muerto yá—para darle vida: y—cosa rara! no halló en sus perfiles el encanto, la viveza, y la poesia del sentimiento en que ella misma habia creido!

En efecto: Inés habia amado á Claudio Prado, como se ama el más bello diseño de una obra que tendrá dobles y perfectas proporciones algun dia: pero al cual le faltan los golpes maestros del fin de la concepcion.—Por esto dijimos al principio de esta historia, "Claudio era el bosquejo de su ideál; no su ideál mismo."

Alfredo era sin duda el tipo de su imajinacion; el hombre de carácter firme, el hombre de entendlmiento que revestido de la forma de la belleza artistica que sirvió de modelo al *pensador* de Miguel Anjel, se habia aparecido subitámente en el camino de su vida, revelándole que su pasado solo habia sido un sueño: y el presente, la radicacion clara de un porvenir acaso imposible!

Ella lo percibia al través de los ropajes frios de la desgracia, que como la túnica que cubre á un moribundo, desceñia sus anchos y misteriosos pliegues, sobre la cabeza casi apagada por la desventura.

—A quién le iria á confiar el testimonio de su destino, de su corazon?

—A quién volveria los ojos en la hora de la angustia y de la misteriosa revelacion de una impresion que el mundo condenaria, por inocente que ella fuera? A quién iria á decirle—los que me calumniaron, adivinaron en mi alma, el secreto de un porvenir que yo ignoraba y que apesar mio me muestra Dios para probar mi fuerza, colocándola en el sitio de todos los sacrificios y de la tortura de ver que tengo que suicidarme para el sentimiento, y vivir sola y esclusivamente para el mundo!

Dónde hallaria un ser que la comprendiera? una alma llena de la santa piedad humana que la dijera—aquí está el arcano de mi pecho: depón en él tus secretos; yo te seré fiel: yo te consolaré!

Solo se acordó de una criatura; esa fué Magdalena Artey.

Inés esclamó á ese recuerdo :

—Ah ! solo ella será capaz de derramar en este corazon ulcerado y triste el bálsamo consolador de la paz, y la casta impresion que la misericordia de la amistad verdadera, imprime en la vida del que sufre!—Solo ella, será capaz de escucharme y comprenderme; de disculpárme si necesito disculpa! de amarme siempre sin indagar nada mas. —Mas cómo la veré? esta familia ciega, y cruel no entiende el idioma del dolor, mucho menos el del sentimiento y la abnegacion; y si saben que voy á verla me harán un juicio de fuego. No importa—añadió despues de un momento de silencio—la veré ! iré esta noche, saldré con cualquier pretesto; pero la veré !

En efecto, al caér la tarde, Inés dijo á su madre voy al templo:—te acompañaré Inés.

—No madre; nada temo:—esta fué su respuesta.

Doña Maria fijó sus ojos en Inés de una manera inesplicable: la duda volvia á irritar su alma; Inés la viera ó nó, salió : se dirijió al templo, y en seguida pasó á ver á Magdalena Artey, que estaba con una visita.

Al entrar Inés, un temblor convulsivo la asaltó pero muy bien disimulado : Alfredo de Riera estaba cerca de Magdalena Artey. Esta dió uno de esos gritos de alegria que sin herir el oido, atestiguaban la impresion que habia recibido.

Inés se dirijió á Alfredo que de pié esperaba una atencion, una mirada, con estas sencillas palabras;—vos aquí caballero. . . .?

—Alfredo—Sí ! Magdalena Artey, habia sufrido como yo, el golpe de la calumnia en su frente pura y noble: vuestro hermano me lo dijo, como el mundo; y yo traté de verla, de ofrecerla mi amistad como la ofrecen los desgraciados á los desgraciados! Por esto señora, me encontrais aqui; és el efecto de la casualidad el que nos reune : si temeis que se alze en el corazon del mundo

nuevamente, la voz desautorizada pero jigante de la calumnia; me retiro.

—Inés—No, caballero ! para sostener la lucha, tengo una conciencia; para justificarme, Dios y mis amigos—os cuento en ese número caballero, y si una vez la intriga infame levantó la mano hasta mi frente; no creo que la levantará dos veces !

Magdalena—Os engañais pobre Inés ! la caja de Pandora de Pradier, no encierra tantos pensamientos y tantos cuerpos, como la calumnia encierra de faces y arbitrios para hacerse dueña de la vida de una criatura ! No hay talisman contra eso, amiga mia—decia sonriendo y tomando las manos de Inés con cariño!—Asi, jamas os creais garantida contra ella! vivid prevenida, pero esperad con fé en Dios !

Inés—Todavia mas sufrir!—dijo tristemente.

Magdalena—No os canseis de sufrir, aunque el dolor abra sus llagas sangrientas en vuestro pecho ! El dolor purifica al mortal de la liviandad y el error que el placer le ofrece en cambio de sus gracias. Sin el dolor,—qué seriamos Inés? Materia solamente: y el pensamiento, ese divino acsioma de la eternidad, por medio del cual se adivina la ecsistencia de Dios: el pensamiento no seria sinó un perfil mudo de nuestra nada en la vida, de nuestra nada en la muerte !

Sufrid ! santificareis vuestro terreno: porque el dolor ha hecho los prosélitos que forman el corazon del cristianismo ! Sufrid, y esperad !

Alfredo conmovido iba á hablar: iba á decir tal vez, las ardientes palabras de un loco deseo ; de una reflexion entusiasta; pero callò.

Magdalena notó su emocion y se adelantó á hacerlo por él.

—Este caballero á quien la desgracia os ha hecho conocer, Inés, ha venido por primera vez á verme, y ofrecerme como lo ha dicho él ya, su amistad, con esa caballerosa hidalguia, que solo conocieron los tiempos de la edad media Europea.

No tengo inconveniente en declarar lo que creo un consumado caballero; y algo mas, un ser completamente especial.

Me ha dicho que os justificará aunque le cueste la vida.

Ved pues, como valoraré yó, el interés inmenso que os manifiesta con tan noble jenerosidad.

Inés, con los ojos fijos en Magdalena.—Yo siento en el fondo del corazon una gratitud infinita por esa abnegacion.

—Mi amistad no será bastante á pagarla algun dia...?

Alfredo por toda respuesta, hizo una profunda reverencia que Magdalena é Inés interpretaron acaso de distinto modo.

Magdalena creyó que deberia de hacer tomar otra direccion al asunto.

—Estoy al cabo por el caballero Riera, de la clase de interes que manifiesta por vos, un vuestro hermano arrepentido, dijo:—Del plan que hay propuesto para justificaros, de todo lo que puede servir para el esclarecimiento de un asunto en el cual solo manos villanas y traidoras han trabajado para perderos: estoy ya al cabo de todo, y os ruego Inés, que acepteis sin fijaros, los medios como el fin; pues es el recurso de las situaciones esepcionales: tomar los datos opositores de las manos del enemigo para confundirlo.

Inés escuchaba.

Alfredo contemplaba.

Magdalena prosiguió :

—No habreis dudado jamas, de Dios, Inés, ni en las horas de la mas profunda afliccion ?

Inés—No !

Magdalena—Pues yo creo que tendreis una recompensa entonces!—Dios mide la humana paciencia por el dolor humano; todo está arreglado, con una justicia y una sabiduría sin ejemplo.—Creis que para su profunda investigacion hay oculto un pliegue por ténue que sea del corazon humano; de sus secretos....? Nada Inés, yo

que conozco antes que vos, el dolor y las decepciones, os repito que el ser que soporta resignado el grado de mal que todos tenemos señalado en nuestra corta ó larga vida, es el que tiene prometida una corta, ó larga recompensa aqui bajo.

Vos vereis á vuestros enemigos caér á vuestras plantas tarde ó temprano, como las hojas de la vejetacion otoñal al impulso de su contado tiempo, y de los vendavales con que se anuncia el invierno! Vuestro marido verá claro: vuestra hija tornará á vos!

Las lágrimas de los recuerdos; de un presente incomprensible, de un porvenir retratado por los labios de la amistad, con colores de una naturaleza tan envidiable: habian conmovido su alma, é Inés lloraba.

—Llorais Inés? le preguntó Magdalena:—Si;—contestó aquella.

Alfredo.—(tratando de ocultar su emocion).

Yó me retiro, si me lo permitis señoras? Nada tengo que agregar á cuanto hé dicho: pero si algun detalle, se hubiera perdido en mi memoria, recordádmelo, y lo verificaré nuevamente.

—Solo una cosa, creo que habeis olvidado caballero, dijo Magdalena con dulzura.

—Cual señora?

—Fijar el dia de vuestra segunda visita.

—Gracias; pero disponed.

—Eso nó! vuestra eleccion le designará.

—Dentro de cuatro dias.

—Hasta entonces!

—Señoras!....

—Caballero!....

—Estas fueron las ultimas palabras que formaron la despedida.

Magdalena quedó sola con Inés.

Magdalena.—Que causa ós há traído hasta mi Inés, despues de tan largo tiempo?

—Inés.—Mi destino!

—Magdalena. Vuestro destino?—Se han aumentado vuestros dolores: sufris algo mas que ignoro?

—Inés—Ah Magdalena! Vos sois una mujer sublime! Veo retratado vuestro noble carácter, al través de esas palabras; pero escuchadme! No me creais ingrata, si solo en la hora de la desgracia vengo á vos; no amiga mia! yo os amo con la mayor grandeza y sinceridad, y si algun dia necesitais de mi ós lo probaré hasta con sacrificios—Si no hé venido á veros, és por qué mi alma estaba predominada de un pesar, que la embargaba sin dejarla accion propia: por eso no hé venido cerca de vos! A la idea de mi justificacion; á la idea de que puedo volver á vér á mi hija; tenerla á mi lado; y vivir para ella; esa alma, un poco amortiguada, y sin accion, se ha irritado con la esperanza; ha salido de su inercia, y. . . .aqui estoi !

Magdalena—Inés; en la verdadera amistad no hai reticencias; yo ós hé prometido la mia, leal, y verdadera, y ahi la teneis.

Inés—Gracias Magdalena! pero aún tengo algo que confiaros.

Magdalena.—Qué. . . .? os sucede algun otro trastorno. . . .? qué hay ?

Inés—Tengo miedo de haceros una revelacion que tal vez, yo misma no la descifro; que vos condeneis acaso.

Magdalena;—Amais. . . .?

Inés sintió enrojecérsele las pálidas mejillas y respondió.

—Qué ha venido á hacer Alfredo de Riera aqui?

Magdalena—No lo habeis oido á él mismo? Mé crée desgraciada; y me ofrece proteccion—creé que haciendo por mi, lo hace por vos á la vez; pues sabe que me dispensais vuéstra amistad, y sobre todo; porque tiene una alma perfecta !

Inés—Os acordais Magdalena de mi pasion á Claudio Prado, que tantas veces os he referido? Recordais lo que os he dicho al hablaros de aquel hombre leál, jeneroso y puro. . . .?—"Ah ! Magdalena, apesar de mis ilucione no era ese el tipo de mi ideál; de ese ideal que cada ser

tiene trazado en su imajinacion como el objeto que está destinado á recibir el culto de sus sensaciones, de sus pensamientos, y de sus sueños!" Os acordais de estas palabras?—pues bien, yo adiviné ese secreto al través de la dulce y flecsible figura de Claudio: y lo hé corroborado, al aspecto varonil del rostro de ese hombre—decia como si hablara de una cosa entendida—cuya fisonomia revela á la vez, que tiene una índole noble, la superioridad y la intelijencia.

Mas oidme bien Magdalena: esto no lo sabe nadie sinó vos en la vida; cada vez que veo á ese sér, siento una impresión profunda de alegria en lo intimo del corazon, y como si el terrór viniera subitámente á oprimir los senos de aquel corazon desgraciado—lucho en el secreto, y llevo á la contienda todo el continjente de la razon para anonadar el prestijio.

Soi inocente de todas las calumnias que se me han fraguado, lo estaré siempre! la víndicacion de mi conducta será clara perfecta y merecida! pero mi corazon, sujeto, á una secreta cadena que oprime su vida; palpitará en él entrañable dolor de la conviccion de su infortunio, de su errado destino; de una pronta muerte.....!

—Si Claudio viviera: Claudio que me amó tanto; á quien yo le di los primeros tesoros de la imaginacion de adolescente, sin ver interesado en ese obsequio espontáneo, el corazon; Claudio tan síncero Magdalena! si él viviera y yó sintiera esta estraña impresion por ese otro hombre á quien apenas conozco; creedme Magdalena; yó se lo confiaria y Claudio me entenderia!

Magdalena.—Pero ós lo perdonaria Inés....?

Inés.—Perdonarme! mas cual delito?

—Al formar Dios el corazon humano, midió la estension de sus sentimientos en la tierra, contó sus palpitaciones; le cerró las puertas del porvenir y de las esperanzas diciéndole—aqui esclusivamente las encerrarás todas?... Si es posible creér en esto, creeriamos menos en la bondad del supremo hacedor del Universo.

Mas el corazon libre como el viento se aleja del seno

de la duda, de la tiniebla y del desamor:—no lo hace así á su vez el pensamiento que busca centro en un punto determinado creyendo que és el que le demarca la suerte para crearse una posicion de gloria; y distingue involuntariamente al través de los sueños, otro punto mas luminoso y mas fijo que el primero....?

El pensamiento entonces, no mide el espacio que lo separa de aquel faro; se lanza á conquistarlo y busca en ese centro una nueva vida!—Las aves que sin patria divagan á la casualidad, buscan no el sitio, sino los sitios mas apróposito para sus nidos—porque el corazon, será el único obligado á sufrir la prescripcion dura y seca del mandato humano?

Magdalena—No es el corazon el obligado Inés; és el individuo! Las sociedades humanas han establecido principios fijos, invariables para normalizar las mazas, y hacer con ellos un baluarte contra los errores y los vicios que en plena libertad despedazarian el cuerpo social, como los cuervos el cuerpo de un difunto.

Inés—Todo es relativo en la vida; nosotros jusgamos de las sociedades de hoy, como no lo hicieron los hombres en los primeros tiempos del mundo. Lo que para nosotros hoy son errores, entonces eran ventajas de primera calidad.

En la conciencia de todas las épocas; para la consideracion de todos los sabios, la solidaridad del bien y del mal no está representada, sinó bajo la forma con que Dios reviste el gran pensamiento de la humanidad.

Magdalena—Cualquiera de los preceptos que Dios ha escrito en las tablas de la ley, todos ellos tienden á moralizar la humanidad; y bien veis que la humanidad es la familia del universo.

Inés—Sí: pero cada pueblo tiene costumbres diferentes, lo que prueva que la ley no ha llegado á ser absoluta, ni el principio universal.

Magdalena—En su esencia todos los preceptos del evanjelio son universales; es un error creér lo contrario Inés. Los mismos pueblos obsecados en la denegacion

de esta verdad, no han logrado otra cosa que patentizarla mas, aunque vestida de diversas formas: y por final Inés creedme: las prescripciones son necesarias á la sociedad, que sin ella se desbordaria como un mar sin dique—os lo repito.

Inés pensativa—Es verdad! entiendo esas fòrmulas para las acciones positivas de la vida: pero el corazon...!

Magdalena—Es doloroso el convencimiento, pero és necésario. Esta és la palabra sacramental de los institutos; de las asociaciones, y de los gobiernos! Es necesario!—para todo y sobre todo se os repite és *necesario*. Tal vez si vos estubierais de un humor alegre, me diriais lo que Enrique Mornand, repite de la idea que los Galos se habian formado de su Dios—"Il y á trois choses que " Dieu ne peut pas accomplir: ce qu'il y a de plus ne- " cessaire et ce qu'il y a de plus beau pour chaque " chose."

Inés—Solo por chanza podria pensar un ser cristiano lo que los Galos creian á esa fecha. La revolucion del cristianismo y de la verdad, la empezó y la concluirá el cristianismo Magdalena; y en esa oleada inmensa de la luz rejeneradora del universo, se consolidarán las creencias diseminadas en los pueblos, que por no haber llegado á el termino prescripto, han divagado hasta hoy tomando formas y carácteres diferentes. Yo creo al contrario de lo que dice el célebre Mornad, respecto de los Galos; que Dios ha previsto y formado por medio del contraste, las semejanzas de lo bello, y las prescripciones del gusto individual, por que ellos son resortes innatos al ser.

Magdalena—De acuerdo!—ahora estoy con vos:—mas cómo hace poco que hablando del corazon negabais lo que concedeis en este instante?

Inés--Yo no le he negado á Dios posibilidad alguna desde que lo creo una entidad omnipotente. He negado á las sociedades el orijen de muchos de sus principios por que los creo de cierto, muy poco de acuerdo con las intenciones de Dios.

Magdalena, se sonrió dulcemente y aparentando no haberla entendido, ó mas bien, queriendo dar un jiro distinto á la conversacion dijo:

Y bien Inés, me hablasteis de vuestro corazon—qué pensais hacer con ese coloso del ser ó de la vida, que cuando se levanta febril y apasionado puede mas que la voluntad orgullosa, que la razon fria y secular?

Inés—Comprimirle dentro de las estrechas paredes de este pecho tanto, que al morir el cuerpo, no quede ni un vestijio de él.

Magdalena ajitada—Qué decis Inés! será verdad que se vá á realizar en vos uno de esos grandes estremos, que dignifican el sentimiento, y que acaban siempre sin embargo por una catástrofe?

Inés—Sí: sujeta como siempre he estado y estaré hasta el fin de mi vida, á los deberes que mi destino me ha impuesto; veré irse secando la esencia de mi alma; destemplándose las cuerdas armóniosas de mi pensamiento; agotándose las flores maravillosas de mis ilusiones, en silencio sin maldecir, y sin osár levantar una vez siquiera el sudario que cubre todas estas galas de mi juventud!

Magdalena—Inés! Inés!—por que pedis al sacrificio esclusivamente el ausilio de la paciencia para luchar y vencer el sentimiento, cuando teneis en ese inmenso cielo á Dios, para pedirle en vez de la fuerza seca y dolorosa, la fé en una espesanza incógnita inesperada....?

—Inés, abatida—En el silencio de mi alma he medido mis fuerzas, la proporcion de mi destino, he compulsado todo lo que la razon y una voluntad decidida pueden obrar sobre el cambio mas ó menos posible de las grandes impresiones de la vida: he hablado con Dios, no para pedirle esperanzas en que no creo, sinó para sondar la gravedad de mi posicion, el convencimiento de mi porvenir.

De este estudio solo he logrado una demostracion clara;—que mi vida real está sujeta á una cadena que yo no osaré romper jamas: ella pertenece al mundo, soy madre y esposa, y debo de ser madre y esposa intacha-

ble! En cuanto á mi vida moral (añadia con una lenta y triste resignacion)—esa pobre porcion arrebatada al abismo de las decepciones....llegará algun dia al seno de Dios sin otra importancia, que la de haber tenido la fuerza de no dejarla contajiar del veneno de la desesperacion y del engaño fatal de la vida!

Magdalena—Pero si precisamente lo que vos sentis Inés, es la desesperacion,—como és pues, que suponeis libertar la porcion moral de vuestro ser, de esa enfermedad horrible?

Inés—Nó, os engañais! la desesperacion ha querido invadir mas de una vez mi cérebro, comprometiendo mi razon, y dando al corazon motivos para defeccionar de todo vinculo social, y hacerse solidario esclusivamente de todas sus acciones; pero el deber que és la fuente rejeneradora de los erroros humanos; me ha mostrado con mano triste pero amiga, que detrás de ese velado horizonte se encuentra Dios, con la sonrisa de una eterna paz; y el óleo de una consagracion sublime—lo ois Magdalena? por ese santo prisma, que he vislumbrado como el tesoro de una infinita gracia, me he libertado de la desesperacion—la he arrancado de mi espiritu! Hoy solo tengo de todas esas armas diabólicas con que el infortunio combate la vida, una, que me ha dejado el dolor;—la resignacion!

Magdalena—tenia los ojos bañados de lágrimas: una impresion profunda parecia que tocaba con sus tristes alas, los resortes flecsibles de un corazon por desgracia demasiado tierno; pero moderándose en cuanto pudo respondió:

—Inés, haceis bien! El dolor es un testimonio que la humanidad ofrece á Dios, para mostrarle cuanta dosis de fé la ha nutrido para llegar hasta el fin sin maldecir: y bien, proseguid cara Inés en ese sendero: proseguid! la recompensa será hecha por la mano de Dios.

Inés—Y, sin embargo Magdalena, el corazon se levanta como el depositario de las esperanzas de la vida para arrancar á la regla severa, el tesoro de esas santas

imájenes que sirven al panorama de la idealizacion y al consuelo de los dolores de bienes perdídos !

Magdalena—Acordaos que vivis sobre la tierra: que en ella las creaciones que se acercan á la naturaleza inmortal, son perfumes aspirados de las flores del cielo, ó los suspiros de sus ánjeles errantes, que andan buscando las victimas del infortunio con el pensamiento de salvarlas si, pero que las borrascas de la vida, pueden mas sobre ellos!—acordaos Magdalena, que sois madre y esposa: todo lo demas és un sueño.....!

Inés sintió refluir toda la sangre de su ser á su corazon, sus mejillas se tiñieron de un pálido sombrio: y como si indeliberadamente una de esas inspiraciones luminosas, tocara con sus alas su cérebro, esclamó !

Es verdad Dios, y vos iluminais mi alma ! — yo en este mundo solo valgo lo que valen una esposa y una madre sin mancha. Atras pues, las tentaciones del error, aunque solo ellas sirvieran para alimentar el pensamiento !

Atras, visiones hechiceras de esas esperanzas fraguadas á placer por el delirio de la juventud ! Atras enemigos !

Yo os pongo la barrera inmensa de la razon, que como, la tapa de un sepulcro, no se levantará sinó para enterrar el cadáver para siempre! Me vereis fuerte, tentadores fantasmas, como un coloso, y firme en mi puesto, veré pasar las bienandanzas ajenas: los soles de la vida calentando con su benéfico rayo la creacion llena de savia y de rica juventud, sin decir una sola vez—"Si yo fuera cual ella!"—Nada, fria, callada y fiel á la consigna de mi estrecho destino, daré un adios á todo, para solo vivir como he vivido, para solo morir como he nacido, en el circulo de un camino que sin duda es la parte destinada de dolor que cada ser tiene que llevar en su carrera !

Magdalena—Y si el corazon se levanta ?

Inés, con sublime ecsaltacion:—Le haré pedazos con mis manos: llamaré á mi hija para que me ayude en esa

obra de salvacion; llamaré á ese marido que no me ha comprendido y le diré—éh ahi un corazon rebelde ! te le entrego para que le destruyas !

—Magdalena — Y bien Inés ! Dios te salvará ! — Cuando una mujer como vos, le dice al primer sentimiento verdadero de su corazon (porque vos habeis soñado el amor en Claudio Prado solamente y este és vuestro primer sentimiento) cuando una mujer de vuestro temple encuentra en el fondo de su mente, el medio de contrarrestar el torrente de pasion que la amenaza; esa mujer se levantará triunfante delante de Dios, y de los hombres, y será un modelo de sacrificio íntimo; de abnegacion y de esperanza !

Inés—Me comprendeis Magdalena ! gracias ! gracias ! vos sin trastornar el sentido de la verdad, arrastrais dulcemente mi alma, al camino de la ley y de la paciencia, ennobleciendo el sacrificio con colores divinos ! gracias ! —ia decia estrechándola junto á su corazon:—No recordeis esta conversacion; no me veais, vos que sois sublime, pequeña un momento; no ! creed siempre que merezco vuestra preciosa amistad: esa amistad enriquecida con la aureola de las virtudes humildes y profundas, que el mundo no alcanza á valorar jamas !

Magdalena—Retiraos Inés, confiada en Magdalena: cuando os dije una vez fiád en mí: os dí una protesta por la vida ! pero levantad vuestra frente intelijente y pura sin que ni una arruga del error del mundo, aje su tersura y brillante juventud.

Inés—Yo os lo juro por el nombre de mi hija ! jamas dejaré de ser quien soy para esa hija, para mi marido !

Magdalena— Ahora, un beso, ...

Inés—poniendo sus labios en la frente de Magdalena —Adios rogad por mí !

Magdalena—Como por mi madre en la vida !

Inés salió lentamente de aquella casa ó propiamente dicho de aquel santuario de la verdadera amistad, como persona que va meditando en lo que dijo, para ir á encontrar lo que aun ignora: y que apesar de todo, intenta

marchar por una senda que va delante de sus ojos y de la cual no puede sin perderse, desviar un instante su planta.

Eh ahí la vida, vaciada en el insondable molde del sacrificio! Ella tiene que recortarse segun el modelo: aun que para arreglarse á su medida, le cuesta despedazarse sin misericordia!

EL ANCIANO MARTIN Y ALFREDO.

CAPITULO XXVII.

En una noche muy fria al fin del mes de Julio; el anciano Martin, estaba sentado al lado de Alfredo cerca de una chimenea en la habitacion particular de este, que pensativo comtemplaba las columnas de bronce, de aquella chimenea en las que estaba representada con admirable naturalidad y perfeccion de dibujo, la fortuna despertando á un niño dormido en el borde de un pozo, imitacion de Pradier.

El anciano, al contrario tenia fijos sus ojos en la luz viva y rojiza de aquel fuego que calentaba sus miembros, fatigados de una larga vida y quién sabe si de algun dolor moral.

Pero él fué el que interrumpió el silencio que reinaba en aquel sitio llamando así la atencion de Alfredo:

El fuego és como la vida! brilla con una fuerza perfectamente nutrida un tiempo dado: despues empieza á debilitarse poco á poco, hasta que se apaga para siempre! —Todo instable! y necesaria esa instabilidad para la sucesion constante de todas las cosas de la tierra!

Alfredo levantò la cabeza, miró al anciano como preguntándole á que os referis?—en seguida fijó sus espresivos ojos en el fuego brillante que se destacaba en el fondo de la chimenea; y como si instintivamente hubiera logrado hallar la esplicacion del pensamiento de Martin dijo:

—Y apesar de esa razon fundada, invariable; véase el inmenso trabajo para conservar ese soplo que llaman vida, para proseguir la doctrina establecida, á costa de grandes dolores; para que al llegar al punto donde desaparece el presente y solo queda el mudo pasado escrito en las letras silenciosas de una tumba, se diga al mirar—fué bueno y desgraciado!. . . . Y desgraciado. . . .? se preguntaba como si alguno le hiciera objeccion sobre este punto y proseguia :

—Quién sabe! los desgraciados se desconocen hasta en la tumba! La vida de esos seres, pasa inapercibida para todos, y se acaba sin que una de sus lastimeras notas haya tenido bastante fuerza para herir un corazon!. . . . . . y tanto afan de la criatura por la conservacion de una individualidad pobre y mezquina! A la edad de la esperanza, el amor à la vida es una pasion ciega, impaciente! A la edad de las desilusiones, es un sentimiento egoista, inflecsible! y tanto en una época como en la otra, se sobrellevan los inmensos escollos que la rodean, y aunque broten sangre las plantas heridas por las espinas que tocan al paso; se justifican esos medios de conservacion invocando los preceptos de la Providencia.

Martin—Hijo mio! esa és una verdad eterna que las jeneraciones de los siglos, repetirán y practicarán á la vez! Ved, individualmente hablando, á Inés, que en me-

dio de los inmensos dolores que ha sufrido y está sufriendo aun guarda su vida, y aun creé que débe de sustentarla, por que hai una voz que la dice;---respetad la hechura del Criador en vuestro ser: acordaos que os debeis á una madre anciana y dévil á una hija que empieza su carrera: y la pobre Inés, como lo estás viendo,---vive!

Alfredo.—Ah Martin! demasiado cierta és vuestra reflección! siempre, por infelices que seamos, hay algo que se levanta desde el inconmensurable secreto de la decepcion, para prometernos una hora de esas que se llaman de felicidad, y débiles creemos; esforzamos nuestro paso y seguimos. . . .Inés, es cierto que ha sufrido mucho; pero és natural que mire al largo del camíno: allí la espera el lazo mas santo que tiene la humanidad: una hija! á su lado tiene una madre, que si bien no ha sabido armarse de la potestad de tal, en la desgracia de Inés: no se la puede acusar sinó de una estremada, debilidad: y al fin és madre! pero yo Martin! yo que solo y triste, veo levantarse y morir las estaciones; florecer y secarse los árboles de la creacion, succederse las esperanzas ajenas unas ó otras y para mi. . . .nada! nada sinó el silencio de un porvenir que no alcanzo á clasificar por el presente!—Si yo muriera mi puesto quedaba vacio, como el de todos, pero sin haber sido hollado por las lagrimas del dolor!

Martin. — Ingrato!—y mi dolor no es nada para ti!—Nada! decia oprimiendo su venerable cabeza entre las manos—Ah! como he podido engañarme! como he podido creér que me amabas Alfredo!—y tratando de serenarse, proseguia—es verdad que yo soy un inferior tuyo: que yo me humillo, cuando tu mandas: que tu todo lo puedes, y yo...nada valgo! pero te he criado con un cariño tan profundo: te he amado tanto, que ciego me complacia creyendo que esta sensacion intima de mi alma, me daba el derecho de una correspondencia justa, merecida por el tamaño del afecto. . . .y. . . .déjame ser débil: déjame llorar! veo que he sido victima de un error miserable!

El anciano lloraba en efecto: Alfredo hondamente conmovido, se habia acercado á el, y estrechándolo, junto á su corazon, como lo habria hecho con su propio padre, le decia.

—Martin! mi viejo amigo! mi segundo padre!—dudariais de mí:—de este sentimiento que os profeso? Oh! no! en nombre de Dios! no! Os amo con esa profunda verdad que no se desmiente en nada y por nada ! si he creido que mi tumba no tendria una lagrima de dolor, era refiriéndome á que el amor de mi alma no encontraria recompensa aqui bajo;---pero vos!...Vuestra amistad, me és tan cara que vuestras lagrimas consolarian los últimos instantes de mi vida si las puedo recibir en ese instante !

El anciano oprimió á Alfredo en sus brazos con la mayor ternura, y secando las lágrimas que aun empañaban el triste cristal de sus ojos, trató de desviar la conversacion de su personalidad que por un momento lo habia tentado y dijo:

—Gracias hijo mio! me crei olvidado, y te juro, que sufri. Mas desde que tus lábios, que todavia no se han manchado con una mentira, me aseguran lo contrario, yo dejo ese punto con una dulce conviccion, y te conduzco al lado de la fé que parece vas perdiendo de vista, de poco á acá.

Alfredo—La fé! repitió paseándose pensativo---La fé és un divino testimonio de la ecsistencia de Dios; pero és un sacrificio ponerla sobre algo de la tierra !

Martin—Dudas de la amistad, que tu mismo profesas entónces?

Alfredo sintió la marcada refleccion; atrevida, aunque justa, y respondió despues de un momento :

—Yo no dudo de lo que doy: dudo de si recibiré tanto como doy, ó si recibiré algo siquiera !

Martin—Luego nada esperas ya en la vida?

Alfredo—Vos me podeis decir que puedo tener todo, cuando soy jóven: cuando cuento con una gran fortuna; cuando la intelijencia describe con tintas májicas, el inmenso jardin del mundo ! Pero yo os responderé sim-

plemente, que todo es relativo; y que las bellezas, las lagrimas y los placeres que á otros les encantarian la vida, para mi son estátuas inmóviles que se destacan á la contemplacion ajena como testigos frios del movimiento y del calor que anima la ecistencia—Qué haria yo con ellas?

Martin—Pero no está Inés?

Alfredo—Sí! casada y madre! ofendida, inocente....! y yo....obligado á salvarla á costa de mi propio corazon! de mi vida entera!

Martin—Pero te queda hijo mio la amistad de Magdalena.

Alfredo—Pero sé yó si Magdalena tendrá por mi una profunda amistad tal cual yo la concibo? Además; yo apenas la he visto: ella apenas me conoce; he ido á ofrecerla mi esfuerzo, pero nada mas sé; ni comprendo si llegará á ser tan buena como para aceptar mis servicios todavia—Despues, la amistad esclusiva para un hombre, Martin no es bastante; necesita el dolor de los celos: la irradiacion de la felicidad, el miedo de perder el ser amado; y la conciencia de poseérle siempre; peripecias; del amor: pero que sin ellas no se vive! Hacer vivir el corazon delhombre en el solo recinto de la amistad, seria como trasplantar un arbol de un terreno absolutamente cálido, á un suelo frio y sin sol: el arbol se secaria: asi lé sucederia al corazon del hombre sin el abrigo del amor.

Martin—Pero Inés te ama Alfredo! los grandes y sublimes rasgos de tu caracter, han sublevado su alma contra su estado, y hoy, Inés te ama! lo he conocido en su mirada, que á pesar suyo descanzó un momento en la tuya: en la emocion de su corazon al escucharte: en todo: esa mujer lucha: esa mujer ama!

Alfredo.—Y que importaria esa verdad si ecsistiera delante de la inposibilidad que la separa de mi....?

Martin—Cobarde hoi, el valiente siempre!

Alfredo—No cobarde: convencido llanameute. Suponed que me ámara Inés como yo la amo; que este amor fuera un hecho:—á donde la conduciria esa realidad?—

A hacerla una dama mia, que por respetada que fuera, jamas ese titulo se perderia como el nombre de un error? Si la llevara conmigo á otros paises—quien la arrancaria el amor de su hija de su corazon?—ni quien la livertaria del remordimiento algun dia. . . .? Me direis, egoistamente hablando, que si yo la tenia á mi lado, era lo bastante para ser feliz. Yo os responderé que no. Al hombre bueno y de entendimieuto, no le basta la posecion reál del ser que ama: necesita que el alma de ese ser le pertenesca, y que sea intachable, para no llorar á su lado: de otro modo; no le habria labrado sinó la pobre cadena de los infelices, que como los forzados á galeras, la arrastraria deshonrosa y pesadamente, hora por hora de esa larga vida. . . .!

Martin esclamó—Sublime! sublime jóven!

Alfedo—No: tambien esa clasificacion és un error del mundo, desacostumbrado ya de las prácticas honestas de sus propios deberes, y por tanto asombrado de los que tienen el poder de llevarlas á cabo.

Martin.—Bien! tu filosofia és inmensa: y las prescripciones de la vida social, tan inmensas como aquellos que se imponen castigos gratuitos. Qué Dios te recompense esas altas virtudes, delante de los cuales, los profanos caen de rodillas! Ahora dime: qué quieres que yo haga por Ines y Magdalena. . . .?

Alfredo. — Todo lo que hariais por mi! — Si yo parto, atendedlas en todo aquello que pudiera servirlas para acreditar en vos mi presencia, hoy como en cualuier dia de la vida.

A Magdalena destinarla con una delicadeza ejemplar, una suma de dinero para que viva sin necesidades: esa és una mujer de un corazon perfecto, y de una inteligencia rica, á la cual es necesario vindicar por honor de Dios, que asi la privilejió—En cuanto á Inés. . . .dejadla vivir al lado de su familia y habladla de mi alguna vez!

Martin—Si partes, es verdad? Bien: és una suposicion que que haces; mas, si Magdalena no acepta ?

Alfredo—Tengo presente su negativa y para ese caso

hallareis una carta mia para ella! Necesito que mañana la conoscais Martin: Magdalena és una mujer importante!

Martin—Iré:—y que la diré?

Alfredo—Le esplicareis mi fortuna, y lo poco que me cuesta proporcionarla una subsistencia honrosa; si veis que reusa, obligadla, ofreciéndola en calidad de préstamo, lo que la presenteis, inponiéndole condiciones proporcionadas á sus fuerzas con plazos lejanos, para no humillar su amor propio. Decidla que debe trabajar para el porvenir, y que en este caso, quiero ser yo el primero que ayude su brazo: Decidla que la intelijencia halla sostenedores, y yo soy uno de los que se levanta en su favor!

—Martin.—Lo haré; pero escuchadme......

Al ir á pronunciar la frase que meditaba, un criado se presentó á la puerta de la habitacion anunciando al Sr. Anjel Picotti.

—Que pase á esta habitacion dijo Alfredo, con alguna emocion, y el anciano se levantó para retirarse: pero Alfredo le dijo con dignidad y firmeza; permaneced!

El anciano quedó en su puesto.

—A poco se presentó Anjel Picotti con una melancolia ficticia sobre el rostro, y tratando de hacerla perceptible á todos.

—Caballero.—Dijo al entrar dirijiéndose á Alfredo, que por una de esas raras impresiones, sintió al mirarle un disgusto involuntario, y sin sonreirse, ni poner la menor galanteria en el recibimiento. contestó al saludo secamente.

El anciano inclinó la cabeza al recibir el que le pertenecia, con la gravedad de un hombre que no quiere estender mas allá sus relaciones con un individuo que al parecer le es repulsivo.

Anjel se sintió sorprendido del recibimiento glacial de Alfredo, y sagaz como era, creyó comprender que el viejo, tenia una parte estraordinaria en el cambio, á la vez que Magdalena, cuyo recuerdo hirió súbitamente su me-

moría. El se acordó entonces que Alfredo había nombrado á esta; y era necesario saber si la habia visto; que habia sobre esto en fin. Asi se estableció la siguiente conversacion.

Anjel.—Un asunto que ós parecerá estraño, me trae despues de algunas semanas de ausencia á vuestra casa, caballero.

El anciano vió que Alfredo se habia estremecido y Anjel lo notó á su vez.

Alfredo.—Estraño para mi!—Luego no tiene nada que ver con el asunto de vuestra hermana?

—Anjel.—Al contrario: és todo del asunto de mi hermana!

—Esplicaos.—dijo Alfredo con la misma solemnidad con que Francisco 1º presentó la duquesa d'Etampes á Benvenuto Cellini en su laboratorio.

Anjel obedeció. — La Providencia intenta purificar la situacion de Inés, arrancándola del lodo en que la han colocado sus enemigos; y se sirve del mismo instrumento de su mal, para este santo y dignisimo objeto.

Alfredo ajitado.—Aun esplicaos!

—Anjel.—Antonio ha sufrido una grande pérdida en un negocio aventurado que há emprendido y esta á punto de caér!

Alfredo.—Pero Inés......

Anjel.—Escuchad con calma, caballero—dijo este despues de haber observado que Alfredo le dejaba el campo por suyo.—Los fondos de que Antonio ha dispuesto en este negocio son de Mr, Lemaitre: el no tiene caudales para reponer las pérdidas que ha sufrido: no puede garantir otro ese crédito por él, pues asi fué estipulado....

Alfredo—Solo un enemigo que tratara de vengarse ecsijiria esa condicion.

—Anjel—Y, si asi fuera caballero? dijo Anjel con una marcada fuerza—Si hubiera sido necesario para salvar á un inocente, perder á un malvado—qué diriais....?

Alfredo respondió simplemente—Y bien: ahora lo comprendo todo!

Anjel—Estais satisfecho?

Alfredo—He puesto en vuestras manos la salvacion de Inés, sin condiciones; vos sois el dueño.

Anjel—pero nos falta otro personaje olvidado y desgraciado. Mirando al través de sus pestañas á Alfredo.

Alfredo.—Olvidado nó: desgraciado si: supongo que ós referis á Magdalena....

Anjel se mordió los lavios secos y pálidos: y dijo, con estudio.

—Ola! me habeis ganado de mano!

—No:—respondió Alfredo con injenuidad:—la he recordado simplemente como una desgraciada, y como que forma un punto del asunto que nos ocupa en conciencia.

Anjel—Y la habeis hablado sin duda....?

—Alfredo—Sí.

Anjel, con simulacion—Y qué tal persona és, (porque yo no la conozco)—és entendida, és buena, és justa....?

Alfredo—Es inteligente y buena; va por demas decir que és justa.

Anjel—Y lo sabe todo, por consiguiente!

Alfredo—Todo lo que forma la desgracia de Inés? es claro! Lo que vendrá en pos....

Anjel—Sin duda lo adivina!

Alfredo—No: lo ha sabido por mí.

Anjel—Por vos....?

Alfredo—Y de que ós asombrais? una mujer discreta como esa, no tira las confianzas á la casualidad: las reserva para justificar una duda, para hacer un servicio, y para salvar á un inocente.

Anjel—De todos modos, perdonadme si os digo que las confianzas se depositan esclusivamente en los íntimos amigos.

Alfredo—Magdalena lo és de Inés!

Anjel—Pero no vuestra ni mia, caballero, y el plan és de los dos!

Alfredo—Y bien, señor Picotti; yo soy el responsable de las consecuencias!

Anjel, taciturno;—No estamos en eso, sinó en que pueden esas consecuencias no admitir responsables.

Alfredo—Y por qué, en todo caso?---replicó con sangre fria Alfredo.

Anjel—Porque pueden llegar las cosas á tal punto, que en vez de hacer un bien á Inés, se la haga un mal inevitable—respondió incisivamente.

Alfredo sintió que el dardo se clavaba en su alma, y dulcificando el tono, dijo:

—No temais, Magdalena és una mujer discreta: algo mas, una mujer llena de bondad y de sabiduria!

Anjel—Ojalá sea esa conviccion una verdad sin apelacion!

Alfredo.—Seria capáz de garantirlo con mí vida!—dijo en un acceso de entusiasmo.

Anjel comprendió que deberia de hacer que respetaba aquella creencia por dificil que le pareciera, y dió este jiro á la conversacion:

—Sabeís caballero, que la Providencia empieza á manifestarse?

Alfredo—Cómo?

Anjel—Antonio empieza á arruinarse!

Alfredo—Y.......

Anjel—Y de esa ruina, saldrá como el fénix de su propia ceniza, de la nada en que la calumnia habia arrojado la santa virtud de Ines, saldrá esa virtud palpitante, triunfante diré mas bien!

Alfredo.—Mas cómo pása eso?—qué clase de contraste ha sufrido? le han sido infieles en algun negocio sus comisionados? en fin, qué hai? esplicad lo que al principio empezásteis.

Anjel.—El negocio fué mal empezado; y es claro que será mal concluido. Elijió hombres poco ó nada capaces, poco ó nada seguros: y ese debia de ser el resultado!

Alfredo.—Y que pensais hacer en su favor, señor Anjel....? preguntó noblemente Alfredo.

Anjel—Apurarlo mas!

—Como! esclamó el anciano involuntariamente poniéndose de pié, y callando súbitamente á una mirada de Alfredo.

Anjel, tranquilamente y sin mirar al anciano—Cómo? como se hace con un traidor que ha tirado la honra de una hermana á la calle, la felicidad de una esposa fiél: la tranquilidad, y la posicion de una ciudadana de la sociedad del mundo, que forma parte del gran todo que la compone.—Así: con esos datos: con esos reflejos fratricidas que niegan la lúz del progreso de la humanidad: así és como se abate al malvado donde quiera que se encuentre, y mucho mas si en ello vá interesado un vínculo de familia ultrajado.

Habia tal potestad en el acento, en el jesto amargo hasta ser cruel de aquel hombre; que Alfredo y el anciano callaron, tal vez dominados por aquella influencia, ó convencidos por la fuerza de la verdad.

En este estado, Anjel comprendió su superioridad, y siguió el asunto.

—Pues sí: Antonio se arruina sin remedio; y dentro de poco se verá alzarse la inocencia, á la imponderable altura á la cual llegan los predestinados en una hora señalada por la divina omnipotencia!

Alfredo—Mas qué ha habido, repito ?

Anjel—Una especie de Judío; un especulador de esos que no retroceden espantados del muro colosal que pone ante el bien su propio egoismo, se presentó ofreciendo en un mes ó dos, por veinte mil pesos una ventaja de tres mil, pues estaba ahorcado como se dice vulgarmente por esa cantidad en aquel momento; teniendo en el término que señalaba, que recibir sumas inmensas, que atestiguaban ámpliamente los documentos que presentó á la vista de Antonio, sin duda para seducirlo mejor.

Este, titubeó un instante, pero en breve aceptó, influenciado por la ambicion de las ventajas que aparentemente le ofrecia aquel negocio. En efecto : formuló un contrato con el susodicho especulador bajo todas las

prescripciones del caso; y al haber finalizado el segundo mes del plazo; pues el contrato fué cerrado al principio del mes pasado; ved ahi, que el villano especulador ha desaparecido de esta ciudad, no dejando ni vestijio de su ecsistencia!

Alfredo—Y la policía no ha entrado en el esclarecimiento de ese asunto?

Anjel—Se ha comprometido á encontrar la pista del Judio;—respondió sonriendo:—y cuando se ha comprometido, lo conseguirá. . . .!

El anciano con un acento singular—O no lo conseguirá: ahi parece que hubiera intervenido una tercera mano muy discreta y sobre todo muy interesada en el resultado actual de ese negocio. . . .!

Anjel sintió pasar delante de sus ojos el fantasma colosal del miedo, y ese frio íntimo que hace encojer los nervios le asaltó involuntariamente: pero como la refleccion era el arma fija de aquel hombre, la refleccion se presentó á su espiritu, y respondió jugando con la cadena del reló

—La Providencia, Sr. Martin, no se vale de terceros en sus justicias: procede directamente, y toca jeneralmente los mismos resortes empleados por los malos, en el juego primero de sus intrigas. Es asi pues, como yo veo en este asunto, lo mismo que en todos los de su jénero!

Martin.—Ya lo creo, y sobre ese punto nos acordamos. . . .involuntariamente— añadió el anciano como agregando algo que le faltaba al pensamiento emitido: — Pero és nesesario advertir que en el órden de las cosas terrestres, los hombres proceden solidariamente, si bien mas tarde entra en esa responsabilidad, la doble y perfecta entidad de la providencia, ya sea para castigos ó recompenzas.

—Anjel.—Verdad! pero siempre recaén esas demostraciones de dos jéneros diversos, sobre los individuos indicados como superiores en cualquiera de esos dos órdenes de cosas; lo que prueba sin esfuerzo, que la providencia és absoluta, acertada y justa!

—Alfredo.—Oh! Sí: tarde ó temprano és necesario creér, que la providencia premia ó castiga! Es ademas de una verdad, una consolacion suprema esa fé, que se suele perder en el laberinto del dolor febriciente y ciego.

Martin—La fé és el patrimonio esclusivo de los buenos! —dijo incisivamente mirando á Anjel, que lo advirtió y lo disimuló como siempre: tomó en seguida su sombrero y contestó.

—Es verdad! "La fé es patrimonio esclusivo de los buenos!"

Y dirijiéndose en seguida á Alfredo, le dijo con una sangre fria admirable.

—Hasta cuando Sr. Riera?

Alfredo.—Eso me toca preguntároslo:—hasta cuando Sr. Anjel? Me habeis dado una leccion de cortesía involuntaria tal vez, pero merecida!

Anjel.—Al contrario amigo mio! Solo he tratado de verificar el dia en que debo de tener la satisfaccion de volver á veros!—respondió con doble cortesia.

El anciano permanecia en su sitio, silencioso, como si le dijera á la palabra—"Sois demas en la demostracion de mi antipatia irresistible á este hombre!" pues el jesto, la postura, la mirada sombria y fija que hacia repozar sobre los contornos de aquella cabeza recortada y pérfida, daban una alta y marcada esplicacion de la verdad.

Anjel por su parte, dirijió un frio saludo al anciano y á poco desapareció, despidiéndose de Alfredo hasta dentro de ocho dias.

Solos, Alfredo y Martin, este le dijo á aquel:

—Que juzgas Alfredo de ese hombre....?

Alfredo.—No me he atrevido aún á formar de él un juicio!

Martin.—Quieres que te confie un secreto que te he guardado hasta este momento?

Alfredo.—Sí.

Martin.—Este hombre és culpable.

Alfredo.—La prueba!

Martin.—La palabra de Inés!

Alfredo.—Cómo..? Ella!—Vos!—Donde os habeis visto....? que enigma és este?

Martin.—Cómo, preguntas Alfredo? Como que Inés me ha referido testualmente su maldad, y yo no puedo, ni debo dudar, de la verdad, reflejada en cada uno de sus acentos; en cada uno de los detalles de aquella historia negra, infame!

Alfredo, á cada instante mas sorprendido—Detalles, historia !— repetia acercándose al anciano --esplicaos! La habeis visto: la habeis hablado? Qué hay aqui? por favor! sacadme de este estado, en el cual vos no veis sinó la impresion esterna ; pero os aseguro, que mi alma sufre una conmocion intima y viva!

Martín.—Simplemente és esto:

La noche que me presentastes á Inés, al despedirme, ella me dijo: "volved á verme dentro de tres dias." Como hubo misterio en la cita, guardé el secreto para vos tambien, hijo mio! creyendo por presentimiento, que su revelacion oportuna, podria traeros un doble bien. En efecto: asi entiendo que sucederá. En cuanto á lo que Inés me ha revelado, escúchame!

Alfredo, comovido, ó mas bien sorprendido cada vez mas.—Hablad Martin; hablad! Mi ansiedad crece por instantes! Ella os ha hablado—decia con la irradiacion del supremo cariño, que hizo decir al *Ortiz* de *Ugo Foscolo* " ....mon imaginatione me présente le bonheur, il " est lá: il me semble que je vais le saisir, je tends " la ma n, quelques pas encore et puis...." y sin embargo Teresa estaba muerta: Ortiz la soñaba solamente!

El poder de la ilusion y de la tentacion del deseo! Acerca los objetos, los colora, dá movimiento á la estutua inmóvil y rejuvenece el pasado!

Asi estaba en aquel momento Alfredo: habia acercado al objeto de su sensacion tanto á sí, que parecia que se habia indentificado con su yó: y decia sonriendo.

—Ah Dios mio, Dios mio! que dicha és la vuestra Martin! Verla, hablarla, y tener la santa confianza de su amistad! Referidme, en nombre de Dios hasta sus menores

palabras: quiero que nada me calles! por qué ingrato me habeis ocultado esta dicha?—Le decia tomando las manos del anciano entre las suyas.

Martin se sonrió dulcemente, y respondió:

—Sí, hijo mio! Hablaré! yo tambien lo deseaba. Inés me ha revelado (y no os asombreis de la maldad humana) me ha revelado que Anjel és un malvado: que si há tomado el buen camino ahora, és para colocarse en una posicion mas ventajosa si és posible que Antonio: que el ha sido, de acuerdo con este, uno de sus mas encarnizados enemigos: que os engaña, Alfredo, para obtener provechos pecuniarios indiferentes para vos, sin duda: muy interesantes para él; que no deja de suponer que ahora trabaja en favor de ella: pero sí que su objeto no es ella, sinó él. En este concepto me ha encargado que vijile sobre tí, sobre tu fortuna, y el jiro íntimo de este asunto; pues "és malo, intelijente, y sabrá engañar á su propio cómplice que és Antonio; mucho mas al Sr. Riera, que és un hombre noble y sin dobléz!" Tales fueron sus palabras.

Alfredo estaba en aquel momento como sometido á la influencia de una estraña impresion, parecia que le dominaba el miedo de errar emitiendo una palabra que marcara una creencia suya: parecia tambien que el solo nombre de Inés, hubiera producido tan grave efecto, que todo lo hubiera olvidado al sonido de sus letras.

En esta situacion, Martin tomó la iniciativa y dijo:

—Qué piensas de esta revelacion, Alfredo? creés que Inés se puede equivocar: que pueden faltarla datos ó haberlos supuesto; en fin puedes creér que Inés ha mentido?

Alfredo alzó la cabeza como si le hubiera tocado un átomo de electricidad, y dijo:

—Inés no miente! Inés dice la verdad! Ese hombre és culpable, y *fué* culpable! una potestad íntima, que en este instante predomina en mi espíritu, me lo revela.

Martin, radiante de felicidad. Y qué piensas hacer hijo mio?

Alfredo.—Someterme á vuestro consejo, y á las advertencias de Inés.

Martin.—Pero conviene seguir disimulando ahora, lo que antes creias de buena fé.

Alfredo.—Si, lo entiendo; para llevar á cabo la salvacion de esa inocente!

Martin.—Pues prudencia! Yo veré á Inés siempre que sea necesario; yo iré á comunicarla la noticia que él há traido de Antonio, y ella sabrá comprender la verdad al través de ese disimulado tejido.

Alfredo, melancólico, acaso envidioso por la primera vez, de su vida de que el anciano fuera á disfrutar la dicha de que él se veía privado—ver á Inés en aquel momento:

—Martin, habladla de mí; decidla. . . .

No: añadió en seguida: no! decidla todo aquello que convenga á su paz, Martin, y á la realizacion de su bienestar !

Martin—Confia en tu mejor amigo! él vela por ti.

Alfredo—Adios Martin! Adios! Y Alfredo desapareció como una melancólica sombra que pasa ocultando la luz, cual si fuera un presajio doloroso de la esperanza que trastorna sus ejes divinos para el porvenir!

Martin salió á su vez, y dijo para sí.

"Mientras yo viva, él no será presa de ese malvado!

VISITA.

CAPITULO XXVIII.

Al siguiente dia á la caida de la tarde Martin golpeaba la puerta de la casa de Magdalena Artey. Esta recibió á aquel anciano desconocido, sin sorpresa, pero esperando la revelacion del objeto de su visita como de su nombre. El anciano fué el primero que habló como era de órden.

Señora; yo espero que sereis bondadosa, para perdonarme la decision de venir á conoceros, sin que anticipadamente os hubiera hecho prevenir de esta visita; pero yo creo que la fama de que goza vuestro talento en el país és mi sola disculpa para presentarme por mi mismo. Siempre se desea conocer lo que es superior á nosotros, añadió con la franca galanteria de un hombre de buena sociedad al que no le asustan las formas del lenguaje, pues le halla de primera necesidad y sobre todo con las damas.

Magdalena.—Caballero, acepto la visita sin disculpa · ella estará encerrada, lo espero, en vuestro nombre.

Martin.—Se inclinó agradeciendo la fina distincion de aquella dama y sacando la cartera, estrajo de ella dos tarjetas que presentó á Magdalena: la una decia simplemente—"Alfredo de Riera, recomienda á Vd. su mejor amigo;" la otra; "Martin Bertrand, cajero de las casas de negocio de Riera."

Magdalena se sonrió de esa suave manera que dá por resultado la frecuencia de la buena sociedad, cuando hay algo que modelar á la forma delicada de la atencion y el decoro: y dijo.

—Me és sumamente grato Sr. Bertrand, que el hombre intelijente y noble cuya amistad poseeís; sea el que haya recordado que yo ecsisto para apreciar los méritos poco comunes de ciertos individuos, encaminando vuestros pasos hácia mí.

Martin.—Y yo me felicito de esta circunstancia que me coloca á vuestros órdenes y me ofrece la notable satisfaccion de ofreceros una amistad franca y por la vida.

Magdalena, sintió en aquella oferta toda la sinceridad; toda la belleza de una alma sin dobles; y como todo ser sensible, se conmovió á punto de sentir humedecidos sus ojos por las lágrimas.

Magdalena.—Gracias caballero. Nunca os hubiera confundido con un ser vulgar, si os hubiera conocido: hoi que os recomienda Riera valeis doble, pues en esa entidad entrais vos como él.

Martin.—Si: y permitidme que os hable como si una larga relacion nos hubiera estrechado antes de ahora.

Magdalena—De esa franqueza, vendrá el mútuo conocimiento de nuestros carácteres, y la intelijencia fundada de nuestra amistad.

Martin.—Trabajais para vivir: para ganaros el pan, como se dice vulgarmente?

Magdalena. Si. •

Martin.—Y os produce mucho vuestro trabajo?

Magdalena—Lo muy necesario para vivir estrechamente.

Martin.—Y bien; si encontrarais un medio de adelantar, proporcionandóos algunas sumas de dinero para una empresa que se relacionara con vuestro jénero de talento, la aceptariais....?

Magdalena.—Si la persona que me hacia aquella oferta merecia mi confianza, aceptaria esa bondad; de otro modo, me creeria siempre desobligada.

Martin.—Como os considerais cerca de Alfredo y de vuestro servidor?

Magdalena—Como cerca de verdaderos amigos.

Martin.—Amais á Inés....?

Magdalena.—Mucho, y me siento dispuesta á cualquier sacrificio por ella.

Martin—Y si Alfredo os dijera:—señora,aceptad como un préstamo una suma competente para que empezeis vuestros trabajos, y si la Providencia os favorece, habrá tiempo de arreglar siempre, la manera de que hagais el desempeño de ese capital, sin que os gravite en nada; que pensariais de él?

Magdalena, conmovida.—Pensaria que era..lo que creo que és—un hombre lleno de la piedad humana, el mas útil de todos los sentimientos de la tierra!

Martin.—Pues bien, (permitidme que os llame Magdalena!) pues bien Magdalena;—dijo sacando su cartera y entregando un papel doblado á esta—Esta és la prueba de mi pregunta, y el presentárosla, el resultado de vuestra fina respuesta. Ahora, si rehusais faltareis á vuestra palabra.

Magdalena habia palidecido; el papel se estremecia entre sus manos trémulas, y callaba como obligada por mas de una diversa sensacion. Martin volvió á hablar.

—Magdalena, dijo acercándose á ella con una dulzura infinita. Os habria causado una impresion penosa y poco favorable á Alfredo, este paso que solo és el efecto de la mas cordial amistad?—No veis que la misma Inés á quien amaís tanto, hoy necesita de vuestro esfuerzo? Para que estamos sobre la tierra, noble y pura criatura, sinó para hacernos el bien como hermanos?—Figuraos que Alfredo és vuestro hermano de sangre: y como tal, ved que nada tomais que no ós pertenezca !

Magdalena quiso hablar; decir su agradecimiento, las emociones rápidas y profundas que sacudian su corazon; pero solo pudo articular su garganta el sonido de los sollozos y sus ojos inundados de lágrimas, denunciaban el secreto de sus íntimas impresiones.

El poder de las virtudes! Dominan, no como las frívolas pasiones de los sentidos; sinó con la potestad y la grandeza magnética, que demarca su oríjen; su divina naturaleza!

Magdalena estaba en aquel momento sometida á su influencia.—Cuando le fué posible vindicar el agradecimiento que llenaba su alma; dijo á Martin.

—El ser que rehusara la virtuosa oferta que Alfredo de Riera me hace, merecia la justicia que se hace con los ingratos: la del olvido! Pero yo no sé sinó comprenderla, en su inmensa estension: agradecerla y decirle en cambio á ese hombre honesto y escepcional;—que el oro que se derrama en las arcas vacias del pobre, fructifica tarde ó temprano; que él se ha salvado del egoismo sin límites del siglo en que vivimos, recordando el precepto evanjélico, de tender su mano al infortunio; de prestar apoyo al necesitado!"

—Qué otra respuesta á un hombre privilejiado? cual otra forma de agradecimiento por ahora, á ese magnánimo corazon. . . . ?Un dia, mi trabajo totalmente humano, tratará de modelarse al trabajo del sentimiento perfecto que produjo esta obra—decia mirando tristemente el papel dado por Martin, en el cual sin embargo estaba su fortuna—pero Ah, señor Bertrand! Las obras que dicta la providencia ni se recompensan ni se imitan: esa és la potestad de los jenios! Alfredo és un jenio en el bien; creo ademas que lo és de intelijencia.

Martin.—Magdalena, veo que sufris; mas quiero créer que no entra en ese sufrimiento vuestro orgullo por nada: és verdad? Los seres de altura no se enrojecen de verse justificados y aliviados en su miseria ó mediocridad: se elevan mas con la humildad que ponen al recibir la dádiva ajena!

Magdalena.—Dádiva! repitió instintivamente—y como si creyera que acababa de cometer un error de amor propio, del que tratara de defenderse; contestó simplemente Es verdad! yo creo como vos caballero. Mi alma ha recibido una leccion sublime!

Martin.—Aún dudais? preguntó viendo que Magdalena tenia en sus manos sin atreverse á desdoblar, el papel que la habia entregado.

Magdalena, por un esfuerzo de dignidad característica,

desdobló el papel en silencio, y leyó en voz baja.—El papel era una letra de cambio de dos mil pesos, á la órden de Magdalena Artey, contra una de las casas de negocio de Alfredo de Riera.

Magdalena volvió á doblarle y dijo—Y bien señor; acepto como un préstamo de amistad esta oferta. Por medio de esta suma, yo llegaré á hacer digna mi inteligencia, pués la purificará el trabajo!

Martin, se levantó; oprimió las manos de aquella mujer con notable emocion, y la dijo :

—Ahora, cosas distintas! —Decidme—qué pensais del asunto desgraciado de Inés ?

Magdalena —Lo que tecnicámente se piensa de las grandes desgracias de la vida, de las victimas y de los verdugos!

—Martin—Sabeis que Alfredo ama á Inés ciegamente ?

Magdalena.—Perdonadme una observacion.—No la ama como decís, *ciegamente*, porque ese seria un amor puramente de los sentidos, mas ó menos convulsionados por esa chispa volcánica que se llama *pasion*, y que pasa instantáneamente. No! Alfredo ama á Inés, profundamente: ese cariño és un sentimiento inmenso que ha elaborado su morada, con la plenitud de los grandes medios que posée: la ama sin osar sacrificarla á la tentacion del deseo: la ama como un santo ama el relicario que lleva en su seno: como un artista la mas bella y pura creacion de su mente; sin confundirla con ninguna otra: con claridad y ternura infinita: con embelezos tristes y suaves; con la fé de que és su mejor obra; con el agradecimiento que inspira la providencia al bueno que se vé agraciado por ella: y sin mas ley que el culto que dignifica el altar! Tal és, en mi concepto el sentimiento de Alfredo por Inés.

Martin. Es verdad! y doblemente mas peligroso por tanto!

Magdalena—Si, por que puede costar la vida á uno ú otro, pero no se cometerán errores sociales. A la jente le basta esto; no importa que el cuerpo estenuado de la fatiga del sacrificio, el alma desesperada de sí misma, trate

de ir contra Dios en el error ciego de la impotencia con que lucha, no importa! mientras se lleve un antifaz de seda, no importa que caiga el cuerpo: que el alma se haga apóstata!

Al contrario, el mundo aplaudirá y coronará la tumba, donde reposa el ser que escarneció ayer; por que *miope* como és, no vió sino los bultos de los cuerpos, que moralmente hablando son las apariencias de los hechos; y condenó al que debiera de salvar!—Por que en efecto, señor,—proseguia—que viene á ser un mendigo desnudo, hambriento y desamparado sin la piedad ajena? Un maldiciente.—Y porqué la piedad le tiende su mano, sin investigar por que ha quedado así: por que sufre; ó si es justo que sufra?—Por que no seria muy fácil poner en el crisól las virtudes humanas, para pezar cómo se peza el metal noble, por quilates, que grados de perfeccion pudiera tener sin duda!—por qué pues, cuando uno de esos desgraciados de corazon, piden silencio y paz solamente, por que, el mundo se levanta con la carta fria y tremenda de las prescripciones sociales en una mano, y el hacha del verdgo en la otra? Porqué ya que no le consuela, ni le perdona; por que siquiera no le olvida....?

Si la desgracia ecsiste, la humanidad debe de ser igual para la diversidad de causas que la producen:—por qué á donde iriamos, si solo una clase de desgracia ecsistiera en la tierra?

Martin.—Teneis razon Magdalena: teneis razon! Pero creedme, mujer sublime! el mundo social ya está basado, y no puede desnaturalizar sus formas, sin que la acusacion de la comunidad, pese sobre el órden de las cosas establecidas, hasta producir el desquicio.

Magdalena.—Y quién pueda asegurar que de la destruccion de un órden dado: no puede venir la reconstruccion de la obra empezada en la hora del mundo?—Quien puede garantir que este presente, valga mas que el porvenir escondido entre las sábanas de nieve que oculta el tiempo?

Martin.—Vuestra clara razon analiza: vuestra poética imajinacion, idealiza! Pero creédme, os repito!

Apesar de todos los hombres ilustres que han emprendido la revolucion social por modelo de sus planes: apesar de las eternas y aun cristianas verdades de esos planes incomprendidos por el vulgo, el mundo—os repetiré—no és ni será mas de lo que és!

Magdalena—Pero puede volver á ser lo que ya ha sido!

Martin—No; por que para eso se necesitaria que desapareciera la creacion actual: que Dios destruyera este vasto recinto que llamamos tierra, para la formacion de una nueva ecsistencia y de distintos seres!

Magdalena.—Yo no hallo nada imposible para el ser que no tiene límites en su poder, en su esencia!

Martin.—Bien: esa cuestion és tan profunda, que temo no convengamos sobre todos los pormenores de ella, ó nos desviemos de sus puntos cardinales, en medio de la ignorancia que nos rodea. Vamos á ver la importancia neta, que dais á la pasion de Alfredo por Inés.

—Magdalena—Creo haberme esplicado yá, sobre eso; Y repito que no creo qu és una pasion la de Alfredo, sinó un sentimiento. Ved la diferencia que ecsiste entre una y otro.

Martin.—Pero ella lo ignora?

Magdalena iba á seguir la impulsion de su noble carácter diciendo la verdad; pero súbitamente reflecciónó en las consecuencias, de aquella franqueza y se limitó á responder:

—Lo ignoro.

Martin.—Y qué pensais que haria Inés si lo supiera? Alejar de su relacion al desgraciado?—Aborrecerle?

Magdalena.—No he detenido mi investigacion en ese dificil límite, caballero; y por consecuencia no puedo emitir opinion.

Martin.—Perdonad, Magdalena: yo no he tratado de hacer una investigacion injuriosa para vos ni para Inés: os lo juro! he querido saber á punto fijo la verdad en este asunto inesperado, y de tanta trascendencia, por que

amo á Alfredo íntimamente Magdalena y si lo viera desgraciado, yo tentaria todos los medios para salvarle..!

Magdalena, con dignidad—Hasta la deshonra de Inés caballero....?

Martin.—Me injuriais señora, y perdono á vuestra nobleza de alma, lo que no perdonaría á vuestra sola amistad, ó al simple cáracter de dama. Pero os diré mas. Si yo ciego de dolor, por su dolor, le fuera á proponer que hollara el honor de Inés, con una tentativa, con una palabra; Alfredo me despreciaria!

Magdalena.—Y tendria razon en tal caso!

Martin—No debia de haber tenido necesidad de recurrir á esta demostracion para que comprendierais señora, la distancia que me separa de lo innoble por educacion y por corazon: pero mi mala suerte ha hecho que me equivoqueis y....

Magdalena.—Perdon anciano: mi amistad á Inés, es mi sola disculpa.

Martin, se puso de pié y tendió su mano á Magdalena como si la dijera—estais perdonada!—y prosiguieron sober el punto primitivo y distraido un momento de aquella conversacion.

Magdalena.—Y bien señor Bertrand,—qué pensais hacer para evitarle á Alfredo las consecuencias de un sentimiento profundamente desarrollado en su alma?

—Martin—Nada por ahora amiga mia! mas, quereis que sea esplícitamente franco con vos?

Magdalena.—Es lo que espero!

Martin.—Pues bien : Alfredo és amado á su vez por Inés, y el riesgo entonces, no és para uno solo sinó para los dos.

Magdalena, sorprendida.—Y como habeis adquirido esa prueba?

Martin—Por medio de mi penetracion : por convicíon de la imposibilidad que ecsiste de conocer á Alfredo sin amarle; y por que....yo he visto á Inés, no una vez sino dos; la primera, sorprendí su secreto en su mirada á Alfredo; la segunda, confirmé mi sospecha en sus

palabras á mí, respecto de él, ó mas bien, del destino de ella.

Magdalena, pensativa, disgustada—Cuales fueron?

Martin—Son *pequeños nadas*, que para otro que yo habrian pasado inapercibidos: pero para mí.....!

Magdalena—Ah, sí: pero *esas nadas* solo encierran suposiciones.

Martin, con firmeza—No! convicciones!-y como si penetrara el oculto miedo que asaltaba el espíritu de Magdalena, añadió—O temeis que yo sea indiscreto con la noble pasion de esa infortunada cuanto bella criatura?

Magdalena alzó sus ojos de un negro reteñido, y fijó su mirada penetrante en los lábios que acababan de pronunciar aquellas palabras, como para sondar el grado de verdad que encerraban, sujetando la investigacion no solo á la percepcion del oido, sino á la forma esterior y visible. Despues de un momento dijo, como si aquellas frases fueran el resultado de una observacion.

—Puede ser que Inés sin saberlo ella misma, haya sentido en el fondo de su imajinacion el impulso de una ilusion, que estará combatiendo su razon fria y el estado reál de su vida; pero entre el *puede ser* y el *será* hay una distancia inmensa!

Martin—Teneis miedo de confiar el secreto de la amistad á un anciano que apenas conoceis! Bien, Magdalena! Bien! Así proceden las almas bien templadas; pero entended que me juzgais mal!

Magdalena, sintió el golpe frio de dolor que aquella amarga reconvencion le causaba, y trató de arrancárselo del corazon y de justificarse cerca del anciano.

—Perdonais á la amistad esta prudencia que acaso parece escesiva á vuestros ojos?

Martin—Ella os honra, señora.

Magdalena—Y creeis que se pueden salvar de la desgracia esas dos criaturas jóvenes, bellas y buenas?

Martin movió la cabeza negativamente con profunda tristeza; y respondió-Con sola una diferencia, para ambos; que ella cubrirá su rostro con la glacial careta de la

gravedad social que la imponen sus deberes, y morirá con la cabeza ornada de la corona de los mártires; y él morirá desesperado; sin fé, tal vez maldiciendo.....!

Magdalena—Y ese hermano de Inés no trabaja por ella?

Martin—Oh! ese trabaja por él y para él! Ese és el jénio del mal que ha entrado á la casa de Alfredo, haciendo jirones al pasar, el casto velo de la virtud que cubria aquella mansion, Magdalena!..... Le conoceis? añadia con una ánsia estraña—Le conoceis?

Magdalena—No: pero un presentimiento singular me avisa que ese hombre debe ser fatal!

Martin—No lo dudeis! y será fatal á Alfredo.....!

Magdalena—Pero con la fé mas íntima os digo, que ese fratricida como el otro Antonio, seráu castigados!

—Castigados...! Repitió Martin saboreando por primera vez el delicioso paladar de la justicia de Dios sobre la tierra, á la cual el hombre ciego y atrevido apellida venganza—Magdalena lo observó y dijo para sí—"que leal! y cuanto ama!"—Martin prosiguió.

—Bien Magdalena; tratemos de que el mal destino no tenga siquiera *carta blanca* contra Alfredo é Inés: que se vea que algo hemos hecho por ellos!

Magdalena.—Abrid opinion.

Martin.—Opino que seais para Alfredo como una hermana: él os ha valorado: os ha comprendido! vuestra amistad para uno y otro será ademas de una santa consolacion, un argumento sólido y grave para evitarles esa horrible desesperacion que las cosas y las situaciones sin remedio traen, como inmediato resultado. Vos les aconsejareis el camino del bien social, que se compra con el sosiego de la vida entera; y el del bien eterno que se conquista con la superioridad de la fuerza invisible, que és la fé en Dios; y que por consiguiente, supera todas las demas influencias!—Vos...les direis quienes son y donde están sus enemigos: y le mostrareis á Alfredo, el principal de todos—Anjel Picotti.

Iba á responder Magdalena cuando un criado presentó

en silencio una tarjeta con estas sencillas palabras de un lado—"un desconocido anhela tener el honor de presentaros sus respetos y el culto que vuestros talentos merecen!"

Magdalena se puso pálida sin saber porqué, y se estremeció.—El anciano frunció el entrecejo como si aquel misterio intrigara la severa consigna de su austera fé: pero Magdalena dió orden de entrada sin haber mirado el reverso de la tarjeta, y el desconocido se presentó.

Hay ciertas impresiones que no se llegarian á definir jamas en su verdadero sentido, por que como dice un célebre autor francés; "seria necesario arrancar la máscara "á los fantasmas que pretenden espantarnos" para conseguirlo.

Tal le sucedió al anciano al ver presentarse en la puerta del saloncito de Magdalena, á Anjel Picotti.

Este se sorprendió á su vez, pero siempre dueño de sí, se colocó en aptitud de llevar á cabo su plan con los menos tropiezos posibles ; con notable desembarazo se dirijió á Magdalena, y con un bien finjido respeto la dijo.

—Perdonad señora, si me he tomado la libertad de venir por mi mismo á justificar la voz jeneralizada de vuestro notable talento, si bien no soy bastante autorizado para la representacion de un juicio, que tiene la importancia de la competencia reconocida altamente por las autoridades en el jénero.

Magdalena se inclinó en silencio, Anjel saludó friamente á Martin, que seguia taciturno; y aceptó el cortés ofrecimiento de un asiento que le hizo Magdalena.

Anjel.—Teneis muy buenos libros sin duda?

Magdalena—Perdonad, caballero, si interrumpo vuestra pregunta para haceros una, á mi vez.

Anjel, con galanteria.—Cual señora.... Estoi á vuestro mandato: disponed de mi!

Magdalena.—Gracias: simplemente saber á quien tengo el honor de hablar en este momento.

—Creia que habiais recibido mi nombre, pues el vie-

ne inscripto en la tarjeta que tuve el honor de enviaros; pero me retiro á esperar el resultado y....

Magdalena con una no disimulada estrañeza, hizo á Anjel un signo con su mano para que permaneciese, mientras ella revisó, y encontró en efecto, en el lado inverso de la tarjeta el nombre de Anjel Picotti, y tratando de contener el cúmulo de estrañas impresiones que le acababa de producir aquel nombre, dijo.

—He sido torpe con una forma social, tan jeneralmente aceptada: pero soy naturalmente distraida, y tendreis por disculpa, esta razon.

Anjel, sonriendo cordialmente.—Yo os doi gracias por vuestra condescendiente bondad en esta satisfactoria esplicacion.

Magdalena, con dignidad.—Vuestra familia se ha constituido mi enemiga sin razon: ecsiste pues, entre ella y yò una inmensa distancia....

Anjel interrumpiéndola.—Que no deberia de haber traspuesto—és verdad, señora?—dijo con un tono marcado.

Magdalena—Jeneralmente hablando, tengo por sistema de no dejar traducir mi pensamiento; pues las traducciones *libres*, dan el resultado de abultar ó disminuir la forma, degradando así el espiritu de la idea ó de la intencion.

Anjel se mordió los lavios: el anciano se sonrió: Magdalena prosiguió.

—Apesar de ese muro que ecsiste entre vuestra familia y yo, no soy de la jente dévil—dijo sonriendo—que se asusta de la entidad de su enemigo: no! yo soy al contrario; mido sus fuerzas por las mias, y si las hallo iguales comprendo que el triunfo tendrá doble precio: y acepto la lucha!

Anjel observó por un instante solamente, el rostro lleno de vida de aquella mujer escepcional, intelijente: y sin duda dedujo de la observacion, lo que Pier-Anjelo-Fiorentino dijo de Ugo Foscolo y de Goëthe;—"quel abîme entre Goëthe et Foscolo!"—Pero subitámente tomó una resolucion; y dijo—como impulsado de una fuer-

za mayor que la de su propia voluntad—"probaré mi destino!" y respondió:

—Las grandes resoluciones no son nunca del arbitrio de la jente vulgar, señora; los seres que salen de la regla común son los únicos capaces de emprender ese jénero de decisiones; vos estais colocada en ese número.

Magdalena.—No concedo ni niego absulutamente el todo de esa clasificacion; pero os observaré que tengo en mi favor una arma poderosa, y que tal vez á ella esclusivamente le deba alguna vez, la correccion de mis hechos, la fuerza de mis propósitos, y la seguridad de mis convicciones.

Anjel.—Y cual és esa arma privilejiada....?

Magdalena, mirando fijamente á Anjel.—Mis ojos!

Anjel, tratando de parecer un galante caballero, y ecsaminando los ojos de Magdalena:—En efecto; son unos ojos magnificos, que desafiarian los dardos que hace preparar al Amor, el célebre artista Lemire! Mas perdonad; por muchas influencias que esos dardos tengan en los espíritus ajenos;—como podeis recurrir á ellos en las ocasiones que no pertenecen á esos casos marcados....?

Magdalena.—Podriais haber ahorrado caballero, tanta palabra inútil y simplemente haber preguntado que facultad especial era, de la que se trataba.

Anjel, mortificado.—Teneis razon señora; he errado miserablemente—podré pedir vuestra induljencia....?

Magdalena—Si; son cosas de poco momento, pero de grande importancia quizas, en su fondo.

Anjel.—Y ahora me direis cual és esa arma que poseeis?

Magdalena.—Una penetracion particular que creo ecsiste en mi mirada, para conocer á golpe de ojo, al bueno y al malo!—dijo con una cierta sonrisa parecida á la sonrisa de la verdadera ironía.

Anjel pareció haber esperimentado esa contrariedad mortificante que aja el alma, por acostumbrada que ella esté al imperio de su propia voluntad y al roce de esos choques groseros del amor propio. Magdalena leyó la

impresion al través de los perfiles secos, y frios de aquel rostro tan mal delineado. Anjel se esforzó para responder, pero respondió.

—Inmensa ventaja señora la que poseeis! Ella os enseñará á guardaros del malo y á colocar en vuestro camino al bueno que halleis á vuestro paso!—Sois entónces una adepta de Lávater, y de Gall?–Habeis leido con ellos el libro de la naturaleza, que coloca los arbitrios del espiritu y del corazon en el cráneo y en los limites de la fisonomía?

Magdalena.— Yo soy una adepta de la verdad y una enemiga cruel y tenaz de la mentira!—dijo con una espresion tan acentuada y á la vez tan viva, que Anjel sintió el mismo estremecimiento que la vez primera en que palpó su fortuna esperimentó, al pensar con terror en perderla.—El anciano lo vió estremecerse: Magdalena lo vió tambien, y entre ella y el anciano se cruzaron dos intelijentes miradas que lo esplicaron todo. Pero ni uno ni otro lo dejaron comprender, y Magdalena siguiò la conversacion con una naturalidad digna de ocupar el puesto en la escala de los disimulos necesarios, de la vida social.

—Es necesario creér, *caballero* Piccotti, que hai ciertas predestinaciones sobre esa clase de conocimientos profundos, que en valde querran negar los materialistas consumados: ved si no, á Mme Lenormand, que por medio de esos cálculos propiamente díchos de inspiracion, asombró su siglo y la posteridad, con sus inamovibles predicciones. Cierto que los jenios visitan el mundo en inmensos intermedios de tiempo cada vez; pero no vamos á eso; sinó á la realidad de la ecsistencia de ellos.

—Si otros seres menos agraciados por la providencia con ese secreto divino, poseén solo átomos de él,—no por eso será menos verdad que esos átomos ecsisten. Tal creo que me pasa *señor* Picotti—añadió con irnoía—creo leér en el rostro ajeno el corazon, el pensamiento y alguna vez hasta el porvenir de la vida.

Anjel, involuntariamente conmovido.

—Si. . . . no lo dudo: no lo quiero dudar tampoco!. . . .

Hay algo en esos ojos que designa un radio incalculable de intelijencia.....! dijo con un tono sombrío apesar de sus esfuerzos.

Martin.—Magdalena,-dijo poniéndose de pié,-estaré demas en este momento *estraño* para este caballero?

Anjel, volvió la cabeza rápidamente hácia el lado de donde provenia la voz, como si una vívora hubiese picado un miembro de su cuerpo; y encontró la venerable cabeza de aquel anciano que habia como olvidado en aquel momento, y dijo ágriamente.

—A quien se refiere *ese* anciano....?

Martin, sentándose con calma premeditada—A vos!

Anjel—Y teneis algun punto de contacto conmigo para que os tomeis la pena de referiros á mi, en algo?

—Los puntos de contacto no los busca un hombre como yó, en un hombre como vos! dijo intrépidamente el anciano.

—Anciano.....! esclamó Anjel apretando sordamente los puños y poniéndose lívido con esa ira tremenda y concentrada, que hace presagiar una tempestad.

Magdalena observaba. El anciano respondió.

—Algun dia me entretendré con vos, Sr. Anjel: por ahora, está esta digna señora presidiendo noblemente su casa, y faltarla seria un ultraje á su posicion: á su delicadeza. En este concepto, Magdalena, aceptad todas las escusas que os sujiera vuestra bondad en mi favor, pues creo que las necesito.

Magdalena, oprimió la mano que el anciano la tendia; y con marcado sentido le dijo,—"Hasta mañana!"

—Hasta mañana! repitió Martin alejándose, y sin dignarse volver su rostro ácia Anjel que estaba de pié, guardando la forma á la dueña de la casa, que la sociedad ecsijia de él.

Quedó solo con Magdalena.

Hubo un momento de silencio. Parecia que semejante al grupo de los *gladiadores* de Barbedienne, aprestándose á la lucha, aquellos dos personajes median sus fuerzas en silencio: investigaban los secretos de la

represalia, y reflecsionaban en la posibilidad del triunfo.

Al fin, aquel silencio debia de romperse, y Anjel tomó la iniciativa.

—Que pensais señora de *ese* anciano?

Magdalena—Que es un hombre venerable, digno!

Anjel—Le conoceis de antemano ?

Magdalena—Le conozco profundamente y por conviccion!

Anjel, repuesto un tanto de su emocion:—ó por *penetracion* mas bien !

Magdalena—Sí: puede ser!

Anjel—Dichoso el que és condecorado con ese voto, favorablemente !

Magdalena—No se desea lo que no se pone en práctica!

Anjel—Y si se pone.......

Magdalena—Entónces se dirá que lo intenta: que lo desea.....pero.....

Anjel. Pero que no lo ha logrado!

Magdalena.—Mal podria hablarse de lo que se ignoraba !

Anjel—Y si yo os dijera:-He venido atraido á vos de una sensacion inesplicable: necesito vuestro consejo : la luz de vuestra intelijencia superior, puede guiarme en el sendero ingrato de un asunto que vos conoceis desgraciadamente para vos, como para Ines: decidme; si yo os dijera todo esto;—qué me responderiais.... ?

Magdalena—No respondo antes de ser realmente interrogada.

Anjel jugó con la cadena del reloj y respondió.

—Teneis razon ! Ahora os interrogo—Qué pensariais de un hombre que se decidiera á vindicar el honor mancillado injustamente de una esposa y madre pura, y el de una mujer jóven intelijente y sin mancha, como vos...?

Magdalena—Diria que era un hombre sublime !

Anjel—Y si ese hombre era un hermano de la primera ?

Magdalena—Diria que cumplia con un deber sagrado que acaso reconoció demasiado tarde.

Anjel sintió el vacio, en aquel inmenso radio de sus esperanzas, evocadas netamente del número de arbitrios con que contaba su astuta intelijencia: y casi iba á dejar caér los brazos presintiendo la tenebrosa lucha que le aguardaba, sinó hubiera sido que el amor propio se levantó á su vez sobre todo, y entónces respondió modelándose á las ideas de su antagonista.

—Teneis razon: en todo teneis razon; y no en valde, se os considera una intelijencia superior! Aconsejad mi escaso juicio:-prosiguió con un disimulo digno del célebre Rejente de la córte de Inglaterra, Glocesster—aconsejad mi escaso juicio! yo creia que habia alguna luz en mi mente; pero cerca de vos, veo que mi cabeza está oscura, y mi voluntad és débil......

Magdalena—Parece que tomarais la debilidad en este momento, como una arma para defender las ideas, y no para combatir una individualidad!

Anjel.—Perdonad: pero mi debilidad actual, no és una arma; és el efecto de una potestad que me supera, y á la cual cedo.

Magdalena comprendió toda la fuerza seca y ruda, que encerraba aquel argumento artificioso; compulsó los arbitrios que tenia que empleár para combatirlo: y fuera que encontrara de buen temple aquellos arbitrios, fuera que se hubiera decidido á todo; ello és que respondió friamente.

—Es escusado, caballero, buscar en los fantasmas, las verdades humanas:—la providencia tiene un lenguaje complemente suyo:—podria acaso equivocarle por ignorante que fuera ningun hombre...? Es imposible; vós que sois intelijente—aunque aparentais dudarlo—comprendereis mejor que ningun otro, la voz de Dios, encerrada en esos millares de notas que resuenan constantemente en la creacion: comprendereis el lenguaje intimo y vivo de la conciencia, que en las horas del descanso de la diaria fatiga de la vida, vibra como las cuerdas de un instru-

mento destemplado, haciendo estremecer el ser á cada sonido! comprendereis la voz de los castigos, que todopoderosa, se levanta de cada objeto inmóvil, repitiendo— "éh ahí tu castigo: verás la sombra de tu crimen donde quiera dirijas la vacilante planta!"

Anjel estaba tan conmovido, que casi iba á rogar á aquella mujer que callara: pero todavia, el demonio de la vanidad, que cierne sus locas alas sobre el mundo, retembló dentro de sus sentidos; y trémulo, yerto de impresiones, respondió.

—Aunque no tengo razones prácticas para haber comprendido todas esas funestas verdades que con tanta vida pintais, señora; pero os protesto que al calor de vuestra palabra, mi alma se enciende de ódio contra el crímen y de horror contra el destino que impele á los infelices que le cometen.

Magdalena.—Nó! nó és el calor de mi palabra, caballero, el que os comunica esas sensaciones; nó és nada de mi potestad lo que os conmueve: és....—dijo levantándose, y poniendo ante los ojos de aquel hombre un retrato de Inés al lado de su hija, que aquella le habia ofrecido—és, que ha llegado la hora de que veais claro: de que os arranqueis vos mismo la máscara, y digais al mundo lo que no trepidais en deciros á vos mismo á solas!

—Lo ois señor Anjel Picotti—proseguia apártando la imajen de Inés y de la inocente criatura de sus ojos—Habeis sido criminal, y hoy lo sois doblemente, pués sobre la ruina de vuestro propio cómplice—la que vos mismo habeis consumado—tratais de levantaros mas alto que todo! Si antes, la tumba de una hermana, la deshonra de una esposa noble y pura: las lágrimas de una madre; no fueron bastantes para arredraros en el camino del mal y trastornar en favor de la victima vuestro paso: hoy, perdido como estais, sereis capaz de todo!

Y Anjel instintivamente llevó una mano á su seno, como si buscara algun arbitrio en él, que confirmara la idea de Magdalena y pudiera libertarle de un enemigo: pero

Magdalena con una de esas miradas inflamadas del fuego divino de la fé y de la justicia, paralizó la mano del que en pensamiento era un asesino; y de pié, con toda la potestad de un ser que manda, añadió.

—Teneis miedo de Dios en este instante, y ciego, tratabais de herir mi cuerpo, que pertenece á la humanidad, sin acordaros que con ese crimen, tendriais que errar entre los hombres; que pesaria la maldicion de la justicia humana sobre vos, y que al fin, pobre miserable! no habriais adelantado un paso en el camino de vuestras ambiciones!

Anjel separó la mano de su seno involuntariamente, y con una de esas sonrisas pálidas, frias y siniestras, que mas bien parecen jestos de venganzas eternas, y de las cuales, podria solo el galvanismo, dar sobre los cadaveres, una idea, dijo.

—Señora: me habeis insultado, y. . . .yo os perdono! He venido atraido por una impresion irresistible ácia vos. . . .

Magdalena le interrumpe:

—Por vuestro destino!

Anjel, recobrado.—Es verdad!—y bien. . ..?—poniendose de pié al lado de Magdalena.

Magdalena.—Y bien. . . .! mirándole fija y pausadamente.

Anjel.—Me creis culpable?

Magdalena.—Lo sois!

Anjel.—Por quien lo sabeis?

Magdalena.—Por Dios!

Anjel.—No! por ese viejo que yo destrozaria entre mis brazos! ó por. . . .

Magdalena.—Repito, que la voz de Dios és todopoderosa: y si á mi me ha hablado en ese tono, á vos os ha hablado en otro, y mas tarde. . . .

—Oidme!—le dijo tomándole de la mano, y llevándole á la habitacion que seguia, donde estaba un crucifijo de ébano—veis aquel hombre ensangrentado, cuya frente sin mancilla recibió el sarcasmo de la humanidad pecadora y apóstata? pues bien; arrodilláos ;—gritó con la fuerza de

una predestinada, obligándole á doblarse ante su voluntad—arrodilláos, y orád! porque desde esta hora, para adelante empieza vuestro camino de espiacion; el temblor del miedo; el fanatismo del dolor sin remedio: y el cáncer del remordimiento que irá comiendo fibra por fibra de vuestro cuerpo vivo, pero convertido en un miserable esqueleto!

—Dios mio!—Esclamó sordamente el atéo, cubriéndose los ojos con las manos, y todavia de rodillas ante el crucífijo—Dios mio! Dios mio!

Magdalena, se habia arrodillado á su lado y oraba á su vez.

Al alzar la cabeza el culpable, vió la dulce y majestuosa figura de Magdalena á su lado, y en la misma humilde postura que él: y con timidez, la dijo.

—Orais señora?

Magdalena—Pido el arrepentimiento de los culpables y su perdon.

—Ah! gritó Anjel, lanzándose como un loco á sus brazos,—perdon! perdon! y para que ese perdon, cuando os tengo en mis manos; cuando á una palabra mia, á una presion de mis dedos fuertes y terribles quedais reducida á polvo, miserable....! Habiais creido que Anjel Picotti oraba cuando vos le ultrajabais? Que Anjel Picotti creia en vuestra potestad ridicula y mezquina? pues bien: oid á vuestro turno!—y suavemento arrancó algo del centro de su seno que era nada menos que un magnífico puñal berberisco, comprado en el misterio á un estranjero notable, por su aprecio al jénero ecsótico y al *antiguo* sobre todo. Magdalena estaba pálida; presa su hermosa é intelijente cabeza entre los brazos homicidas de aquel hombre; pero callada, sin dar un grito de espanto, de rabia ó de dolor. Al ver el puñal brillante, sobre su frente, cerró por intuicion los ojos para no ver sin duda, su propia sangre: pero, uno de esos movimientos frenéticos y de perfecto contraste con el terrór, impele su voluntad; la voluntad suprema como és, gobierna la materia: impulsada ella por medio de aquel poder sobrehumano,

los brazos luchan con una fiereza estraña; lijera, vivaz, inspirada y ardiente se desprende de aquellos brutales brazos, corre á la cabecera de la cama, toma una pistola, y de pié á media vara de distancia de él, le grita.

—Abajo ese puñal asesino, ó sinó mueres sin tener tiempo ni de arrepentirte.!

La sorpresa predominó en el espíritu de Anjel á tal punto que sin saber como, cayó el puñal á sus piés. Magdalena conservaba su postura amenazante y noble, como la de Juana d' Arc, al levantar su inspirado brazo contra sus soberbios enemigos!

Mágdalena—Quien sois, gusano! para levantaros contra el destino de otro?—Vos le creeis en vuestras manos; y el espíritu que anima ciertos cérebros, puede mas que la fuerza bruta de esos brazos! Levantad ese puñal, y salid asesino de esta casa! Salid!—repitia, viéndole inmóvil, como encadenado á aquel sitio—Salid !

Al acabar de pronunciar esta palabra, la figura bella y grave á la vez de un hombre ,se coloca sobre el dintel de la puerta: Anjel dá un grito y Magdalena le dirÍje una sonrisa y estas palabras.

—Bienhechor de los pobres! Ser privilejiado, cuya frente lleva el lauro de la predestinacion, de la intelijencia y la virtud! Vos que valeis tanto, ved á ese hombre culpable; y aun no está arrepentido!

Alfredo se acercó al culpable—estaba helado!—en el mismo instante de llegar á él, iba á caér desmayado ; pues Alfredo apenas tuvo tiempo de tomarlo en sus brazos, para que no se hiciera mal.

Magdalena recojió y guardó aquel mágnífico puñal en su seno; depositó la pistola fuera del alcance de su enemigo y corrió á prestarle en seguida su apoyo.

Las aplicaciones de sales, de éter, volvieron la vitalidad á los sentidos de Anjel: el cual abrió los ojos, y se encontró en un divan al lado de Magdalena y Alfredo. Al verlos, juntó sus manos en silencio, con una impresion suplicante, y vió los ojos de Magdalena inundados de lágrimas.

Magdalena.—Estais arrepentido ....? preguntó con una voz arjentina y pura.

Anjel.—Tengo miedo de mí : de vos, de la justicia de la tierra: de Alfredo que se habia fiado de mí: de Dios, Magdalena ! decia con una vóz hueca, y lúgubre : de Dios que en este momento me está hablando cosas horribles del porvenir : de mis horas contadas en el círculo de una cadena de espinas, de una esfera de tempestades horrorosas, y de un vacío en el que rodará eternamente mi alma, sin encontrar base ni descanso nunca !

Alfredo se estremeció.

Anjel—Oid, Magdalena! Vos sois para mí, como un juez, pero como un juez terrible y que sin embargo me veo obligado á respetar sin ódio ! creedme ! por la primera vez de mi vida, me siento arrastrado hácia otro ser, sin envidia, como algo que se asemeja al cariño.

Magdalena.—Y por eso queríais clavarme un puñal!

—Alfredo.—Un puñal!—repitió horrorizado!—él queria mataros!.......y fijando sus ojos en aquel descarriado, esclamó—y donde os habriais ocultado despues de ese crímen, desgraciado!

Anjel, sintió el dolor, por la primera vez de su vida: ese recurso de los delincuentes—el dolor, por medio del cual se purifican los crimenes, visitó su alma: bañó con sus aguas tempestuosas todas las fibras de su ecsistencia y aquel apóstata de la ley divina, aquel Rey del disimulo, aquel ajente de la pasion diabólica--la envidia—aquel sér sin corazon, sintió renadar sus pupilas en ese divino secreto de la humanidad—las lágrimas!

Magdalena corrió á él conmovida y con un acento persuasivo y dulcísimo, le dijo.

—Estais arrepentido: lo veo y lo siento. Ved aqui mi mano: yo os perdono y ojalá todos vuestros enemigos sepan perdonaros como yó! Llorad! En el dolor se confunden las virtudes ultrajadas; los inocentes calumniados, y los criminales arrepentidos ! En esa fuente productiva de inmensos bienes á la humanidad, lavad vuestra alma del contacto de la mentira y del vicio : dejad el sucio ha-

rapo de la vanidad, que hizo eclipsar un instante vuestros sentidos déviles, como engaña la luz artificial á una mariposa para perderla!

Anjel séntia que se desprendian de sus ojos aquellas lágrimas reveldes hasta entonces, que desde niño, se secaban en su alma, sin hallar salida! y como era de suponerse, aquellos ojos se convirtieron en fuentes de llanto, y arbitrios de desahogo á la vena ingrata que cortejaba como dueña, el tejido de su corazon.

Alfredo lleno de piedad natural se conmovió á su vez, y dejó llorar al culpable, que espontaneamente habia caido de rodillas délante del crucifijo, en silencio y con las manos juntas en señal de abatimiento y de súplica.

Alfredo se acercó despues de un rato al culpable, y tocó su cabeza suave y dignamente: el malo: aquel bárbaro opositor de la naturaleza digna y perfecta, alzó sus ojos empapados en las turbias lágrimas del primer dolor del crímen, y fijó sus sombreadas pupilas en las enternecidas pupilas de Alfredo: sin duda se acordó de algo olbidado en la hora de la construccion de su salvacion moral: el arrepentimiento! — se acordó, de algo cuyo nombre no encontró fijamente en la memoria; y como una vivora mortificada por la planta humana, que alza furiosa su cabeza para vengar la injuria, asi aquella alma envilecida, y apenas sacudida, por un dolor instantaneo, levantó su cabeza con un desdén involuntario, y dijo secando las frias lágrimas que aun se desprendian de sus ojos.

—Caballero: he sufrido mas de lo que yo habria creido que entraba en mi posibilidad, y aunque estoy acusado injustamente por esta Señora, como por vos; al protestar la causa de mi inocencia, confesaré que esa injusta inculpacion ha derramado la hiél de la ira en mis entrañas, y he cometido el error: diré mas, el crímen de levantar la hoja de ese puñal contra esa mujer sublime!— decia aparentando un frenético entusiasmo mal disimulado.—Me culpó: no fuí fuerte contra esa acusacion

terrible: se armó este brazo culpable contra la ecsaltacion de su sublime amistad por Inés, y yo, que me estoy sacrificando por ella! yo, que daria mi vida por salvarla, me puse en lucha contra la que, como Magdalena, la há sostenido: la sostiene en su inocencia....y....añadia como desesperado—no busqueis la razon en ninguna otra cosa que en mi propia debilidad: en mi amor propio ofendido: en mi vanidad diré! Condenadme en todo esto: pero retirad ese anatema de crímen que haceis pesar sobre mi frente! retiradle en nombre de Dios! y ved que cuando un hombre que se dobla pocas veces á algo en el mundo, ha llorado: ha ido á clavar un puñal en un seno inocente, arrebatado, ciego de rencor, y se arrepiente y lo confiesa—creédme, ese hombre no puede ser culpable jamas, sinó involuntariamente!

Alfredo estaba á una cierta distancia, contemplando aquel modelo de la falsedad humana, que como un juguete caprichoso, dotado de una cantidad de resortes, se alargaba, se encojia, lloraba y sonreia segun lo disponian las circunstancias, sin comprender del mecanismo de él, ni un detalle, ni aun la posibilidad: y viendo simplemente al través de la optica sublime de su alma, al desgraciado tal cual él mismo se pintaba.

Magdalena al contrario, pálida, pensativa, de pié, apoyada en un ángulo de la puerta interior de aquella habitacion; con los resplandecientes ojos fijos en aquella imájen de la mentira, estaba valorando la estension de males que un solo ser podia traér á la sociedad. Anchas y graves sombras, rodeaban aquellos ojos, penetrantes, cuya mirada no podia resistir Anjel, pues que al fijarlos en los suyos, él los alejaba buscando otro centro donde descansar sus pupilas. Anjel, cerca de estos dos seres, repuesto ya, de sus primeras impresiones trató de analizar su posicion rapidamente y sacar todo el partido posible, de la rareza de ella. Bajo este concepto se aprocsimó á Magdalena, y con una de esas voces impregnadas de secretos favorables para el que escucha la dijo:

—Una sola palabra para que mis sentidos no se turben con la desesperacion y el horror de esta vida miserable!—Me creis culpable de algun crímen que no sea el que acaba de armar mi brazo tan barbaramente....?

Magdalena, le contempló, como cinco minutos: pasaron en aquel intérvalo por su imajinacion mil sombras porfiadas de mala vestidura: pero—cosa singular! pudo sobre todas ellas, la idea de la misericordia, y haciendo callar á su razon, respondió :

—El hombre que llora no miente: y si miente, para él la deshonra y el borrón de esas lágrimas! Os creí culpable: os lo dije! Vos protestais que no lo sois; y bien, yo creo en lo que decis!

Anjel.—Lo creeis de corazon? Puedo yo confiaros mis planes, (que son los mismos de Riera, en favor de Inés) puedo esperar que hallaré la cooperacion que necesito para la conclusion de un asunto que tanto deseo?

—Magdalena.—En favor de Inés y de la justicia, me hallareis siempre pronta á ocupar un puesto: al lado de Inés, entra la mision de la amistad y la de la verdad de su causa!

—Alfredo—Así hermana fiel del infortunio mio! Así! dijo interrumpiéndola. Yo con la consigna del bien y de la justicia me diriji á Inés para salvarla: á vos para protejeros!—Cuales son los verdaderos hermanos pues?—proseguia con ecsaltacion—los buenos que buscan al desgraciado que vive olvidado del mundo, en la silenciosa morada del dolor, y del desafecto de la sociedad: esos son los hermanos que reconoce el evanjelio: los que reconoce la humanidad; los únicos verdaderos!

Anjel, con un finjido entusiasmo—Teneis razon! las virtudes de los desgraciados, son como las perlas que estan escondidas en el fondo de los mares : si no hubiera algun curioso que penetrara esas inmensas lagunas del globo: las virtudes correrian la misma suerte de esa riqueza infinita de la creacion—Se perderian en el curso de las aguas, y en el inmenso vaiven de las edades!

—No!—gritó con una voz predominante é inspirada, Alfredo—No! Las perlas no se perderian jamas, sinó para tal, ó cual época, para tal ó cual oportunidad, ó individualidad: pero aparecian en cualquier zona distinta y apartada de la de su nacimiento; ya fuera, arrastradas por las tempestades marinas, ya por las especulaciones de los hombres. Así las igneas virtudes del mortal. Si sumerjido en la profunda desventura, muere ignorado de la sociedad; no faltará un sonido, un documento que pruebe su ecsistencia abnegada y sublime, y vierta en el seno de la sociedad descreida, la primera semilla de esa santa flor de la virtud, que crece en el altar de la fé, y muere en el seno de la desgracia, sin desvirtuar la íntima esencia que reside en su cáliz inmortal!

—Magdalena—Es verdad! La virtud fructifica tarde ó temprano aun en medio de las jeneraciones descreidas y maldicientes, como en las épocas primeras del libro del mundo.

Anjel—Y bien: si todo eso és verdad—porque no nos uniremos los tres para tan santo y humanitario objeto?

Alfredo se acercó á Anjel, y en voz baja le dijo:

—No recordais que os negasteis á que se le confiara á Magdalena nuestro propósito....?

Anjel—No la conocia!

Alfredo—Luego fuisteis lijero en vuestro juicio?

Anjel, sombrio—Algo mas: bárbaro, cruel!

Alfredo. Así! el hombre que conoce sus errores vale un tesoro!—Dadme esa mano—esclamó alargando la suya, para oprimir la que Anjel le presentaba: yo os perdono si algo malo habeis hecho: y os perdono de corazon Anjel!

Anjel se arrojó á los brazos de Alfredo, no sabemos si finjiendo que estaba conmovido, ó estándolo en efecto.

Magdalena, sintió nuevamente la divina vena de la piedad, palpitar en el fondo de su corazon.

Alfredo—Y vos, mujer noble é intelijente!—dijo—vos que habeis sido agraciada por la providencia con el

divino regalo de la bondad y de la justicia! Vos sabreis perdonar: lo veo en esas tiernas señales de compacion que brillan como májicas perlas en vuestros ojos!—Sí, Magdalena!—la decia acercándose á ella, y tomando sus manos amistosamente: vos habeis perdonado yá—és cierto amiga mia? y os pido que refundais todos los recuerdos de este dia en una sola idea—la de un ilimitado perdon para este ser que lo necesita. Puede haber errado; pero entre errar y haber tenido la voluntad y el pensamiento de cometer el crímen hay una soberana distancia!

Magdalena oprimió las manos de Alfredo, y contestó:

—Amigo mio: Bertrand os ha traido sin duda con un aviso, á este sitio: mas como todo lo que se mueve debajo de los ejes del universo, no son sinó arbitrios que presiden y obran en la combinacion mas ó menos oportuna de los sucesos; yo veo que és el destino el que os ha traido aquí. Y bien: yo me felicito: no:—añadia con efusion—es poco: me vanaglorío de que seais vos el ser que inaugure el paso mas grave, la accion mas delicada de la vida de una mujer inocente y ofendida! En este concepto, Señor Picotti—añadió dirijiéndose á aquél, que estaba como sumerjido en una cantidad de impresiones diversas—aceptad sin rubor mis condiciones—lo quereis así?

Anjel se puso de pié y tomando la mano de Magdalena, puso sus lavios sobre ella con respeto y respondió:

—Mandadme morir! no trepidaré!

—Magdalena—Morir! nó: vivid hasta que Dios os lo ordene. Vivid para hacer el bien de vuestra hermana, reunido á la mejor amiga que ha tenido hasta hoy en la vida, y á este noble y misericordioso corazon—añadia señalando á Alfredo—que se ha mostrado jigante en el camino de la conciencia y de la verdad! y juntos, propendamos á ennoblecer con hechos dignos, el destino falseado de la humanidad! Arranquemos á Inés del des-

tierro en que sus enemigos la abandonaron : salvemos á la madre y á la esposa del martirizante pesar de ver ajadas esas dos dignidades, por la mano bastarda de la calumnia; y cuando la veamos colocada en su verdadero puesto, si estamos de acuerdo todavia, marcharemos reunidos con igual objeto por la vida : si por el contrario, algo nos aleja del centro de esa trinidad moral que formamos, elejiremos cada cual nuestro camino ! Mas por ahora, acordémonos para salvar á Inés !

—Anjel—Magdalena, yo deberia de escucharos de rodillas: vuestra alma es superior á todo : yó me siento fascinado, conmovido, al sonido de vuestra voz, al contacto de esta mano jenerosa que se tiende al enemigo que hace poco la amenazaba cobardemente. Ved mi sola culpa Señora: haberme dejado arrastrar contra vos de una impresion indefinible de venganza ácia vuestras injurias ! ese es mi crímen, y temia con razon que lo fuera para Alfredo: pero si él me perdona: si vos me perdonais Magdalena; mi alma se santificará con el óleo de esa divina gracia, y me tendreis leál, sumiso, todo vuestro...! Sí—proseguia con efusion—segundada mi empresa por Alfredo y por vos Señora, ella obtendrá un feliz resultado ! Inés se salvará, y este trabajo que ya lo creo muy adelantado, tendrá por héroes á los dos seres mas dignos de presidir una empresa: Magdalena y Alfredo !

Magdalena—Trabajaremos juntos para un mismo fin, y lanzaremos en las serenas aguas del olvido, todos los rencores que pudieron ajitar nuestros corazones !

Alfredo—Y bien : ahora, dejemos sola á esta noble y verdadera amiga de Inés, y de la humanidad ! Quedamos convenidos, y ya no habrá secretos entre nosotros. Los incidentes mas leves, serán trascedentales para cada uno de nosotros: y....siento un consuelo inmenso—añadia—al ver á Magdalena en esta obra de esclarecimiento, y de justicia ! Siempre me parecia que faltaba ella para llegar al resultado que nos proponiamos.

—Anjel—levántandose, y tomando una mano á Mag-

dalena—Bendita sea la providencia porque se ha dignado poneros en mi camino! Quién sabe de cuantos errores, de cuantos males me puede librar vuestra escojida presencia, oh, Señora!

Alfredo complacido, tendió su mano á Magdalena, á su vez, la acercó á sus labios con el respeto de un hermano, y la dijo:

—Descansad Magdalena. Vuestra estremada palidéz manifiesta que habeis sufrido. Los choques del espiritu se mitigan con el descanso del cuerpo. Anjel, quereis seguirme? dijo dirijiéndose á este que permanecia como atraido por un poder superior cerca de Magdalena, con sus ojos fijos en sus ojos.

Anjel se aprocsimó á Alfredo, y respondió como si sacudiera aquella influencia del fondo de sus sentidos, por el imperio de la necesidad.

—Sí: vamos.

Magdalena—Volved siempre Señor Riera y vos.... volved cuando gusteis.

Anjel—La sociedad me prohiviria la entrada de vuestra casa Señora, despues de lo que ha pasado....

Alfredo—Recordad Magdalena, que Inés entra en el número escojido aun que limitado que compone la humanidad, y que á ella todo se sacrifica: olvidad, que tuvisteis un instante un enemigo, en el cual habeis en seguida encontrado....

Anjel, interrumpiéndole—El mas decidido: el mas leál de todos vuestros amigos!

La voz, la animacion de su rostro, todo marcaba en aquel hombre, la impresion de algun sentimiento nuevo, rejenerador de su alma pobre, enana, y seca para las lindas cosas del cariño. Magdalena lo sintió, del modo que se esperimenta la aprension de un pensamiento poco lisonjero: sintió encojerse las fibras de su corazon, y errar por su mente esas desabridas apariciones de formas afectuosas sin correspondencia: de lágrimas perdidas en el oceano de una indiferencia glacial: de una victima

que imploraba su clemencia y á quién tal vez no podia salvar sin comprender porqué.

En este estado quedó sola Magdalena, pensativa y con los ojos fijos por donde acababan de alejarse aquellos dos personajes que jugaban un rol tan diverso en su vida: y tan diversos á la vez entre sí.

EMPIEZA A DEFINIRSE LA SITUACION.

CAPITULO XXIX.

Un dia del mes de Octubre que ya tocaba á su fin conversaban en la habitacion íntima de Antonio de Paula él, y su hermano Anjel; aquel paseándose pensativo y como si tratara de quitar un peso que oprimia su ecsistencia: este, al parecer tranquilo. Pero observándole despacio, se advertia en las sombras inflecsibles de sus ojos, en la estremada y reciente palidez de su rostro; en la espresion lánguida de sus movimientos, que sufria. Antonio fué el primero que habló.

—Yo me creo perdido, y por consiguiente te creo perdido!

Anjel—Y qué hemos de hacer? Yo me satisfago con saber que no és por culpa tuya: pues yo no dudo de tu honradez ni quisiera dudar nunca, en negocios mercantiles.

Antonio—Ni como dudar! Hasta hoy he esperado para cerciorarme de si en efecto ese infame asesino de mi honra volveria á cumplir su palabra y á salvarme del descrédito en que voy á caér cerca de Lemaitre—decia con una febril desesperacion—pero ya lo ves Anjel: hoy como todos los dias, el sol de mi destino se cubre de nubes: mi corazon, és presa de un secreto miedo, parecido al de un viajero solo, perdido en su camino, sin una señal que le guie, cansado de luchar con los inconvenientes, hambriento, yerto de frio y de dolor.... y se cubrió los ojos con las manos como si quisiera evitarse ese estado: tan viva era la imajen en sus sentidos.

Anjel le contemplaba; y á lo largo de la pálida boca, vagaba una de esas sonrisas imperceptibles que apenas forman una lijera ondulacion en los lábios, y tan fria, como la de un enfermo al cual le quieren engañar con finjidas esperanzas.

Anjel—Pero os creis arruinado completamente y para siempre? Veamos!

Antonio—Vedlo. Sacó un gran libro de apuntes de un bufete, y le fué haciendo ver todas las sumas en deuda que tenia la casa contra ella, por haberle faltado los dineros con que cubrirlas. Le mostró su completa nulidad, confesándola el mismo, pidiéndole consejos para creár un plan que lo salvara de aquella desastrosa situacion; y cuando Anjel convencido de una y otra verdad, pudo en el silencio de sí mismo, anudar todos los recuerdos vagamundos que cruzaban zonas desconocidas, como espatriados de su hogar, esperando el momento de la reunion prometida, se manifestó así: es decir: tal cual era.

Anjel—Recuerdas Antonio el dia de la partida de Lemaitre ?

Antonio—Sí: hoy hacen cinco meses—és decir cinco años !

Anjel—Has olvidado por acaso unas palabras que te dije al separarme de tí ese dia....?

Antonio, impresionado—No podria precisarlas en este instante; mi memoria como todas mis facultades intelectuales, han recibido un choque superior á mis fuerzas, y....me parece que hasta voy á perder este consuelo de los desgraciados—la memoria!

Anjel—paseándose por la habitacion—No lo dudo: yo voy á hacer en este caso, lo que deberia de hacer tu memoria hoy esquiva.

—Os acordais que señalandoos el barco que se alejaba llevando á Lemaitre y á su hija, te dije—"ese mismo barco donde parte el hombre que te deja una fortuna, volverá un dia para arrebatártela!"—Lo recuerdas Antonio?—dijo aprocsimándose y tocando con su mano derecha el hombro de aquel miserable, subordinado en aquel momento á la influencia de su palabra.

Este sacudió lentamente la cabeza, pasó las manos por la frente, como si sintiera que la quisiera acometer el vértigo, y respondio:

—Lo recuerdo! lo recuerdo !

—Y bien—dijo Anjel, que como Villam tomaba la oportunidad sin ecsámen—Sabes que dentro de muy poco estará aquí Lemaitre....?

—Lemaitre! —gritó espantado Antonio—Lemaitre aqui ! Ah ! entonces ya soy un hombre completamente perdido.

—Anjel—Perdido lo *fuistes* siempre, y lo estuvistes desde que todo lo olvidastes por tus sacrilegas ambiciones!—Por lo demas—añadió como para que la herida fuese mas profunda,—yo no veo motivo de alarma en su llegada, porque si tu estas en pérdidas; no recaén contra la Caja de la casa sinó en una pequeñez al fin !

Antonio—Pero yo que sé que esa pequeña cantidad, no la puedo reponer, ni se admite un fiador (aunque yo creo que tu lo admitirás)—es verdad?—proseguia con tono meloso y servil—porque al fin; todo el mal está en las pérdidas: si yo hallo quien las rezarsa por mí—quién puede oponerse á esto, y mucho menos tú, que eres el dueño del dinero? No és esto natural Anjel?

Anjel se paseaba cabisbajo, con las manos embutidas en los bolsillos de su capoton, y nada respondió: Antonio prosiguió:

—Bien: yo doy por principio sentado que tu aceptas una fianza. . . .

Anjel se detuvo, y con un tono y una mirada sombria dijo:

—Jamas!

—Jamás!—repitió Antonio asombrado, desconcertado con tal decision—Jamás!—mas por qué?

Anjel—Sabes, ó mas bien, quieres saber por qué no admitiré fianza nunca?—por que así, yo mismo te salvaria; y yo me he propuesto vengarme, perderte, dejarte sumido en la miseria, como tu me dejastes, y salvar á Inés reuniéndola á su marido y á su hija!

Antonio estaba anonadado: un sudor frio, corria gota á gota de aquella frente criminal, amarilla, y surcada por los misterios penosos del remordimiento.

—Anjel—A cada santo se le llega su dia! Hay un refrán así; yo quiero que ese refrán quede perfectamente justificado, y para el efecto, repito, que no admito fianza: quiero verte representar el mismo rol que elejistes para mi—pobre, abandonado, á merced de la fatiga y del insomnio, aborrecido, apostrofado y. . . .

—Con iguales remordimientos Anjel—és verdad?—dijo Antonio interrumpiéndole, poniéndose de pié y esforzándose por sonreir irónicamente.

Anjel contempló á su debil enemigo que aun pretendia erguir la cabeza; y le dijo con mesura:

—Aún no estas convencido de tu ruina, de la justicia

providencial destinada á ciertos crímenes, pues veo que sacudes la cabeza, como para alijerar el peso de los anillos de fierro que la oprimen, como si ecsistiera en tí la posibilidad! No!—dijo dando con el pié un golpe en el suelo—No! Ahora ya no és tiempo de pensar en substraerse al mandato de Dios! Ya has probado lo que és fortuna, delito, consumacion de grandes ambiciones sobre la tierra; ya sabes lo que significa tener de siervo al *señor:* de victima á una hermana: de trofeo un nombre mal adquirido, una honradez ficticia! y bien, ahora está el asunto trocado: el panorama se presenta de distinto modo para tí: obsérvale y resígnate!

Antonio habia vuelto á sentarse, desfallecido bajo el poder de la palabra de aquel cómplice suyo, que se abrogaba sin embargo el derecho de juez: pero sin duda Antonio, recordó algunos borrones mas, en el libro práctico de su vida, que en el de la de Anjel, y ese recuerdo influyó tacitamente contra el poder de su propia voluntad; Anjel comprendió que aquel estaba vencido.

—Que piensas hacer?—le dijo, mirándole fijamente.

Antonio—Defenderme!—respondió todavia con el interés del egoismo.

Anjel—De qué, y contra quién?—El culpable eres tú—dijo con calma, sacando de su bolsillo una cartera, y de ella un papel que desplegó ante los ojos de Antonio: este se cubrió los ojos con las manos, esclamando:

—Hé ahi mi deshonra! la miseria! la miseria! repetia llorando como un niño—la miseria! ese harapo de la humanidad, que todo el mundo arroja con desprecio de su procsimidad! Ese gusano frio, roedor y tenaz, que se escurre en las fibras del corazon, para irle gastando lentamente!—la miseria gran Dios! y tu eres, tan luego, quien me la tenia reservada? Tú Anjel? un hermano, un amigo....!

Anjel—Sentándose y guardando el papel en su cartera.

—No! ya no tengo esos títulos de hermano y amigo,

ni los quiero cerca de tí:—Esos dos títulos sagrados, los perdí el dia que adquiristes una fortuna: hoy conservo el único que me dejastes: el de *estraño!* Como tal procedo: friamente, vengándome de tus ultrajes, de tus desprecios, de tu palabra falsa, y de la miseria en que me dejastes pudiendo haberme colocado en aptitud de ser algo.

Antonio—Yo no te quité nada: tú quedastes como estabas.

Anjel—Ya lo sé: és de lo único de que me quejo, pues la frialdad de tu alma, tu incalculable ambicion, te hizo olbidarlo todo....!

Antonio, como si recordara algun punto que respondiera á esta memoria, decia como para sí:

—Es verdad! Es verdad!

Anjel—Bien: ahora reduciras tus gastos. Si antes de ahora, tenias la mitad de la casa paterna para tu familia, hoy....tendrás una habitacion y basta! Para un hombre arruinado Antonio, el pedazo en que vive debe de ser el mas estrecho posible: primero, por no dar que decir á sus acreedores; segundo, por propia conveniencia.

Antonio se estremeció y dijo:

Ah! tengo frio!

—Frio! repitió la voz seca y agria de Anjel—Pués estas abrigado, sin embargo:—Que dejas para los pobres mendigos, que transida el alma del frio de las decepciones y del dolor; que transido el cuerpo del hambre, de la sed, de la fatiga, se ven estenuár y morir á cada instante de la vida?

Antonio, horrorizado—Dios! la miseria; el hambre, la desesperacion!—decia paseándose como un loco, que creé ver, lo que aflije sus sentidos.

Anjel—Sosiégate: tú no estas en este caso: porque esa afliccion? y si llegara—añadia maquiavelicamente—crées que no encontrarias quien te diera una limosna......?

—Limosna!—gritó fuera de sí el culpable—Limosna....!

En aquel instante, al través de una ventana, se dibujó en el patio de la casa la figura andrajosa de un anciano mendigo: Anjel, se levantó de su sitio, tomó unas monedas de su bolsillo, y salió á dar una limosna, por la primera vez de su vida: Antonio le habia seguido con sus ojos desencajados, y vió el mendígo, y la limosna que su hermano le ofrecia.

—Ah!—esclamó con una estraña desesperacion—Si yo me viera en ese caso algun dia....!

Al acabar esta frase, entró con la sonrisa mordente en los labios Anjel, y dijo:

—Ya lo ves: ese es un verdadero desgraciado y no tú! ese és un despojo de la humanidad! tú, empiezas tu carrera....!

Antonio—Sí, para la locura, ó la muerte! respondió en tono lúgubre:—Anjel le contempló un instante para alcanzar la fuerza de aquel presentimiento, y respondió, haciendo esta pregunta:

—Qué piensas hacer ahora? esplícate: tu tienes que cerrar la casa, pues de otro modo yo hago presente mis derechos contra tí sobre una suma de diez mil pesos, fructificantes, se entiende; y en este caso, yo procederia en conformidad con todos tus enemigos: para evitar este escándalo pues, cierra la puerta de la casa de comercio que lleva justamente el nombre de Lemaitre y Cª Suspende pagos con la escusa de su vuelta pròcsima y órden recibida de él al efecto, y....las cosas se decidirán sin ruido, á la vuelta efectivamente de Lamaitre.

Antonio, ajitado—Y si me piden la órden firmada por Lemaitre?

Anjel—Esas órdenes no se piden sino ante los tribunales, ó de amigo á amigo.

Antonio, ya sin raciocinio, rota en pedazos su pobre y efímera vanidad al golpe de una inesperada desgracia, lo mismo que todo ser de pequeño espiritu, pedia sin

saberlo, consejo á su enemigo, por que sentia el vacío en la razon.

—Y qué hago cuando aparesca Lemaitre y encuentre cerrada su casa comercial....?

—Anjel—El averiguará el por qué de tí mismo—decia con sangre fria—despues tomará datos de todo: mas tarde....

Antonio llorando—Ah! ya entiendo! me arrojará á la calle, con la mancha de ladron....y yo! yo me volveré loco! decia mesándose los cabellos.

Anjel.—Eh!—dijo con desprecio viendo llorar á su hermano—me avergüenzo de ver llorar á un hombre! Ese es el recurso de las coquetas, pues que és esclusivamente de la mujer; y no hay mujer que no lo sea!—añadió sonriendo.

Pero Antonio, ni oia la palabra ni veia la sonrisa: semejante á un enfermo de muerte que presiente su hora postrera, y sin saberlo, y sin quererlo, tiene fijos los ojos en el sudario que le finje delante la imajinacion; asi aquel hombre; aquel átomo de la humanidad: aquel pobre vástago del vicio y de la vanidad, que en las horas de su bienandanza, golpeaba á todas las puertas para mostrar su entidad de *algo*: se hallaba como prendido al fantasma de su porvenir: á la mortaja que flotaba, á su lado: á la corona de plomo que sentía herir sus déviles y gastadas sienes: el remordimiento!

Estaba su oido; como escuchando por primera vez de su vida una voz, una palabra, que, sorda triste, amenazadora y profunda, murmuraba "castigo!"—y sus nervios crispados; y su cabeza presa del vértigo de esos padecimientos interiores, que el mundo ve á vezes en algunos, sin comprenderlos; habia quedado inmovil la cabeza recta, el ojo fijo en un punto, y la palidez de los muertos, impresa en su rostro.

Anjel se sintió dominado un instante, apesar de su inmensa frialdad, por el estado de aquel desgraciado. Se acercó, y templando su agria voz cuanto pudo, le dijo:

—Antonio! Hace poco llorabas! deja correr las lagrimas! ellas alivian al que sufre.

—Antonio le miró como un estúpido—Anjel pensó en sus planes, en su porvenir, y dijo para sí sobresaltado.

—Si estará loco! si asi és, solo habrá pérdidas para Lemaître, pero no esclarecimiento, y por tanto no habrá fortuna! indaguemos, y evitémoslo.

—Antonio:—dijo tocando el hombro de aquel:—sabes que se me ocurre un medio de *salvarte*!

Salvarme!—murmuró Antonio—y como?

Anjel.—Escapándote desde ahora!

Antonio, lo miró con una de esas inesplicables espresiones que se sujetan á una cantidad de acepciones, y respondió :

—Entiendo el consejo *hermano!*

Le entiendo! Pero no me escaparé! Mi pensamiento acaba de leér en este instante, sobre las hojas fúnebres del libro del porvenir, y he saludado la muerte con la resignacion del culpable.—Lo soy proseguia—para que ocultarlo yó cuando tu lo sabes!.... *Tú!* enemigo de mi vida y de mi alma! tú....

Anjel instintivamente, como en la escena con Magdalena, y como si hubiera sido educado bajo la tradicion de la Vendetta en Córsega, introdujo la mano en su seno, pero la mano descendió del seno vacia: sin duda se acordó que su puñal, le habia perdido! cuando? la memoria de los *malos* és fiél! Anjel se acordó de la fecha.

Antonio.—Qué quieres de mi?—le decia como si adivinara la intencion del malvado—aún no estas contento? ya no tengo nada mio: ni la vergüenza; único derecho que le queda al desgraciado!

Al decir esto, resonó la puerta de la calle con estruendo, esta se abrió y apareció un hombre y una niña pequeña á la cual daba aquel su mano.

Lemaître! dijo la voz desesperada de Antonio de Paula: *Lemaitre*, repitió la voz sosegada y sombria de Anjel. Ambos salieron á su encuentro con los brazos abiertos.

pero él se limitó á un frio saludo, y pasó en silencio á las habitaciones de familia.

Pero Inés que estaba sola en su habitacion, sentada cerca de una ventana, deshojando unas violetas perfumadas que le habia traido su madre hacia un momento, sin saber que lo hacia, vió la figura de un hombre y de una niña que se dibujaron en los cristales antes de entrar—un momento mas—ella dá un grito, corre....ya está en los brazos de su hija!

El corazon de la madre, és la fuente perdurable del santo principio de otra vida.—Es lo único que sobrevive á todas las desgracias de la tierra; lo ùnico que no olvida, que no se sumerje en el cáos de la mentira, del vicio, de la estúpida ignorancia y del vaticinio de los atéos: *materia todo!*

La madre llorando con su hija en los brazos, que á su vez lloraba : el padre grave, pensativo con los brazos cruzados, como si contemplara el cuadro: al lejos, las dos figuras raquiticas de Anjel frio y suspicaz, de Antonio lívido y desencajado de terror; formaban un contraste digno del pincel de Hamon, ó del cincél de Shoenwerk, en el divino grupo del *pasado, el presente y el porvenir.*

Pero era necesario definir la situacion materialmente, y era Anjel sin duda el que tenia su razon mas clara; el que debia de empezar. Asi, se acercó á Lemaître que aún permanecia en la misma postura y tomando fuerzas de la abstraccion en que le veia y al resto de los personajes, le dijo, como si no hubiera notado su indiferencia.

—Y qué tal Lemaitre estais bien de salud?

Lemaitre alzó la cabeza, miró á su interlocutor, y respondió friamente—Sí.

Despues se acercó en silencio á Inés, la cual le tendió su mano con efusion; y ofreciéndola su brazo, la condujo con su hija, á la habitacion de los ancianos, diciendo al pasar á Anjel—"dentro de una hora, venid á buscar-

me."—Antonio fué el que no recibió una sola palabra de aquel amo, al cual habia vendido el honor de su apellido! Antonio sintiò que estaba colocado en el último punto de la desgracia humana!

Anjel le tomó el brazo y salió con él.

Lemaitre, Inés y su hija se presentaron inesperadamente en la habitacion de los dos viejos, que estaban en aquel momento sentados uno frente del otro, hablando de la temperatura de Burdeos, de los pasatiempos de su juventud, y sin duda de sus amores. Al ver aparecer aquel grupo, los dos viejos lanzaron un grito unánime de sorpresa y quién sabe cual otra impresion reunida, y corrieron á él.

—Lemaitre abrazó á los ancianos, estos á la niña y á Inés; en fin estaban locos de esa alegria que no se sabe definir sinó sentir. Inés con los ojos húmedos todavia del llanto, pero en silencio, se sonreia de una de esas maneras que quieren decir "he olvidado el dolor por mi hija!" y descansaba sus miradas impregnadas del santo sentimiento de madre, en la bella criatura que reflejaba su infancia, perdida como el perfume de una flor: borrada, como el vaporoso ropaje de una nube en el dilatado espacio de la atmósfera.

La conversacion empezó pués.

Don Juan.—Y bien Lemaitre; como és que estais entre nosotros y tan pronto....!

Lemaitre.—Mas tarde, os daré esas esplicaciones: por ahora, nos limitaremos á disfrutar del placer de volvernos á ver y saludar esta casa que yo creí no volver á contemplar jamás!

Inés fijó sus grandes y espresivos ojos en su marido: él prosiguió:

—Bendigo ese viaje sin embargo, señor: la chica se ha robustecido: és hoy ya una pequeña marinera! y se sonreia.

Inés besaba á Aurelia en silencio.

Doña María, ajitada como por presentimiento—y os quedais Lemaitre en este país?

Lemaitre—Sí señora. Aquí soy yo tan necesario á mis asuntos, como és necesario el calor de su madre á esa niña, dijo con marcada intencion, fijando sus ojos suspicazes en el anciano, que sin saber por qué, se estremeció—y prosiguió—Trato pués de dar un jiro á mis asuntos, enteramente diverso. Por regla jeneral, los comisionados sobre cualquier negocio, no ocacionan sino pérdidas. En este caso estoy yo ahora! Si no emprendo mi viaje á esta fecha, al cabo de un mes mi capital era muerto!

Inés clavó una mirada íntima é investigadora en Lemaitre como si le preguntara—de lo pasado, has recojido al fin la verdad?....y Lemaitre que pareció entenderla prosiguió:

—Por primera vez de mi vida he errado en la eleccion de un subordinado!

Inés.—Bendita sea la hora, en que un hombre reconoce un error, y paga al inocente con una confesion siquiera!

Habia un sentimiento misterioso, íntimo y sagrado en aquellas sencillas palabras de Inés, á las que Lemaitre contestó conmovido.

—Tienes razon Inés! Tienes razon! A veces los hombres queremos demasiado, y en esa ambicion perdemos el resorte de la esperanza!

Inés—El método de absorcion en que se educa vuestro secso, los hace indeliberadamente malos, tenaces, y poco suaves para con la mujer, que és al fin la compañera benigna y fiél de toda su vida! Si los hombres supieran cuanto ganarian en el corazon de la mujer y en los hábitos de la familia, con la benignidad natural de su condicion, puesta en ejercicio; los hombres transformarian ese código práctico que llevan al seno de la vida íntima, y que los hace representar cerca de la esposa y de los hijos, no el rol dulce, evánjelico y consolador del amigo que aconseja y sostiene: sinó el del juez innecsorable que cas-

tiga por la rutina establecida; ó el del señor que manda sin réplica, y se hace respetar sin ecsámen....

Doña María, sorprendida—Inés, hija mia....!

Don Juan—*Señorita*, que es esto....?

Lemaitre—Dejadla hablar! Ella tiene que hablar, y és necesario que lo haga!

Los dos viejos se miraron con un asombro sin igual. Inés callaba: Lemaitre dijo:

—Y bien, proseguid Inés: teneis el derecho.

Inés—Me habria colocado el destino hoy cerca de vos, mejor de lo que he estado antes....?

Lemaitre.— He visto con claridad, á favor de una luz que *se me ha dado*, y quiero ser yo el primero señora, que se confiese culpable de haber creido con demasiada lijereza á los *infames*....

—Inés, irradiada—Y quienes son por ejemplo.....?

—Basta por ahora—Respondió Lemaitre acercándose á Inés con confiada amistad. En breve dejaré cumplidos vuestros justos deseos, y lo que és mas, en este mismo sitio. Os encuentro demasiado pálida: habeis enflaquesido: se conoce que habeis sufrido!

Inés.—Profundamente!

Lemaitre.—Y os sentireis dispuesta á perdonar mi debilidad para haber creido contra vos tanta maldad....?

Inés por toda respuesta, y con la noble y jenerosa espresion de una amiga verdadera que perdona sin écsamen la falta de un amigo, sé arrojó á los brazos de Lemaitre, diciendo—En mi, nunca debistes de haber buscado sinó á la amiga perfecta y leál, que se sacrifica por ese sentimiento alto y digno del corazon humano: nó á la mujer perjura, no á la madre fria y pervertida, como te lo hicieron créer! Solo quiero dos cosas Lemaitre—proseguia oprimiéndole suavemente contra su seno mientras Doña Maria de rodillas resaba con fervor en pos de ellos bañados sus ojos en lágrimas.

—Cuales son Inés?—Respondia con ternura Lemaitre

oprimiendo á su vez, el delicado talle de su mujer entre sus brazos.

—Que conoscas y hagas justicia á dos seres: uno és Magdalena Artey, mi única protectora y amiga en mi infortunio: otro és Alfredo de Riera mi salvador, el tuyo y el de mi hija.

Lemaitre, titubeó un instante; pero Inés preguntó

—Aun dudas....?

Lemaitre por toda respuesta dió un bezo en la frente de Inés y respondió.

No dudo! todo lo sé! Y pués es necesario esclarecer, es claréscamos! dijo separándose suavemente de la procsimidad de Inés, y salió de la habitacion diciendo—volveré en breve!

Los dos viejos lloraban. En el padre habia el sentimiento egoista que era injénito á su fibra, de ver prosperar á Inés, para bien de su casa: en la madre, el intimo pensamiento de que antes de bajar á la tumba, veria tranquila á su hija.

Inés se arrodilló á su vez y la pequeña Aurelia imitó su ejemplo, diciendo.

"Bendita sea mamá y papá!"

ESCLARECIMIENTO.

CAPITULO XXX.

Lemaitre se dirijió á la habitacion de Anjel y encontró á Antonio con él. La presencia de Lemaitre comovió á aquellos dos seres nuevamente, de distintos modos. Antonio se estremeció como un débil pajarillo amenazado por la mano de un acertado cazador, y Anjel sintió el frio de la duda en el fondo de su corazon. Pero como él sabia sacar partido de cualesquiera circunstancia, poniéndose de pié, con toda la entereza que pudo encontrar en su decidida voluntad, se dirijió al recien llegado, con la sonrisa en los lavios, diciendo.

—Al fin nos volvemos á ver, Lemaitre! De veras! Os haciais cada dia mas necesario.

Antonio estaba de pié, y tan sumamente pálido, que aquella tinta descolorida y biliosa, habia recorrido hasta los labios, los cuales estaban trémulos como los de un difunto.

Lemaitre observó á uno y á otro;—Antonio hizo un esfuerzo y dijo procurando sonreir.

—Cuanta és mi alegria de volver á veros hermano!
Lemaitre.—He *apresurado* mi vuelta, és verdad?
Anjel—Para mi, la retardabais....!
Lemaitre—Quién sabe si Antonio participa de vuestra seguridad; de vuestro deseo?....añadió Lemaitre mirando de una manera irónica á este.

Antonio miró succesivamente á Anjel y á Lemaitre, con la espresion de un idiota, como si les dijera—de que se trata?—Y se limitó á responder al acaso.

—Tal vez!

Segun la rasonable opinion de cualquiera que hubiera observado aquel cuadro, Lemaitre habia clasificado la situacion de espritu en que se hallaban los dos hermanos, y cual deberia de ser su conducta para ellos: por consiguiente, les dijo :

—Vamos á la habitacion de Inés: alli és necesario que nos reunamos todos

—Todos!—repitió Antonio, que sabia que le estaba prohibida la entrada á la habitacion de su hermana.

—Dudais?....preguntó Lemaitre ecsaminándole atentamente.

Antonio.—Habeis ya olvidado que Inés me odia por que yo me puse de acuerdo con vos y contra ella....?

Lemaitre le envió una de esas frias y aterradoras miradas de desprecio que equivalen á decir—entiendo miserable! pero repitió para ser obedecido.

"Es necesario reunirse en la habitacion de Inés ahora mismo!"

Y al efecto se puso de pié, dirijiéndose en seguida á el sitió designado.

Cosa rara! En cinco meses que hacian que vivia Inés en la casa de sus padres donde habitaba Antonio á la vez, no se habian visto jamás. Aquella era la primera ocacion que Cain, iva á ver despues de tanto tiempo, al objeto de sus ambiciones, de su torpe envidia. A Inés, que con el alma tranquila, de haber atravesado ese occeano inmenso que se llama dolor, detenia su paso en

el punto de la esperanza, conquistada á fuerza de una digna del cielo! Antonio estaba aterrado de su posicion: del castigo, que todavia no podia descifrar bastante; pero que su alma adivinaba misteriosamente.

Al fin, los tres personajes se presentaron delante de Inés, que conservaba á su amada hija sobre sus rodillas, y de los dos ancianos que ecsaminaban la jentileza infantil de aquella heredera de su sangre.

Antonio quedó sobre el dintél de la puerta habiéndolo traspuesto ya, Lemaitre y Anjel.

—Entrad!—dijo con vos imperante Lemaitre volviendo el rostro ácia la puerta.—Antonio obedeció, como un muñeco obedece á la impulsion que recibe el gonze que domina su estructura. Inés se puso doblemente pálida, al ver acercarse á su enemigo capital.

Los viejos se turvaron: Lemaitre se sentó frente de Inés; hizo que los dos hermanos lo hicieran á su vez y habló:

—Ancianos—dijo dirijiéndose á los padres—Yo cometí un error, que debe de castigarse como un crímen.

—Y cual és?.....Preguntaron los dos ancianos á la vez.

—Haber creido las *calumnias* (y miró á Antonio de reojo viéndole estremecer involuntariamente,) que contra la madre de mi hija: contra la esposa fiél y sin mancha....(Inés alzó los ojos y las manos al cielo) forjaron traidores enemigos de mi sosiego: infames detractores de mi apellido y de mi honor de esposo y padre, y....lo que és mas—añadió apretando sordamente los puños—haber creido á *ingratos*....á los verdugos de su propia *bienechora* á......

Un grito espantoso, horrible; uno de esos gritos de espiacion que como el estertor de un moríbundo delincuente, se desprende del seno de la vida para ver si recoje la esencia de esa misericordia infinita que solamente reside en Dios: tal fué aquel grito desgarrador que partió del pecho de Antonio, el cual habia caido de rodillas sin saber como, ni por qué.

Un murmullo jeneral, pero compuesto de diversos tonos que atestiguaban diversas causas tambien, siguió á aquel alarido. El mismo Lemaitre, por un instante sintió un no sé que en su espiritu; pero inflecsible como era, se mostró juez antes que hombre.

—Hé ahí pués, delante de tí noble criatura—prosiguió dirijiéndose á Inés—á tu enemigo encarnizado; á tu delator, á tu verdugo, á Cain que quiso pagar tus bondades con su odio, con la consumacion del crímen de hacerte aparecer culpable delante de tus padres, delante de tu esposo, del mundo, y de esa hija algun dia! Eh aquí las pruebas......

Y presentó á Inés los orijinales enviados por Anjel, que Inés hizo pasar á las manos de su padre: Antonio seguia de rodillas.

Inés puso á su hija en el suelo, la tomó de la mano y se acercó á Lemaitre.

—Y bien: apesar de todo—dijo con una sublime ternura—yo le perdono. Aurelia perdona á mi hermano! dijo mirando enternecida á Antonio: la niña, hizo una señal negativa como si el instinto pudiera en aquel momento mas, que la ternura de su madre—Inés prosiguió:

—Lemaitre! Perdon para ese culpable!

—Jamás!—gritó con un tono sombrio y profundo—jamás!

—En nombre de mi inocencia! en nombre de nuestra hija!

—Jamás!

—Y bien—dijo dignamente y con tono solemne Inés acercándose al culpable y levantándolo con sus propias manos—en nombre de Dios, yo te perdono!

Los ancianos inundados de lágrimas, no se atrevian ni á hablar, ni á dar un paso siquiera: victimas como siempre de la potestad del que lograba sobreponerse á ellos, se les veia vejetar en todos los casos ordinarios de la vida y mas que en nada, en los casos supremos.

Antonio estaba de pié apoyado en el brazo miseri-

cordioso de la hermana á quien tanto habia ultrajado, temblando y con la humildad del verdadero criminal. Lemaitre estaba sombrio contemplándole. Anjel se acercó á ellos.

—Señores, dijo—Yo habia jurado salvar á Inés, y lo he conseguido! Basta, aunque sobran las pruebas..... añadió entregando las piezas justificativas que habia guardado para sancionar los hechos y su conducta cerca de Lemaitre; pero aquí faltan dos personas igualmente acusadas: igualmente inocentes....

Lemaitre, le interrumpió—diciendo—Hacedlas venir!

—Nó! gritó Antonio en el último parasismo de la afliccion terrena:—Nó! basta! la frente se me arde: el corazon me ahoga....por piedad! por piedad! basta! me iré de este pais; yo no quiero nada, ni el apellido de mi familia! nada!—decia con la voz convulsionada—me siento morir....Inés....por tu eterna salud! por tu hija! por....Magdalena tu mejor amiga, perdon, perdon! —repetia, cayendo en los brazos de Inés. Inés lloraba, mojando con sus lágrimas aquella cabeza criminal, que en aquel momento, pertenecia al enfermo, al arrepentido, al desgraciado!

Anjel habia salido en busca de Magdalena y de Alfredo de Riera. Lemaitre dijo en voz baja:

—Ah! Como pude desconocer á esa criatura tan buena, tan leál, y por ese malvado!

El odio volvió á quemar su frente contra Antonio. Empezó á repasar con mirada sombria aquellos documentos que Anjel habia puesto en sus manos: allí estaba el amplio desarrollo de la intriga, tal cual la fraguaron sus enemigos (eseptuando á Anjel, que solo aparecia como salvador, cerca de Alfredo y de Magdalena) y á la vez, el orijinal del asunto comercial que bajo la firma de Antonio pesaba sobre la casa introductora de Lemaitre y Cª

—Lemaitre iva á inquisitoriar al desgraciado, que yacia con la frente apoyada en el seno de Inés; cuando

apareció Anjel con Magdalena Artey y Alfredo de Riera. Anjel se adelantó tomando de la mano á una y otro, y se acercó á Lemaitre que de pié esperaba á los recien llegados.

—Eh ahi—dijo, la Señorita Magdalena'Artey, la fiel amiga de Inés—y el caballero Alfredo de Riera su salvador—El Señor Lemaitre—añadió presentando este á los dos.

—Señora—dijo Lemaitre—Creo que no recurriré en valde á vuestra jenerosidad, esperando me perdoneis el error de haberos creido cómplice de una atroz intriga que sabeis como yo, pesaba en la vida de mi esposa.

—Caballero—respondió dignamente Magdalena—jamás os he odiado como vos á mi—jamás os he culpado como vos á mi!—Nada tengo que perdonaros. Vuestra severidad, hizo lo que solo los malos practican: vos cometisteis el error y hoy recojeis el arrepentimiento! Sois feliz ahora de volver á encontrar á la madre y la esposa que dejasteis sin guia, tal cual la dejasteis....!

Lemaitre sintió la reconvencion; pero se dirijió á Alfredo.

—En cuanto á vos caballero—aceptareis mi mano de amigo....?

—Alfredo alargó la suya, y aquellos dos hombres que por un momento se habian abominado injustamente, se estrecharon amigablemente sus manos, y confundieron en aquella presion, mil íntimos secretos de sinceridad y fé para el porvenir.

Inés estaba tan ajitada, su alma tan impresionada de aquella diversidad de sensaciones, que no sabia que decir, ni si era oportuno hablar siquiera.

—No he querido dilatar un instante mas, el esclarecimiento de una verdad, cuyos datos poseo—dijo con mesura el marido de Inés—y pues que el culpable está ahí—añadió señalando á Antonio anonadado, y con su cabeza reclinada siempre en el seno de Inés—y pues que las victimas estan aquí, y entre ellas entrais vos, se-

ñora, y vos caballero, preciso és que empieze la aclaracion de este asunto.

—Empezaré por confesar que yo fui débil y creí cuanto se me dijo en contra de Inés y de vosotros dos.

Que se me llevó hasta el estremo de presentarme cartas de aquella para este caballero y de él para Inés.

Todo lo confesaré en honor de la esposa barbaramente ultrajada; de la madre sacrificada: y por que como hombre, siento mi dignidad ofendida de no haber trascendido, que en aquella intriga se jugaba mi apellido mas que ninguna otra cosa.

Me alejé: vosotros todos sabeis el resto mejor que yó, lo único que ignoro és á quien pertenece el *aviso anónimo* y las pruebas adjuntas á él, que recibí en Francia, esclareciendo de la manera mas clara y precisa el fondo de la intriga y la inocencia de Inés, de Magdalena Artey y de Riera.

Y quedó como esperando la respuesta, viniera de donde viniera. Anjel se adelantó gravemente y dijo :

—Yo soy el autor de ese *aviso;* el dueño de esas *pruebas*, conquistadas á inmensisimo precio.

Lemaitre, sorprendido—Vos....?

Anjel—Yó.

Lemaitre—Y nadie mas que vos....?

Anjel—Riera és el que me ha proporcionado los medios de dar cima á esa empresa materialmente : Magdalena moralmente, enseñándome á creér en el bien sin valerse de sofismas, y á trascender la verdad por entre los pliegues sombrios de la calumnia.

Antonio alzó la cabeza, iva á hablar; pero el dolor habia entorpecido los resortes de su garganta, y solo logrò ecsalar un grito siniestro, como si pudiera servir de respuesta acusadora al que acababa de hablar. Todos volvieron la cabeza ácia él, y por un sentimiento de conviccion unánime esclamaron—Eh ahi el castigo de la providencia!

Los dos ancianos llorando se aprocsimaron al culpable y dijeron en voz baja á Inés.

—Hija! Llevemos á este desgraciado fuera de aquí.

—Sí, respondió Inés conmovida, y pasando sus pálidas y finas manos, como las aristócraticas manos de Juana Grey, por la abrasada frente de Antonio—Sí: que venga un criado!—dijo alzando la voz como para que nadie se opusiera.

A poco rato, se presentó un criado, y tomándolo de un brazo, Inés del otro, condujeron fuera de aquel sitio al desdichado.

Colocado en el lecho, Antonio presentó el aspecto de un difunto. Sus labios frios y temblantes, contrastaban con el turvio brillo de unos ojos abiertos y fijos, que parecian haber cesado de jirar en sus órbitas: el amarillo tono de la muerte, se derramaba por todo el rostro, y dejaba completo el horror que inspiraba aquel enfermo, al cual le devoraba una fiebre volcánica.

Mientras tanto, los personajes todos que componian aquella escena, habian visto salir en silencio al culpable al lado del ánjel que él habia combatido con la tenacidad de un verdugo sobre la tierra: y aquel silencio jeneral, importaba la demostracion tácita de que comprendian el valor profundo de la accion de Inés, y veneraban tanto la accion, como al dueño de ella. Lemaitre sobre todo habia quedado tan pensativo, tan sometido á una refleccion íntima, que Anjel tuvo que tomar la palabra, para arrancarlo á ella.

—Anjel—Ya lo veis Lemaitre! Es la primera vez que Antonio aparece á la presencia de Inés desde vuestra marcha. Esa ocacion marca, y determina el castigo de la providencia sobre él: él sufre el golpe del dolor: aún no ha venido la espiacion! Vé que ella no lo indaga, por qué Inés sufre, y se coloca á su lado! Ved Lemaitre el alma que *desconocimos* por un momento....!

Magdalena, miró á Anjel, al oir aquél plural, *descono-*

cimos: Lemaitre le miró á su vez, y como si se acordara de algo, olvidado por un momento, respondió :

—Teneis razon: mucho habriamos perdido, perdiendo á Inés: sobre todo yo....

Aquí;—haremos justicia á la ley de narradores—fué Alfredo el que sin mirar á Lemaitre, al pronunciar su *yó* tan decisivo, cambió subitamente de color; pero aquel cambio solo lo observó Magdalena y Anjel: ambos fueron discretos, por distintas causas.

Los dos ancianos permanecian allí, sin haberse atrevido á acompañar al enfermo: pobres átomos, esperaban un movimiento superior á ellos, para obedecer.

Lemaitre—Mi casa de negocio estará por acabar....

—Anjel—Hoy precisamente, á la llegada del vapor que os ha traido á esta ciudad, Antonio deberia de proceder á cerrarla fundándose en una órden vuestra, que le intimaba suspension de pagos etc.

Lemaitre, sorprendido—Como és eso ? Cerrar mi casa sin mi órden ! y decir que ella se ha recibido cuando no habia aún llegado el vapor con mi correspondencia.....!

Anjel—Os lo esplicaré—Antonio se ha perdido cerca de vos dos veces: primera con esa intriga fatal; segunda con una especulacion, que vereis esplicada en este documento parcial; pero en regla—añadió poniendo en las manos de Lemaitre el documento firmado por Antonio de diez mil pesos de parte á parte, pero en el cual no figuraba el nombre de Anjel sinó *el del individuo que entraba en el negocio con el capital designado de diez mil pesos etc. etc.*

—Y quién és este sujeto tan desinteresado, ó tan hábil—preguntó Lemaitre despues de haber leido el documento con la sola firma de Antonio—que asi dejaba en blanco su firma, su responsabilidad; ó que, la ecsime tanto, que aventura el *todo* por el *todo*....?

—Anjel—Yo.

Lemaitre—Vos.....!

Anjel, comprendiendo todo el asombro de Lemaitre respondió tranquilamente al parecer.

—El Sr. Riera que teneis presente, quiso ayudarme en esta obra de esclarecimiento cerca de vos; y con toda la jenerosidad de una alma muy noble, me ofreció los medios materiales que veis en práctica y otros que llevé á cabo, para obtener los orijinales que os mandé y algunos mas por el estilo, que poseo—Para evitar que cayera ese loco de Antonio, en manos de un especulador miserable, le ofrecí esa cantidad para colocarla en un negocio á su eleccion: me pidió firmas, requisitos; mas yo, solo acepte la responsabilidad de él, sin intermediario; por consiguiente, ved que solo hubo por mi parte buena fé.

Lemaitre ecsaminó el papel; despues el rostro de Anjel; y una vaga sonrisa erró silenciosa por sus lavios: Magdalena y Alfredo la notaron sin embargo. Lemaitre tomó la palabra.

—Bien: estoy satisfecho de todo cuanto deseaba saber, pero me resta escuchar á esta dama que honra mi casa con su presencia.

Magdalena—Gracias. Entendia que mi turno deberia de ser el postrero, ya que és necesario inclinar mi orgullo, delante de la necesidad de la aclaracion de un asunto, donde entran los sagrados títulos de madre y esposa.

—Lemaitre—Señora, perdonad: no soy yó, és vuestra amiga quien reclama de vos este sacrificio.

—Magdalena. Para la verdad de mis hechos, está la condenacion de mis verdugos !

—Alfredo. No ! estan aquí vuestros amigos Magdalena ! A ellos les toca hablar por vos ! Escuchad caballero—dijo con esa solemne dulzura que toma el *bueno* cuando habla de una verdad ajena.

—Magdalena, és uno de esos seres que no descienden de su grandeza en las desgracias ordinarias de la vida, por que Magdalena, és superior á ellas: por que Magdalena es grande por sí, no por la fortuna, ni por las consideraciones sociales. Así, no és ella quien debe de to-

mar su propia defensa: es la amistad, és la justicia la que debe de hablar por ella, y con sola una palabra, caballero, dejar cerrada para siempre, toda esa serie de dudas infamantes que han manchado su delicadeza; la moral de sus principios intachables; su alma noble y magnánima, y su altura de mujer intelijente: esas palabras son estas —"Magdalena es inocente!"

Lemaitre se acercó á Magdalena, y la dijo :

—He leido en vuestra frente esa verdad, pues recien os conosco: si he pedido oir vuestra justificacion, es para otros—Ancianos—dijo dirijiéndose á los padres de Inés, que tenian á Aurelia, en medio de ellos escuchando atentamente todo, como si le dijera al presente—"Estos son materiales que hoy mira curiosa la infancia.....mas tarde.....el porvenir ofrecerá á la juventud reflecsiva ocacion de estudíarles y de juzgar."

—Ancianos! Magdalena Artey es inocente como lo és vuestra hija Inés de cuanto se la ha imputado.....!

Y, Alfredo de Riera—interrumpió la voz grave, serena y perfecta de Magdalena,—és un hombre intachable, puro: que solo debe de llevar el nombre de salvador de Inés, pues todo lo demas que se ha dicho es una torpe mentira!

—Los ancianos—En nombre de Dios y de la Virjen María, que sean todos inocentes del mal que se les atribuye, es el voto de nuestros corazones. La paz, y el perdon para Antonio! esto és lo que piden sus ancianos padres ahora!

Lemaitre llamó á su hija, la que vino corriendo á su lado, y la dijo—perdonas á Antonio....?

—No! dijo con firmeza Aurelia—Mas su padre, acordándose sin duda, de las tristes consecuencias que traia un caracter inflecsible, duro, la dijo :

—Decid á vuestros abuelos que le perdonais! y... añadió como un mandato—y.....perdonadle!

La niña se acercó á los abuelos, y con una gracia infantil pero intelijente á la vez, dijo :

—Yo perdono á Antonio, tanto como amo á mamá y á papá!

Los ancianos corrieron á darle la noticia á Antonio... pero ya era tarde—Antonio estaba loco!

Inés oraba al lado de la cama del enfermo, en el momento en que entraron los ancianos.

LA PROVIDENCIA!

CAPITULO XXXI.

La mujer de Antonio comtemplaba llorando aquel doloroso espectáculo, que la providencia colocaba delante de los ojos de la misma victima, haciendo viva la imajen del castigo del culpable: y la mujer de Antonio creyó ver á Dios visiblemente en el ámbito estrecho de aquella habitacion, ejerciendo su eterna justicia sobre la tierra. Ella habia desaprobado en el secreto de su alma la conducta de su marido para con Inés; á nada se habia

mesclado, de lo que pudiera formar una culpa contra ella: y asi veia y jusgaba tacitamente de la verdad, condenando en el fondo de su alma á los críminales.

Al entrar los ancianos, Inés les impuso silencio con un signo de su mano; pues aquel desgraciado ya no estaba en aptitud de comprender ni el bien, ni el mal: al racobrar despues de un rato el uso de la palabra, sus jestos, sus ademanes, sus gritos y las espresiones inconecsas que repetía, marcaban que habia perdido el juicio.

—Un médico!—dijo Inés.—Un médico!—repitió Juliana, con un acento de perfecto dolor. Los ancianos salieron en su busca, pero Doña María entró á la habitacion donde estaban aún reunidos Anjel, Lemaitre, Aurelia, Magdalena y Alfredo, para noticiarles la desgracia de Antonio.

Alfredo y Magdalena se estremecieron repitiendo las palabras de Doña María—Loco!

Anjel fijó sus ojos en Lemaitre y sucesivamente en Magdalena y Alfredo: en el primero vió la sangre fria de un cáracter vengativo, ocupando el puesto de la compasion: en los segundos vió la ajitacion de la lástima, y el perdon ocupando el puesto que la razon severa y la conviccion de los castigos, reclamaba como un derecho. Anjel tomó su partido.

—Y bien Lemaitre; ahora se sabrá la verdad del estado de Antonio: haste este momento solo ecsisten presunciones. Sin embargo, nos retiraremos para dejar tiempo á todas esas dilijencias; sin que por esto yo no me constituya en servidor de la desgracia.

—De la desgracia!—repitió Lemaitre con una sorda irónia—de la justicia! El hizo la desgracia de toda una familia, es verdad: como la hizo la debe de sufrir! Yo á nada me opongo—prosiguió—que le atiendan—que todos hagan por él cuanto les dicte la jenerosidad de sus almas: en cuanto á mi, no lo volveré á ver. Le perdono sus maldades sin olvidarlas: yo daré cuanto sea necesario á su mejor asistencia: pero repito que no le quiero ver

jamás! Esto es irrevocable, y espero que no se me incomodará, tratando de revocar un designio tomado á sangre fria, delante de la realidad de la pena del culpable, y de acuerdo con todas las convicciones de los males que he recivido entre los que cuento como menor el de la sospecha pública en mi honor de comerciante.

Sé que vos Señora, no estareis de acuerdo con esta dura resolucion—dijo dirijiéndose á Magdalena con bondad—pero perdonareis esta amargura si recordais todo lo que he sufrido, lo que aún sufro!

—Magdalena—Yo no estoy en aptitud de clasificar las acciones ajenas, y mucho menos por las prescripciones de mi cáracter: no! si yo no seria capaz de proceder así, no os condeno por esto: digo sinplemente que sois fuerte y que yo no sabria imitaros.

Lemaitre oprimió la mano de Magdalena y la dijo—Espero que vuestra palabra me servirá de algo en adelante: siento no haberos conocido antes de ahora! en fin: mi casa es vuestra: mi amistad es vuestra!—Ahora. . . .

—A Dios—respondió interrumpiéndole Magdalena, ya es tiempo de que me retire. Despedidme de Inés caballero, y créed que os felicito con el corazon, por que habeis hallado el medio de recompenzar las virtudes de vuestra intachable esposa y el esclarecimiento de una calumnia horrible. Volveré.

Alfredo se acercó á Lemaitre y le dijo :

—Me retiro Señor, satisfecho de haber concurrido en lo que he podido á la definicion de una verdad que estaba obscurecida á vuestros ojos; y de este modo, veros reunido á una mujer fiél y digna del respeto de todos. Como caballero, entiendo que estais satisfecho de mi, como yo lo estoy de vos: en este caso aceptad mi franca amistad.

Lemaistre respondiò—Sí, caballero: sí! Estoy orgulloso de encontrar en el lugar de mis enemigos, á seres como vos y esta señora vuestra amiga: mi alma se espande al contacto de la bondad y la franqueza que me mos-

trais. Creedme Riera—añadió solemnemente—jamás debí de haber dudado de Inés, para no haber confundido la inocencia con el crímen, y haber complicado vuestro nombre y el de Magdalena en el asunto mas desgraciado para una familia—Visitadme, visitad á Inés: tratadnos como amigos, y que jamás obscuresca nuestro presente, el recuerdo desagradable y triste de lo pasado.

—Soy vuestro amigo. Ofreced mis respetos y enhorabuenas á la Señora Lemaitre.

Anjel, Magdalena y Alfredo partieron llevando en el alma cada uno, sensaciones diversas y diversos pensamientos.

Anjel se separó de ellos, para llevar un médico á su casa: Magdalena fué acompañada á la suya por Alfredo.

Magdalena—Qué os parecen los sucesos desarrollados, Riera, en el curso de unas cuantas horas solamente....?

Alfredo—Me parece Magdalena, que en esto como en todo entra con su potestad invisible la providencia.

Magdalena—Qué jusgais de Lemaitre?

Alfredo—Qué es un hombre de caracter duro por fibra y por educacion: pero no le creo vil.

Magdalena—Algo mas pienso yó:—que es suceptible de modificarse esa alma agria y vengativa.

Alfredo—Puede ser: pero Inés....

Magdalena gravemente.—Habrá oido hablar de un viaje que proyectabais á Italia y....

Alfredo, con entereza, pero con pesar—y ahora es la ocacion designada para realizarlo....es verdad Magdalena?

Magdalena callaba.

—Gracias amiga por este consejo tan oportuno: yo habia olvidado la necesidad de separarme del centro de mis ilusiones: pero vos me enseñais la distancia como un medio acaso de conservarlas! Vos retirais, con vuestra inspiracion la copa de oro que apenas habia tocado los bordes de mis pobres lavios....y bien! sea! Al lado del castigo del culpable, está indicado el sacrificio del

inocente! no hay remedio! yo parto! Dentro de quince dias, estará dispuesto mi viaje, para siempre Magdalena!....añadió tomándola las manos y besándolas con respetuoso cariño—para siempre! disponed, mandadme! pero no me olvideis! Oh! no olvideis al hombre que al sonido de vuestra voz, se ha sentido capaz de darle un eterno adios á todo lo que ama en esta vida!

Magdalena estaba llorando en silencio. Al fin respondió :

—Alfredo! hermano en los sacrificios! perdonad la firmeza de mi consejo; pero os le doy—por que, cual seria el resultado de haber salvado á Inés de las garras del infortunio, de la calumnia? Colocarla nuevamente en el caso de sufrir; y lo que aún es mas, de comparar al *salvador* jóven y bello; con el acusador, frio y anciano? Es decir: si no amó podria amar: si fué calumniada entonces podria ser justamente acusada despues....y ya lo veis Alfredo: la obra de tanta importancia que habeis puesto en práctica, no habria llegado á ser otra cosa, que una pobre accion desnuda de nobleza y de conciencia.

—No por Dios! dijo resueltamente Alfredo—No! Inés ante todo! la madre y la esposa .primero que mi dolor, primero que mi vida....añadió como si su vida dependiera en efecto de aquella determinacion.

Teneis razon en todo, Magdalena! gracias: yo parto.

—Hasta mañana Alfredo!—dijo tristemente Magdalena.

Hasta mañana, Magdalena!—respondió aún mas tristemente Alfredo.

Se separaron.

- -

- -

En tanto los médicos habian visitado á Antonio, pues Anjel habia llevado otro con igual objeto que el que fué á buscar Don Juan; el parecer fué unánime: Antonio estaba loco!

La mirada errante y febríl de aquellos ojos; el calor

abrasador de sus pulsos, la incoherencia de las ideas, la contraccion de sus labios secos, ardientes y trémulos á la vez, marcaban su estado.

Los médicos despues de haber recetado é impuesto un gran silencio, se despidieron hasta la noche. El enfermo quedó con sus padres, Inés y Juliana, que velaban los mas leves síntomas de su enfermedad.

—Ah! gritaba Antonio despavorido—que horror! que horror! Allí está él, Lemaitre! mi juéz....Anjel que se burla de mi afliccion....y el Diablo....sí: alla vá...... me arrastra por los cabellos entre una porcion de peñascos horribles....caigo, levanto, y vuelvo á caér....Ah! el hospital! la caridad, la tumba....Inés, Inés! perdon, perdon.....!

Y trataba de saltar furioso de la cama para correr donde su imajinacion le marcaba, y viendo la imposibilidad física, continuaba :

—Me he perdido para toda la vida ! ya no quiero fortuna: voy á pedir una limosna como aquel anciano al que Anjel socorrió....Anjel ! nó!—gritaba—és mentira ! le han puesto por mofa ese nombre! es el diablo....miren, la figura ! allá vá!—decia riendo á carcajadas.

Todos callaban. En ese momento Anjel apareció: venia de estar hablando á solas con Lemaitre y parecia un poco cambeada su fisonomia—Inés lo observó, al ver aquel tipo de amargos recuerdos para ella. Entró, se sentó al lado de la cama, é Inés fué en aquel momento á ver á su hija y á su marido. Encontró á los dos sentados, gravemente el padre; la hija sonriendo y juguetona.

Al ver á Inés, Lemaitre se estremeciò secretamente. Sin duda se acordó de su crueldad para con ella. Inés se sentó á su lado, tomando á su hija en sus brazos.

—Lemaitre—Estas satisfecha de mi arrepentimiento Inés ?

Inés—Satisfecha de tu desengaño: de que me hagas justicia.

Lemaitre—Y me perdonas de corazon ?

Inés—Lo dudas? Inés nunca te ha engañado!

—Gracias! dijo con una efusion íntima Lemaitre, abrazando á su mujer y á su hija reunidas—gracias!

—Inés—Ves el estado de ese pobre Antonio?

Lemaitre—Veo Inés el castigo de la providencia! Ese hombre me separó de tí: á ti de tu hija: infamó tu nombre y el mio: y dá ademas un golpe de mano á los asuntos de mi casa comercial, sinó es que yo llego para evitarlo....!

—Cómo? Eso mas todavia? y cómo lo sabes Lemaitre? No te habrán engañado?....dijo Inés acordándose de lo pasado y de la oculta maldad de Anjel.

—Lemaitre—No Inés: no me han engañado: tengo los datos en mis manos, y con datos nadie se engaña.

Inés—Sí, si ellos son falsos, como los que te presentaron contra mi.

Lemaitre volvió instintivamente á pasar los ojos por aquellos papeles, y despues entregándoselos á su mujer dijo:

—Por si acaso me equivoco; por si acaso me engaño, ó puedo prejuzgar en un asunto en el que solo quisiera ser exacto, justo; lée querida Inés! lée!

A cada palabra, que leia, repetia—és verdad! No hay como salvar á ese desgraciado. La mano de Dios se levanta desatando la tempestad sobre su cabeza, y ahora es necesario creér, que empieza su castigo.

—Ah!—proseguia, protejida su alma contra el rencor, por la divina fibra de la piedad—por que me quiso tan mal ese desventurado! Que le habia yo hecho para aborrecerme y conjurar contra mí tantos dolores, tanta injusticia, tanto error? Si siquiera hubiera yo pensado el mal para algun ser de este mundo, y por ese delito, hubiera empezado mi espiacion en el odio de un hermano....?

—Pero gran Dios!—decia con una humildad apasionada—yo no tengo uno de esos errores! yo ni he hecho, ni he pensado el mal para nadie!—porque pues me has

colocado en el camino de las tinieblas y del perdon? Que quiere decir dar el perdon ? ecsistir la culpa ajena, Dios mio ! Ver errantes las virtudes de la humanidad y á merced de una fatal destinacion los corazones de los buenos ! Dios mio ! esparce tu diviua luz, en las sombras de la vida: derrama el óleo de tu celeste calma en los espiritus ajitados de tus criaturas ! Por lo que á mi toca— yo no tengo ni odios, ni venganzas. . . . .perdono á todos mis enemigos !

Lemaitre estaba conmovido: por la primera vez de su vida fria, y sin altas inspiraciones, sentia aparecer, la ecsistencia invisible de una potestad superior á todo cálculo humano: á toda voluntad de la tierra, y hacer nulos todos esos arbitrios terrenos para enseñorearse como dueña. Un algo de indefinido que participaba de todas las sensaciones tiernas del corazon, sin caracterizar por un detalle, una sola, ó el estremo de su naturaleza; flotaba en su alma como si le dijera "ama y creé!" y el hombre esperimentado, dejándose seducir por aquella encantadora vision; conmovido, se dejaba llevar, sin quererlo y sin saberlo, en el vaporoso aliento, de tan májica tentacion.

Contemplaba la belleza artistica de Inés, como si por primera vez la vieran sus ojos fascinados. La juventud, la gracia, la inocencia de aquella niña, seducian sus sentidos, y si en aquel instante hubiera podido sondeár Inés, la estencion de su influencia, la habria sin duda empleado en favor del culpable hermano que veia sumido en la desgracia: mas ese perdon llegaba tarde para el criminal.

De todos modos, la providencia se habia encargado de justificar á la victima, castigando al verdugo, y al juez: al uno trastornando el eje de sus ideas y convirtiéndole en un autómata; al otro, docilizándole el corazon hasta el punto de vindicar en él la ternura: la pasion.

—Y bien, dijo Inés, poniendo en las manos de su marido los papeles que la habia confiado—Cuales son tus planes Lemaitre ?

Lemaitre—Hacer tu felicidad y la de nuestra hija.
—Inés—Y tú....?

Lemaitre—Otro diria, trataré de buscarla: yo digo—la he encontrado!

Inés—De veras....?

Lemaitre—Sí: ahora pensemos en nuestra vida material para hacerla tan buena como es de deseár para lo que amamos—Con anticipacion, y secretamente, yo habia encargado que se me tomara una casa, desde que pensé en volver, que fué al recibir estos papeles que te justificaban á mis ojos: y aunque ignoraba quien me los enviaba, siempre me figuré, que no podria ser otro que Anjel....!

—Anjel! repitió Inés—Como si se acordara de cosas que tratara de olvidar.

—Anjel sí, Anjel—replicó Lemaitre;—el cual al hacer un bien por egoismo propio, era necesario que hiciera un mal irreparable y por egoismo tambien—El te salvaba, pero hundiendo en el abismo á Antonio; á Antonio, á quien ese verdadero infame cómplice suyo, ayudó á perderte Inés; y que mas tarde, Antonio olvidó y el olvidado resucitó de su nada para vengarse: para el odio y su consumacion tenebrosa. Pues bien: toda esa trama está palpable para mi yá: he hablado con Anjel manifestandole que sinó se lo he esplicado todo por ahora, le he dicho lo bastante para que se aleje de este país en el silencio. Le he dicho—Partid dentro de veinte dias de Chile para Europa; yo os daré sí os faltan, los medios para efectuarlo: pero evitadme el pesar de odiaros, despues que habeis salvado á la madre de mi hija; á mi esposa!—Nadie, ni vuestros padres sabrán de mi boca él por que de esta marcha, pues yo la disfrazaré con el nombre de una comision á que os mando: de este modo, os recompenso el bien que me habeis hecho, reparando el mal que me hicisteis: y trato de olvidar con vuestra ausencia los recuerdos rencorosos del pasado.

Inés—Y él qué ha respondido....?

Lemaitre, con el tono firme peculiar á su cáracter.— En esos casos nada se responde; yó daba una órden y él tenia que cumplirla simplemente.

Inés—Luego se vá....?

—Dentro de ocho dias!

—Dónde?

—No importa el paraje dónde se dirije un criminal...

—Lemaitre!

Inés por Dios! déjame proceder para acertar!

—Olvidale!

—Para eso es necesario que se aleje; que no le vuelva á ver jamás.

Inés, vamos á ocupar nuestra casa desde este momen to?—preguntó suavemente en seguida á su mujer.

Inés contempló un momento á su marido, no sabemos bajo cual impresion, y respondió sometiéndose.

—Estoy á tus órdenes; pero antes, és necesario prevenir á mis padres.

—Oh, sí; eso es natural. Llamadles, y se lo noticiaremos. Antes de venir á aqui, yo he pasado á ecsaminar la casa que habia recomendado á mi comisionado, y te aseguro Inés, que no falta un detalle, pues su arreglo en un todo es especial.

Inés—Has hecho bien, de saber por tí mismo, lo que debe de pertenecer á tu familia. Haslo asi siempre Lemaitre, y Dios te ayudará.

Inés se levantó en seguida y fué á llamar á sus padres. Aún encontró en la habitacion del enfermo á Anjel sentado cerca de la cama, como meditando en algun plan secreto. Al percivir á Inés se estremeció involuntariamente, y se levantó con esa estudiada atencion que ponen los seres de sociedad, con aquellos que estan decididos á conquistar, ofreciéndola su asiento.

—Gracias, no:—dijo sencillamente Inés. Vengo á buscar por un momento á mis padres.

En ese instante mismo, al finalizar aquella frase Inés, un grito profundo de dolor ó desesperacion, se escapó

del seno del loco, y en seguida señalando con su mano á Anjel, decia con un terror sombrio—"Allí está él: el demonio de mi vida, el que me protejió en mis planes contra ella! El! Satanás....mírale! con una máscara de sangre: está ajitando su látigo de fuego sobre mi rostro: salven á Inés! la mata! El Hospital....la muerte ....Anjel! la casa de comercio perdida....Lemaitre ....no: no me abarrescais! piedad! piedad!

Anjel turbado, pero con una esforzada tranquilidad aparente, dijo:

—Es nécesario tomar medidas serias sobre el estado de este desgraciado. Ya ves lo que sufre nuestra madre de este espectáculo Inés:—es pues preciso determinar en conformidad á lo que hoy resuelva el médico.

—Y qué quereis resolver?—preguntó por primera vez la mujer de Antonio.

Anjel se contentó con mirarla desde la cabeza á los piés, y sin responderla, la volvió el rostro.

" En nombre de Dios!—volvió á gritar el loco—arrancadme estas cadenas! tengo frio, tengo miedo: veo las calaveras secas, inmóviles abrir sus huesos como si quisieran reirse de mi....Ah! locas!—proseguia riendo él á carcajadas:—reid, reid! — Qué se vaya ese hombre! que se vaya! maldito sea! maldito....maldito!

Y se dejó caér fatigado apuntando con su mano la estampa de Anjel que se dibujaba en la pared.

Este estaba trémulo á su pesar: los dos viejos llorando, siguieron á Inés muy pensativa. Lemaitre salió á recibirles.

—Yo siento vuestra desgracia—dijo dirijiéndose á los ancianos—pero yo no creo haber contribuido á ella, de ningun modo:—es verdad?

—El viejo alzó la cabeza, y dijo con prontitud—En nada: en nada!—Doña María enjugó sus lágrimas y contestó triste y lentamente.

—Lemaitre, en esto como en todo, Dios, y solo Dios!

Lemaitre satisfecho ó no de su responsabilidad, pues

á lo menos deberia de estarlo, pues habia protejido mas bien que maltratado al enemigo de Inés en Antonio antes de ahora, hizo presente á los ancianos que se retiraba con su mujer y su hija á su casa, y que su amistad para ellos no sufriria por esto, contraste ninguno.

Don Juan, se deshizo en felicitaciones, en abrazar á Lemaitre, hija y nieta, olvidado ya del enfermo y solo pensando en la buena posicion de Inés: Doña Maria, abrazó en silencio á Lemaitre, y lloró largo rato en el seno de su hija que tambien lloraba. Al fin era necesario despedirse, y en efecto, los tres personajes se alejaron.

Anjel por una ventana, vió salir el grupo, y dijo en el fondo de su alma.

—No hay remedio ! Es necesario dejar que se cumpla el plazo que señala la providencia á los culpables! Ahora estoy solo conmigo: ahora puedo confesarme lo que niego á los otros ! Culpable—lo soy!—repetia con voz sorda; y lo peór de todo es, que siento la agonia del dolor en el alma, porque amo Dios mio!—decia mesándose los cabellos—amo á esa Magdalena freneticamente....! y por la primera vez, me veo en la cárcel del dolor que trae la desgracia, por mano de la pasion ciega, sin límites, y contenida, como para que muera en este miserable pecho!

Magdalena! Magdalena! Ah! aún creo que tu mirada ardiente traspasa mi pensamiento, hace encojer mis nervios, ajita la sangre de este frio corazon! qué mirada! qué poder! qué fascinacion!—decia como si le refiriera á otro aquella historia—Qué hechizo en esa voz majestuosa, dulce y profunda á la vez! Y eras tú la que el destino me habia señalado para hacerme comprender ese sentimiento sublime sin participarlo, y entonces, darme en él, solo un martirio, un infierno, mujer....? Quien eres: de donde has salido para mi castigo? Y que otro mayor que el de amarte sin esperanza?..—La cabeza ardiente cayó entre sus manos frias: por un momento: parecia que el silencio impenetrable de la tumba rodea-

ba aquella vida pobre y atormentada, como si le ofreciera un camino, y un consuelo: pero el alma vivia demasiado en aquel cuerpo todavia, para ceder así no mas su parte á la tierra: y como si le quisieran detener para encerrarlo en ella, decia, con un terror íntimo y sombrio.

—"No: aún no es tiempo! Tengo los cabellos jóvenes, el pensamiento ardiente y sediento de un *mas allá:* no: no puedo ceder mi puesto.

Amo: quiero saber definitivamente lo que debo; lo que puedo esperar, y amo con esa pasion que comprendo recien, que los criminales deben de sentir; inmensa, rabiosa, sombria, interminable: dudando de mi mismo: midiendo mi miseria y su potestad: sujeto á una palabra suya, y deseando apostrofarla. Ah!—decia estrujando sus propias manos, — Ah! si tuviera valor para matarme.....!

—Nó!—dijo en pos de él una voz solemne, y decisiva—Vive y conoce lo que es remordimiento!

Anjel dió vuelta la cabeza maquinalmente, y vió detras de él, de pié, inmóvil, al venerable anciano Martin, con los brazos cruzados y la mirada fija.

—Anjel iva á maldecir: iva—tal vez á buscar su antigüo compañero—el puñal! pero la memoria le dijo sin duda; "olvidadle!" y Anjel, miró simplemente al anciano, como si le preguntara—Qué quereis de mi?

—El anciano habló:

—Mi venida á esta casa, ha sido sin saberlo Alfredo, y para esplicarle á Lemaitre cuya llegada he sabido por aquél, quien era *Anjel Picotti.....!*

—Anjel se sonrió de una de esas maneras diabólicas que harian estremecer á los santos de terror: el anciano prosiguió:

—Si: no habiéndole encontrado, quise veros para confiaros mi designio y recordaros, que en casa de Magdalena Artey me insultasteis, y yo en vuestra casa os desafio!

—A mi! vos desafiarme! y para qué? dijo el reptil sacudiendo la ponzoña que devoraba sus entrañas, por

que media la imposibilidad de ponerla en juego—para qué? yo ya soy un cádaver....si: un cádaver que otros hacen jirar, y reanimarse á placér.—Oidme! proseguia con un ardor inusitado y acercándose á Martin — yo amo....!

Martin—Vos! á quién? Se os parece? Yo creia que Satanás no se reproduciria despues de vos, pues habeis absorvido toda la maldita esencia de su estirpe en vos solo!

—Asi! echad sobre las ruinas, la tierra que encontreis á vuestro paso! son al fin ruinas! pero creédme anciano! soy desgraciado: muy desgraciado: y si la desgracia merece vuestra ironia, acordaos que amais á Alfredo: que Alfredo ama, y que jamás podrá ser feliz....

Un globo de fuego pareció haber caido en la frente del anciano: pero se acordó de Dios: de las bondades de Alfredo, y la fé, flamante, pura y divina, traspuso el muro que le oponia la duda y dijo:

—No! Entre Alfredo y vos ecsiste un mundo de distancia! A él le recompensará Dios; á vos os castigará Dios!

Anjel iva á responder....pero un sudor frio innundó su rostro....Martin habia desaparécido dejándole un billete abierto que contenia estas dos palabras

—"Maldito fué tu hermano: maldito seras tú!"

RESUMEN.

CAPITULO XXXII.

A los ocho dias de la llegada de Lemaitre y de la reunion amigable y absoluta de él á su familia, en los cuales, Alfredo solo una vez habia ido á cumplimentar á los esposos, y Magdalena, tambien una sola vez, recibió Inés la inesperada noticia de que su padre estaba gravemente enfermo. Aunque esta iba constantemente á la casa paterna, pero el accidente fué tan súbito, que apenas se inició, se desarrollò abarcando inmensas proporciones.

Inés salió con su marido sumamente ajitada, y encontró á su padre, enfermo de muerte, y á Antonio tan frenético en su locura, que no habia quien le contuviera.

Desesperadas las jentes de aquella casa, del estado espantoso de los dos enfermos, no sabian á que, ni á quién recurrir para atender, sobre todo al loco.

En aquel momento de honda y verdadera afliccion, tomó la iniciativa cerca de su madre y de la mujer de Antonio, Anjel, para emitir esta idea.

—Vosotras lo estais viendo ! aquí no se puede atender á dos enfermos de peligro, pues caeremos malos todos, y entonces, arderá troya ! como se dice por ahí.

Doña María—Y bien: qué hemos de hacer para evitarlo ?

Anjel—En las altas demostraciones del destino, no debemos los humanos quedar impasibles. Cuando la señal de ese juez mudo pero severo, se traza sobre la huella de nuestro paso, es necesario seguirla sin trepidar, y tratar de comprender su sentido para no errar.

Juliana de Picotti—Y bien....!

Anjel—Y bien, en ese caso estamos respecto de Antonio, al que desgraciadamente la providencia ha marcado con el sello de la desgracia: es necesario que se cumpla su ley.

La madre—Y que quieres decir con eso? pregunto ajitada.

Anjel—Que es irrevocablemente necesario que Antonio vaya al Hospital de los dementes, por mas que sea doloroso y cruel este paso para nosotros.

Juliana dió un grito de horror, y la madre se cubrió los ojos con las manos.

—Imposible!—dijeron los dos á la vez:—imposiblé! imposible ! y subitamente, apareció Lemaitre, Inés y los criados de la casa, gritando—Socorro ! socorro !

Los tres personajes quedaron inmóviles como heridos de un rayo: Anjel fué el primero que logró sacudir su sensacion, y preguntó—para quién ? para mi padre ó para Antonio....?

—Para vuestro padre—dijo la voz grave de Lemaitre, y desapareció, dejando á Inés llorosa en la habitacion de su madre.

Esta salió tremula á ver á su marido; sin saber lo que era de ella: Juliana la siguió: mas Anjel, pasó á ver el estado del loco.

Lo encontró furioso: y dijo para sí:—muy poco habrás de estar aquí ente insoportable que no haces mas

que mortificar! Yo te pronostiqué el Hospital!—decia riendo con una espresion diabólica, horrible: y bien tendrás el Hospital! Yo me alejaré de este pais, donde dejo sepultadas todas mis esperanzas, todos mis sueños: donde vivirán mis delitos como implacables sombras de un castigo inevitable! dónde queda una mujer á la cual yo no sé si amo ó detesto; de tan negra especie es mi alma, que no puedo descifrar la impresion—pero al perderla, pierde Alfredo á Inés, é Inés le ama ocultamente: ambos serán desgraciados al fin, sinó como yó, como todos los desgraciados!

Y Lemaitre!....proseguia, con voz profunda—Qué será de Lemaitre....?

—Tu juéz, y tu verdugo!

Dijo detras de él, el acento solemne de Lemaitre, que habia entrado á la habitacion obscura del loco, buscando á Anjel; es decir, indagando lo que estaba haciendo aquel malvado, mientras su padre estaba en agonia.

Anjel se encojió como la vívora se encoje, para dar un salto sobre su enemigo; apretó los puños en silencio, y dijo con voz concentrada:

—Hareis bien!

Lemaitre—No tanto como mereceis; pero si mas de lo que se debia hacer con un culpable de un solo crimen. Vos teneis muchos!

Anjel iva á responder, pero inusitadamente el loco lanzó una horrible carcajada, y la voz angustiada de Inés, dijo aprocsimándose:—Lemaitre mi padre ha muerto....!

Inés estaba de pié en el umbral de aquella puerta donde estaban reunidos los tres seres que tanto mal la habian hecho, y que sin embargo, ella habia perdonado yá.

Hay situaciones supremas, cuya definicion no le será jamás confiada á la penetracion de un humano; y mucho menos á la palabra le será dado pintarlas: aquella era de este jénero. Lemaitre saliò precipitadamente de aquella

habitacion, en pos de él Inés, y solo quedó Anjel cara á cara con el loco que reia desaforadamente.

—Bien! dijo con el acento vilioso y terrible del que jura la venganza de un ser odiado:—Ahora empieza mi turno!

Como una de esas tétricas apariciones de los sueños postreros de un moribundo, asi se lanzó aquella fiera humana, fuera de la habitacion del loco; sin haber alzado su pensamiento, un instante solo, á Dios, en favor del alma de su padre!—Qué iva á hacer....?

Pasada apenas una hora, un coche se detuvo á la puerta sin ser sentido de ninguno de los de la casa: Anjel salió de él, y subió al cuarto de Antonio, con un hombre de mala apariencia: una media hora mas, y el coche ha desaparecido con tres personas, en vez de dos.

La habitacion de Antonio habia quedado vacia! Una carta estaba sobra el velador; era de Anjel á todos los de la familia:

—"Adios! decia:—buscadme ahora! buscad al *loco* al cual conservabais todavia apesar de sus crímenes, como un tesoro! Oh! buscadle!.....mi destino se ha cumplido; pero mis pronósticos se cumplirán tambien!—Anjel de las tinieblas, mi cuerpo y mi alma, esparcirán la sombra donde quiera arrastre la ecsistencia, como la dejo en torno de cuanto ha vivido cerca de mí!

Adios! y que la justicia sea igual para todos!

Anjel."

Largas horas se pasaron, sin que nadie se acordara que aquella habitacion ecsistia. La mujer de Antonio fué la que primero lo recordó en medio del trastoruo de aquella casa y de sus habitantes: se dirije á ella: vá á entrar, dá un grito horroroso y caé desmayada....Acuden al grito Lemaitre é Inés despavoridos.— Qué escena! sobre el umbral de la puerta de la habitacion del loco, yacia estendida la mujer, fria, sin aliento; la cama del

enfermo vacia. . . .y todo esto á la hora en que acababa de desaparecer la vida de un padre que por culpable que fuera, al fin, era padre!

Hay escenas en la vida repetimos, cuyo reproduccion no puede admitirse, porque se perderia en el pálido vago é inconecso de esas copias déviles, que sin ser inecsactas propiamente dicho, les falta el sentimiento íntimo, el color de la verdad; la estética del arte que es el desarrollo completo de lo perfecto posible.

Así colocamos aquella situacion: en el número de las *incopiables*.

La muerte, tenebrosa por si misma; habia esparcido en aquella casa, ese tinte sombrio y amenazador, que parece que fuera una sentencia escrita indeliberadamente en todos los puntos donde el ojo descansa, para mostrarle á cada uno un sudario, y un cádaver!

Lemaitre grave, imponente de esa terrible fiereza con la cual pintan al escéptico, era el único que se conservaba sereno, de pié, parecido á uno de los personajes de la célebre danza de los muertos pintada por Holbein.

En un momento, tan solemne como triste, Lemaitre volvió los ojos á la santa compañera de su vida, y. . . . preciso es decirlo! sus ojos se inundaron de lágrimas, al contemplar la dolorida belleza de aquella inocente víctima de las ambiciones de aquellos dos monstruos, que la naturaleza equivocada, ó ávida de las pruebas de sus virtudes, le habia dado por hermanos. Se acordó de la crueldad del padre, ya impotente por la muerte—y tomándola las manos subitámente, la dijo con una sensacion íntima y relijiosa:

—Inés! Qué quieres de mi? Pide, manda! Todo lo tendrás. Si no me amas, por que al fin eso es imposible, seré tu padre, tu mejor amigo!—Quieres que me aleje? me alejo! Si para tus sueños jóvenes y brillantes, la cabeza seria de este hombre culpable, por que te elijió en la hora mas bella de tu vida, és ya un estorbo; yo haré que esta cabeza se incline pronto ácia la tumba. . . . Si,

Inés; no lo estrañes! Acabo de valorarte: de comprender tu sublimidad; lo que has padecido: lo que tienes que perdonarme: cuanto te resta que sacrificarme todavia!

Inés estaba llorando, y se habia acojido á los brazos de su marido, como un débil niño, perseguído por un fantasma, en los brazos de su padre. — Lemaitre proseguia:

—Si Inés! querida Inés! me tienes que dar aún mas de la mitad de tu vida, mientras que yó, solo puedo ofrecerte una voz trémula; unos pasos vacilantes ácia el panorama de la felicidad....y....tristeza de la tierra!—decia golpeando su frente....ya nada soy! y tu!....tu ....empiezas la época de la esperanza: el orizonte de las iluciones parece que se entreabre al contacto del rayo de tu pupila: tu alma virjen..porque aún no has amado Inés!—añadia con una íntima melancolia—tu alma virjen, vestida con el pudoroso velo de esos tesoros preciosos de la juventud y del sentimiento, abrirá sus senos á un amor inmenso....—inmenso! repetia con un acento hondo y penetrante—y yó....yo Inés me habré muerto en la vida, completamente negativa de la materia sola....Inés! Inés!

Lemaitre lloraba, Lemaitre amaba: Lemaitre acababa de encontrar el mundo impalpable de las almas, que se aprocsiman sin tocarse: que se comprenden sin esplicarse....

Todos aquellos bárbaros testimonios de un amor propio ciego, que habian hecho de él un apóstata: un rudo conocedor de los sentimientos profundos, habian desaparecido, al contacto maravilloso de esa sensacion de la ternura, de la conviccion, de la providencia que se alzaba sombria para los verdugos: sonriente y bienechora para la inocente.

Inés por su parte, conmovida, olbidada acaso de la escena que tenian delante, de aquella mujer desmayada, de todo en fin, le respondió:

—Oye Lemaitre, oye! Mi piedad no es una gloria conquistada á la virtud; es simplemente el hecho de una devocion innata en mi alma, en la cual no se ejercita un solo sacrificio. Esa piedad me ha salvado, pues Dios pensó en mi hija, y quiso que las gotas del rocio de la mañana de su vida, no fueran amargas, y por esto llevó á tu alma la conviccion, conduciendo á mis enemigos hasta el punto de ser ellos mismos mis defensores! Ahora, yo os regalo todos los sueños mas pomposos de mi mente: mi paraiso de flores, donde descansaba el alma fatigada del roce del mundo, ahi está! Todo mi mundo es mi hija y tú! todo mi porvenir serás tú y ella!

Lemaitre irradiado, iva á caér en la tentacion de un amor ciego: en el amor de un niño! pero sus ojos descansaron en la figura de la mujer desmayada que aún estaba allí, como pidiendo cuenta á aquellos olvidados, de su marido, y. . . .fuera buen juicio, ó presentimiento: tomó un continente aunque suave, frio, y dijo:

—Querida Inés: esa mujer nos necesita!

En efecto la estaban prodigando sus cuidados, en el momento que entró Doña María bañada en lágrimas preguntando por su pobre Antonio y repitiendo:

—Dios mio! Esta casa está abandonada de tu celeste gracia!

—Lemaitre respondió—La casa nó, Señora: los malos son los que están esperimentando el justo castigo de la providencia.

—Doña Maria—Y mi hijo?

—Lemaitre—En breve le vereis Señora!

—Pero dónde, dónde está?

Lemaitre vaciló un momento: consultó al parecer á Inés; pero Doña Maria ecsijia saberlo y Lemaitre respondió la verdad:

—En el Hospital. . . .

En el Hospital!—dijo con una voz hueca y sombria aquella madre—y sin esperar esplicaciones, salió de aquel sitio tomó un poñolón y partió dejando abismados

á todos, de aquella resolucion tan rara en su caracter y en aquellas circunstancias.

Lemaitre é Inés, (vuelta á sus sentidos Juliana) salieron en pos de su madre, para evitar, ó atender cualquier inesperado accidente. Tomaron la direccion del Hospital, y en efecto encontraron á su madre, al lado de su hijo loco, desfallecido, con los inmensos esfuerzos que habia hecho, sin reconocerla y sin comprender las lágrimas de dolor que bañaban su dolorido rostro.

Inés se estremeció de dolor y de piedad: Lemaitre creyó ver el gran cuadro de las justicias humanas, trasado con rasgos vivisimos, al frente del porvenir de la vida.

Los dos esposos lograron arrancar á Doña María de aquel sitio, y llevarla nuevamente á su casa, prometiendole que Antonio saldria de allí: mas que era absolutamente necesario que ella ocupara el puesto principal de duelo en su casa.

Al salir Doña Maria dijo :

—Ah ! Dios mio ! perdon para todos los culpables !

—Y justicia para todos los buenos!—dijo una voz solemne, en pos de ella. Los tres volvieron la cabeza, y encontraron la figura grave y dulce de un anciano, que alargaba su mano ácia el loco, y depositaba en la de aquel, unas monedas de oro. Inés al verle sintió un sacudimiento nervioso que crispó todo su ser: una ráfaga estraña de hondos y despedazadores recuerdos, asotaron su frente, como si la hiriera un látigo de fuego: miró á su marido como asustada de un terror siniestro. . . .y dijo:

—Dios mio ! que horrible esperiencia !

—Cuál—preguntó Lemaitre sin comprender mas allá.

—La que dá la caridad ajena, á los que sufren !

—Lemaitre, movió la cabeza con tristeza, como diciendo—He visto que dan limosna á tu hermano!—y desaparecieron en seguida.

El anciano era Martin, que habia recivido de Alfredo, la noticia de que Antonio iva al Hospital, pues Anjel habia escrito á Alfredo la carta siguiente :

—"Amigo, parto para siempre de este pais: sé que quedais con una úlcera profunda en el alma: un amor inmenso, incomprendido, y si llega á ser comprendido fatal para *Inés;* fatal para vos! Yo....tambien llevo mi parte de dolor....amo locamente, y ese afecto me lo inspira mi propia enemiga.....*Magdalena!*—Vos teneis aún el porvenir....yo....el espacio! Antonio..será el tipo de la justicia de Dios sobre la tierra: id alguna vez á visitarle al Hospital y dad al pobre, esa limosna que dan los ricos! Cuando recibais esta, ya ocupará él su puesto allí: yo, habré partido bien lejos de aquí.

"Algo se ha cumplido de mis proyectos: el resto, lo veremos aún....

Anjel."

Alfredo habia quedado yerto de espanto al comprender tanta maldad: habia llamado á su antiguo amigo Martin, y le habia dicho:

—Teniais razon cuando pintasteis á ese hombre con el fatídico color de un malvado encubierto! Leéd y corroborad.

—Martin leyó y corroboró sus juicios respondiendo:

—Nada me sorprende! yo le he desafiado, no siendo mas, que un débil anciano, y ha rehusado por cobardia!

—Vos! y os habriais batido Martin?

—A muerte!

—Y si os mataba ese cobarde?

—Moriria!

—Qué os llevaba á ese duelo?

—Librar á la humanidad de un malvado!

—Ah Martin, Martin! Quién os comprenderá si yo falto!

—Faltarme tú! no, yo te seguiré al fin del mundo, y....Alfredo, oyeme bien, partamos, pronto! oh, partamos!

—Martin! Y *ella*? Donde la encontraré si la dejo en

otros brazos; si la pierdo por toda la vida!—preguntó triste y ardientemente el jóven:

—Dónde, Alfredo—respondió solemnemente el anciano—en el recinto de tu inmaculada memoria: en tu conciencia: en el sacrificio que la ofreces á ella misma, al volverla su marido, su hija y su reposo!

—Ah! si, si, teneis razon! la tendreis siempre! alejadme de aqui; de ella, de cuanto ha vivido á su lado: de cuanto han tocado sus manos! si alejadme! me perderia uno de esos contactos: una de esas memorias: una de esas palpitantes pruebas de un sentímiento perdido, pero infinito como el testimonio de Dios!

Anjel, Anjel!—prosiguió con tono profundo—bien lo deciais! La llaga está sangrando en el fondo del corazon. . . . .no habrá ausencia, no habrá tormentos ni privaciones que la sanen yá! y sin embargo esos son los únicos remedios. . . .!

—Nó! dijo abrazándolo Martin—Nó! El consuelo vivo és la fuente inagotable de la fé; de ella brotarán efluvios divinos de esa esperanza interrestre, por la cual se han inmortalizado los buenos! Bébe ahi; cada gota acrisolada, con las tempestades de las pasiones humanas, de las almas perdidas, de los dolores profundos, irá serenando vuestro espiritu, y curando la acerva llaga de ese lastimado corazon.

Alfredo! hijo mio! En la inmensa tribulacion del terror de las penas, y de los males sin remedio, la providencia señala misteriosamente ese caudal oculto en el abismo del dolor mismo; la *fé:* investiga, yo he vivido mas que tú, tambien he llorado; tambien he sufrido! yo te ayudaré á encontrar el camino y el sitio donde mora el ánjel de la *fé:* y juntos, enjugaremos en sus celestes álas, las terrenales lágrimas de nuestros ojos!—lo quieres hijo mio? lo quieres?

—Alfredo conmovido, soñando acaso con un bien impalpable, respondió avidamente — Sí, si! partamos! lo necesito, lo quiero!

—Cuando?

—En tres ó cuatro dias. Deseo ver á Magdalena.

—La verás!

—Y....—mas como si se hubiera arrepentido, el jóven, añadió—y os pido que veais á ese desgraciado culpable que su hermano deja en un Hospital; le llebes una limosna, y....despues partamos!

—Sin ver á Inés Alfredo....?

—Yó! verla! y para qué? Para renovar impresiones que me encamino á destruir; para doblar mi sacrificio; mis martirios....?

Una sonrisa casi inapercibida, vagó por los lábios del anciano: en seguida salió para ir al Hospital á ver á Antonio.

Magdalena en tanto, habia recibido un billete de Anjel concebido así:

—"Si ois decir á algun descreido algun dia, que la providencia es un sueño; que el destino no tiene señales fijas, desmentidle con este solo hecho que abarca toda la vida de un hombre—"Yo os odiaba, y os queria ver muerta ántes de conoceros; despues, os he llegado á amar subitámente de tal modo, con tal vehemencia, que si oigo nombraros asalta el vértigo mi cabeza; la sangre de mi corazon se reanuda en las venas; parece que el aire de la vida me falta, y siento á la vez, el amor propio de verdugo, que se levanta como una sombra fatídica, demandando mi entidad de hombre: vuestra nulidad de mujer.

"Si yo pudiera abrigar un instante la esperanza de todos los seres—ser amado! Yo creo que llegaria á ser bueno: á lo menos trataria de serlo: querria serlo.

"Pero no me engaño sobre eso! En vano las lúbricas danzas del deseo atormentan la vision de mis ojos, los resortes de mi cabeza! nada! yo estoy muerto para el amor, para la dicha, para las locuras de la juventud!

"Teneis una prenda de mi odio en vuestras manos: leéd en ella mi estraño destino! Yo no podia ni debia

dejaros otra prenda que esa: vos leereis en ella—*amor*, el mundo leerá, *odio, delito!* Conservadla, y escribid algun dia la historia de ese *puñal.*

"Magdalena, Adios! Las nuves del tiempo os arrastrarán en su pasaje al fin: entonces rogad por mi!

"Antonio el culpable, queda en el Hospital: dadle de cuando en cuanco una limosna por amor de Dios!

Anjel."

Magdalena sintió el horror, que despedazaba en su alma tierna y profunda el santo tesoro de la paz, para hacer estremecer sus fibras de ese espanto seco y horroroso, que deja mustio el corazon: mustio el semblante.

En tal estado la encontró el anciano Martin de vuelta de su hospitalaria visita al pobre loco, con la carta abierta entre las manos, y pálida y desencajada de emocion.

—Leed!—dijo Magdalena al anciano, alargando el odioso papel—El anciano le tomó y leyó—Cuando hubo acabado dijo:—Ya lo sabia!

Magdalena—Cómo, cuando?

Martin—Sorprendí su secreto, y eso fué el mismo dia de la llegada de Lemaitre, á quien yo buscaba para darle á conocer á Anjel como el verdadero culpable. Mas ahora, Lemaitre le ha conocido demasiado:—está por demas mi aviso; y despues, él ha partido!

Dejadle marchar arrepentido, si es posible, que jamás el vicio injénito se arrepienta! ocupémonos de Inés y de Alfredo:—Este se aleja.

—Magdalena—Desgraciado!

—Martin—Doblemente lo seria si quedara aquí!

Magdalena—Desgraciada á su vez Inés!

Martin—La amais? Pues rogad por que sea desgraciada sola, y no entre en ese destino, la presencia, á lo menos de un hombre doblemente infeliz!

Magdalena pensativa—Y cuando?

Martin—Dentro de tres ó cuatro dias.

Magdalena—Y yo, sola en la vida!—Sin familia, sin amigos, las horas serán mortajas que se alzan para asustar mi credulidad....Sin embargo;—añadió mirando el retrato de su madre—ahi está esa santa imajen de mi pobre y amada madre! Esa imájen será la consolacion de mis soledades. Recordaré todo lo que padeció: cuantas lágrimas derramaron sus ojos: cuantos dolores se encerraron en los senos de su ajitado corazon. Meditaré amigo mio!—añadia tristemente:—la meditacion absorve el tiempo, limita el dolor en el sacrificio de la sensacion íntimamente terrestre, por la sensacion intimamente moral, y despues....Dios triunfa de la criatura divinizándola en esencia, sinó en la forma.

Martin—Sí, Magdalena! Predestinada mujer! Sí; vos sereis un jénio! vos realzareis la mision estrecha de la mujer algun dia; y con el tesoro de vuestro entendimito—sabeis lo que hareis? salvar á muchos desgraciados, honrar la humanidad doliente, y destruir muchos errores....!

Magdalena—No seré nada mas que una pobre mujer; pero, haré por ser útil á cuantos pueda!—Y bien: partid amigos mios, añadió—partid, y conservad mi memoria! *Yo* os soy *deudora:* recordadlo, pues guardo esta gratitud en el fondo del corazon!

Martin—Sí, deudora de una amistad sin limites á Alfredo y á mí: de nada mas Magdalena;—afirmó grave y dulcemente—y ahora....á Dios! Ya no quiero volveros á ver: basta de emociones, pues ya soy viejo y tengo que llorar con Alfredo sin duda....!

—Magdalena, corrió á los brazos del anciano y llorando como una hija que se despide de su padre, esclamó:

—Sí, adios! teneis razon: guardad ese tesoro de ternura para Alfredo, porque, en efecto: presiento con vos, que tendreis mucho que consolarlo! A Dios! bendecid mis intenciones, pues son inacusables para el bien ajeno: y ahora....á mi vez, adios, adios!

Se separó el anciano de Magdalena, sumamente con-

movido: aquel corazon noble habia entendido el sano corazon de Magdalena, y la amaba, como és necesario amar, todo aquello que no está viciado con el torpe veneno de la maldad.

Al siguiente dia Alfredo se presentó á dar su adios á esta pobre mujer que parecia el tópico destinado para producir y recibir todas las grandes impresiones morales que ajitaban á la cantidad de seres elejidos para formar la cadena de su vida, y la encontró abatida.

Pocas palabras se cruzaron entre los dos: pero al darse el último adios, Alfredo la dijo :

—Magdalena—Yo parto para Inglaterra : allí puedo seros útil y proporcionaros elementos para vuestra profesion: hablad; soy, mas que un amigo, un hermano! Escribidme; es decir contestad á mis frecuentes cartas, pues las tendreis siempre ! En cuanto á Inés.....tratad de que sea menos infeliz de lo que ha sido: confortadla y habladla de Dios en primer término. Decidla que voy satisfecho de haber podido reunirla á su hija.....que lo demas és un eslabón de la cadena que tiene que arrastrar hasta el fin de su vida!—Que no maldiga nunca: que no autorize al dolor para creerse señor de su alma, ni de su ecsistencia, por que será perdida.—El aliento inmortal de los santos, penetre en su corazon fatigado, y dormite en él, como en holocausto de una fé íntima, el inefable paraiso de la juventud y de la esperanza!—Es necesario Magdalena que así sea—añadió profundamente conmovido—y como vos sois un ser tan bueno, y la profesais tan alta amistad, vos sois la única que podeis hacer esta obra.

—Magdalena.—Confiad en mi deseo y en la práctica de él! Marchad tranquilo sobre esto; y ojala que vos tomeis del consejo que dejais, algo para dulcificar el malestar de un corazon triste y sin esperanza ! Ojalá veais Alfredo, surjir de en medio de las tempestuosas ondas de ese mar agitado de la pasion ciega, ó del sentimiento inmutable, la vision melancólica pero consoladora de la

fé que necesitais tanto como Inés: y convencido de la necesidad de no alterar el órden de la naturaleza con los estravíos de una pena sin remedio, vebais en el sagrado vaso que Dios prepara para los que despedazan la duda, ante la verdad de su existencia. Orad, Alfredo: orad con fervor: no veais á Inés: no me veais mas: alejaos, y algun dia....

—Qué? preguntó con la avidéz de un sediento, quo al ver brillar la luna sobre el árido suelo, se lanza á constantar si ese punto brillante és una gota de agua:

—Què! repitió Magdalena con un tono al cual podriamos llamarle del porvenir, tal grado de presentimientos encerraba aquel acento:—Puede ser que la Providencia venza los obstáculos que os separan de la realizacion de todos vuestros deseos y.....seais feliz....

Alfredo movió lentamente la cabeza, como si dijera,—lo dudo!—se sonrió con una de esas sonrisas fujitivas del dolor engañado instantáneamente; y abrazando estrechamente á Magdalena—Para siempre adios, Magdalena!

—No, dijo esta—Para volvernos á ver algun dia!

Al concluir estas palabras se separaron.

Magdalena quedó diciendo al verle alejarse:

—Sufre horriblemente y su mayor desgracia es ser bueno: siente y sufre como sufren los que nada osan por que temen ofender los arcanos del cielo y de la tierra y... si Dios no le ilumina, se tronchará esa bella vida como cae rota en pedazos una flor sacudida por la tempestad! La luz guie sus pasos! la razon elabore su destino: vuelva á verle feliz! bendito sea!

De Ines, que ignoraba la partida de Alfredo y que solo Magdalena podria habérselo dicho, solo dirémos que desde el instante que vió al anciano Martin en el Hospital se sintió presa de una estraña tristeza, que apesar de haberla ella descifrado para sí propia, bajo mil carácteres diferentes, entre ellos la muerte de su padre, la desgracia de su hermano: la maldad de Angel, etc.; sentia que solo una calificacion predominaba en su juicio: califica-

cion que no se atrevia á formular con una palabra, pero que estaba saltante en el fondo de su corazon—*Alfredo!*

Mas, heroina muda, pero invencible, tenia en su voluntad arbitrios de defensa inmensos, contra aquella potestad ofensiva à la dignidad de madre y esposa; y en lucha perpétua, veia desaparecer las horas unas tras otras, armada de cuanto el sacrificio puede ofrecer al ser para combatir, sinó para triunfar, de la tentacion de un deseo ó de un sentimiento.

Las circunstancias favorecian aquel estado triste de su espíritu para todos los que la observaban y sobre todo para su marido, el cual parecia un poco mas tranquilo.

A los tres dias de estos acontecimientos, entró Lemaítre á la casa paterna de Inés que venia de traer noticias de Antonio á Doña Maria y á Juliana, y estas eran de todo punto alarmantes: razon por la cual, no se le traia á la casa, porque el desencadenamiento de la fiebre, le hacia intratable en aquel sitio mismo.

Un momento despues de estar alli, y de haber quedado de acuerdo con madre y esposa de la necesidad de que permaneciese el enfermo en donde estaba, aunque le costó gran trabajo lograrlo, y al despedirse para ir á noticiar aquello mismo a Inés, un anciano le detuvo en el dintél de la puerta de la calle, con estas atentas palabras:

—Caballero, perdonad;—sois el señor Lemaitre ?

—Servidor vuestro ?

—Aceptad la despedida amigable que os envía Alfredo de Riera.

Y sacó una tarjeta de su cartera, timbrada con el nombre de Alfredo y estas pocas palabras—"se despide para Inglaterra y pide órdenes al Sr. Lemaitre y señora."

—Caballero, dijo Lemaitre poniéndose pálido notablemente—Tendré el honor de saber quien sois?

—Martin, el amigo de Alfredo, servidor vuestro.

—Pero él tuvo otro amigo antes que vos. . . . añadió como si fuera presa de una reminiscencia su memoria.

—Sí,—contestó el anciano—Claudio Prado.

—Es verdad!—Y bien; añadió como sacudiendo sus impresiones—me honro de ofreceros mi amistad y mi casa: sin duda la habeis equivocado....

—No; respondió el anciano—fuí á la vuestra y no hallandoos, quise presentaros la despedida de Alfredo y mi respeto personalmente, donde os encontrara.

—Me dejais obligado, caballero—cuando és la partida?

—Dentro de dos dias.

Se vió pasar como un metéoro, una de esas alegrias que iluminan la fisonomia por un momento, pero como si en vez de ser la acepcion de una esperanza, fuera mas bien el parasismo de un bien que muere.

—Entónces, caballero disponed de mí, vos y el señor Riera. Quereis que vamos hasta mi casa?

—Gracias. Ahora quedad con Dios, señor Lemaitre: la paz y la felicidad sean los compañeros de vuestra digna familia!

—El mismo deseo por mi parte: feliz viaje, caballero.

Se alejó el anciano. Lemaitre llegó preocupado á su casa y encontró á Ines, que vestída como era de forma, de rigoroso luto, se habia sentado á mirar desde el fondo de su habitacion, el mar que desde allí se divisaba plenamente.

Lemaitre dijo para sí—Ya la sabía.

Se acercó á ella que estaba tan distraida que no le habia sentido entrar, y con voz suave, le dijo:

—Ines: qué miras?

Ella volvió el rostro y se puso encarnada como si hubiera visto sorprendido el secreto de su alma, y respondió:

—Miraba el mar tan triste, y pensaba en la suerte de los desgraciados.

—Apropósito: sabes que se ausenta Alfredo de Riera y su amigo Martin?

—Sí....? preguntó con ese tono desvaido que nada significa al parecer y que sin embargo, todo lo revela.

—Sí! repitió Lemaitre: eh ahí la despedida que me ha entregado en mano propia, Martin,

Inés miró sin ver:su cabeza se hizo cómplice de la sensacion de su corazon á tal punto, que sin el tremendo esfuerzo de una voluntad como la suya,hubiera prorumpido en gritos de desesperacion: pero la cabeza invadida así por el vértigo de un dolor supremo, pudo presentar inmóvil todavia, la careta sobre aquel rostro, y aunque el marido dijo para sí: „*Sufre!*" no tuvo el derecho de decírselo á ella: de pensar que podia hacerla un reproche: de creér que aquella mujer era infiel al esposo, cuando su alma solamente volaba al través del misterio, fuera del recinto nupcial; cuando no tomaba parte la materia en esa emigracion silenciosa, inofensiva y puramente moral.

Un hombre sensible hubiera creido que le llegaba en esto, su hora de sufrir mas completa: y es justo decírlo, Lemaitre lo sintió porque habia llegado á amar doblemente á Inés, desde que la habia valorado, desde que habia comprendido la estension de sus virtudes !

A los dos dias una mujer vestida de negro, estaba recostada en un pilar solitario de un muelle que daba al mar en faz completamente, en la hora en que un vapor á larga distancia ya, se veia en lontananza como una nube blanquecina perdida en el horizonte.

Era Magdalena que daba desde lejos y con las lágrimas en los ojos un adios silencioso á la embarcacion que llevaba á Alfredo y á Martin.

Otra mujer, retirada en su habitacion, sola, oraba;— era Inés que pedia la bienandanza para los viajeros; y la paciencia y la fuerza para sobrellevar la *Cruz* que cargaba sobre sus débiles hombros, sin poder renegarla ni condenarla.

Entraba su hija en el descuento de ese sacrificio.

FIN.

La doctrinaria de la filosofia social que esplica los deberes mas ó menos fuertes del destino de una mujer, no puede abolirse, por mas dura que ella sea: és necesario seguir sus preceptos, sinó con la conviccion de su perfeccion, por lo menos, con la conviccion de la necesidad individual como jeneral para las masas.

Así como á los pueblos, no les ha llegado la hora de su emancipacion perfecta; así á la mujer no le ha llegado tampoco su hora de compensacion, de justos derechos reclamados al absurdo réjimen de una desigualdad de principios afirmativos para una parte; negativos para la otra.

En este estado, y no siendo cada ser sinó un grano de arena, perdido en el inconmensurable occeano de la vida de los siglos; haremos muy bien los que hoy vivimos, en seguir aquella doctrinaria social ya establecida; y sin tratar de penetrar los secretos del porvenir, caminar por la senda en que transita la inmensa porcion del mundo.

Inés estaba convencida sin duda de esta triste y seca necesidad, y dijo para Dios estas palabras :

—"El abismo que me cerca es el dolor; y el dolor que se estrella contra el imposible: en la lucha, y con sus golpes romperán mi corazon débil. Si yo soñando con las quimeras de un mundo inspirado por el deseo del alma, acaricio en él iluciones amadas; cuando despierte me encontraré doblemente sola, doblemente desgraciada. El mundo reál, me parecerá un desierto, y yo habria labrado entonces mi doble desventura sobre la tierra. Si al contrario, ecsamino mi ecsistencia de todos los dias, fria mecánica y sin ambiciones, mi corazon se yela: mi cabeza se inclina amortiguada de la sombra en que nadan las ideas, y....tengo miedo de perder la fé; de desganarme

tanto de la vida, que me paresca la muerte una necesidad—Qué hacer en tal situacion....? Siento que ahora pienso: no quiero pués dejar invadir mi espiritu de la influencia de esa potestad que bajo la forma de la desesperacion hace el infortunio de casi todos los seres! Y bien: es necesario meditar ahora, tratar de ver lo que se hará despues, y consolidar la base de una ecsistencia desorientada de lo que és esperanza; pero que quiere consagrarse al bien.

Traeré mi madre á mi lado: una madre y una hija és un baluarte contra las profundas tristezas que las hojas del otoño de la vida humana, producen al caér. Ellas consolarán esas tristezas.

Magdalena, es una amiga fiél, intelijente: tambien hará mucho por mí.... El resto de las cosas que me cercan compondrán la serie de motivos mas ó menos á propósito para mi tranquilidad, que estaban marcados en el rádio de mi destino. Valorando entónces mi mision, la hallaré grande en santos resultados para el porvenir, como hoy la hallo grande, solamente en el tamaño del sacrificio, con que me decido á vívir puramente de ella y para ella; y algun dia, Dios coronará mi pobre y mustia frente de esas palmas que conquista la paciencia al dolor supremo: la fé, al tormento de la duda, y la perseverancia de la madre, á las asechanzas de un mundo traidor al periodo virjinal de la vida de una hija, á la cual es necesario entregarle intacta la fortuna que obtuve á trueque de llevar hasta el fin una cruz—y bien:—sea!

Al acabar esta frase, cayó de rodillas delante de aquel mismo crucifijo que habia recibido tantas veces su plegaria y oró profundamente. En seguida se puso de pié, se dirijió á la pequeña caja de ébano que habia conservado relijiosamente, estrajo de ella, una carta y un retrato ambas cosas pertenecian á Claudio Prado—y arrodillándose nuevamente ante la sagrada imajen de Dios, dijo:

—En el altar venerado de tu fé, Dios mio! depongo estas dos prendas del primer cariño de mi vida: del cariño romanesco y puro, que empieza y acaba en la imajina-

cion de la mujer, sin otra esplicacion que la que se puede dar á un divino sueño, creado en una hora libre y feliz de la vida. Yo he guardado fielmente estas dos prendas, hasta hoy: hasta hoy en que debe de empezar para mi, una nueva era de sacrificios distintos, fijos, invariables; ya pues no deben de estar en mis manos, ni deben de pasar á ningunas otras: por esto, tomándote oh, Dios! por testigo y juez de mi situacion, te entrego á tí únicamente, este depósito que he guardado tan secretamente! éh ahi la ofrenda que por el porvenir de mi hija te ofresco Dios mio!

Y diciendo esto, dividió aquel papél con mano fija aunque suave; hizo lo mismo con el márfil donde estaba la imájen del hombre de sus iluciones de adolescente, y sobre una lámpara de alabastro, que ardia constantemente al pié del crucifijo, hizo desaparecer aquellos vestijios de la edad encantada de la vida.

Adios!—dijo cuando el último resto hecho cenizas, se desprendia mustio y sin calor ácia el suelo:—como vosotros se volverá este pecho que guarda un corazon hoy muerto! Cenizas gran Dios! Cenizas! — esclamó como si quisiera acometerle la desesperacion de la duda; pero subitamente, pareció que su alma se habia alumbrado de uno de esos rayos invisibles de divina fé, y replicándose á si propia añadió:

—Cenizas para la materia; mas el alma es de Dios!—Ahora ya estoy preparada—añadió con un tono de serena tristeza que hacia mal:—ese otro hombre, ese Alfredo. . . .será el único que permanecerá como la figura de la resignacion, al través del tiempo y de mis dolores, porque él es el pedestál sobre el cual se ha labrado mi nueva vida. . . .y és necesario recordar su memoria delante del mundo, de mi hija para que, algun dia respete y ame esa memoria, como la de Magdaléna. Pero nada mas. . . .Tal se lo dije á Martin al venir á anunciarme su partida llorando y que todos ignoran que he visto al anciano; tal se lo digo á Dios desde ahora!

Añadia, como si algun poder involuntario la incitara

Almeida, Marcelina (Arg.)

á no alejar aquel recuerdo peligroso de su memoria— Nada mas! Los destinos traicionados—dijo con un acento intimo como el de un ser que mide su pérdida sin esperar ya nada—acaban como han empezado—con una *tumba*, y despues de haber llevado la cruz del infortunio por toda su vida!—Cúmplace el mio! — Ahi está Dios! Olvido, silencio, *y sacrificio!*

Despues de ese momento la esposa y madre no se desmintió un momento, por mas que el vaso del dolor, rebósara en su alma: trajo á su madre á vivir con ella: y á los dos meses ó tres, murió Antonio en el hospital, y su mujer se redujo á vivir en una antigua casa de su familia.

De Anjel, se supo que habia llegado á Marsella despues de un naufragio horroroso donde perdió todo cuanto llevaba; por consiguiente estaba á esa fecha en la miseria.

Nadie le tendió una mano, y su madre ignoró siempre como Inés, el destino de aquel malvado, que solo Lemaitre conocia y saboreaba en su venganza. Magdalena trabajaba y propendia al bien de Inés y su familia, habiendo conquistado la amistad de Lemaitre.

En cuanto á Alfredo.........................

El tiempo nos dará ocasion de ocuparnos de él algun dia.

Baste por ahora, dejar á Inés libre de sus enemigos, al lado de su hija, de su marido y de su madre: triste pero resignada: sola de corazon pero acompañada materialmente: sonriendo al mundo sobre su sudario, y ofreciéndole á Dios hora por hora de su vida, el testimonio de su fé y á su hija el sacrificio entero de su corazon.

—Careta obligatoria que se incrusta en el rostro de la mujer social! Si una mano arbitraria ó compasiva, te arrancara de ese sitio, cuantos secretos revelarian los surcos de las lágrimas diarias, estampados en el verdadero rostro; cuanto ódio; cuantos pesares eternos; cuántos sueños desvanecidos!

Mas, para qué? Inés como todas, llevará la careta hasta que muera, como la cruz que cargan sus endebles brazos, desde la edad de quince años!

Dejémosla concluir su camino.



